



GRAN SUPERFICCIÓN

ISAAC ASIMOV

LOS PREMIOS HUGO

1968-1969

PHILIP JOSÉ FARMER
HARLAN ELLISON
FRITZ LEIBER

ROBERT SILVERBERG
POUL ANDERSON
ANNE MC CAFFREY



Lectulandia

Tercer volumen de una biblioteca indispensable para los amantes del género o para todo aquel que quiera trabar conocimiento del mismo: los relatos del premio más importante que se concede por votación entre los aficionados. Aquí se reúnen las novelas y relatos ganadores, entre los años 1968 y 1969, presentados individualmente por Isaac Asimov.

Unas cuantas palabras más... inesperadamente [Prólogo] 1973 de Isaac Asimov

El vuelo del dragón [Novela Corta] 1968 de Anne McCaffrey

Jinetes de salario púrpura [Novela Corta] 1968 de Philip José Farmer

Voy a probar suerte [Relato] 1968 de Fritz Leiber

No tengo boca y debo gritar [Relato Corto] 1968 de Harlan Ellison

Alas nocturnas [Novela Corta] 1969 de Robert Silverberg

Carne compartida [Relato] 1969 de Poul Anderson

La bestia que gritaba amor en el corazón del universo [Relato Corto] 1969 de Harlan Ellison

Lectulandia

Isaac Asimov & Anne McCaffrey & Philip José Farmer & Fritz
Leiber & Harlan Ellison & Robert Silverberg & Poul Anderson

Los premios Hugo 1968-1969

Gran Super Ficción - 10

ePub r1.0
Titivillus 20.12.17

Título original: *The Hugo Winners*

Isaac Asimov & Anne McCaffrey & Philip José Farmer & Fritz Leiber & Harlan Ellison & Robert Silverberg & Poul Anderson, 1987

Traducción: Miguel Giménez Sales

Ilustraciones: Loni Geest & Tone Hoverstad & Thomas Schlück

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la memoria de Hugo Gernsback,
abuelo de todos nosotros.

Unas cuantas palabras más... inesperadamente

Nosotros, los pobres autores, abrumados por el trabajo, nos hallamos constantemente delante de una gran variedad de problemas técnicos relacionados con la mecánica de la publicación de libros, y el resultado es, de forma invariable, que nosotros (no la mecánica) debemos corregir todas las dificultades tecleando en la máquina de escribir y estampando una cuantas palabras brillantes o unos cuantos miles.

Éste es el problema técnico que me obliga en este momento a enfrentarme con las sonrientes teclas de mi máquina de escribir.

En efecto, hace poco preparé una antología de cuentos, novelas cortas y novelas que conquistaron el anhelado premio Hugo de ciencia ficción durante los años 1962-1970. Los aficionados a la ciencia ficción, que votaron esos premios en las anuales Convenciones Mundiales de Ciencia Ficción, deslumbrados por las estupendas cosechas de esos años, votaron por gran número de historias, muchas de las cuales eran largas. Al final, me encontré con catorce historias que contenían la materia de lectura más deleitosa que se pueda imaginar, diseminada en más de seiscientos cincuenta páginas bien empaquetadas.

Naturalmente, el resultado fue una antología en cartón de una excelencia fuera de serie, por lo que no fue difícil suponer, ni por un instante, que las editoriales de libros de bolsillo caerían unas sobre otras en su afán por reimprimir tan magnífica colección. El ganador de la carrera, y no es en absoluto sorprendente, fue la estimable y veterana empresa Fawcett Publications, que había editado el primer volumen de Los premios Hugo con el aplauso universal.

Llegó el momento de editar el segundo volumen de Los premios Hugo en libro de bolsillo, y entonces se vio que era imposible comprimir todas aquellas páginas entre una sola cubierta. El libro hubiese resultado demasiado voluminoso para la comodidad que caracteriza al libro de bolsillo.

En consecuencia, decidieron publicarlo en dos volúmenes, el primero de los cuales llevaría, naturalmente, la deliciosa introducción que escribí para el volumen global. El problema, por lo tanto, se planteó respecto a lo que debíamos hacer con la segunda parte de Los premios Hugo, o sea, con este volumen. Dejarlo sin introducción daría lugar a oscuras sospechas de falsedad puesto que todos los aficionados a la ciencia ficción saben que no puedo resistirme al placer de prologar una colección de ciencia ficción tan pronto como cae en mis manos. Lo hago continuamente, pero también «deliciosamente», aunque las historias sean todas mías.

Por otra parte, no era correcto reimprimir la primera introducción y presentarla otra vez en este volumen, ya que entonces, el ansioso lector, al coger un libro que no había leído antes, vería la introducción, la leería y exclamaría: «¡Oh, este libro ya lo he leído!», y devolvería el libro sin llegar a extraer el billetero de su escondite..., con hondo pesar por parte de las buenas personas de la editorial, y con gran enojo por parte mía.

Por consiguiente, acudieron a mí. («De prisa, llama a Asimov», dijeron en las alturas). Querían que explicase la situación... y aquí está. Por favor, compren este libro. No lo han leído antes. Lo que ustedes leyeron antes era la otra parte de Los premios Hugo.

¿De acuerdo?

ISAAC ASIMOV

1968 - 26ª Convención San Francisco (Oakland)

El vuelo del dragón

Anne McCaffrey

Anne McCaffrey es una mujer. (Sí, lo es, cosa que uno observa instantáneamente). Lo que hace que esto sea remarcable es que es una mujer en un mundo de hombres, lo cual no le molesta en absoluto.

La ciencia ficción ya no es tan mundo de hombres como lo era antes, por lo que a los lectores respecta. Si hoy en día acudes a una convención, puedes ver que el número de magníficas jóvenes que revolotean ante ti (si eres Harlan Ellison) o que se apartan cautelosamente (si se trata de mí), es aterrador o fascinante, según el punto de vista. (Yo pertenezco al tipo fascinado).

No obstante, los escritores todavía son, en su mayoría, del género masculino. Más aún, pertenecen a un tipo de varón particularmente presuntuoso, acostumbrado a trabajar con otros varones, y un poco trastornado al tener que aceptar a una mujer sobre una base de igualdad.

Esto no es sorprendente. La ciencia es una actividad plenamente masculina (al menos, en nuestra sociedad); por lo tanto, también lo es, o debería serlo, escribir ciencia ficción. ¿No es así como va la cosa?

Y, de pronto, tenemos a Anne McCaffrey, con su cabello de un blanco níveo y un rostro juvenil (el color del cabello es prematuro), unas medidas junescas y una enorme confianza en sí misma, hablando con los hombres siempre que ello es necesario.

Yo congenio maravillosamente bien con Annie. No sólo soy un «feminista» desde mucho antes de que hubiese tantas, sino que además tengo la manera más desarmante del mundo de mirar unas medidas junescas, lo cual convence a toda mujer que las posee que tengo buen gusto.

En agosto de 1970, Annie y yo fuimos coinvidados de honor en una conferencia sobre ciencia ficción en Toronto. Esto significó una cosa: sostuvimos una de nuestras perennes competiciones de canto. Cantamos en voz muy alta y, finalmente, llegamos a un verdadero clímax, lo que siempre sucede al entonar «Cuando sonrían los ojos irlandeses».

Cada cual tenemos nuestro orgullo, claro, no tanto en la habilidad de cantar, como en cuanto al tono y la resistencia. Y mientras todos los componentes del

auditorio procuran ponerse a una distancia conveniente, nosotros cantamos más alto y más fuerte. (Yo poseo una voz resonante de barítono, aunque Annie, perseverante, asegura que soy tenor. «No hay que fiarse de un tenor», suele decir misteriosamente).

La cosa siempre termina de la misma manera. En la nota final, ella respira hondo y sostiene la nota. Yo hago lo mismo, pero antes de un minuto, me debilito, me ahogo y callo, mientras que la nota final de Annie continúa alta, estridente y penetrante, durante, al menos, más de quince minutos.

Entonces, todo el mundo aplaude y cuando yo objeto: «Esto no es justo. Ella tiene pulmones de recambio», y señalo las mencionadas proporciones junescas, a nadie parece importarle en absoluto mi observación.

Annie está en Irlanda por bastante tiempo, y la echo de menos.

¿Cuándo una leyenda es leyenda? ¿Por qué un mito es un mito? ¿Cuán antiguo y desusado tiene que ser un hecho para ser relegado a la categoría de «Cuento de hadas»? ¿Y por qué determinados hechos permanecen incontrovertibles mientras que otros pierden su validez para asumir un carácter gastado e inestable?

Rukbat, en el sector de Sagitario, era una estrella dorada tipo G. Tenía cinco planetas y uno extraviado que había atraído y retenido en el reciente milenio. Su tercer planeta estaba envuelto por aire que el hombre podía respirar, decantaba agua que el hombre podía beber, y poseía una gravedad que permitía que el hombre andase confiadamente erecto. Los hombres lo descubrieron y no tardaron en colonizarlo. Hacían eso con todos los planetas habitables, y luego —bien por insensibilidad o a través del colapso del Imperio, los colonos nunca lo descubrieron y eventualmente se olvidaron de preguntarlo— dejaban que las colonias se las arreglaran por sí mismas.

Cuando, por primera vez, los hombres se establecieron en el tercer mundo de Rukbat y lo llamaron Pern, apenas se habían fijado en el extraño planeta que giraba alrededor del que ellos habían adoptado en una órbita elíptica descabelladamente errática. Al cabo de unas cuantas generaciones, olvidaron su existencia. La absurda órbita del planeta errante le acercaba a su hermanastro cada doscientos años (terrestres) en el perihelio.

Cuando los aspectos eran armónicos y la conjunción con su planeta hermano lo bastante próxima, como ocurría a menudo, la vida indígena del planeta errante trataba de salvar el abismo espacial hasta el planeta más templado y hospitalario.

Durante la frenética lucha para combatir aquella amenaza que caía a través de los cielos de Pern como hebras plateadas, el tenue contacto de Pern con el planeta madre quedó roto. Con cada nueva generación, los recuerdos de la Tierra se alejaron un poco más de la historia pernesa, hasta que la memoria de sus orígenes degeneró, más allá de leyenda o mito, en olvido.

Para prevenir las incursiones de las temidas Hebras, los perneses, con la inventiva de sus olvidados antecesores terráqueos, desarrollaron una variedad altamente especializada de forma de vida indígena de su planeta adoptado. Los humanos que poseían un elevado nivel de empatía y cierta capacidad telepática congénita fueron adiestrados para utilizar y conservar este singular animal, cuya capacidad de teleportación era de gran valor en la ardua lucha para mantener a Pern libre de Hebras.

Los alados, rabudos y escupefuego dragones (bautizados con ese nombre a causa de los legendarios animales terrestres a los cuales se parecían), sus jinetes, una raza aparte, y la amenaza contra la que combatían, crearon un grupo enteramente nuevo de leyendas y mitos.

Una vez a salvo de todo peligro inminente, Pern estableció un sistema de vida más cómodo. Como las leyendas caen en descrédito, los descendientes de los héroes cayeron en desgracia.

Tambor redobla y flautista sopla,
arpista toca y soldado marcha.
Libera la llama y quema las hierbas
Hasta que haya pasado la Estrella Roja.

Fría, con algo más que la frialdad de las perpetuamente viscosas paredes de piedra, Lessa despertó. Fría, con la presciencia de un peligro más intenso que el que hacía diez Revoluciones enteras la había enviado, gimiendo de terror, a ocultarse en la fragante madriguera del wher guardián.

En la paja de la olorosa quesería que compartía como dormitorio con los otros marmitones, Lessa yacía rígida a causa de la concentración. En el ominoso portento había un apremio distinto a cualquier otra advertencia. Captó la vigilancia del wher guardián, bamboleándose en sus rondas en el patio. Daba vueltas en torno al estrangulante límite de su cadena. Estaba desvelado, pero indiferente a algo anormal que acechaba en la oscuridad que precedía al amanecer.

Lessa se enroscó en un apretado nudo de huesos, abrazándose a sí misma para aliviar la tensión a través de sus tensos hombros. Luego, obligándose a relajarse, músculo por músculo, articulación por articulación, trató de percibir la sutil amenaza que la podía angustiar, sin inquietar al sensible wher guardián.

En concreto, el peligro no se encontraba dentro de las murallas del Fuerte de Ruatha. Ni tan siquiera se acercaba al enlosado perímetro exterior del Fuerte, donde la implacable hierba se había abierto paso a través del antiguo hormigón, verde testigo del deterioro del otrora Fuerte de piedra limpia. El peligro no avanzaba por el ahora poco utilizado estriberón que ascendía del valle, ni acechaba en las viviendas de piedra de los artesanos al pie del acantilado del Fuerte. No perfumaba al viento que soplaba desde las frías playas de Tillek. Pero, sin embargo, los agudos sentidos de Lessa lo sentían haciendo vibrar todos los nervios de su delgada figura. Desvelada por completo, trató de identificarlo antes de que su presciencia se desvaneciera. Se proyectó al exterior, hacia el Paso, más lejos de lo que nunca había llegado. La amenaza no estaba en Ruatha..., todavía. Ni tenía un sabor familiar. Así pues, no era Fax.

A Lessa le había complacido cautelosamente que Fax no se hubiera dejado ver en el Fuerte Ruatha en tres Revoluciones enteras. La apatía de los artesanos, la decadencia de los dominios agrícolas, incluso las piedras atacadas por la hierba del Fuerte enfurecían a Fax, autonombrado Señor de las Altas Extensiones, hasta tal punto que prefería olvidar el motivo por el cual había sometido al, en otro tiempo, orgulloso y rentable Fuerte.

Implacablemente impulsada a identificar aquella opresora amenaza, Lessa buscó a tientas sus sandalias entre la paja. Se levantó, sacudiendo maquinalmente la paja pegada a sus largos cabellos, que rápidamente recogió en una especie de moño sobre su nuca.

Entre los marmitones dormidos, apretujados para calentarse unos a otros, avanzó con cuidado y subió los gastados peldaños que conducían a la cocina. El cocinero y su ayudante yacían sobre la larga mesa delante del gran hogar, recibiendo en sus anchas espaldas el calor del fuego mortecino y roncando de un modo discordante. Lessa se deslizó a través de la cavernosa cocina hasta la puerta del patio-establo. Abrió la puerta sólo lo necesario para que pudiera pasar su delgado cuerpo. A través de las finas suelas de sus sandalias notó los helados guijarros del patio y, cuando el aire de la madrugada cruzó la débil barrera de su vestido remendado, Lessa se estremeció.

El wher guardián avanzó con paso torpe a través del patio para ir a su encuentro, suplicando, como siempre hacía, que lo soltara. Cariñosamente, Lessa acarició los dobleces de las puntiagudas orejas mientras el animal se acomodaba a su paso. Mirando la espantosa cabeza, Lessa le prometió una buena rascada dentro de un rato. El animal se agachó, gruñendo, mientras Lessa subía los acanalados peldaños que conducían al baluarte sobre la maciza poterna del Fuerte. En lo alto de la torre, Lessa miró hacia el este donde los senos de piedra del Paso se erguían en una recortada silueta negra contra las primeras claridades del alba.

Indecisa, giró a su izquierda, ya que la sensación de peligro procedía también de aquella dirección. Miró hacia arriba, sus ojos atraídos por la estrella roja que había empezado a dominar el cielo del amanecer. Mientras miraba, la estrella irradió una última pulsación rúbea antes que su resplandor se perdiera con el brillo del sol naciente de Pern. Incoherentes fragmentos de cuentos y baladas sobre la aparición, al amanecer, de la estrella roja cruzaron por el cerebro de Lessa. Lo cruzaron con demasiada rapidez como para que tuvieran sentido. Además, su instinto le decía que, si bien el peligro podía proceder del nordeste, también existía un peligro mayor con el que enfrentarse procedente del este. Tensando sus ojos como si la visión pudiera salvar el bache entre peligro y persona, miró fijamente hacia el este. La leve y silbada pregunta del wher guardián la alcanzó en el preciso instante en que la presciencia se desvanecía.

Lessa suspiró. No había encontrado ninguna respuesta en el amanecer, sólo portentos discrepantes. Tenía que esperar. La advertencia había llegado, y ella la había recibido. Estaba acostumbrada a esperar. Astucia, resistencia y superchería eran sus otras armas, cargadas con la inagotable paciencia de una dedicación vengativa.

El desordenado paisaje, los campos sin labrar en el valle inferior, se vio iluminado por la luz del alba. Aquella luz cayó sobre raquíticos prados, donde los dispersos rebaños de animales de leche cazaban desperdigadas briznas de hierba primaveral. En Ruatha, murmuró Lessa, la hierba crecía donde no debía, y moría donde debía florecer. Ahora, Lessa apenas podía recordar el aspecto que había tenido el Valle Ruatha en otros tiempos, dulcemente risueño, ampliamente feraz. Antes de que llegara Fax. Una extraña sonrisa distendió unos labios desacostumbrados a semejante ejercicio. Fax no obtuvo ningún provecho de su conquista de Ruatha... No

lo obtendría mientras ella, Lessa, viviera. Y Fax no tenía la menor sospecha de la fuente de esta ruina.

O la tenía, se preguntó Lessa, su mente reverberando aún a causa de la salvaje presciencia de peligro. Al oeste se encontraba el ancestral y único Fuerte legítimo de Fax. Al nordeste sólo había desnudas y rocosas montañas y el Weyr que protegía a Pern.

Lessa se desperezó, arqueando su espalda, aspirando el suave y puro viento matinal.

En el patio-establo el gallo cacareó. Temiendo ser observada en una postura inusitada en ella, Lessa se sobresaltó, súbitamente alerta. Soltó sus cabellos, dejando que cayeran alrededor de su rostro, semiocultándolo. Su cuerpo recuperó su fingido desmadejamiento. Bajó rápidamente la escalera, dirigiéndose hacia el wher guardián, que gritó en tono lastimero, con sus grandes ojos parpadeando contra la creciente claridad. Indiferente al hedor de su fétido aliento, Lessa atrajo la escamosa cabeza hacia ella, rascando sus orejas y sus párpados. El wher guardián estaba extasiado de placer, con su largo cuerpo tembloroso y sus cerradas alas vibrando. Era el único ser en todo Pern en quien ella había confiado desde el amanecer en que había buscado ciegamente refugio en su oscura y hedionda madriguera para escapar de las sedientas espadas que habían bebido con tanta avidez sangre de Ruatha.

Lentamente, Lessa se irguió, recordándole al wher guardián que, por si había alguien cerca, debía mostrarse tan arisco con ella como con todos los demás. El animal prometió obedecerla, oscilando hacia atrás y hacia adelante para subrayar su disgusto.

Los primeros rayos del sol resbalaron sobre la muralla exterior del Fuerte y, gruñendo, el wher guardián penetró en su oscuro nido. Lessa regresó rápidamente a la cocina y a la quesería.

Desde el Weyr y desde el Cuenco,
Bronce y pardo y azul y verde,
Se elevan los dragoneros de Pern,
Arriba, en escuadrón, visibles, luego invisibles.

El primero en aparecer en los cielos encima del Fuerte principal de Fax, llamado Señor de las Altas Extensiones, fue F'lar, que apareció sobre el gran cuello de bronce de Mnementh. Tras él, en perfecta formación triangular, se hicieron visibles los hombres voladores. Maquinalmente, F'lar revisó la formación; era tan precisa como en el momento de su entrada al *inter*.

Mientras Mnementh se curvaba en un arco que les llevaría al perímetro del Fuerte, consecuente con la naturaleza amistosa de esta visita, F'lar observó con creciente disgusto el mal estado de las defensas del espolón. Los pozos de pedernal estaban vacíos, y los canalones cortados en la roca que irradiaban de los pozos

aparecían teñidos de verde con una vegetación musgosa.

¿No había un solo Señor en Pern que, en cumplimiento de las antiguas Leyes, mantuviera rocoso su Fuerte? Los labios del F'lar se apretaron hasta formar una línea más estrecha. Cuando esta Búsqueda terminara y se realizara la Impresión, habría que celebrar un Consejo solemne y punitivo en el Weyr. Y por la dorada concha de la reina que él, F'lar, sería su moderador. Cambiaría el letargo por el trabajo. Barrería la verde y peligrosa escoria de las alturas de Pern, las briznas de hierba de sus estructuras de piedra. No habría indulto alguno para ninguna cenefa verde en ningún Fuerte y los diezmos que habían sido pagados con tanta tacañería, tan a regañadientes, afluirían, bajo pena de pedernalia, con honesta generosidad al Weyr de los Dragones.

Mientras se disponía a posarse ligeramente sobre las losas veteadas de hierba del Fuerte de Fax, Mnementh murmuró su aprobación. El broncíneo dragón plegó sus grandes alas, y F'lar oyó el claxon de aviso en la Gran Torre del Fuerte. Cuando F'lar indicó que deseaba desmontar, Mnementh se dejó caer de rodillas. El broncíneo jinete permaneció de pie junto a la enorme cabeza cuneiforme de Mnementh, esperando cortésmente la llegada del Señor del Fuerte. La ociosa mirada de F'lar se posó en el valle, caliginoso bajo la luz del sol de la cálida primavera. Ignoró las furtivas cabezas que, desde las troneras de los parapetos y las ventanas del acantilado, espían al dragonero.

Cuando una fuerte corriente de aire le anunció la llegada del resto de los jinetes, F'lar no se volvió. Supo, sin embargo, cuándo F'nor, el jinete pardo que era coincidentalmente su hermanastro, ocupaba la acostumbrada posición a su izquierda, una longitud de dragón detrás de él. Por el rabillo del ojo, F'lar vio a F'nor pisotear furiosamente con el tacón de su bota la hierba que crecía entre las piedras.

Más allá de las poternas abiertas, una orden, embozada en un intenso susurro, surgió del interior del gran Patio. Prácticamente de inmediato, se hizo visible un grupo de hombres al frente de los cuales marchaba un robusto individuo de mediana estatura.

Mnementh arqueó su cuello, doblando su cabeza en ángulo de modo que su barbilla reposara sobre el suelo. Los multifacetados ojos de Mnementh, situados al mismo nivel que la cabeza de F'lar, miraron con desconcertante interés al grupo que se aproximaba. Los dragones nunca podrían comprender por qué inspiraban un miedo tan abyecto a las personas corrientes. Un dragón sólo atacaría a un humano en un momento de su vida, y eso podría ser disculpado atribuyéndolo a simple ignorancia. F'lar no podía explicarle al dragón la política que se ocultaba detrás de la necesidad de inspirar terror a los moradores de un Fuerte, Señor y artesanos incluidos. Sólo podía observar que el miedo y la aprensión que se reflejaban en los rostros de los hombres que avanzaban, y que intrigaban a Mnementh, resultaban extrañamente agradables para él, F'lar.

—Bienvenido, caballero bronce, al Fuerte de Fax, Señor de las Altas Extensiones.

Él está a tu servicio —dijo el hombre, al tiempo que hacía un saludo adecuadamente respetuoso.

Alguien meticuloso podría haber sospechado que el uso de la tercera persona del pronombre era un velado insulto. Esto encajaba con los informes que F'lar poseía de Fax, de modo que lo ignoró. Sus informes eran igualmente correctos al describir a Fax como un hombre codicioso. Se reflejaba en los inquietos ojos que parpadeaban al fijarse en cada detalle del ropaje de F'lar, en el leve ceño al observar el intrincadamente grabado puño de la espada.

A su vez, F'lar observó los valiosos anillos que resplandecían en la mano izquierda de Fax. De acuerdo con la costumbre del espadachín profesional, la mano derecha del soberano permanecía ligeramente erguida. Su túnica, de excelente tela, estaba manchada y no era demasiado nueva. Los pies del hombre, calzados con pesadas botas de piel de wher, estaban sólidamente plantados en el suelo, con el peso equilibrado hacia adelante, sobre los dedos. Un hombre con el que había que tratar cautelosamente, decidió F'lar, ya que no podía olvidar que era el conquistador de cinco Fuertes vecinos. Semejante audacia era, en sí misma, una revelación. Fax se había casado en un sexto Fuerte, y había heredado legalmente, a pesar de lo anormal de las circunstancias, el séptimo. Su fama era la de hombre lascivo. F'lar anticipó una provechosa Búsqueda dentro de aquellos siete Fuertes. Dejaría que R'gul marchara hacia el sur para continuar la Búsqueda entre las indolentes, aunque encantadoras, mujeres de allí. En esta ocasión Weyr necesitaba una mujer fuerte; Jora había resultado mucho peor que inútil con Nemorth. Adversidad, incertidumbre: ésas eran las condiciones que engendraban las cualidades que F'lar deseaba en una Dama para el Weyr.

—Estamos realizando un viaje de Búsqueda —le comunicó F'lar, lentamente— y solicitamos la hospitalidad de tu Fuerte, Señor Fax.

A la mención de una Búsqueda, los ojos de Fax se ensancharon imperceptiblemente.

—He oído decir que Jora había muerto —respondió Fax, renunciando bruscamente al uso de la tercera persona, como si F'lar, ignorándolo, hubiese superado alguna clase de prueba—. De modo que Nemorth ha puesto una reina, ¿eh? —añadió, proyectando su mirada a través de las filas de dragoneros, observando el saludable color de los dragones y el disciplinado porte de los jinetes.

F'lar no dignificó lo evidente con una respuesta.

—Y, mi Señor... —Fax vaciló, inclinando expectantemente su cabeza hacia el dragonero.

Por un instante, F'lar se preguntó si el hombre le estaba provocando de un modo deliberado con semejantes insultos sutiles. El nombre de los caballeros bronce tenía que ser tan bien conocido en todo Pern como lo era el nombre de la reina dragón y su Dama del Weyr. El rostro de F'lar se mantuvo impassible, sus ojos clavados en los de Fax.

Lentamente, con el adecuado aire de arrogancia, F'nor se adelantó, deteniéndose ligeramente detrás de la cabeza de Mnementh, con una mano negligentemente apoyada en la articulación de la quijada del enorme animal.

—El caballero bronce de Mnementh, Señor F'lar, pedirá alojamiento para él mismo. Yo, F'nor, caballero pardo, prefiero alojarme con mis compañeros. En total, somos doce.

A F'lar le gustó aquella intervención de F'nor, poniendo de relieve la fuerza del escuadrón, como si Fax no fuera capaz de percibirla. F'nor se había expresado con tanta habilidad que a Fax le resultaría imposible protestar por el insulto que acababan de devolverle.

—Señor F'lar —dijo Fax, a través de sus dientes fijados en una sonrisa—, las Altas Extensiones se sienten honradas con tu Búsqueda.

—La reputación de las Altas Extensiones quedará acrecentada —replicó F'lar, suavemente— si una de ellas suministra al Weyr.

—Nuestra reputación se prolongará —replicó Fax con la misma suavidad—. En los viejos tiempos, muchas notables Damas de Weyr procedían de mis Fuertes.

—¿De tus Fuertes? —preguntó F'lar, sonriendo, mientras subrayaba el plural—. Ah, sí, ahora eres soberano de Ruatha, ¿no es cierto? De aquel Fuerte ha habido muchas.

Una extraña y tensa expresión cruzó el rostro de Fax, rápidamente reemplazada por una sonrisa decididamente afable. Fax se apartó a un lado, haciendo un gesto a F'lar para que entrara en el Fuerte.

El jefe de los soldados de Fax ladró una apresurada orden y los hombres formaron dos hileras, con sus botas con bordes de metal arrancando chispas de las piedras.

Todos los dragones, obedeciendo una orden no expresada, se irguieron con un gran remolineo de aire y polvo. F'lar avanzó indolentemente a través de las dos hileras formadas en señal de bienvenida. Mientras los animales se deslizaban hacia los patios interiores, los hombres, con evidente alarma, ponían sus ojos en blanco. Alguien en la alta Torre profirió un aullido de terror mientras Mnementh ocupaba su posición en aquel punto privilegiado. Sus grandes alas enviaron aire que olía a fósforo a través del patio interior mientras trataba de acomodar su enorme estructura en el inadecuado espacio de aterrizaje.

Aparentemente indiferente a la consternación, temor y espanto que los dragones inspiraban, F'lar estaba secretamente divertido y más bien complacido por el efecto. Los Señores de los Fuertes necesitaban que se les recordara que debían tratar con dragones, y no sólo con sus jinetes, que eran hombres, mortales, a los que podían asesinar. El antiguo respeto hacia los dragoneros así como hacia la raza de los dragones debía ser de nuevo implantado.

—El Fuerte acaba de levantarse de la mesa, Señor F'lar —dijo Fax—. Si... —No terminó la frase, ante la sonriente negativa de F'lar.

—Presentaré mis respetos a tu dama, Señor Fax —declaró F'lar, observando con

profunda satisfacción el endurecimiento de los músculos de la mandíbula de Fax ante la ceremoniosa petición.

F'lar estaba gozando intensamente. Cuando tuvo lugar la última Búsqueda, la que por desgracia proporcionó a la incompetente Jora, él todavía no había nacido. Pero había estudiado los relatos de anteriores Búsquedas de los Antiguos Archivos, y en ellas se incluían sutiles modos de confundir a los Señores que preferían mantener secuestradas a sus damas cuando los dragoneros cabalgaban. Para Fax, negarle a F'lar la oportunidad de presentar personalmente sus respetos, habría representado un grave insulto, una ofensa que sólo podía dirimirse en un combate a muerte.

—¿No prefieres ver antes tu alojamiento? —inquirió Fax.

F'lar sacudió una mota imaginaria de su suave manga de piel de wher y agitó la cabeza.

—Mis respetos primero —dijo, con firmeza.

—Desde luego —asintió Fax, echando a andar, expresando con sus tacones la rabia que no podía expresar de otra manera.

F'lar y F'nor le siguieron con paso más lento, cruzando la entrada de doble puerta con sus grandes paneles metálicos, hasta el Gran Vestíbulo, labrado en la ladera del acantilado. Unos nerviosos servidores que se sobresaltaron y dejaron caer algunas piezas de vajilla cuando entraron los dos dragoneros, estaban despejando la mesa en forma de U. Fax ya había llegado al otro extremo del Vestíbulo y aguardaba impacientemente junto a la abierta puerta de piedra, único acceso al Fuerte interior que, como todos los Fuertes, penetraba profundamente en la roca y era el refugio de todos en los momentos de peligro.

—No comen mal —observó F'nor casualmente, examinando los restos que quedaban sobre la mesa.

—Al parecer, mejor que en el Weyr —replicó secamente F'lar, disimulando sus palabras con su mano al ver a dos marmitones que se tambaleaban bajo el peso de una bandeja que contenía el esqueleto de un animal medio devorado.

—Joven y tierno —dijo F'nor en voz baja y tono mordaz—, a juzgar por su aspecto. Mientras que los animales que nos envían son viejos y depauperados.

Cuando estuvieron junto a Fax, F'lar dijo amablemente:

—Un Vestíbulo muy bien situado. —Luego, notando la impaciencia de Fax por continuar, F'lar se volvió deliberadamente de espaldas y le señaló a F'nor las ventanas en forma de troneras con las pesadas persianas de bronce abiertas al brillante cielo del mediodía—, y encarado al este también, como es debido. Me han dicho que el nuevo Vestíbulo del Fuerte de Telgar está encarado al sur. Dime, Señor Fax, ¿eres partidario de las antiguas prácticas y montas una guardia del amanecer?

Fax frunció el ceño, tratando de analizar el significado de las palabras de F'lar.

—Siempre hay una guardia en la Torre.

—¿Una guardia oriental?

Los ojos de Fax se posaron en las ventanas, luego se deslizaron hacia el rostro de

F'lar, pasaron al rostro de F'nor, para posarse de nuevo en las ventanas.

—Siempre hay guardias —respondió secamente— en todos los accesos.

—Oh, sólo en los accesos —dijo F'lar, volviéndose hacia F'nor y asintiendo juiciosamente.

—¿En qué otra parte? —preguntó Fax preocupado, mirando alternativamente a los dos dragoneros.

—Debes preguntárselo a tu arpista. ¿Tienes un arpista adiestrado en tu Fuerte?

—Desde luego. Tengo varios arpistas adiestrados —dijo Fax, tensando sus hombros. F'lar fingió no haber comprendido.

—El Señor Fax es el soberano de otros seis Fuertes —le recordó F'nor a su jefe.

—Desde luego —asintió F'lar, haciendo exactamente la misma inflexión que Fax había utilizado un momento antes.

Fax se dio perfecta cuenta de la imitación, pero dado que no podía considerar como un insulto deliberado una inocente afirmación, echó a andar por los iluminados pasillos. Los dragoneros le siguieron.

—Resulta agradable ver cómo el Señor de un Fuerte conserva tantas costumbres antiguas —le dijo F'lar a F'nor en tono de aprobación, con la intención de que lo oyera Fax, mientras pasaban al Fuerte interior—. Hay muchos que han abandonado la seguridad de la roca sólida y han ampliado sus Fuertes exteriores en peligrosas proporciones. No puedo aprobar semejante riesgo.

—Ese riesgo, Señor F'lar, supone una ganancia para otros —replicó Fax, desdeñosamente, moderando su paso.

—¿Ganancia? ¿Cómo es eso?

—Cualquier Fuerte exterior puede ser fácilmente invadido, caballero bronce, utilizando fuerzas adiestradas y mando experto, además de una estrategia cuidadosamente elaborada.

Aquel hombre no era un fanfarrón, decidió F'lar. Ni en aquellos días de paz dejaba de montar guardias en la Torre. Sin embargo, se mantenía dentro de su Fuerte, no en obediencia a las antiguas Leyes, sino por prudencia. La ostentación era lo que le hacía mantener arpistas, no porque lo exigiera la tradición. Pero permitía que los pozos quedaran inutilizados; permitía que creciera la hierba. Por una parte, se mostraba cortésmente hospitalario con los dragoneros y, por otra, les insultaba veladamente. Un hombre al que no había que perder de vista.

En el Fuerte de Fax, los alojamientos de las mujeres habían sido trasladados desde los tradicionales pasillos más interiores a los situados en la fachada del acantilado. La luz del sol que penetraba allí lo hacía a través de las tres ventanas provistas de persianas dobles y profundamente encajadas en la muralla exterior. F'lar observó que los goznes de bronce estaban muy bien engrasados. El grosor de las paredes era el requerido: Fax no había incurrido en la reciente práctica de adelgazar la muralla protectora.

La cámara estaba adornada con lujosos tapices que reproducían simpáticas

escenas de mujeres ocupadas en toda clase de tareas femeninas. A ambos lados de la cámara principal se abrían varias puertas que comunicaban con unas alcobas más pequeñas. De ellas, a una orden de Fax, aparecieron sus mujeres con paso vacilante. Fax dirigió un severo gesto a una mujer que llevaba una bata azul, con los cabellos veteados de blanco, el rostro arrugado por decepciones y amarguras, y el vientre hinchado por el embarazo. La mujer avanzó torpemente, deteniéndose a varios pasos de distancia de su señor. Por su actitud, F'lar dedujo que no se acercaba a Fax más de lo que era estrictamente necesario.

—La Dama de Crom, madre de mis herederos —dijo Fax, sin orgullo ni cordialidad.

—Mi Dama... —vaciló F'lar, esperando que le informaran de su nombre.

Ella miró tímidamente a su señor.

—Gemma —dijo Fax de mala gana.

F'lar se inclinó profundamente.

—Mi Dama Gemma, el Weyr está en viaje de Búsqueda y solicita la hospitalidad del Fuerte.

—Mi Señor F'lar —replicó la Dama Gemma en voz baja—, aceptad mi mejor bienvenida.

A F'lar no le pasó por alto el hecho de que Gemma, que le había llamado por su nombre, le había dado la bienvenida a título personal. Su sonrisa fue más cálida de lo que exigía la cortesía, llena de gratitud y simpatía. A juzgar por el número de mujeres reunidas allí, Fax tenía una vida sexual intensa. Posiblemente, habría algunas de las que Dama Gemma se despediría sin el menor pesar. Fax empezó con las presentaciones, murmurando indistintamente nombres hasta que se dio cuenta de que aquella estrategia no daría resultado. F'lar le rogaba cortésmente que repitiera el nombre de la dama. F'nor, ensanchando su sonrisa mientras, mentalmente, tomaba nota de las damas que Fax prefería mantener en el anonimato, permanecía en actitud indolente junto al umbral. Más tarde, F'lar comparó sus anotaciones con F'nor, aunque a simple vista no parecía que entre aquellas mujeres hubiese ninguna digna de la Búsqueda. Fax las prefería bajitas y rollizas. En todo el lote no había una sola mujer decidida o al menos dicharachera. Tal vez en otro tiempo lo habían sido, pero ahora habían cambiado. Fax, sin duda, era un semental, no un amante. A juzgar por la cantidad de aceite oloroso que se había enranciado en sus cabellos, algunas de ellas no habían hecho mucho uso del agua en todo el invierno. De todas ellas, si estaban todas allí, la Dama Gemma era la única que valía la pena y, aun así, era demasiado vieja.

Terminadas las presentaciones, Fax empujó casi literalmente a sus mal acogidos huéspedes hacia el exterior. F'lar autorizó a F'nor para que fuera a reunirse con los otros dragoneros. Y Fax acompañó al caballero bronce al alojamiento que le había asignado.

La cámara se encontraba a un nivel más bajo que la *suite* de las mujeres, y era

ciertamente adecuada a la dignidad de su ocupante. Los tapices multicolores de aquí reproducían batallas sangrientas, combates individuales a espada, dragones de tonos brillantes en vuelo, pedernales ardiendo sobre los espolones, y todo lo que la historia teñida de escarlata de Pern ofrecía.

—Un cuarto agradable —reconoció F'lar, despojándose de los guantes y de la túnica de piel de wher y arrojándolos descuidadamente sobre la mesa—. Tengo que ver a mis hombres y a los animales. Todos los dragones han sido alimentados recientemente —comentó, poniendo de relieve con ello la desatención de Fax al no haberlo preguntado—. Solicito libertad de movimientos a través del Fuerte.

De mala gana, Fax concedió lo que era tradicionalmente privilegio de un dragonero.

—No me interferiré más en tus obligaciones, Señor Fax, que, con la supervisión de siete Fuertes, deben de ser muy numerosas.

Como un gesto de despedida, F'lar inclinó ligeramente su cuerpo hacia el soberano. Pudo imaginar la expresión enfurecida del rostro de Fax mientras se alejaba ruidosamente. Esperó un buen rato para asegurarse de que Fax estaba fuera del pasillo, y entonces se dirigió al Gran Vestíbulo.

Las bulliciosas sirvientas interrumpieron su tarea de instalar mesas adicionales de caballete para contemplar de reojo al dragonero. F'lar las saludó amablemente, observando si alguna de aquellas hembras poseía el material del que están hechas las mujeres Weyr. Gastadas por el trabajo, mal alimentadas, marcadas por el látigo y las enfermedades, no eran más que lo que eran: sirvientas, aptas únicamente para rudos trabajos manuales.

F'nor y los hombres se habían instalado en un barracón apresuradamente vaciado. Los dragones estaban cómodamente posados sobre los rocosos espolones encima del Fuerte. Se habían situado de modo que pudieran vigilar el ancho valle en toda su extensión. Todos habían sido alimentados antes de abandonar el Weyr, y cada uno de los jinetes cuidaba debidamente de su dragón: en una Búsqueda no podía haber incidentes.

Cuando F'lar entró en el barracón, los dragoneros, como un solo hombre, se pusieron en pie.

—Mantened los ojos bien abiertos, sin provocar disturbios ni crear problemas —dijo F'lar lacónicamente—. A la puesta del sol, regresad con los nombres de cualquier posible candidata.

Los hombres asintieron expresando en sus ojos la comprensión. Su confianza en el éxito de la Búsqueda era total, a pesar de que, ahora que había visto a todas las mujeres de Fax, las dudas de F'lar eran mayores. Lógicamente, lo más selecto de las Altas Extensiones debería encontrarse en el Fuerte principal de Fax, pero no estaba allí. Sin embargo, el Fuerte era muy extenso, y además les quedaban otros seis por visitar...

De tácito acuerdo, F'lar y F'nor salieron del barracón. Los hombres seguirían,

discretamente, solos o en parejas para reconocer la zona de los artesanos y las fincas agrícolas más próximas. Los hombres estaban tan abiertamente deseosos de salir afuera como lo estaba F'lar en su fuero interno. Hubo una época en la que los dragoneros habían sido con cierta frecuencia preciados huéspedes en todos los grandes Fuertes de Pern, desde el Nerat meridional hasta el alto de Tillek. También esta agradable costumbre había muerto siendo sustituida con otros usos, evidenciando la poca consideración que en la actualidad merecía el Weyr. F'lar se había jurado a sí mismo cambiar este estado de cosas.

Se obligó a recordar los insidiosos cambios. Los Archivos, que cada mujer Weyr llevaba, eran una prueba de la gradual pero perceptible decadencia, localizable a través de las últimas doscientas Revoluciones. El conocer los hechos no mejoraba la situación, y F'lar era de los pocos que, en el propio Weyr, daba igual crédito a los Archivos que a las baladas. Y si podía creerse en las antiguas leyendas, la situación se modificaría radicalmente dentro de muy poco tiempo.

F'lar sentía que había un motivo, una explicación y un propósito para cada una de las Leyes del Weyr, desde la Primera Impresión hasta los Pedernales, desde las alturas libres de hierba hasta los canalones a lo largo de los espolones. Incluso para elementos tan nimios como controlar el apetito de un dragón para limitar los habitantes del Weyr. Aunque F'lar ignoraba por qué habían sido abandonados los otros cinco Weyrs. Se preguntó ociosamente si existirían Archivos, polvorientos y destrozándose, en los Weyrs en desuso. La próxima vez que su escuadrón saliera a patrullar, lo comprobaría. Desde luego, en el Weyr de Benden no había ninguna explicación.

—Aunque hay actividad, no hay entusiasmo —estaba diciendo F'nor, dirigiendo de nuevo la atención de F'lar a su recorrido de la zona artesana.

Habían descendido por la acanalada rampa desde el Fuerte hasta la zona artesana, la ancha carretera con casitas a ambos lados subiendo hasta los imponentes talleres de piedra de los artesanos. Silenciosamente, F'lar observó los canalones llenos de musgo en los tejados, las enredaderas trepando por las paredes. Para alguien como él, resultaba doloroso ser testigo de la flagrante omisión de las elementales medidas de seguridad. En las proximidades de las viviendas de los seres humanos la vegetación estaba prohibida.

—Las noticias viajan con rapidez —rió entre dientes F'nor, al tiempo que saludaba con un gesto a un artesano que llevaba una bata de panadero y que había pasado apresuradamente junto a ellos, murmurándoles los buenos días—. Ni una sola hembra a la vista.

Su observación era exacta. A esta hora, las mujeres deberían estar en el exterior, trayendo provisiones de las tiendas, lavando en el río en un día tan caluroso, o dirigiéndose a las casas de labor para ayudar en las faenas agrícolas. Pero no había ni una sola a la vista.

—Nosotros solíamos ser compañeros preferidos por cualquier mujer —observó

F'nor cáusticamente.

—En primer lugar visitaremos la Pañería. Si la memoria no me falla...

—Nunca te ha fallado —le interrumpió F'nor alegremente.

No se aprovechaba de su parentesco con F'lar, pero se encontraba más a gusto con el caballero bronce que la mayoría de los dragoneros, incluidos los otros caballeros bronce. En una sociedad estrechamente unida en un plano de igualdad, F'lar era excepcional. Mandaba un escuadrón muy disciplinado, pero los hombres maniobraban para servir a sus órdenes. En los juegos, su escuadrón siempre sobresalía. Ninguno de sus subordinados tropezó nunca en el *inter* para desaparecer para siempre, y ningún animal de su escuadrón había enfermado, dejando a un hombre en el exilio sin dragón del Weyr, con una parte de sí mismo paralizada para siempre.

—L'tol siguió este camino y se estableció en una de las Altas Extensiones —continuó F'lar.

—¿L'tol?

—Sí, un caballero verde del escuadrón de S'lel. Tienes que acordarte.

Un movimiento mal calculado durante los Juegos de Primavera había situado a L'tol y su animal en el mismo centro de una emisión de fosfina de Tuenth, el bronce de S'lel. Al tratar de eludir la explosión, el dragón había derribado a su jinete, que había sido puesto a salvo por otro compañero de escuadrón; pero el dragón verde, con su ala izquierda quemada y el cuerpo chamuscado, había muerto a causa del choque y por intoxicación de fosfina.

—L'tol nos ayudaría en nuestra Búsqueda —convino F'nor, mientras los dos dragoneros subían hasta las puertas de bronce de la Pañería.

Una vez allí, se detuvieron en el umbral, adaptando sus ojos a la tamizada luz del interior. Una lámparas puntuaban los nichos de la pared y colgaban racimos encima de los telares en los que eran tejidos los más delicados tapices y telas por maestros artesanos. El ambiente era de silenciosa y deliberada laboriosidad.

Sin embargo, antes de que sus ojos se hubieran adaptado, una figura se deslizó hasta ellos, murmurando una cortés aunque breve invitación para que la siguieran.

Fueron conducidos a la parte derecha de la entrada, a una pequeña oficina que una cortina separaba del vestíbulo principal. Su guía se volvió hacia ellos, con su rostro visible a la luz de una lámpara. Había en él aquel aire que le señalaba de modo indefinible como un dragonero. Pero su rostro estaba profundamente arrugado, y en uno de los lados mostraba las cicatrices de unas antiguas quemaduras. Sus ojos, enfermos de un hambriento anhelo, dominaban su rostro. Parpadeaba continuamente.

—Soy Lytol, ahora —dijo con voz ronca.

F'lar asintió, reconociéndole.

—Tú debes de ser F'lar —dijo Lytol—, y tú F'nor. Los dos tenéis el mismo aire que vuestro padre.

F'lar asintió de nuevo.

Convulsivamente, Lytol tragó saliva, crispando los músculos de su cara a medida que la presencia de los dragoneros reavivaba su conciencia del exilio. Trató de sonreír.

—¡Dragones en el cielo! La noticia se ha extendido con más rapidez que las Hebras.

—Nemorth ha puesto una hembra.

—¿Y Jora ha muerto? —preguntó Lytol en tono preocupado, con su rostro libre del nervioso movimiento por un instante—. ¿Fue Hath quien la cubrió?

F'lar asintió.

Lytol sonrió amargamente.

—Así que otra vez R'gul, ¿eh? —Durante unos instantes permaneció silencioso, con aire pensativo, aquietados sus párpados pero con los músculos de su mandíbula en continuo movimiento—. ¿Vais a recorrer las Altas Extensiones? —preguntó finalmente—. ¿Todas ellas? —añadió, poniendo un ligero énfasis en «todas».

—Desde luego —respondió F'lar.

—Habéis visto a las mujeres —dijo Lytol, con visible disgusto. Sus palabras no eran una pregunta, sino una afirmación ya que se apresuró a añadir—: Bueno, no las hay mejores en todas las Altas Extensiones.

Su tono reflejaba un profundo desdén. Se apoyó en la pesada mesa que casi llenaba una esquina de la pequeña habitación. Sus manos agarraban con tanta fuerza el ancho cinturón que sujetaba la túnica suelta a su cuerpo que el recio cuero estaba doblado.

—Uno casi esperaría lo contrario, ¿no es cierto? —continuó Lytol.

Estaba hablando demasiado y con excesiva rapidez. En otro hombre inferior hubiera resultado ofensivamente brusco. Lo que provocaba aquella locuacidad en Lytol era la terrible soledad derivada de su exilio del Weyr. Lytol rozaba las superficies con apresuradas preguntas que él mismo se contestaba, en vez de profundizar en materias demasiado delicadas para ser tocadas, tales como su insaciable necesidad de aquellos de su raza. Pero estaba proporcionando a los dragoneros precisamente la información que necesitaban.

—Pero a Fax le gusta que sus mujeres sean gordas y dóciles —añadió Lytol—. Incluso la Dama Gemma ha claudicado. Sería distinto si Fax no necesitara el apoyo de la familia de ella. Ah, sería muy distinto. De modo que siempre la tiene embarazada, esperando que cualquier día muera en un parto. Y lo hará. Lo hará.

La risa de Lytol resonó desagradablemente.

—Cuando Fax accedió al poder, todos los hombres inteligentes enviaron a sus hijas lejos de las Altas Extensiones o marcaron sus rostros con un hierro candente. —Hizo una pausa, sumido en amargos recuerdos, con los ojos llenos de odio—. Yo fui un estúpido, creyéndome inmune por mi posición.

Lytol se irguió, cuadrando sus hombros y encarándose con los dos dragoneros. Su expresión era vengativa, baja y tensa su voz.

—Por el bien y la seguridad de Pern, matad a ese tirano, dragoneros. Del Weyr. De la reina. Él sólo espera su momento. Propaga el descontento entre los otros Señores. El... —La risa de Lytol se hizo histérica ahora—... se imagina a sí mismo tan bueno como los dragoneros.

—Entonces, ¿no hay candidatas en este Fuerte? —inquirió F'lar con la voz lo suficientemente aguda como para introducirse a través de la preocupación del hombre con su curiosa teoría.

Lytol miró fijamente al caballero bronce.

—¿Acaso no lo he dicho? Las mejores murieron a manos de Fax o fueron enviadas lejos. Las que quedan no son nada, nada. Mentalmente débiles, ignorantes, estúpidas, sosas. Ya tuvisteis eso con Jora. Ella...

Súbitamente calló, y agitó la cabeza, apretándose las sienes con las manos, incapaz de disimular su angustia y su desesperación.

—¿Y en los otros Fuertes?

Lytol movió negativamente la cabeza, frunciendo el ceño.

—Igual que aquí. Muertas o fugitivas.

—¿Qué me dices del Fuerte de Ruatha?

Lytol dejó de agitar la cabeza y miró fijamente a F'lar, con los labios curvados en una astuta sonrisa. Luego, rió sin alegría.

—¿En estos tiempos piensas encontrar una Torene o una Moreta ocultas en el Fuerte de Ruatha? Bueno, caballero bronce, todos los de sangre Ruatha están muertos. Aquel día, la espada de Fax estaba sedienta. Conocía la verdad de los relatos de los arpistas en los que se hablaba de la hospitalidad que los Señores de Ruatha otorgaban a los dragoneros y se afirmaba que los Ruatha eran una raza aparte. En aquella Línea —la voz de Lytol se convirtió en un susurro confidencial— había hombres de Weyr exiliados, como yo...

Con seriedad, F'lar asintió, no queriendo privar al hombre del ingenuo placer de aquella supervaloración de sí mismo.

—No, en el Valle de Ruatha apenas queda nada —continuó Lytol—. Y Fax no obtiene nada de aquel Fuerte, nada que no sean problemas... —Esta reflexión pareció tranquilizar a Lytol, y el cambio de humor se reflejó en su rostro—. Ahora, los de este Fuerte somos los mejores pañeros de todo Pern, y nuestros herreros fabrican las armas mejor templadas. —En sus ojos chispeó el orgullo por su comunidad de adopción—. Los reclutas de Ruatha tienden a morir de accidentes o extrañas enfermedades. Y las mujeres que Fax solía tomar... —Su risa se hizo desagradable—. Se rumoreó que, durante muchos meses, se quedó impotente.

La activa mente de F'lar saltó a una curiosa conclusión.

—¿No queda nadie de la Sangre?

—¡Nadie!

—¿Ninguna familia en tierras del Fuerte con sangre Weyr? Lytol frunció el ceño y miró a F'lar con aire de sorpresa. Se frotó pensativamente las cicatrices de su

rostro.

—Las había —admitió lentamente—. Las había, pero dudo que hayan sobrevivido. —Meditó unos instantes, y luego sacudió la cabeza enfáticamente—. La resistencia a la invasión fue encarnizada, y no se dio cuartel. En el Fuerte, Fax no respetó ni a las damas ni a los niños. Y encarceló o ejecutó a cualquiera que hubiera empuñado las armas por Ruatha.

F'lar se encogió de hombros. La idea había sido una simple posibilidad. Con unas represalias tan severas, no había duda de que Fax había eliminado la resistencia, así como a los mejores artesanos. Eso no justificaría la mala calidad de los productos de Ruatha y el hecho de que los pañeros de las Altas Extensiones se hubieran convertido en los mejores de su oficio.

—Me gustaría tener mejores noticias para ti, dragonero —murmuró Lytol.

—No importa —le tranquilizó F'lar, extendiendo una mano para apartar la cortina que separaba la pequeña habitación del vestíbulo.

Lytol se acercó a él y habló en tono apremiante.

—No olvides lo que te he dicho acerca de las ambiciones de Fax. Obliga a R'gul, o a quienquiera que sea el próximo caudillo del Weyr, a vigilar sin descanso las Altas Extensiones.

—¿Está enterado Fax de tus inclinaciones?

En el rostro de Lytol volvió a reflejarse el hambriento anhelo. Tragó saliva nerviosamente y respondió, sin ninguna emoción en su voz:

—Si al Señor de las Altas Extensiones le diera por meterse conmigo, carecería de toda importancia porque mi gremio me protege de la persecución. En el artesanado estoy a salvo. Fax depende demasiado de la buena marcha de nuestra industria. —Se echó a reír, con una risa burlona—. Soy el mejor tejedor de escenas bélicas. Desde luego —añadió, enarcando una ceja jocosamente—, los dragones que se tejen en la tela ya no son los camaradas de los héroes. Supongo que habrás observado el predominio de la vegetación... F'lar hizo una mueca de disgusto.

—Eso no es lo único que hemos observado. Pero Fax conserva las otras tradiciones...

Lytol descartó esta consideración con un gesto de su mano.

—Obra así por pura exigencia militar. Después de que tomara Ruatha, sus vecinos se armaron, ya que lo hizo valiéndose de la traición, permíteme que te lo diga. Y permíteme también que te advierta —Lytol disparó un dedo en dirección al Fuerte— que se mofa abiertamente de las leyendas de las Hebras. Les reprocha a los arpistas las absurdas tonterías de las antiguas baladas, y ha eliminado de su repertorio toda alusión a los dragones. La nueva generación crecerá completamente ignorante del deber, de la tradición y de las precauciones.

Aunque le preocupó mucho más que todo o demás que había oído, a F'lar no le sorprendió oír eso como remate de las revelaciones de Lytol. Otros hombres, también, renegaban de las transmisiones verbales de acontecimientos históricos, calificándolas

de simples chismorreos de los arpistas. Pero la Estrella Roja latía en el cielo, y se acercaba el momento en que aquellos hombres volverían históricamente al redil de los antiguos ritos, temiendo por sus vidas.

—Últimamente, ¿has estado en el exterior a primeras horas de la mañana? —preguntó F'nor, sonriendo maliciosamente.

—He... —empezó a decir Lytol, pero se interrumpió bruscamente, como si se hubiera atragantado. Suspiró audiblemente y se apartó de los dragoneros, con la cabeza inclinada entre sus hundidos hombros—. Marchaos —dijo, rechinando sus dientes. Y, al ver que vacilaban, suplicó—: ¡Marchaos!

Rápidamente, F'lar salió del cuarto, seguido por F'nor. El caballero bronce atravesó el silencioso Vestíbulo a grandes zancadas y emergió a la radiante luz del sol. Un impulso le llevó hasta el centro de la plaza. Una vez allí, se detuvo tan bruscamente que F'nor, pegado a su talones, casi tropezó con él.

—Pasaremos exactamente el mismo tiempo dentro de los otros Vestíbulos —anunció F'lar con voz ronca, hurtando el rostro a la mirada de F'nor. Tenía un nudo en la garganta. Súbitamente, le resultaba difícil hablar. Tragó saliva varias veces.

—Encontrarse sin dragón... —murmuró F'nor en tono compasivo.

La conversación con Lytol le había deprimido, sumiéndole en una especie de melancolía a la que no estaba acostumbrado. El hecho de que F'lar apareciera igualmente impresionado era un rotundo mentís a la opinión particular de F'nor de que su hermanastro era incapaz de emocionarse.

—Una vez realizada la Primera Impresión, no existe otro camino. Lo sabes perfectamente —logró decir F'lar, y echó a andar en dirección al Vestíbulo que ostentaba el emblema de los curtidores.

Honra a los que cuidan de los dragones,
En pensamiento y favor, de palabra y de obra.
Se pierden mundos o se salvan mundos
De los peligros que los dragones arrastran.

Dragonero, evita excesos;
La codicia atraerá desgracia al Weyr;
Respetar las antiguas Leyes,
Para que así prospere el Weyr.

A un mismo tiempo, F'lar estaba divertido y no lo estaba. Éste era su cuarto día en compañía de Fax, y sólo el firme control que F'lar ejercía sobre sí mismo y sobre su escuadrón evitaba que la situación desembocara en un estallido de violencia.

Mientras Mnementh se deslizaba plácidamente hacia el Paso de los Senos de Ruatha, F'lar pensaba que había sido una afortunada casualidad que él hubiera escogido las Altas Extensiones. La táctica de Fax habría tenido éxito con R'gul, que era muy consciente de su honor, o con S'lan o D'nol, que eran demasiado jóvenes

para haber desarrollado mucha paciencia o discreción. S'lel se hubiera retirado lleno de confusión, un desenlace para el Weyr casi tan desastroso como el combate.

Él tenía que haber correlacionado las indicaciones hacía mucho tiempo. La decadencia del Weyr y de su influencia no procedía únicamente de los Señores de los Fuertes y de sus gentes. Procedía también del interior del Weyr, un resultado de reinas inferiores y de Damas del Weyr incompetentes. Procedía de la inexplicable insistencia de R'gul en no «molestar» a los Señores, en mantener a los dragoneros dentro del Weyr. Y dentro del mismo Weyr se había puesto demasiado énfasis en los preparativos para los Juegos, hasta el punto que la competición interna entre escuadrones se había convertido en la principal, por no decir la única, de las actividades del Weyr.

Igual que los Señores no se habían despertado un buen día, recientemente, decididos a no seguir pagando el tradicional diezmo al Weyr, el crecimiento de la hierba no se había producido de la noche a la mañana. La cosa había tenido un desarrollo paulatino, abonado por la lenidad del Weyr, hasta desembocar en una situación en la que un advenedizo, heredero colateral de un antiguo Fuerte, podía permitirse el lujo de despreciar a los dragoneros y de omitir las precauciones elementales que mantenían a Pern libre de Hebras.

Si el Weyr hubiese conservado su antigua autoridad, F'lar dudaba de que Fax hubiera desarrollado su programa de agresión contra los Fuertes vecinos. Cada Hold debía tener a su Señor para proteger al valle y a la gente de las Hebras. Un Fuerte, un Señor..., y no un Señor reclamando siete Fuertes. Además de ir contra la antigua tradición, esto último era un craso error ya que, ¿cómo podía un hombre proteger siete valles al mismo tiempo? Un hombre, a excepción de un dragonero, sólo puede estar en un lugar cada vez. Y, a menos de que un hombre montara en un dragón, tardaba horas en trasladarse de un Fuerte a otro. El antiguo Weyr no hubiera permitido esa falta de respeto a los viejos usos.

F'lar vio las llamas a lo largo de las áridas alturas del Paso, y Mnementh modificó obedientemente su deslizamiento para ofrecer una mejor visión. Según órdenes de F'lar, la mitad del escuadrón iba por delante de la cabalgata principal. El vuelo rasante sobre un terreno irregular era un buen entrenamiento para ellos. Les había entregado pequeños trozos de pedernal con instrucciones para agostar cualquier tipo de vegetación como práctica. Esto le recordaría a Fax, y a sus soldados, la terrible capacidad de los dragoneros, un fenómeno que la gente normal de Pern parecía haber olvidado.

A medida que los dragones eructaban gases, las ígneas emanaciones de fosfina eran todo un espectáculo. R'gul podía argüir contra la necesidad de extraer pedernal, podía citar incidentes tales como el que había exiliado a Lytol, pero F'lar conservaba la tradición... Y lo mismo hacía cualquier hombre que volara con él, so pena de tener que abandonar el escuadrón. Ninguno le fallaba.

F'lar sabía que los hombres disfrutaban tanto como él mismo cabalgando sobre un

dragón llameante. A su manera, las emanaciones de la fosfina eran exhilarantes, y la sensación de poder que surgía a través del hombre que controlaba la potencia y la majestad de un dragón no tenía parangón en la experiencia humana. Una vez realizada la Primera Impresión, los jinetes de los dragones se convertían en hombres aparte para siempre. Y cabalgar sobre un dragón combativo, azul, verde, pardo o bronce, compensaba los riesgos, el incesante estado de alerta, el aislamiento del resto del género humano.

Para poder deslizarse a través de la angosta hendidura del Paso que conducía de Crom a Ruatha, Mnementh plegó sus alas oblicuamente. Inmediatamente después de haber cruzado la hendidura se hizo patente la diferencia entre los dos Fuertes.

F'lar quedó anonadado. A través de los cuatro últimos Fuertes había estado seguro de que el final de la Búsqueda se encontraba en Ruatha.

Habían encontrado a aquella morenita cuyo padre era pañero en Nabol, pero... y una muchacha alta y cimbreante con unos enormes ojos, la hija de un Guardián de baja categoría de Crom, pero... Eran posibilidades, y si F'lar hubiese sido S'lel o K'net o D'nol podría haberlas tomado a las dos como parejas potenciales, aunque no como posibles Damas del Weyr.

Pero F'lar se había convencido a sí mismo de que la verdadera elección tendría lugar en el sur. Ahora, contemplando la ruina que era Ruatha, sus esperanzas se desvanecían. Debajo de él vio un estandarte de Fax formando la secuencia que le reclamaba a su lado.

Dominando su sensación de desaliento, ordenó a Mnementh que descendiera. Controlando a duras penas el terror de su montura terrestre, Fax agitó una mano en dirección al valle de aspecto abandonado.

—Contempla la gran Ruatha en la cual tenías tantas esperanzas —comentó con sarcasmo.

F'lar sonrió fríamente, preguntándose cómo había adivinado Fax aquello. ¿Tan transparente había sido F'lar al sugerir la Búsqueda en los otros Fuertes? ¿O se trataba de una sospecha correcta por parte de Fax?

—Con sólo una ojeada se comprende por qué ahora son preferidos los productos de las Altas Extensiones —se oyó replicar F'lar.

Mnementh rezongó, pero F'lar le llamó severamente al orden. El bronce había desarrollado una antipatía lindante con el odio hacia Fax. Semejante antipatía no era normal en un dragón, y constituía un motivo de preocupación para F'lar. No hubiera lamentado lo más mínimo la muerte de Fax, pero no la deseaba bajo el aliento de Mnementh.

—Ruatha no produce nada bueno —dijo Fax en un tono que no disimulaba su cólera.

Tiró bruscamente de las riendas de su montura, y la espuma que cubría el hocico del animal se tiñó de sangre. La bestia echó la cabeza hacia atrás para aflojar la dolorosa tensión, y Fax la golpeó salvajemente entre las orejas. Según observó F'lar,

aquel golpe no era tanto consecuencia de la protesta del pobre animal como del espectáculo de la improductiva Ruatha.

—Soy el soberano. Mi proclamación no fue discutida por nadie de la Sangre. Tengo todos los derechos. Ruatha debe pagar su tributo a su legítimo soberano...

—y pasar hambre el resto del año —observó F'lar secamente, tendiendo su mirada sobre el ancho valle.

Había pocos campos que estuvieran arados. Los pastos hacían que los rebaños estuvieran raquíticos. Incluso sus huertos parecían agostados. Los capullos que habían sido tan abundantes en los árboles de Crom, el valle contiguo, escaseaban aquí, como si se negaran a brotar en un lugar tan desalentador. A pesar de que el sol estaba muy alto, no parecía haber ninguna actividad en las casas de labor, o no había nadie lo bastante cerca como para ser observado. La atmósfera era de tétrica desesperación.

—Ha habido resistencia a mi gobierno en Ruatha.

Con curiosidad, F'lar miró a Fax, ya que la voz del hombre estaba cargada de odio, augurando mayores males para los rebeldes de Ruatha. El carácter vengativo de la actitud de Fax hacia Ruatha y sus rebeldes estaba teñido de otra fuerte emoción que F'lar había sido incapaz de identificar, pero que había captado en el mismo instante en que había sugerido esta visita a los Fuertes.

No podía ser miedo, ya que Fax no temía a nada y estaba odiosamente seguro de sí mismo. ¿Repugnancia? ¿Horror? ¿Incertidumbre? F'lar era incapaz de etiquetar la naturaleza de la aversión especial de Fax a visitar Ruatha, pero al hombre no le había gustado la perspectiva, y ahora reaccionaba violentamente al encontrarse dentro de aquellas inquietantes fronteras.

—Una actitud absurda por parte de los de Ruatha —observó F'lar amistosamente.

Fax giró a su alrededor, con una mano en la empuñadura de su espada y los ojos llameantes. F'lar anticipó con una sensación próxima al placer la posibilidad de que el usurpador Fax atacara realmente a un dragonero... Casi quedó decepcionado cuando Fax se dominó, asió con mano firme las riendas de su montura y la espolé, lanzándola a una frenética carrera.

—Sin embargo, le mataré —se dijo F'lar a sí mismo, y Mnementh manifestó su aprobación agitando las alas.

F'nor se dejó caer al lado de su caudillo bronce.

—Me ha parecido ver que Fax ha estado a punto de atacarte.

Los ojos de F'nor tenían un extraño brillo, su sonrisa era ácida.

—Hasta que recordó que yo estaba montado sobre un dragón.

—No le pierdas de vista, caballero bronce. Se propone asesinarte lo antes posible.

—¡Si puede!

—Está considerado como un luchador sin escrúpulos —advirtió F'nor, desaparecida su sonrisa.

Mnementh agitó de nuevo sus alas, y F'lar acarició con aire ausente el largo

cuello de piel suave.

—¿Estoy en desventaja? —preguntó F'lar, herido en su amor propio por las palabras de F'nor.

—Que yo sepa, no —se apresuró a decir F'nor, sobresaltado—. Aunque no le he visto en acción, no me gusta lo que he oído. Con y sin motivo, mata a menudo.

—Y como los dragoneros no estamos sedientos de sangre, no somos temidos como adversarios, ¿verdad? —dijo F'lar en tono sarcástico—. ¿Te avergüenzas de haber nacido en el seno de nuestra raza?

—¡No! —exclamó F'nor, dolido por el reproche implícito de las palabras de su jefe—. ¡Ni yo, ni mis compañeros de escuadrón! Pero hay algo en la actitud de los hombres de Fax que me hace desear algún pretexto para luchar.

—Tal como has observado, es muy probable que tengamos lucha.

Hay algo en Ruatha que pone nervioso a nuestro noble soberano. Mnementh y ahora Canth, el pardo de F'nor, extendieron sus alas, agitándolas para llamar la atención de sus jinetes.

F'lar miró fijamente mientras el dragón volvía la cabeza hacia su jinete, con sus grandes ojos brillando como ópalos iluminados por el sol.

—En este valle hay una fuerza sutil —murmuró F'lar, traduciendo el excitado mensaje del dragón.

—Así es, mi pardo también la siente —dijo F'nor.

—Cuidado, caballero pardo —advirtió F'lar—. Cuidado. Envía a todo el escuadrón arriba. Registra este valle. Debí darme cuenta. Debí sospecharlo. Todo estaba ahí para ser valorado. ¡Se diría que los dragoneros se están convirtiendo en unos tontos!

El Fuerte está cautivo

El Vestíbulo está vacío,

y los hombres desaparecen.

El suelo es estéril.

La roca desnuda.

Toda esperanza se desvanece.

Cuando el excitado mensajero entró tambaleándose en el Gran Vestíbulo, Lessa estaba recogiendo cenizas del hogar. Lessa se hizo lo más inconspicua posible para que el Gobernador no la despidiera. Aquella mañana se las había ingeniado para que la enviaran al Gran Vestíbulo, sabiendo que el Gobernador se proponía castigar al pañero principal por la deficiente calidad de los géneros preparados para ser enviados a Fax.

—¡Fax viene hacia aquí! ¡Con dragoneros! —anunció el hombre, mientras se adentraba en la penumbra del Gran Vestíbulo.

El Gobernador, que estaba a punto de descargar su látigo sobre el pañero

principal, se giró, asombrado, de su víctima. El mensajero, un agricultor de las afueras de Ruatha, avanzó tambaleándose hacia el Gobernador, tan excitado con su mensaje que le agarró el brazo.

—¿Cómo te atreves a abandonar tu Fuerte? —El Gobernador apuntó con su látigo al desconcertado agricultor. La fuerza del primer golpe hizo que el hombre cayera de rodillas. Aullando, se arrastró fuera del alcance de un segundo latigazo—. ¡Dragoneros! ¿Fax? ¡Ja! Fax no viene a Ruatha. ¡Toma! —El Gobernador descargó otro golpe sobre el indefenso agricultor antes de girarse, sin aliento, hacia el pañero y los dos subgobernadores—. ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí con semejante mentira?

El Gobernador se dirigió hacia la puerta del Gran Vestíbulo. Cuando alargaba una mano hacia el pomo de hierro, la puerta se abrió de par en par, casi derribándose, empujada por el oficial de guardia, cuyo rostro estaba ceniciento.

—¡Dragoneros! ¡Dragones! ¡Están por todas partes de Ruatha! —tartamudeó el hombre, agitando los brazos salvajemente.

También él agarró el brazo del Gobernador, arrastrándole hacia el patio exterior para que comprobara que estaba diciendo la verdad.

Lessa metió en su cubo el último montón de cenizas. Recogiendo sus utensilios de limpieza, se deslizó fuera del Gran Vestíbulo. Detrás de la pantalla de sus cabellos sueltos se escondía una complacida sonrisa en su rostro.

¡Un dragonero en Ruatha! Era una gran oportunidad, tenía que ingeniárselas para humillar o enfurecer a Fax hasta el punto de que renunciara a sus pretensiones sobre el Fuerte en presencia de un dragonero. Entonces, Lessa podría hacer valer sus derechos de nacimiento.

Pero tendría que actuar con suma cautela. Los dragoneros eran hombres excepcionales; la rabia no nublaban su inteligencia; la codicia no empañaba sus juicios; el miedo no embotaba sus reacciones. Los ignorantes podían creer en sacrificios humanos, lascivias anormales, orgías insensatas. Ella no era tan crédula. La repugnancia que sentía por aquellas historias se debía a otro motivo: los dragoneros seguían siendo humanos, y en las venas de ella había sangre Weyr. Era sangre del mismo color que la de cualquier otro; se había derramado la suficiente como para demostrarlo.

Lessa se paró un instante para recobrar el aliento. ¿Era éste el peligro que hacía cuatro días había intuido al amanecer? ¿El encuentro final en su lucha por reconquistar el Fuerte? No, se dijo Lessa a sí misma, en aquel portento había algo más que venganza.

Mientras avanzaba por el pasillo de bajo techo que conducía a la puerta del establo, el cubo lleno de ceniza golpeaba su pierna. Dado que Lessa no había encendido otro fuego en el hogar, Fax se encontraría con una fría bienvenida. Su risa resonó desagradablemente, devuelta por las húmedas paredes. Dejó el cubo en el suelo y se descargó también de la escoba y la pala mientras forcejeaba con la pesada

puerta de bronce que daba acceso a los establos nuevos.

Aquellos nuevos establos habían sido construidos en el exterior del acantilado de Ruatha por el primer Gobernador de Fax, un hombre más sutil que sus ocho sucesores. Había hecho más cosas que todos los demás, y Lessa había lamentado sinceramente la necesidad de su muerte. Pero él habría hecho imposible su venganza, la hubiera descubierto antes de que ella hubiese aprendido a pasar inadvertida. ¿Cómo se llamaba aquel Gobernador? Lessa no podía recordarlo. Bueno, el caso es que lamentaba su muerte.

El segundo hombre había sido adecuadamente codicioso, y había resultado fácil establecer una pauta de incompreensión entre Gobernador y artesanos. Aquel Gobernador estaba decidido a estrujar sin piedad a Ruatha de manera que sus bolsillos salieran favorecidos sin que Fax sospechara que le estaban robando una parte de su botín. Una vez que los artesanos empezaban a aceptar la hábil diplomacia del primer Gobernador, se sintieron indignados ante los rapaces métodos del segundo. No podían olvidar las heridas infligidas a Ruatha, se sentían humillados por la posición secundaria que ahora ocupaba en las Altas Extensiones, y los habitantes del Fuerte, artesanos y agricultores, no perdonaban las ofensas individuales que sufrían bajo el segundo Gobernador. No hizo falta demasiada manipulación para que las cosas fueran de mal en peor en Ruatha.

Una vez reemplazado el segundo Gobernador, su sucesor no tuvo mejor suerte. Fue sorprendido apartando para él lo mejor de los productos que debían ser entregados a Fax, y éste ordenó su ejecución. Su huesuda cabeza rodaba todavía de un lado a otro en el principal pozo de pedernal encima de la gran Torre.

El actual Gobernador ni siquiera había sido capaz de mantener el Fuerte en la misma lamentable situación en que lo había encontrado. Asuntos que en apariencia eran sencillos, desembocaban rápidamente en desastres. Como la producción de paño. Muy al contrario de lo que el Gobernador le había asegurado a Fax, la calidad no había mejorado y la cantidad había descendido.

Y ahora Fax estaba aquí. ¡Y con dragoneros! ¿Por qué dragoneros? Aquella cuestión tan importante paralizó a Lessa, y la pesada puerta cerrándose tras ella golpeó dolorosamente sus talones. Que ella supiera, o recordara vagamente, los dragoneros solían visitar con frecuencia Ruatha. Aquellos recuerdos eran como el relato de un arpista, algo contado por otros labios y que no pertenecía al caudal de su propia experiencia. Lessa había limitado su atención a Ruatha. Ni siquiera podía recordar el nombre de reina, o de Dama del Weyr, de la instrucción que había recibido en su infancia, ni recordaba haber oído mencionar a ninguna reina ni Dama del Weyr por alguien en el Fuerte durante las últimas diez Revoluciones.

Tal vez los dragoneros iban, por fin, a llamar la atención a los Señores de los Fuertes por el vergonzoso espectáculo de la vegetación creciendo en tomo a sus dominios. Bueno, Lessa tenía mucho que ver con el crecimiento de la vegetación en Ruatha, pero desafiaba incluso a un dragonero a que la enfrentara con su

culpabilidad. ¡Antes que seguir dependiendo de Fax, sería preferible que todo Ruatha sucumbiera a las Hebras! La herejía de aquel pensamiento sobresaltó a Lessa.

Deseando poder descargar con tanta facilidad de su conciencia semejante sacrilegio, vertió las cenizas en el estercolero del establo. En la presión del aire que la rodeaba, se produjo un cambio repentino. Luego, una sombra fugaz la impulsó a alzar la mirada.

Un dragón, con sus enormes alas extendidas al máximo, casi planeando, se deslizaba por detrás de la parte superior del acantilado. Girando sin esfuerzo, descendió. Un segundo, un tercero y luego todo un escuadrón de dragones le siguieron en vuelo silencioso y descenso geométrico, gracioso y terrible. El claxon de la Torre sonó con retraso, y los gritos y alaridos de los aterrados marmitones brotaron desde el interior de la cocina.

Lessa se puso a cubierto. Penetró en la cocina, donde inmediatamente fue agarrada por el ayudante de cocinero y enviada con un bofetón y un puntapié a los fregaderos. Allí la pusieron a fregar con arena las bandejas sucias de grasa.

Los lloriqueantes perros habían sido ya atados a los espetones giratorios, donde se asaba un famélico animal cuya magra carne iba adobando el cocinero con especias. Mientras tanto, el cocinero no dejaba de lamentarse por la pobre comida que podría ofrecer a tantos huéspedes, algunos de ellos de elevado rango. Algunas frutas de la última y escasa cosecha, secadas durante el invierno, habían sido puestas en remojo, y dos de los marmitones más viejos estaban rascando raíces para ser hervidas.

Un pinche estaba amasando pan, mientras que otro preparaba cuidadosamente una salsa. Mirándole fijamente, Lessa desvió su mano de una caja de especias a otra menos apropiada mientras él daba un batido final al guiso. Luego, con la intención de que la cocción de los panes resultara un desastre, añadió inocentemente un exceso de leña al horno. Finalmente, controló los espetones, acelerando uno y retardando otro, de modo que la carne quedara cruda por un lado y quemada por el otro. Su intención era que el festín resultara un completo fracaso.

Arriba, en el Fuerte, Lessa no dudaba de que otras medidas determinadas, previstas para una ocasión como ésta, estarían siendo descubiertas en aquellos momentos.

Con los dedos ensangrentados por los golpes recibidos en ellos, una de las mujeres del Gobernador entró gritando en la cocina, esperando encontrar refugio allí.

—¡Los insectos se han estado comiendo las mejores mantas, llenándolas de agujeros! Y una perra que había dado a luz sobre las mejores sábanas, me mordió mientras daba de mamar a sus cachorros. Las esteras están sucias y las mejores cámaras llenas de basura transportada por el viento del invierno. Alguien dejó las persianas entreabiertas, muy poco, pero lo suficiente —se lamentó la mujer, apretando la mano contra su pecho y balanceándose hacia atrás y hacia adelante.

Lessa se inclinó afanosamente sobre su tarea de sacarle brillo a las bandejas.

Wher guardián, Wher guardián,
en tu madriguera.
¡Vigila bien, wher guardián!
¿Quién entra ahí?

—El wher guardián está ocultando algo —le dijo F'lar a F'nor mientras hablaban en la gran cámara que apresuradamente habían limpiado.

A pesar de que ahora ardía un generoso fuego en el hogar, la temperatura ambiente de la habitación seguía siendo helada.

—Cuando Canth le habló, no hizo más que farfullar —observó F'nor.

Estaba apoyado contra la repisa de la chimenea, volviéndose ligeramente de un lado a otro para calentarse. Contempló a su jefe de escuadrón, que paseaba impacientemente de un extremo a otro de la cámara.

—Mnementh lo está tranquilizando —replicó F'lar—. Y es muy capaz de conseguirlo. Es posible que el animal sea más senil que cuerdo, pero...

—Lo dudo —completó la frase F'nor.

Miró con aprensión hacia el techo cubierto de telarañas. Estaba seguro de que podría localizar a la mayoría de las tejedoras, pero no deseaba exponerse a sus picaduras, como remate de las incomodidades experimentadas ya en este maldito Fuerte. Si la noche no era demasiado fría, se proponía pasarla con Canth en las alturas.

—Eso sería una sugerencia más razonable que la que han hecho Fax o su Gobernador.

—Hummm —murmuró F'lar, mirando al caballero pardo con el ceño fruncido.

—Bueno, resulta increíble que, en diez bravas Revoluciones, Ruatha haya podido llegar a semejante estado de decadencia. Todos los dragones han captado la sensación de poder, y es evidente que el wher guardián ha sido manipulado. Eso requiere una gran cantidad de control.

—Por parte de alguien de la Sangre —le recordó F'lar.

F'nor dirigió a su jefe de escuadrón una rápida mirada, preguntándose si podía hablar en serio a la luz de todas las informaciones en sentido contrario.

—Estoy de acuerdo en que aquí existe poder, F'lar —admitió F'nor—. Pero muy bien podría tratarse de un oculto varón bastardo de la antigua Sangre. Y lo que nosotros necesitamos es una hembra. Con su inimitable estilo, Fax dio a entender claramente que no había dejado a nadie de la antigua Sangre con vida en el Fuerte el día que lo tomó. Damas, niños, todos. No, no...

El caballero pardo agitó la cabeza, como si con ese gesto pudiera disipar su falta de fe en la curiosa insistencia de su jefe de escuadrón en que la Búsqueda terminaría en Ruatha con sangre de Ruatha.

—Ese wher guardián está ocultando algo, y únicamente alguien de la Sangre de

su Fuerte puede preparar eso, caballero pardo —dijo F'lar enfáticamente. Hizo un gesto en torno a la cámara y hacia la ventana—. Ruatha ha sido dominada. Pero, sutilmente, sigue resistiendo. Yo digo que eso apunta a la Sangre y al poder antiguo. No sólo al poder.

La obstinada expresión en los ojos de F'lar, la rigidez de su mandíbula, sugerían que F'nor debía buscar otro tema de conversación.

—Voy a ver lo que puede ser visto alrededor de la marchita Ruatha —murmuró, y salió de la cámara.

F'lar estaba realmente aburrido con la dama que, cortésmente, Fax le había asignado. Reía incesantemente y estornudaba sin parar. Y no aplicaba a su nariz el pañuelo que sus mocos estaban pidiendo a gritos. Desprendía un olor agrio, mezcla de sudor y aceite enranciado. También estaba embarazada de Fax. Aunque su estado aún no era visible, así se lo había confiado a F'lar, inconsciente de la ofensa que significaba para el dragonero, u obedeciendo órdenes de su Señor. Deliberadamente, F'lar ignoró el asunto y, salvo cuando su compañía era obligada en este viaje de Búsqueda, la ignoró también a ella.

Con cierto nerviosismo, Dama Tela le estaba hablando del horrible estado en que se encontraban las habitaciones asignadas a Dama Gemma y a las otras damas del cortejo del Señor.

—Todo el invierno los postigos han permanecido entreabiertos, y tendríais que haber visto la cantidad de porquería que había en los suelos. Al fin, conseguimos que dos de las sirvientas lo barrieran todo y echaran la basura al hogar. Y luego, al encender el fuego, todo se llenó de humo y no había quien aguantara allí, hasta que enviaron a un hombre. —Dama Tela dejó oír la inevitable risita—. Descubrió que una piedra de la misma chimenea que había caído de través había atascado la salida. Fue un auténtico milagro que el resto de la chimenea estuviera en buenas condiciones.

Dama Tela agitó su pañuelo. F'lar contuvo la respiración, ya que el gesto envió un desagradable olor en su dirección.

Alzó la mirada hacia la puerta interior del Fuerte y vio a Dama Gemma descendiendo con paso lento y torpe. Alguna sutil diferencia en su modo de andar le llamó la atención, y trató de identificarla, mirando fijamente a la Dama.

—Oh, sí, pobre Dama Gemma —murmuró Dama Tela, suspirando profundamente—. Todos estamos muy preocupados. No sé por qué mi Señor Fax insistió en que ella viniera. No está aún a punto de cumplir, y sin embargo...

La preocupación de Dama Tela parecía sincera.

Bruscamente, el odio incipiente de F'lar hacia Fax y su brutalidad maduró. Dejó a su compañera con la palabra en la boca, y extendió cortésmente su brazo hacia Dama Gemma para ayudarla a bajar los últimos peldaños y acompañarla hasta la mesa. Sólo la breve presión de los dedos de la Dama sobre su antebrazo traicionó su gratitud. El rostro de Dama Gemma era muy pálido, y las arrugas alrededor de su boca y de sus ojos se habían hecho más profundas, revelando el esfuerzo que estaba realizando.

—Por lo que veo, han intentado adecentar el Vestíbulo —observó Dama Gemma por decir algo.

—Eso parece —admitió F'lar secamente, dirigiendo una mirada circular al amplio y proporcionado Vestíbulo, sus vigas adornadas con telarañas de numerosas Revoluciones.

Las inquilinas de aquellos nidos de gasa caían de cuando en cuando al suelo, sobre la mesa y en las bandejas de la comida. Nada reemplazaba a los antiguos estandartes de la Sangre ruathana, eliminados de las oscuras paredes de piedra. Parecía que las mesas montadas sobre caballetes habían sido recientemente lavadas y frotadas con arena y, a la luz de las renovadas lámparas, las bandejas resplandecían con un brillo mate. Desgraciadamente, eso era un error, ya que la claridad no era lo más conveniente para un escenario que hubiera resultado más tranquilizador en una semipenumbra.

—Éste era un Vestíbulo muy agradable —murmuró Dama Gemma, de modo que sólo pudiera oírlo F'lar.

—¿Erais una amiga? —preguntó cortésmente F'lar.

—En mi juventud sí. —Dama Gemma subrayó significativamente la palabra juventud, evocando para F'lar una doncellez más feliz—. ¡Era una noble línea!

—¿Creéis que alguien podría haber escapado de la espada?

Dama Gemma le miró desconcertada, y luego compuso rápidamente sus facciones para no llamar la atención. De un modo apenas perceptible, inclinó afirmativamente la cabeza, y pasó a ocupar su lugar en la mesa, saludando a F'lar con un gracioso gesto con el que, al mismo tiempo, le despedía y le daba las gracias.

F'lar fue en busca de su compañera, y la situó a su izquierda en la mesa. Como únicas personas de categoría que cenarían aquella noche en el Fuerte de Ruatha, Dama Gemma estaba sentada a su derecha; Fax se sentaría al otro lado de ella. Las mesas inferiores las ocuparían los dragoneros y los oficiales de la tropa de Fax. No había sido invitado ningún miembro de los gremios.

En aquel mismo instante llegó Fax con su actual dama y dos subjeses. El Gobernador les precedía, haciendo grandes reverencias. F'lar observó que el hombre se mantenía a cierta distancia de su soberano, tal como era de esperar en un Gobernador que atendía de un modo tan lamentable a sus responsabilidades. Encima de la mesa acababa de caer una araña y F'lar la barrió. Por el rabillo del ojo vio que Dama Gemma parpadeaba y se estremecía.

Con el rostro congestionado por la rabia reprimida, Fax se acercó a la mesa. Con brusquedad, echó su silla hacia atrás, golpeando la de Dama Gemma antes de sentarse. Luego, empujó con tanta fuerza la silla hacia la mesa que estuvo a punto de derribarla pues no era demasiado estable con los caballetes. Frunciendo el ceño, examinó su copa y su plato, pasando un dedo por la superficie, dispuesto a tirarlos al suelo si no le complacían.

—Un asado, mi Señor Fax, y pan tierno, y las frutas y raíces que quedaban.

—¿Quedaban? ¿Quedaban? Dijiste que no se había cosechado nada.

El Gobernador desorbitó los ojos y tragó saliva, tartamudeando:

—No quedaba nada para ser enviado. Nada lo suficientemente bueno como para ser enviado. Nada. Si hubiera sabido que ibais a venir, podría haber pedido a Crom...

—¿Pedido a Crom? —rugió Fax, golpeando el plato que estaba examinando contra la mesa con tanta fuerza que el borde se dobló bajo sus manos.

El Gobernador parpadeó como si le hubieran golpeado a él.

—Algo decente para comer, mi señor —gimoteó.

—El día en que uno de mis Fuertes no pueda mantenerse a sí mismo ni recibir con dignidad la visita de su legítimo soberano, renunciaré a él.

Dama Gemma ahogó una exclamación de sorpresa. Simultáneamente, los dragones rugieron. F'lar sintió la inconfundible oleada de poder. Instintivamente, sus ojos buscaron a F'nor en la mesa inferior. El caballero pardo y todos los dragoneros habían experimentado la misma inexplicable exultación.

—¿Qué ocurre, dragonero? —estalló Fax.

Fingiendo preocupación, F'lar extendió sus piernas debajo de la mesa y asumió una postura indolente en la pesada silla.

—¿A qué te refieres?

—¡A los dragones!

—Oh, nada. Al ponerse el sol, al ver pasar una bandada de pájaros o a las horas de comer rugen a menudo.

F'lar sonrió afablemente al Señor de las Altas Extensiones. A su lado, su compañera de mesa emitió un leve chillido.

—¿A las horas de comer? ¿Acaso no han comido?

—Oh, sí. Hace cinco días.

—Oh. ¿Hace... cinco días? Y ahora, ¿tienen hambre?

La voz de Dama Tela estaba alterada por el miedo, y sus ojos se habían desorbitado ligeramente.

—Dentro de unos días —le aseguró F'lar.

Aprovechando el pretexto de aquella conversación, F'lar escrutó el Vestíbulo. Aquella oleada de poder le había llegado desde muy cerca. Muy posiblemente desde el interior del propio Vestíbulo. Ya que se había producido inmediatamente después de la declaración de Fax, era muy probable que sus palabras la hubieran desencadenado. F'lar vio que F'nor y los otros dragoneros estaban investigando, disimuladamente todos los rostros que había en el Vestíbulo. Se podía descartar a los soldados de Fax y a los hombres del Gobernador. El poder tenía un indefinible toque femenino.

¿Una de las mujeres de Fax? A F'lar le pareció increíble. Mnementh había estado cerca de todas ellas y ninguna había mostrado un vestigio de poder, y mucho menos —a excepción de Dama Gemma— de inteligencia.

¿Una de las mujeres del Vestíbulo? Hasta entonces sólo había visto a las

deplorables fregonas y a las hembras de edad madura que el Gobernador tenía como sirvientas. ¿La mujer personal del Gobernador? Ni siquiera sabía si aquel hombre tenía una. ¿Una de las mujeres de los guardianes del Fuerte? F'lar reprimió un intenso deseo de levantarse a investigar.

—¿Has montado una guardia? —le preguntó a Fax de un modo casual.

—¡Doble en el Fuerte de Ruatha! —Fue la dura respuesta, surgida de una parte muy profunda del pecho de Fax.

—¿Aquí? —inquirió F'lar, estallando en una carcajada y mirando alrededor de la destartalada cámara.

—¡Aquí! —Fax cambió de tema con un rugido—. ¡Comida!

Cinco marmitones, dos de ellos mujeres vestidas con unos harapos tan sucios que F'lar confió en que no hubieran tenido nada que ver con la preparación de la comida, se presentaron tambaleándose bajo el peso del asado. Nadie que poseyera un rastro de poder se degradaría hasta el punto de realizar aquellas tareas, a menos...

Le distrajo el aroma que brotaba de la bandeja que acababa de ser depositada sobre la mesa de trinchar. Olía a hueso quemado y a carne carbonizada. Incluso el cántaro de *klah* que circulaba por la mesa olía mal. Como si un agudo filo pudiera cortar porciones aceptables de aquel inverosímil asado, el Gobernador afilaba frenéticamente sus herramientas.

Dama Gemma contuvo de nuevo la respiración, y F'lar vio que sus manos se engarfiaban alrededor de los brazos de su silla. Vio el movimiento convulsivo de su garganta al tragar. Tampoco a él le agradaba la perspectiva de aquella comida.

De nuevo volvieron los marmitones, esta vez llevando bandejas llenas de pan. Antes de servirlo, hubo que rascar y cortar, en algunos lugares, las cortezas quemadas. Mientras iban trayendo más bandejas, F'lar trató de examinar los rostros de los sirvientes. Una mata de cabellos ocultaba casi por completo la cara de la criada que ofreció a Dama Gemma un plato de legumbres nadando en un grasiento caldo. Asqueado, F'lar hurgó a través de las legumbres para encontrar porciones adecuadamente cocidas y ofrecérselas a Dama Gemma. Ella las apartó a un lado, tratando de disimular su malestar.

Cuando F'lar estaba a punto de volverse y servir a Dama Tela, vio que la mano de Dama Gemma se aferraba convulsivamente al brazo de su silla. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba simplemente asqueada por la poco apetitosa comida; se encontraba bajo los efectos de los dolores del parto.

F'lar miró en dirección a Fax. El soberano contemplaba con el ceño fruncido los esfuerzos del Gobernador por encontrar porciones comestibles de carne.

F'lar tocó ligeramente con sus dedos el brazo de Dama Gemma. Ella volvió el rostro lo suficiente para poder ver a F'lar por el rabillo del ojo. Logró esbozar una socialmente correcta media sonrisa.

—No me atrevo a marcharme precisamente ahora, Señor F'lar. Siempre es peligroso en Ruatha. Y es posible que, a mi edad, sólo sean falsos dolores.

Al ver que Dama Gemma se estremecía de nuevo, F'lar no quedó demasiado convencido. Si hubiera sido más joven, Dama Gemma hubiera sido una excelente Dama del Weyr, pensó melancólicamente.

El Gobernador, con manos temblorosas, presentó a Fax las tajadas de carne, unas porciones casi comestibles, aunque la cantidad era más bien escasa.

El ancho puño de Fax salió disparado, y el Gobernador recibió el plato, la carne y el jugo en el rostro. A pesar de sí mismo, F'lar suspiró, ya que, indudablemente, aquéllas eran las únicas porciones comestibles de todo el animal.

—¿Llamas comida a esto? ¿Llamas comida a esto? —aulló Fax. Su voz resonó contra la cúpula desnuda del techo, sacudiendo las frágiles telarañas y haciendo caer a muchas de sus inquilinas—. ¡Porquería! ¡Porquería!

Rápidamente, F'lar sacudió las arañas que habían caído encima de Dama Gemma, la cual no podía moverse debido a lo intenso de sus contracciones.

—Es lo único de que disponíamos, con tanta prisa... —gimió el Gobernador, con sus mejillas chorreando jugos sanguinolentos.

Fax le arrojó su copa, y el vino empapó el pecho del hombre. Siguió el humeante plato de raíces, y el hombre aulló al ser alcanzado por el hirviente líquido.

—¡Mi Señor, mi Señor, si lo hubiera sabido con tiempo!

—Evidentemente, Ruatha no puede recibir con dignidad la visita de su Señor. Debes renunciar a él —se oyó decir a sí mismo F'lar.

Su impresión ante semejantes palabras brotando de sus labios fue tan grande como la de todos los presentes en el vestíbulo. Se hizo un profundo silencio, roto únicamente por el chasquido de las arañas al caer de sus nidos y al goteo del caldo de raíces de los hombros del Gobernador a las esteras. Cuando Fax se volvió lentamente para encararse con el caballero bronce, el crujido de tacón de la bota del soberano fue claramente audible.

Mientras F'lar dominaba su propio asombro y pensaba furiosamente en lo que podría hacer a continuación para enmendar su error, vio que F'nor se ponía lentamente en pie, con la mano sobre la empuñadura de su daga.

—¿He oído bien lo que acabas de decir? —preguntó Fax, con el rostro desprovisto de toda expresión y los ojos llameantes.

Incapaz de comprender cómo podía haber pronunciado aquellas palabras, F'lar logró asumir una postura lánguida.

—Tú mencionaste, mi Señor —dijo lentamente—, que si alguno de tus Fuertes no podía mantenerse a sí mismo ni recibir con dignidad la visita de su legítimo soberano, renunciarías a él.

Fax miró fijamente a F'lar, con un compendio de emociones rápidamente reprimidas en su rostro, pero con un brillo de triunfo en los ojos. Con su rostro todavía rígido por la forzada expresión de indiferencia, F'lar se estaba haciendo mentalmente reproches a sí mismo. En nombre del Huevo, ¿acaso había perdido todo sentido de la discreción?

Fingiéndose una total despreocupación, pinchó unas verduras con su cuchillo y empezó a mordisquearlas. Mientras lo hacía, notó que F'lor giraba lentamente su mirada alrededor del Vestíbulo, escrutando a todo el mundo. De pronto, F'lar comprendió lo que había ocurrido. Al pronunciar aquellas palabras, él, un dragonero, había respondido a un uso encubierto del poder. F'lar, el caballero bronce, estaba siendo empujado a una situación en la que tuviera que luchar con Fax. ¿Por qué? ¿Con qué finalidad? ¿Para conseguir que Fax renunciara al Fuerte? ¡Increíble! Pero sólo podía existir un motivo posible para semejante giro de los acontecimientos. Una exultación tan aguda como un dolor se hinchó dentro de F'lar. Era preciso que mantuviera su actitud de aburrida indiferencia, no enfrentarse abiertamente con Fax, si no quería verse abocado a un duelo. Un duelo no serviría para nada. Y él, F'lar, no podía perder el tiempo batiéndose inútilmente.

Un gemido que escapó de los labios de Dama Gemma rompió la tensión entre los dos antagonistas. Irritado, Fax se inclinó para mirarla, con el puño cerrado y medio levantado para golpearla por su temeridad al interrumpir a su amo y señor. Tan obvio como el dolor de la mujer, fue la contracción que onduló a través del hinchado vientre. F'lar no se atrevió a mirar hacia ella, pero se preguntó si Dama Gemma había gemido deliberadamente en voz alta para romper la tensión.

Aunque parecía increíble, Fax empezó a reír. Echó la cabeza hacia atrás, mostrando sus grandes y manchados dientes, y rugió:

—¡Voto a que renunciaré a él, en favor de su descendencia, si es varón y vive!

—¡Oído y atestiguado! —exclamó F'lar, poniéndose en pie de un salto y señalando a sus jinetes.

Inmediatamente, todos los dragoneros se pusieron en pie.

—¡Oído y atestiguado! —gritaron, al modo tradicional.

Tras aquel gesto, todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo con visible alivio. Las otras mujeres, cada una de ellas reaccionando a su manera ante la inminencia del parto, gritaban órdenes a los sirvientes y se aconsejaban unas a otras. Convergieron hacia Dama Gemma, pero, como gallinas asustadas, se detuvieron fuera del alcance de Fax. Era evidente que en su interior se estaba librando una lucha entre el miedo a su Señor y el deseo de acercarse a la parturienta.

Fax comprendió sus intenciones tanto como su renuencia y, sin dejar de reír estridentemente, echó hacia atrás su silla, se dirigió hacia la mesa de trinchar y empezó a cortar trozos de asado con su cuchillo y a introducirlos en la boca, goteando jugo, sin interrumpir sus risotadas.

Cuando F'lar se inclinó hacia Dama Gemma para ayudarla a levantarse de su silla, ella le agarró del brazo con gesto apremiante. Sus ojos se encontraron, los de ella nublados por el dolor. Dama Gemma le atrajo hacia ella.

—Se propone matarte, caballero bronce. Le gusta matar —susurró.

—Los dragoneros no se dejan matar fácilmente, valiente dama. Os estoy muy agradecido.

—No quiero que te maten —murmuró Dama Gemma, mordiéndose el labio—. Tenemos tan pocos caballeros bronce...

F'lar la miró, desconcertado. ¿Creía ella, la dama de Fax, en las Antiguas Leyes? Hizo una seña a dos de los hombres del Gobernador para que la transportaran al Fuerte interior. Luego, cuando pasaba junto a él, tomó a Dama Tela por el brazo.

—¿Qué necesitáis?

—Oh, oh —exclamó Dama Tela, con el rostro contraído por el pánico; se estaba retorciendo nerviosamente las manos—. Agua caliente y limpia. Trapos. Y una comadrona. Oh, sí, necesitamos una comadrona.

F'lar miró a su alrededor en busca de una de las mujeres del Fuerte, y sus ojos se deslizaron por encima de una despreciable figura que había empezado a recoger la comida derramada. Sin prestarle más atención, hizo una seña al Gobernador y, en tono perentorio, le ordenó que enviara a buscar a la comadrona. El Gobernador propinó un puntapié a la fregona.

—¡Tú... tú! Como te llames, ve en busca de la comadrona. Tienes que saber quién es.

Con una agilidad en total disonancia con su aspecto de vejez y decrepitud, la fregona esquivó un segundo puntapié de despedida del Gobernador. Se deslizó rápidamente a través del Vestíbulo y salió por la puerta que daba a la cocina.

Fax seguía troceando y engullendo carne, interrumpiéndose ocasionalmente para estallar en una carcajada ante un pensamiento que le resultaba divertido. F'lar se acercó a la mesa de trinchar y, sin esperar la invitación de su anfitrión, empezó también a cortar carne, haciendo seña a sus hombres para que le imitaran. Los soldados de Fax, en cambio, esperaron hasta que su Señor se dio por hartado.

Señor del Fuerte, tu mandato está a salvo.

Con espesas murallas, puertas de metal, y ninguna vegetación.

Poseída por un terrible sentimiento de frustración, Lessa salió rápidamente del Vestíbulo para ir a buscar a la comadrona. ¡Tan cerca! ¡Tan cerca! ¿Cómo había podido llegar tan cerca y, sin embargo, fracasar? Fax tenía que haber desafiado al dragonero, y el dragonero era joven y fuerte, y tenía un duro y controlado rostro de luchador. No tenía que haber contemporizado. ¿Acaso había muerto en Pern todo sentido del honor, asfixiado por la verde hierba?

¿Y por qué, oh, por qué Dama Gemma había escogido aquel preciso momento para dar a luz? Si su gemido no hubiera distraído a Fax, la lucha habría empezado, y ni siquiera Fax, con toda su fama de luchador sin escrúpulos, hubiera prevalecido contra un dragonero que tenía el apoyo de Lessa. El Fuerte tenía que ser devuelto a su Sangre legítima. ¡Fax no saldría vivo de Ruatha!

Encima de ella, en la Alta Torre, el gran dragón bronce emitía un extraño canturreo, con sus ojos de múltiples facetas chispeando en la creciente oscuridad.

De un modo inconsciente, Lessa le silenció igual como habría hecho con el wher guardián. Ah, aquel wher guardián. Cuando ella pasó por delante de su cubil no había salido. Lessa sabía que los dragones habían estado con él. Pudo oírle farfullar en su pánico. Los dragones le conducirían a la muerte.

La pendiente del camino prestó alas a sus pies, y tuvo que frenar su carrera mucho antes de llegar al umbral de piedra de la vivienda de la comadrona. Aporreó la puerta cerrada, y oyó la asustada exclamación de sorpresa que provenía del interior.

—¡Un parto! ¡Un parto en el Fuerte! —gritó Lessa, sin dejar de golpear la puerta.

—¿Un parto? —preguntó una voz ahogada, mientras alguien manipulaba en los cerrojos—. ¿En el Fuerte?

—La dama de Fax y, si aprecias tu vida, date prisa, ya que si nace varón será el Señor de Ruatha.

Aquello debía convencerla, pensó Lessa, y en aquel momento el hombre de la casa abrió la puerta de par en par. Lessa pudo ver a la comadrona reuniendo apresuradamente sus cosas, amontonándolas en su chal. Lessa empujó literalmente a la mujer por el empinado camino hasta el Fuerte, por debajo de la Torre, agarrándola del brazo cuando trató de huir al ver al dragón que la observaba desde lo alto. La hizo entrar en el Patio y luego, venciendo su resistencia, en el Vestíbulo.

Asustada al ver tanta gente reunida allí, la mujer se aferró a la puerta interior. El Señor Fax, con los pies sobre la mesa, se estaba limpiando las uñas con su cuchillo, no agotada aún su hilaridad. Los dragoneros, con sus túnicas de piel de wher, comían silenciosamente en una mesa, en tanto que los soldados daban cuenta de los restos del asado.

Cuando el caballero bronce vio llegar a las dos mujeres, hizo un gesto apremiante hacia el Fuerte interior. La comadrona no se movió. Inútilmente, Lessa tiró de su brazo, conminándola a atravesar el Vestíbulo. Ante su sorpresa, el caballero bronce avanzó hacia ellas.

—Date prisa, mujer, Dama Gemma va a dar a luz antes de tiempo —dijo con aire preocupado, señalando imperativamente hacia la entrada del Fuerte.

Ante la pasividad de la comadrona, la agarró del hombro y la condujo hacia la escalera, con Lessa tirando del otro brazo de la mujer.

Cuando llegaron a la escalera, F'lar soltó a la comadrona, indicándole con un gesto a Lessa que la escoltara el resto del camino. En el momento en que llegaban a la maciza puerta interior, Lessa observó la fijeza con que las estaba observando el dragonero. Con especial atención miraba la mano con la que Lessa sujetaba el brazo de la comadrona. Lessa contempló su propia mano, y la vio como si perteneciera a una desconocida: los largos dedos, bien formados a pesar de la suciedad y de las uñas rotas, una mano pequeña, delicadamente modelada, cuya belleza no habían podido destruir los trabajos más rudos.

Dama Gemma estaba en pleno parto, que se presentaba difícil. Cuando Lessa trató de retirarse de la habitación, la comadrona le dirigió una mirada tan aterrada

que, de mala gana, Lessa se quedó. Resultaba evidente que las otras damas de Fax no servían para nada; estaban agrupadas a un lado del alto lecho, retorciéndose las manos y hablando en tono excitado y estridente. Lessa y la comadrona tuvieron que desvestir a Dama Gemma, tranquilizarla y sujetar sus manos ante las contracciones.

En el rostro de la grávida mujer quedaba muy poca belleza. Sudaba considerablemente, y su piel estaba teñida de gris. Su respiración era ronca y fatigosa, y, para no gritar, se mordía los labios.

—Esto no marcha bien —murmuró la comadrona entre dientes—. Vosotras, basta de parloteo —ordenó, volviéndose hacia las damas. En el ejercicio de su profesión, se afirmaba su carácter y sabía imponer su autoridad—. Traedme agua caliente. Acercadme aquellos trapos. Buscad algo caliente para el bebé. Si nace con vida, debemos protegerle del frío y de las corrientes de aire.

Sugestionadas por el tono imperativo de la comadrona, las mujeres dejaron de gimotear y obedecieron sus instrucciones.

Si sobrevive, las palabras resonaron en la mente de Lessa. *Si sobrevive para ser Señor de Ruatha. ¿Alguien engendrado por Fax?* Ésa no había sido su intención, aunque...

Dama Gemma agarró ciegamente las manos de Lessa y, a pesar de sí misma, Lessa respondió a la presión que había de resultar consoladora para la mujer.

—Sangra demasiado —murmuró la comadrona—. Más trapos.

Las mujeres volvieron a gimotear, susurrando comentarios de miedo y de protesta.

—No debió hacer un viaje tan largo.

—Morirán las dos.

—Oh, hay demasiada sangre.

Demasiada sangre, pensó Lessa. No tengo ningún agravio contra ella. Y el niño llega demasiado pronto. Morirá. Miró el rostro contraído, el ensangrentado labio inferior. Si no grita ahora, ¿por qué lo hizo entonces? Una oleada de rabia invadió a Lessa. Por algún motivo que ignoraba, esta mujer había distraído a Fax y a F'lar en el momento crucial. Apretó furiosamente las manos de Gemma entre las suyas.

El inesperado dolor arrancó a Gemma de su breve respiro entre las terribles contracciones que se presentaban a intervalos cada vez más cortos. Parpadeando contra el sudor que inundaba sus ojos, miró desesperadamente a Lessa.

—¿Qué te he hecho yo? —balbuceó.

—¿Que qué me has hecho? Cuando proferiste tu falso grito, tenía a Ruatha al alcance de mi mano —dijo Lessa, con la cabeza inclinada de modo que ni siquiera la comadrona al pie de la cama pudiera oírlas.

Estaba tan furiosa que había perdido toda discreción, pero eso no importaba porque esa mujer se hallaba a las puertas de la muerte.

—Pero... el dragonero... Fax no puede matar al dragonero. Hay tan pocos caballeros bronce... Todos los que hay son necesarios. Y las antiguas Leyendas... la

estrella... estrella...

Estremecida por una nueva contracción, no pudo continuar hablando. Los macizos anillos que llevaba en sus dedos mordieron las manos de Lessa mientras Dama Gemma se aferraba a la muchacha.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lessa en un ronco suspiro. Pero la agonía de la mujer era tan intensa que apenas podía respirar. Sus ojos parecían querer escapar de su cabeza. A pesar de que Lessa se había endurecido contra toda emoción que no fuera la de la venganza, se dejó dominar por el profundo instinto femenino de aliviar el dolor de una mujer en su fase más extrema. Aun así, las palabras de Dama Gemma resonaban en su mente. Así que la mujer no había protegido a Fax, sino al dragonero. ¿La Estrella? ¿Se refería a la Estrella Roja? ¿A qué antiguas Leyendas aludía?

La comadrona tenía las dos manos sobre el vientre de Gemma, apretando hacia abajo, susurrando consejos a una mujer demasiado agobiada por el dolor como para oírlos. En una de sus convulsiones, el cuerpo de la parturienta perdió contacto con la cama. Mientras Lessa trataba de sujetarla, Dama Gemma abrió los ojos de par en par, con una expresión de incrédulo alivio. Se relajó en brazos de Lessa y permaneció inmóvil.

—¡Ha muerto! —chilló una de las mujeres.

Huyó, gritando, de la cámara. Su voz reverberó en la roca de los pasillos. «Muerta... erta... erta... aaaaa» repitió una y otra vez el eco.

Lessa soltó el cuerpo de Dama Gemma, dejándolo reposar sobre el lecho, contemplando, asombrada, la extraña sonrisa de triunfo estereotipada en el rostro de la muerta. Mucho más impresionada que el resto de las mujeres, se retiró a las sombras. Estaba temblando de remordimiento, ella, que nunca había vacilado en hacer cualquier cosa que pudiera perjudicar a Fax o empobrecer todavía más a Ruatha. Sumida en su idea fija, había olvidado que podían existir otras personas impulsadas por el odio a Fax. Dama Gemma era una de ellas, y había sufrido brutalidades y humillaciones mucho más increíbles que las de Lessa. Sin embargo, Lessa había odiado a Gemma, había hecho víctima de su odio a una mujer que había merecido su respeto y su apoyo más que su condena.

Un aura de autorrepulsión y tragedia empezaba a abrumarle, sacudió la cabeza para disipar esa sensación. No tenía tiempo para lamentarse o arrepentirse. Ahora no. No cuando, con la muerte de Fax, podría vengar, no sólo sus propios agravios, sino también los de Gemma.

Ése era el objetivo. Y ella tenía la palanca. El niño..., sí, el niño. Diría que estaba vivo. Que era varón. El dragonero tendría que luchar. Había oído y atestado el juramento de Fax.

Mientras corría por los pasillos en dirección al Vestíbulo, una sonrisa, parecida a la que exhibía el rostro de la mujer muerta, iluminó el de Lessa.

Estaba a punto de entrar en el propio Vestíbulo cuando se dio cuenta de que su anticipación del triunfo había destruido su autodisciplina. Lessa se detuvo delante del

portal y reposó deliberadamente para recobrar el aliento. Luego, dejó caer sus hombros y avanzó arrastrando los pies, convertida una vez más en una insignificante fregona.

El heraldo de muerte estaba sollozando, arrebujada a los pies de Fax.

Notando que su odio hacia el soberano se hacía más intenso, Lessa apretó los dientes. Fax se alegraba de que Dama Gemma hubiera muerto frustrando su semilla. Incluso ahora le estaba ordenando a la histérica mujer que fuera en busca de su última favorita, sin duda para nombrarla primera dama.

—¡El niño vive! —gritó Lessa, con la voz distorsionada por la rabia y el odio—. ¡Es varón!

De un salto, Fax se puso en pie, apartando de un puntapié a la mujer sollozante y mirando furiosamente a Lessa.

—¿Qué estás diciendo, mujer?

—El niño vive. Es varón —repitió Lessa, acercándose.

La incredulidad y el furor que se reflejaron en el rostro de Fax eran algo digno de verse. Los hombres del Gobernador sofocaron sus inadvertidos vítores.

—¡Ruatha tiene un nuevo Señor! —Rugieron los dragoneros.

Tan obsesionada estaba Lessa con su objetivo que no observó las reacciones de las personas que se encontraban en el Vestíbulo, ni oyó el rugido de los dragones en el exterior.

Fax entró en acción. Cruzó de un salto el espacio que le separaba de Lessa, aullando la falsedad de la noticia. Antes de que Lessa pudiera esquivarlo, el puño del soberano golpeó su rostro. El impacto la levantó del suelo y la hizo caer pesadamente sobre las piedras, donde permaneció inmóvil, un montón de sucios harapos.

—¡Quieto Fax! —La voz de F'lar rompió el silencio en el instante en que el Señor de las Altas Extensiones levantaba su pierna para patear el inconsciente cuerpo de la mujer.

Fax giró en redondo, cerrando maquinalmente su mano sobre la empuñadura de su cuchillo.

—Fue oído y atestiguado, Fax —le advirtió F'lar, con una mano agresivamente extendida—. Por dragoneros. ¡Cumple lo que juraste delante de testigos!

—¿Testigos? ¿Los dragoneros? —inquirió Fax con una risa desdeñosa—. Querrás decir dragoneras —añadió, con los ojos cargados de desprecio.

Momentáneamente, le pilló desprevenido la rapidez con la cual el cuchillo del caballero bronce apareció en su mano.

—¿Dragoneras? —inquirió F'lar.

Los labios del caballero bronce estaban entreabiertos, mostrando sus dientes, y la voz peligrosamente suave. La luz de las lámparas se reflejó sobre la hoja de su cuchillo mientras avanzaba hacia Fax.

—¡Mujeres! ¡Parásitos de Pern! ¡El poder del Weyr se ha agotado! Agotado para bien —rugió Fax, saltando hacia adelante al encuentro de su adversario.

Los dos rivales apenas se dieron cuenta de lo que ocurría detrás de ellos, de las mesas que eran apartadas bruscamente para dejarles espacio libre. F'lar no pudo distraer su mirada para fijarla en la caída figura de la fregona, pero estaba seguro, a través y más allá del instinto, que ella era la fuente de poder. Lo había sentido cuando entró en el Vestíbulo, y el rugido de los dragones se lo había confirmado. Si aquella caída la había matado... Avanzó sobre Fax, dando un salto de costado para esquivar la centelleante hoja que Fax había proyectado hacia él con su poderoso brazo.

Con facilidad, F'lar estudió el ataque, dándose cuenta del alcance del brazo de su adversario y decidiendo que en ese aspecto tenía una leve ventaja. Se dijo severamente a sí mismo que la ventaja no era mucha. Fax tenía mucha más experiencia en los combates a muerte cuerpo a cuerpo que él, cuyos duelos siempre habían terminado con la primera sangre en el terreno de prácticas. F'lar tomó nota de que debía evitar todo contacto con el robusto Señor. La fuerza del peso estaba de parte de su rival. El arma que F'lar debía utilizar era la agilidad, no la fuerza bruta.

Tanteando las debilidades o los fallos de F'lar, Fax hizo una finta. Los dos permanecían agachados, moviéndose a través de un espacio de seis pasos, agitando las manos que empuñaban los cuchillos y con las manos libres extendidas y abiertas, al acecho de la ocasión de hacer presa.

De nuevo, Fax se lanzó al ataque. F'lar permitió que se le acercara sólo lo suficiente para lanzarle un golpe de revés y retroceder rápidamente. Notó el desgarrar de la tela bajo la punta de su cuchillo y oyó el gruñido de Fax. Con más rapidez de la que permitía sospechar lo macizo de su cuerpo, el soberano volvió a embestirle, y F'lar tuvo que retroceder de nuevo, sintiendo el arañazo del cuchillo de Fax a través de su recio justillo de piel de wher.

Los dos rivales se movieron en círculo, buscando cada uno de ellos una abertura en la defensa del otro. La maniobra de Fax trataba de permitirle arrinconar a su adversario, más ligero y más rápido que él, entre una plataforma y la pared, para aprovechar así la ventaja de su peso y su masa superiores.

Pero, súbitamente, F'lar contraatacó, deslizándose por debajo del brazo extendido de Fax y proyectando oblicuamente su cuchillo a través del costado de su rival. Aullando salvajemente, el soberano se lanzó sobre él, y F'lar quedó atrapado contra el costado del otro hombre, forcejeando desesperadamente con su mano izquierda para mantener en alto el brazo armado con el cuchillo. De pronto, F'lar proyectó su rodilla hacia arriba, golpeando a Fax en la ingle. Gruñendo de dolor, Fax abrió la boca como si le faltara aire para respirar. El caballero bronce aprovechó la ocasión para ponerse en pie. Un súbito fuego en su hombro izquierdo le hizo saber que no había escapado incólume.

El rostro de Fax estaba rojo de furor sanguinario, y jadeaba de cansancio y de dolor. Pero F'lar no tuvo tiempo de aprovechar aquella momentánea ventaja, ya que el enfurecido Señor se repuso rápidamente y volvió a embestir. F'lar se vio obligado a

saltar de costado antes de que Fax pudiera establecer contacto directo con él. F'lar situó la mesa de trincar entre los dos, dando vueltas en torno a ella, flexionando su hombro para comprobar la extensión de su herida. La cuchillada le dolía como si le hubieran marcado con un hierro candente. Aunque el movimiento le resultaba doloroso, podía utilizar el brazo.

De pronto, Fax cogió un puñado de piltrafas grasientas de la bandeja de la carne y las lanzó contra F'lar. El dragonero se dejó caer al suelo, y Fax, de un salto, salvó la distancia alrededor de la mesa. El instinto impulsó a F'lar a dar varias vueltas sobre sí mismo mientras la centelleante hoja de Fax pasaba a pocos centímetros de su abdomen. Su propio cuchillo se hundió en la parte exterior del brazo de Fax. A un mismo tiempo, los dos hombres se incorporaron para encararse de nuevo el uno con el otro, pero el brazo izquierdo de Fax colgaba inerte de un costado.

F'lar se lanzó hacia adelante, forzando su suerte mientras el Señor de las Altas Extensiones se tambaleaba. Pero F'lar había sido demasiado optimista al juzgar el estado en que se encontraba su rival y, cuando trataba de esquivar el zigzagueante cuchillo, recibió una terrible patada en el costado. Retorciéndose de dolor, F'lar rodó frenéticamente sobre sí mismo, alejándose de su adversario que trataba de caer sobre él para abrumarle con su peso y asestarle el golpe definitivo. Reuniendo todas sus fuerzas, F'lar logró incorporarse, aunque sin llegar a ponerse en pie. Su misma postura le salvó. Fax calculó que su rival se levantaría y falló el golpe, perdiendo así el equilibrio. F'lar sólo tuvo que extender su mano derecha para hundir el cuchillo en la desprotegida espalda de Fax, hasta que notó que la punta se clavaba en el esternón.

El derrotado Señor cayó sobre las losas boca abajo, y la fuerza del golpe desalojó la daga de su esternón, de modo que unos tres centímetros de la hoja ensangrentada volvieron a surgir del orificio de entrada.

Un leve gemir de dolor y alivio taladró la niebla. F'lar alzó la mirada y vio, a través de unos ojos anegados en sudor, a las mujeres agrupadas en el umbral del Fuerte. Una de ellas sostenía en sus brazos un objeto envuelto en fajas. A F'lar le resultó imposible captar de inmediato el significado de aquel cuadro, pero supo que era muy importante para aclarar sus ideas.

Cuando miró al hombre muerto se dio cuenta de que no sentía ningún placer por haberlo matado, sólo alivio por el hecho de que él mismo seguía estando vivo. Se secó la frente con la manga y se obligó a erguirse, con su costado latiendo con el dolor de aquella última patada y su hombro izquierdo ardiendo. Tambaleándose, avanzó hacia la fregona, que continuaba en el mismo lugar en el que había caído.

La giró cuidadosamente boca arriba, observando la terrible magulladura extendiéndose a través de su mejilla debajo de la sucia piel. Oyó a F'nor dando órdenes para dominar el tumulto en el Vestíbulo.

A pesar del esfuerzo por controlarse a sí mismo, el dragonero pasó una mano temblorosa sobre el pecho de la mujer en busca de un latido del corazón... Estaba allí, lento pero fuerte.

F'lar suspiró profundamente, ya que lo mismo el golpe que la caída podían haber resultado fatales. Fatales, quizá, para el propio Pern.

El alivio estaba teñido de disgusto. Bajo aquella capa de suciedad no había manera de saber qué edad podía tener aquella mujer. F'lar la levantó en brazos, sin que el ligero cuerpo representara una carga, ni siquiera después del cansancio del combate que acababa de librar. Sabiendo que F'nor resolvería eficazmente cualquier problema, F'lar transportó a la fregona a su propia cámara.

Tras depositar el cuerpo sobre el alto lecho, atizó el fuego y añadió más teas al candelabro situado junto a la cama. Ante la idea de tocar la sucia mata de pelo, tragó saliva, pero terminó por echarla hacia atrás suavemente girando la cabeza de la fregona a uno y otro lado. Tenía las facciones pequeñas y regulares. Un brazo, libre de harapos, estaba razonablemente limpio por encima del codo, aunque lleno de magulladuras y de antiguas cicatrices. La piel era firme y sin arrugas. Las manos, cuando las tomó entre las suyas, tenían una costra de suciedad, pero debajo de ella se adivinaban delicadas y perfectamente modeladas.

F'lar empezó a sonreír. Sí, ella había hurtado tan hábilmente aquella mano de su vista cuando acompañaba a Dama Gemma, que F'lar había dudado de la primera impresión que le había producido. Y sí, debajo del tizne y de la grasa, aquella mujer era joven. Suficientemente joven para el Weyr. Y sin bastardía. Por suerte, no era lo suficientemente joven como para haber sido engendrada por Fax. ¿Bastarda de alguno de los anteriores Señores? No, en ella no había una sola gota de sangre ordinaria. Fuera cual fuese su Línea, era pura. F'lar se inclinaba a creer que era realmente ruathana, y que por algún medio desconocido había escapado a la matanza ocurrida hacía diez Revoluciones, consagrando desde entonces todo su tiempo a la venganza. ¿Qué otro motivo podía tener para haber obligado a Fax a renunciar al Fuerte?

Deleitado y fascinado por esta inesperada suerte, F'lar extendió la mano para arrancar el vestido del cuerpo inconsciente, y se encontró constreñido a no hacerlo. La muchacha había despertado. Sus grandes y hambrientos ojos se clavaron en los de F'lar, ni temerosos ni expectantes: sagaces.

Se produjo un cambio sutil en su rostro. Con una sonrisa cada vez más pronunciada, F'lar observó cómo la muchacha infundía a sus facciones regulares una ilusión de desagradable fealdad.

—¿Tratando de confundir a un dragonero, muchacha? —inquirió F'lar, sonriendo.

No hizo ningún otro movimiento para tocarla, sino que se apoyó contra el gran cabezal labrado de la cama, cruzó los brazos sobre su pecho, y luego los elevó súbitamente para aliviar su brazo dolorido.

—Tu nombre y tu rango, muchacha.

Lentamente, se deslizó hacia atrás para apoyarse en el otro cabezal, de modo que se enfrentaron el uno al otro a través de la longitud de la alta cama.

—¿Fax?

—Muerto. ¡Tu nombre!

Una expresión de exultante triunfo inundó el rostro de Lessa. Se deslizó fuera del lecho, apareciendo inesperadamente alta.

—Entonces, reclamo lo que es mío. Soy de la Sangre ruathana. Reclamo Ruatha —anunció con voz resonante.

Durante unos instantes, F'lar la miró fijamente, deleitado por su orgulloso porte. Luego echó la cabeza hacia atrás y rió.

—¿Esto? ¿Este montón de harapos? —La disparidad entre la arrogancia de los modales de la muchacha y sus ropas resultaba realmente cómica—. Oh, no. Además, mi estimada dama, los dragoneros oímos y atestiguamos el juramento de Fax renunciando al Fuerte en favor de su heredero. ¿Tengo que desafiar al bebé también por ti? ¿Y estrangularle con sus propias fajas?

Los ojos de Lessa llamearon y sus labios se entreabrieron en una terrible sonrisa.

—No existe ningún heredero. Gemma murió, el niño no llegó a nacer. Mentí.

—¿Mentiste? —inquirió F'lar, furioso.

—Sí. —Lessa irguió insolentemente su barbilla hacia él—. Mentí. No nació ningún niño. Sólo quería asegurarme de que retarías a Fax.

Rabioso al comprobar que había sido manipulado dos veces por aquella mujer, F'lar la agarró por la muñeca.

—¿Has provocado a un dragonero para que luchara? ¿A muerte? ¿Cuando estaba de Búsqueda?

—¿Búsqueda? ¿Qué me importa a mí una Búsqueda? Ruatha vuelve a ser mi Fuerte. Durante diez Revoluciones he trabajado y esperado, planeado y sufrido para eso. ¿Qué significado podía tener para mí tu Búsqueda?

F'lar deseó golpear aquel rostro para borrar de él la insolente mueca de desdén. Salvajemente, retorció el brazo de la muchacha, derribándola a sus pies antes de soltarla. Ella se rió de F'lar, rodó sobre sí misma, se puso en pie y corrió hacia la puerta antes de que el dragonero se diera cuenta de sus intenciones y saliera a perseguirla.

Maldiciendo en voz baja, F'lar recorrió precipitadamente los pasillos de roca, sabiendo que la muchacha tendría que pasar por el Vestíbulo para salir del Fuerte. Sin embargo, cuando llegó al Vestíbulo no vio ni rastro de ella entre las personas que permanecían allí.

—¿Ha pasado esa muchacha por aquí? —le gritó a F'nor, que por casualidad estaba de pie junto a la puerta que daba al Patio.

—No. ¿Acaso ella es la fuente del poder?

—Sí, lo es —respondió F'lar, desconcertado por la desaparición de la muchacha. ¿Adónde había ido?—. ¡Y de la Sangre ruathana, además!

—¡Oh! Entonces, ¿se casará con el niño? —preguntó F'nor, señalando a la comadrona que ocupaba un asiento cerca del ahora llameante hogar.

F'lar se detuvo, a punto de volver a registrar los innumerables pasillos del Fuerte.

Momentáneamente confundido, miró a su caballero pardo.

—¿El niño? ¿Qué niño?

—El varón que llevaba Dama Gemma —respondió F'lar, sorprendido ante la desconcertada expresión de F'lar.

—¿Vive?

—Sí. Y, según dice la mujer, es un niño muy fuerte a pesar de ser prematuro y de que tuvo que ser extraído del vientre de la muerta.

F'lar echó su cabeza hacia atrás y estalló en una ruidosa carcajada. A pesar de todas sus maniobras, la muchacha había sido derrotada por la Verdad.

En aquel momento, oyó el inconfundible rugido de alegría de Mnementh, seguido del curioso gorjeo inquisitivo de los otros dragones.

—Mnementh la ha atrapado —gritó F'lar, sonriendo jubilosamente.

Echó a correr, pasando por encima del cadáver del antiguo Señor de las Altas Extensiones, y salió al patio principal.

Vio que el dragón bronce había abandonado su puesto de vigilancia en la Torre, y lo llamó. Una agitación en el aire le impulsó a levantar la mirada. Vio que Mnementh planeaba en espiral encima del Patio, agarrando algo con sus patas delanteras. Mnementh informó a F'lar que había visto a la muchacha saliendo por una de las altas ventanas y, sabiendo que el dragonero la buscaba, se había limitado a cogerla en el repecho. El dragón bronce se posó torpemente sobre sus patas traseras, moviendo sus alas para mantenerse en equilibrio. Entonces, depositó con cuidado a la muchacha en el suelo y formó, también con cuidado, una jaula alrededor de ella con sus enormes garras. Lessa permaneció inmóvil dentro de aquel círculo, con el rostro vuelto hacia la cabeza cuneiforme que oscilaba encima de ella.

Chillando de terror, rabia y odio, el wher guardián tiraba violentamente del extremo de su cadena, tratando de acudir en ayuda de Lessa. Quiso atacar a F'lar mientras el dragonero avanzaba hacia ella.

—Has tenido el valor suficiente para volar con el dragón, muchacha —admitió, apoyando casualmente una mano sobre la garra superior de Mnementh.

El dragón se sintió enormemente satisfecho de sí mismo e inclinó su cabeza para que se la rascaran.

—No mentiste, ¿sabes? —añadió F'lar, incapaz de resistirse a la tentación de humillar a la muchacha.

Lessa se giró lentamente hacia él, con el rostro impasible. No temía a los dragones, pensó F'lar con satisfacción.

—El niño vive. Y es varón.

Lessa no pudo disimular su desaliento, y sus hombros se hundieron momentáneamente, antes de que lograra erguirlos de nuevo.

—Ruatha es mío —insistió con voz tensa y baja.

—Lo habría sido si te hubieras dirigido directamente a mí cuando el escuadrón llegó aquí.

Lessa abrió mucho los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Un dragonero puede luchar en nombre de cualquiera que haya sido víctima de una injusticia notoria. Cuando llegamos al Fuerte de Ruatha, mi Dama, a pesar de la Búsqueda, yo estaba dispuesto a retar a Fax si se presentaba una causa razonable. — Esto no era en absoluto cierto, pero F'lar tenía que enseñarle a esta muchacha que era una locura tratar de controlar a los dragoneros—. Si hubieras prestado atención a los cantos de vuestro arpista, conocerías tus derechos. Y... —La voz de F'lar adquirió un tono vengativo que le sorprendió a él mismo—. Es posible que Dama Gemma no hubiese muerto. Ella, alma valerosa, sufrió mucho más que tú a manos de aquel tirano.

Algo en la expresión de la muchacha le dijo que ella lamentaba la muerte de Dama Gemma, que le había afectado profundamente.

—¿Qué valor tiene ahora Ruatha para ti? —preguntó, haciendo un amplio gesto con el brazo, como queriendo abarcar el ruinoso Fuerte y todo el improductivo valle de Ruatha—. Has alcanzado tus objetivos: una conquista infructuosa y la muerte de su conquistador.

F'lar hizo una pausa.

—Con el tiempo, todos esos Fuertes volverán a manos de su legítima Sangre. Un Fuerte y un Señor. Cualquier otra cosa va contra la tradición. Desde luego, es posible que tengas que luchar contra otros que desobedezcan ese precepto: que se hayan contagiado de la codiciosa locura de Fax. ¿Podrían conservar Ruatha contra un ataque..., ahora, en su actual estado?

—¡Ruatha es mío!

—¿Ruatha? —inquirió F'lar, con una sonrisa desdeñosa—. ¿Cuándo podrías ser Dama del Weyr?

—¿Dama del Weyr? —repitió Lessa, mirando a F'lar con increíble asombro.

—Sí, criatura. Te dije que mi viaje era de Búsqueda, ya va siendo hora de que pienses en algo más que en Ruatha. Y el objeto de mi Búsqueda eres tú.

Lessa miró fijamente el dedo que apuntaba hacia ella, como si fuera peligroso.

—Por el Primer Huevo, muchacha, hay en ti poder para manejar a un dragonero a tu antojo. Desde luego, ahora no podrías repetirlo porque estoy en guardia contra ti.

Con un suave rumor en su garganta, Mnementh canturreó su aprobación. Arqueó el cuello de modo que uno de sus ojos quedó enfocado directamente hacia la muchacha, brillando en la oscuridad del patio.

Con satisfacción, F'lar observó que la muchacha ni siquiera parpadeó ante la proximidad de un ojo mayor que su propia cabeza.

—Le gusta que le rasquen los párpados —dijo F'lar en tono amistoso, cambiando de táctica.

—Lo sé —dijo Lessa en voz baja, y extendió una mano para prestar aquel servicio.

—Nemorth ha puesto un huevo dorado —continuó F'lar en tono persuasivo—. Está a punto de morir. Esta vez necesitamos una Dama del Weyr fuerte.

—¿La Estrella Roja? —inquirió la muchacha, volviendo hacia F'lar unos ojos asustados, lo cual sorprendió al dragonero, ya que, hasta entonces, ella no había manifestado ningún temor.

—¿La has visto? ¿Comprendes lo que significa?

Vio que ella tragaba saliva nerviosamente.

—Hay peligro... —susurró Lessa, mirando aprensivamente hacia el este.

F'lar no preguntó en virtud de qué milagro conocía ella la inminencia del peligro. Su intención era la de llevársela al Weyr, si era necesario utilizando la fuerza. Pero algo en su interior le hacía desear que la muchacha aceptara el reto voluntariamente. Una Dama del Weyr rebelde sería más peligrosa aún que una estúpida. Esta muchacha tenía demasiado poder, y estaba demasiado acostumbrada a la manipulación y a la estrategia. Sería un desastre provocar su antagonismo con un trato poco juicioso.

—Hay peligro para todo Pern. No sólo para Ruatha... —dijo F'lar, dejando que se deslizara en su voz un acento de súplica—, y tú eres necesaria. No en Ruatha. —Un gesto de su mano descartó esta última consideración como algo insignificante comparado con el cuadro entero—. Sin una Dama del Weyr estamos condenados. Sin ti estamos condenados.

—Gemma dijo que todos los caballeros bronce eran necesarios —murmuró Lessa.

¿Qué quería dar a entender con aquella afirmación? F'lar frunció el ceño. ¿Había oído una palabra de lo que él había dicho? Insistió en sus argumentos, únicamente seguro de que había pulsado ya una cuerda sensible.

—Has ganado aquí. Deja que el niño, el hijo de Gemma, se críe en Ruatha. Como Dama del Weyr tendrás autoridad sobre todos los Fuertes, y no únicamente sobre la arruinada Ruatha. Con la muerte de Fax has culminado tu plan. Renuncia a la venganza.

Lessa miró a F'lar con ojos interrogantes, absorbiendo sus palabras.

—Nunca pensé más allá de la muerte de Fax —admitió lentamente—. Nunca pensé en lo que sucedería después.

Su confusión era casi infantil e impresionó profundamente a F'lar. No había tenido tiempo ni deseos de pensar en lo prodigioso de lo que la muchacha había llevado a cabo. Hasta cierto punto, ahora se daba cuenta de lo indomable de su carácter. Ella no podía haber tenido más de diez Revoluciones de edad cuando Fax asesinó a su familia. Pero, aun siendo tan joven, se había fijado un objetivo y había logrado sobrevivir a la brutalidad y a la detección el tiempo suficiente como para asegurar la muerte del usurpador. ¡Sería una espléndida Dama del Weyr! En la tradición de aquellas de Sangre ruathana. A la luz de la pálida luna aparecía joven, vulnerable y casi bonita.

—Puedes ser Dama del Weyr —repitió F'lar, con amable insistencia.

—Dama del Weyr —suspiró Lessa, incrédula y, con la mirada recorrió el patio interior bañado por la suave luz de la luna.

A F'lar le pareció que agitaba negativamente la cabeza.

—¿Prefieres los harapos? —inquirió, haciendo que su voz sonara ruda y burlona—. ¿Y los cabellos enmarañados, los pies sucios y las manos agrietadas? ¿Dormir en la paja, comer desperdicios? Eres joven, bueno, supongo que lo eres. —Su voz era francamente escéptica. Lessa le miró con frialdad, con los labios fuertemente apretados—. ¿Es eso todo lo que ambicionas? ¿Lo único que deseas es ser dueña de este pequeño rincón del mundo? —F'lar hizo una pausa y luego añadió, con profundo desdén—: Veo que la Sangre de Ruatha se ha aguado. ¡Tienes miedo!

—Soy Lessa, hija del Señor de Ruatha —contestó ella, herida por el insulto a la Sangre. Se irguió, con los ojos llameantes y la barbilla levantada—. ¡Yo no le tengo miedo a nada!

F'lar se limitó a esbozar una leve sonrisa.

Mnementh, en cambio, irguió su cabeza y extendió su sinuoso cuello en toda su longitud. Su rugido resonó en todo el valle. El dragón bronce comunicaba a F'lar su certeza de que Lessa había aceptado el reto. Desde diversos puntos y de un modo menos estridente que Mnementh, los otros dragones respondieron. Tendido al extremo de su cadena, el wher guardián alzó su voz en un leve y enervante chillido hasta que el Fuerte se vació de sus desconcertados ocupantes.

—F'nor —llamó el caballero bronce, haciendo señas a su hermanastro para que se acercara—. Deja a la mitad del escuadrón de guardia en el Fuerte. A algún Señor cercano podría ocurrírsele imitar el ejemplo de Fax. Envía un jinete a las Altas Extensiones con la buena noticia. Tú irás directamente a la Pañería y hablarás con L'tol... Lytol. —F'lar sonrió—. Creo que será un Gobernador y Regente ejemplar para este Fuerte, en nombre del Weyr y del Señor niño.

A medida que comprendía las instrucciones de su jefe, el rostro del caballero pardo expresó entusiasmo por su misión. Con Fax muerto y Ruatha bajo la protección de los dragoneros, particularmente del que había eliminado a Fax, el Fuerte estaría a salvo y prosperaría bajo un gobierno sensato.

—¿Provocaba ella la ruina de Ruatha? —le preguntó a su jefe—. Y, con sus maquinaciones, casi la nuestra —respondió F'lar; pero, habiendo encontrado el admirable objeto de su Búsqueda, podía ser magnánimo—. Reprime tu exaltación, hermano —aconsejó rápidamente, mientras tomaba nota de la expresión de F'nor—. La nueva reina debe ser también Impresionada.

—Yo arreglaré las cosas aquí. La elección de Lytol es excelente —dijo F'nor, aunque sabía que F'lar no necesitaba la aprobación de nadie.

—¿Quién es Lytol? —inquirió Lessa bruscamente.

Había apartado de su rostro la masa de pringosos cabellos, echándola hacia atrás. La suciedad resultaba menos perceptible a la luz de la luna. F'lar sorprendió a F'nor mirándola con una expresión que no resultaba difícil leer. Le hizo un gesto perentorio

para que, sin demora, cumpliera sus órdenes.

—Lytol es un dragonero sin dragón —le dijo F'lar a la muchacha—, enemigo de Fax. Gobernará bien el Fuerte y lo hará prosperar. —Y mirándola con aire sonriente, añadió en tono persuasivo—: ¿Te parece bien?

Lessa le miró con expresión sombría, sin contestar, hasta que F'lar soltó una risita, desconcertándola.

—Regresaremos al Weyr —anunció F'lar, extendiendo una mano para guiar a la muchacha hasta el costado de Mnementh.

El dragón bronceado había tendido su cabeza hacia el wher guardián, que ahora yacía jadeante sobre el suelo, con su cadena caída en el polvo.

—¡Oh! —suspiró Lessa, y se dejó caer al lado del grotesco animal, que alzó lentamente la cabeza, gimiendo lastimeramente.

—Mnementh dice que es muy viejo y no tardará en sumirse en el sueño de la muerte.

Lessa acunó la repulsiva cabeza entre sus brazos, acariciando los párpados, rascando detrás de las orejas.

—Vamos, Lessa de Pern —dijo F'lar, impaciente por emprender la marcha.

Lenta, pero obedientemente, Lessa se levantó.

—Me salvó la vida. Me conoce.

—Y él sabe que tú lo sabes —le aseguró F'lar bruscamente.

Se maravilló ante aquella manifestación de sentimiento tan poco característica de la muchacha. Tomando de nuevo su mano, la ayudó a ponerse en pie y la condujo de nuevo hacia Mnementh.

En apenas una fracción de segundo recibió un golpe que le envió rodando a través de las losas del patio, dejándole sin fuerzas para ponerse en pie y encararse con su agresor. Quedó tendido de espaldas, asombrado al ver que el wher guardián proyectaba su escamoso cuerpo hacia adelante con la intención de aterrizar encima de él.

Simultáneamente, oyó la exclamación de sorpresa de Lessa y el rugido de Mnementh. La gran cabeza del dragón bronce estaba oscilando para golpear al wher guardián y apartarlo del dragonero. Pero cuando el cuerpo del wher guardián estaba plenamente extendido en su salto, Lessa gritó:

—¡No mates! ¡No mates!

El wher guardián, con su rugido convertido en un angustiado grito de alarma, ejecutó una increíble maniobra en pleno aire, desviándose de su trayectoria. F'lar oyó el sordo crujido cuando lo forzado de su aterrizaje rompió el cuello del encadenado animal.

Antes de que F'lar pudiera ponerse en pie, Lessa estaba mecido la espantosa cabeza entre sus brazos, con el rostro desolado.

Mnementh inclinó su cabeza para rozar suavemente el cuerpo del moribundo wher guardián. Informó a F'lar que el animal había sospechado que Lessa se

marchaba de Ruatha, algo que una de su Sangre no debía hacer. En su confusión senil, sólo podía suponer que Lessa estaba en peligro. Cuando oyó la frenética orden de Lessa, había rectificado su error a costa de su vida.

—Lo único que se proponía era defenderme —murmuró Lessa, con voz quebrada. Se aclaró la garganta—. Era el único ser en quien podía confiar. Mi único amigo.

Cariñosamente, F'lar palmeó el hombro de la muchacha, abrumado al pensar que alguien podía verse reducido a tener a un wher guardián como único amigo. Parpadeó de dolor puesto que la caída había vuelto a abrir la herida de su hombro.

—Verdaderamente, un amigo fiel —dijo, esperando pacientemente hasta que la luz en los ojos verde-dorados del wher guardián se apagó.

Todos los dragones emitieron la impresionante nota, apenas audible pero que erizaba los cabellos, que significaba la muerte de uno de los de su especie.

—No era más que un wher guardián —murmuró Lessa, asombrada por aquel tributo, con los ojos muy abiertos.

—Los dragones confieren honores cuando ellos quieren —dijo F'lar secamente, rechazando la responsabilidad.

Durante unos instantes, Lessa permaneció contemplando la repulsiva cabeza. Inclinandose, con hábiles y rápidos dedos deshizo la pesada hebilla que sujetaba el collar de metal alrededor del cuello. Con inusitada violencia, arrojó el collar lejos.

Luego, se incorporó y echó a andar con paso decidido hacia Mnementh, sin mirar ni una sola vez atrás. Tranquilamente, subió a la levantada pata de Mnementh y se sentó, tal como F'lar la había instruido, sobre el gran cuello.

El resto de su escuadrón se había reunido alrededor del Patio. F'lar lo revisó. La gente del Fuerte se había retirado a la seguridad del gran Vestíbulo. Cuando los dragoneros estuvieron a punto, F'lar se encaramó al cuello de Mnementh, delante de la muchacha.

—Agárrate con fuerza a mis brazos —le ordenó, mientras él se aferraba al espolón más pequeño del cuello y daba la voz de mando final.

Cuando al gran dragón bronce despegó, agitando las alas para ganar altura en su vuelo vertical, los dedos de Lessa se cerraron espasmódicamente alrededor del antebrazo de F'lar. Mnementh prefería caer en vuelo desde un acantilado o una torre. Los dragones tendían a la indolencia. F'lar echó una ojeada a sus espaldas y vio a los otros dragoneros en correcta formación, extendida para cubrir los huecos de los que habían quedado de guardia en Ruatha.

Cuando alcanzaron la siguiente altura, F'lar ordenó a Mnementh la transferencia, a través del *inter*, hasta el Weyr.

Mientras colgaban en el *inter*, Lessa disimuló perfectamente su asombro. Acostumbrado como estaba a la punzada del intensísimo frío, a la espantosa falta absoluta de luz y sonido, F'lar no encontraba enervantes las sensaciones. Pero la insólita transferencia no requería más tiempo que el que se tarda en toser tres veces.

Mnementh murmuró su aprobación a la tranquila reacción de esta candidata

mientras surgían del fantástico *Inter*. Al contrario que otras mujeres, ella no había tenido miedo ni gritado de pánico. F'lar había notado los latidos del corazón de Lessa en su brazo apretado contra las costillas de la muchacha, pero eso fue todo.

Y, de pronto, se encontraron encima del Weyr, con Mnementh tensando sus alas para deslizarse en la brillante luz del día, a medio mundo de distancia de Ruatha, donde entonces era de noche.

Mientras volaban en círculo por encima del gran pilón del Weyr, las manos de Lessa se aferraban con más fuerza a los brazos de F'lar, esta vez con sorpresa. F'lar observó de reojo el rostro de Lessa, complacido por el deleite que se reflejaba en él; la muchacha no parecía asustada por el hecho de encontrarse a semejante altura sobre la alta cordillera Benden. Luego, mientras los siete dragones rugían su grito de arribada, una sonrisa de incredulidad iluminó su rostro.

En tanto que Mnementh prefería descender en perezosos círculos, los otros dragoneros se dejaron caer en una amplia espiral, hacia abajo, hacia abajo. Y cada uno de ellos se posaba en el lugar que le correspondía en la hilera de cuevas del Weyr. Mnementh completó finalmente su descenso a sus cuarteles silbando estridentemente para sí mismo mientras frenaba su velocidad con una torsión de sus alas, posándose suavemente en el saliente de roca. A continuación, se agachó para que F'lar se apareara y ayudara a descender a la muchacha.

—Este camino conduce únicamente a nuestros alojamientos —le dijo F'lar a la muchacha al penetrar en el abovedado pasillo, lo suficientemente ancho como para permitir el paso a los grandes dragones de bronce.

Cuando llegaron a la enorme cueva natural que había pertenecido a Mnementh desde que alcanzó la madurez, F'lar miró a su alrededor con ojos ávidos después de su primera prolongada ausencia del Weyr. No cabía duda de que aquella inmensa cámara era más amplia que la mayoría de los Vestíbulos que había visitado en compañía de Fax. Aquellos Vestíbulos habían sido pensados y creados como lugares de reunión para hombres, no como moradas de dragones. Pero, súbitamente, se dio cuenta de que sus propios alojamientos se hallaban casi en tan malas condiciones como todo Ruatha. Desde luego, así como Ruatha era uno de los Fuertes más antiguos, Benden era uno de los Weyrs más antiguos, pero eso no disculpaba nada. ¡Cuántos dragones se habrían albergado en aquel hueco hasta hacer que la sólida roca se adaptara a las proporciones de un dragón! ¡Cuántos pies habrían desgastado el sendero que conducía más allá del Weyr del dragón, hasta el dormitorio y hasta el cuarto de baño donde el manantial de agua caliente proporcionaba el líquido elemento perpetuamente renovado! El aspecto de los tapices que colgaban de las paredes era lamentable, y había manchas de grasa en el dintel y en el suelo que podían haber sido limpiadas fácilmente.

Cuando se detuvo en el dormitorio, notó la expresión de alarma en el rostro de Lessa.

—Tengo que dar de comer a Mnementh inmediatamente. Mientras lo hago,

puedes bañarte —dijo.

Rebuscó en un baúl y sacó ropas limpias para ella, dejadas allí por anteriores ocupantes, pero mucho más presentables que las que ahora llevaba la muchacha. Volvió a introducir cuidadosamente en el baúl el vestido de lana blanco que era el atuendo tradicional para la Impresión. Más tarde, Lessa lo llevaría. F'lar tiró varias prendas a los pies de la muchacha, así como una bolsa de arena fina, señalando hacia la cortina que oscurecía el camino hacia el baño.

A continuación, y sin que Lessa hubiera hecho el menor esfuerzo por coger ninguna de las prendas amontonadas a sus pies, se marchó.

Mnementh le informó que F'nor estaba alimentando a Canth y que él, Mnementh, también tenía hambre. Ella no confiaba en F'lar, pero no le tenía miedo a él, Mnementh.

—¿Por qué habría de tenerte miedo? —preguntó F'lar—. Tú eres primo del wher guardián que era su único amigo.

Mnementh informó a F'lar que él, un dragón bronce completamente desarrollado, no tenía ningún parentesco con un canijo y encadenado wher guardián.

—Entonces, ¿por qué le otorgasteis los honores de dragón?

Visiblemente molesto, Mnementh le explicó que se habían limitado a rendir pleitesía a una personalidad leal y capaz del más sublime de los sacrificios: el de la propia vida. Ni siquiera un dragón azul podría negar el hecho de que aquel wher guardián ruathano no había divulgado la información que se había comprometido a no revelar, a pesar de que él mismo, Mnementh, le había presionado rudamente para que lo hiciera. Y con su hazaña física de atacar a F'lar y desviar su trayectoria en el último segundo, se había elevado a sí mismo a la altura de un dragón. Y, desde luego, los dragones le habían rendido tributo.

Complacido al ver que había sido capaz de irritar al dragón bronce, F'lar rió para sus adentros, mientras Mnementh, con gran dignidad, alzaba el vuelo hacia el comedero.

F'lar saltó cuando Mnementh pasó cerca de F'nor. El impacto con el suelo le recordó que se había propuesto pedirle a la muchacha que le vendara el hombro. Contempló cómo el dragón bronce atrapaba al más cercano de los machos del rebaño.

—La Incubación tendrá lugar en cualquier momento —le dijo F'nor a su hermanastro, sonriéndole mientras se sentaba en cuclillas, la excitación brillando en sus ojos.

F'lar asintió pensativamente.

—Los machos tendrán mucho donde escoger —admitió, sabiendo que F'nor se reservaba las mejores noticias con el propósito de fastidiarle.

Ambos contemplaron cómo el Canth de F'nor separaba un antílope hembra. El dragón pardo agarró al forcejeante animal con una de sus garras y remontó el vuelo, instalándose en un desocupado saliente para comer.

Mnementh dio cuenta de su primera presa y se deslizó de nuevo sobre el rebaño

hacia los ánares que estaban más allá. Escogió uno de los más robustos y lo levantó entre sus garras. F'lar observó su ascensión, experimentando como siempre una sensación de orgullo ante el poderoso impulso, sin esfuerzo aparente, de las grandes alas, el reflejo del sol sobre la bronceada piel, el destello de las garras plateadas extendidas para tomar tierra. No se cansaba nunca de contemplar a Mnemeth en vuelo, ni de admirar su gracia y su fuerza inconscientes.

—El nombramiento dejó abrumado a Lytol —dijo F'nor—, y te envía sus mejores respetos. Actuará bien en Ruatha.

—Precisamente por eso fue elegido —gruñó F'lar, aunque en su fuero interno se sentía halagado por la reacción de Lytol.

Una Regencia no compensaba la pérdida de un dragón, pero era una honrosa responsabilidad.

—Hubo mucho júbilo en las Altas Extensiones —continuó F'nor, con una ancha sonrisa—, y sincero pesar por la muerte de Dama Gemma. Será interesante ver cuál de los contendientes asume el título.

—¿En Ruatha? —inquirió F'lar, enarcando las cejas.

—No, en las Altas Extensiones y en los otros Fuertes que Fax conquistó. Lytol inducirá a su propio pueblo para que defiendan Ruatha y hará que cualquier agresor en potencia se lo piense dos veces antes de atacar aquel Fuerte. Conoce a muchos en las Altas Extensiones que preferirían hacer un cambio de Fuerte, a pesar incluso de que Fax no domine ya las Altas Extensiones. Lytol se propone actuar con rapidez para que así nuestros hombres puedan estar de regreso lo antes posible.

F'lar hizo un gesto de aprobación, volviéndose a saludar a otros dos miembros de su escuadrón, caballeros azules, que habían llegado al comedero con sus animales. Mnemeth volvió en busca de otra presa.

—Come muy aprisa —comentó F'nor—. Canth todavía está engullendo.

—Los pardos son lentos en alcanzar su pleno desarrollo —dijo irónicamente F'lar, contemplando con satisfacción cómo los ojos de F'nor llameaban de rabia. Eso le enseñaría a no retener noticias.

—R'gul y S'lel han regresado —anunció finalmente el caballero pardo.

Los dos azules habían alborotado al rebaño, haciendo que corriera de un lado a otro chillando de miedo.

—Los otros han sido llamados —continuó F'nor—. Ya sabes que a Nemorth no le gusta perder el tiempo. —Entonces no pudo seguir conteniéndose—. S'lel ha traído dos. R'gul tiene cinco. Dicen que son muy listas y hermosas.

F'lar no dijo nada, esperaba que aquellos dos trajeran múltiples candidatas. Si les apetecía, podían traer centenares. Él, F'lar, el caballero bronce, había elegido a la ganadora.

Exasperado al ver que sus noticias eran acogidas en silencio, F'nor se puso en pie.

—Tendríamos que ir en busca de aquella Crom, y de la hermosa...

—¿Hermosa? —le interrumpió F'lar, en tono desdeñoso—. ¿Hermosa? Jora era

hermosa —escupió cínicamente.

—K'net y T'bor traerán competidoras del oeste —añadió F'lar, preocupado.

El aire se desgarró con el poderoso rugido de los dragones que regresaban. Los dos hombres alzaron sus cabezas hacia el cielo y vieron las dobles espirales de los dos escuadrones de retorno, veinte dragones en total.

Mnementh irguió la cabeza, canturreando. F'lar le llamó, complacido de que el bronce no se mostrara enojado por su llamada, a pesar de que había comido muy poco. Saludando amablemente a su hermanastro, F'lar se encaramó a la pata extendida de Mnementh y fue transportado a su propio saliente.

Mientras su jinete y él recorrían el corto pasillo hasta la abovedada cámara interior, Mnementh hipaba con aire ausente. El dragón se dirigió directamente a su ahuecado lecho y se instaló en la curvada piedra. Cuando Mnementh se hubo desperezado y tendido cómodamente, F'lar se acercó a él. Mnementh miró a su amigo con el ojo más próximo, brillando en sus múltiples facetas y cerrándose gradualmente a medida que F'lar rascaba los párpados.

Para cualquiera que no estuviera familiarizado con aquel espectáculo, lo podría encontrar enervante. Pero desde el momento, veinte Revoluciones antes, en que el gran Mnementh había roto su cascarón y se había tambaleado a través de la Sala de Incubación para detenerse, sobre unas débiles patas, delante del muchacho F'lar, el dragonero había atesorado aquellos instantes de tranquilidad como los más felices de un largo día. Un hombre no podía recibir mayor tributo que la confianza y la compañía de los alados animales de Pern, ya que la lealtad que los dragones entregaban al ser humano de su elección era inquebrantable y absoluta desde el momento de la Impresión.

La satisfacción íntima de Mnementh era tan grande que el gran ojo se cerró rápidamente. El dragón se durmió, con sólo la punta de su cola erguida, una señal segura de que estaría inmediatamente alerta en caso necesario.

Por el Huevo Dorado de Faranth,
Por la Dama del Weyr, discreta y sincera,
Engendrad un escuadrón de alas bronceas y pardas,
Engendrad un escuadrón verde y azul.
Engendrad jinetes, fuertes y audaces,
Enamorados de los dragones.
Centenares de escuadrones remontándose hacia el cielo,
Hombre y dragón plenamente hermanados.

Lessa esperó hasta que el sonido de los pasos del dragonero se desvaneció por completo. Rápidamente, se precipitó a través de la gran caverna, oyó el restregar de garras y el batir de las poderosas alas. Recorrió el corto pasillo hasta el mismo borde de la bostezante entrada. Allí estaba el dragón bronce volando en círculos hacia el

extremo más ancho del óvalo de kilómetro y medio de longitud que era el Weyr de Benden. Como cualquier pernés, Lessa había oído hablar de los Weyrs, pero encontrarse en uno de ellos era algo totalmente distinto.

Miró hacia arriba, en torno a ella, hacia abajo de aquella fachada rocosa. Salvo a lomos de un dragón, no había otra manera de salir de allí. Las bocas de las cuevas más próximas se hallaban a una distancia inalcanzable encima de ella, a un lado, debajo de ella, en el otro. De modo que aquí se encontraba completamente aislada.

Dama del Weyr, le había dicho F'lar. ¿Su Dama? ¿En su weyr? ¿Era eso lo que había querido decir? No, ésa no era la impresión que Lessa había obtenido del dragón. De pronto, se le ocurrió que era muy raro que ella hubiese entendido al dragón. ¿Lo podía hacer la gente vulgar? ¿O se debía a la sangre de dragonero que había en su linaje? En cualquier caso, Mnementh había sugerido algo más importante, algún rango especial. Por lo tanto, debían referirse a ser Dama del Weyr para el dragón reina virgen. Pero ¿cómo lo conseguirían? Vagamente, Lessa recordaba que, cuando los dragones salían de Búsqueda, trataban de localizar unas mujeres determinadas. Ah, mujeres determinadas. Así que ella sólo era una más entre varias competidoras. Sin embargo, el caballero bronce le había ofrecido el puesto como si únicamente ella estuviera calificada para ocuparlo. Aquel dragonero tenía su propia parte generosa de disimulo, decidió Lessa. Aunque era arrogante, no era el fanfarrón que había sido Fax.

Pudo ver al dragón bronce lanzarse en picado sobre el rebaño, agarrar a uno de los animales y remontarse de nuevo hasta un saliente lejano para comérselo. Instintivamente, se apartó de la abertura, retrocediendo a la penumbra ya la relativa seguridad del pasillo.

Viendo al dragón alimentándose, no pudo evitar recordar leyendas. Leyendas que la habían hecho sonreír, aunque ahora... ¿Era cierto, pues, que los dragones comían carne humana? ¿Que...? Lessa descartó aquellos pensamientos. La raza de los dragones no era menos cruel que la raza humana. Y al menos el dragón actuaba por una necesidad bestial y no por una codicia bestial.

Convencida de que el dragonero estaría ocupado en otra parte, Lessa cruzó la gran caverna hasta el dormitorio. Allí recogió las ropas y la bolsa de arena limpiadora y entró en la sala de baño. Aunque era pequeña, era lo suficientemente espaciosa para su cometido. Un ancho anaquel formaba un labio parcial del círculo irregular de la piscina. Había un banco y varios estantes para las ropas secas. Lessa vio que la parte más profunda de la piscina tenía muy poca profundidad, de modo que un bañista podía permanecer allí cómodamente. Luego, iba descendiendo gradualmente hasta alcanzar su mayor profundidad en la pared de roca que era uno de sus límites.

¡Bañarse! Quedar completamente limpia y poder continuar estándolo. Con una sensación de desagrado no menos intensa que la del dragonero al tocarlos, se despojó de los restos de sus harapos, apartándolos a un lado de un puntapié, sin saber dónde tirarlos. Luego, cogió un generoso puñado de arena limpiadora e, inclinándose hacia

la piscina, la humedeció.

Tras hacer una pasta con aquella especie de jabón, se frotó las manos y la cara. Humedeciendo más arena, atacó sus brazos y piernas, y luego su cuerpo y sus pies. Frotó con tanta fuerza que hizo brotar sangre de algunos cortes semicicatrizados. Luego, se introdujo, o mejor dicho, saltó a la piscina, mordiéndose los labios para no gritar cuando el agua caliente hacía que la pasta de arena espumeara en sus arañazos. Se sumergió bajo la superficie, sacudiendo la cabeza para asegurarse de que sus cabellos quedaban completamente mojados. Después los frotó con arena, aclarándolos y volviendo a frotarlos hasta que pensó que sus cabellos podían estar limpios. En ellos se había acumulado la suciedad de muchos años. Largas hebras enmarañadas flotaban hacia el extremo más lejano de la piscina, donde desaparecían. Con satisfacción, Lessa notó que el agua circulaba continuamente, de modo que la turbia agua sucia era reemplazada por agua limpia. De nuevo, centró su atención en su cuerpo, frotando la suciedad rebelde hasta que le escoció la piel. Aquello era algo más que un baño rutinario y superficial. El lujo de la limpieza le hizo experimentar un placer muy próximo al éxtasis.

Finalmente, convencida de que había eliminado de su cuerpo toda la suciedad posible en una larga sesión, frotó por tercera vez sus cabellos. Casi a regañadientes, salió de la piscina, retorciendo sus cabellos y enrollándolos sobre su cabeza mientras se secaba. Rebuscó entre las ropas y apoyó una prenda contra su cuerpo para ver cómo le sentaba. La tela, de color verde pálido, tenía un tacto suave bajo sus dedos arrugados por el agua, aunque la pelusilla se enganchaba en sus agrietadas manos. La pasó a través de su cabeza. Le quedaba ancha, pero la sobretúnica de un color verde más oscuro tenía un ceñidor que Lessa apretó fuertemente alrededor de su cintura. La anormal sensación de suavidad contra su desnuda piel hizo que Lessa se estremeciera de voluptuoso placer. La falda, cayendo en airosos pliegues alrededor de sus tobillos, provocó en ella una sonrisa de femenino deleite. Tomó un paño de secar limpio y empezó a trabajar en sus cabellos.

Un sonido apagado llegó a sus oídos y se interrumpió, con las manos suspendidas en el aire y la cabeza inclinada a un lado. Agudizando el oído, escuchó. Sí, había alguien fuera. Seguramente, el dragonero y su animal habían regresado. Ante aquella inoportuna interrupción, Lessa hizo una mueca de fastidio y frotó con más fuerza sus cabellos. Deslizó sus dedos a través de los embrollos semisecos, sin lograr desenredarlos. Exasperada, rebuscó en los estantes hasta que encontró, tal como había esperado, un peine de metal de recias púas. Atacó sus cabellos con él y, tras muchos gruñidos y gemidos, logró desenredar lo que había tardado años en enmarañarse.

Secos ahora, sus cabellos parecían tener de pronto una vida propia, crujiendo en tomo a sus manos y pegándose a la cara, al peine y al vestido. Resultaba difícil controlar la sedosa mata. Y sus cabellos eran más largos de lo que había creído, ya que, limpios y desenredados, caían hasta su cintura, cuando no se pegaban a sus manos.

Hizo una pausa para escuchar, y no oyó ningún sonido. Aprensivamente, apartó la cortina y echó una ojeada al dormitorio. Estaba vacío. Escuchó y captó los pensamientos perceptibles del soñoliento dragón. Bueno, prefería encontrar al hombre en presencia de un dragón soñoliento que en un dormitorio. Echó a andar y, por el rabillo del ojo, vio a una mujer desconocida que pasaba por delante de un trozo de metal bruñido colgado de la pared.

Sorprendida, se paró en seco, mirando con aire de incredulidad el rostro que reflejaba el metal. Sólo cuando se llevó las manos a sus salientes pómulos en un gesto de involuntario asombro, y el reflejo imitó el gesto, se dio cuenta de que se estaba viendo a sí misma.

¡Vaya, la muchacha reflejada allí era más hermosa que Dama Tela, que la hija del pañero! Pero estaba muy delgada. Con un impulso propio, las manos de Lessa rozaron su cuello, las salientes clavículas, los senos, que no reflejaban del todo la delgadez del resto de su cuerpo. Con una inesperada emergencia de vanidad nacida en aquel instante de deleitada valoración, Lessa observó que el vestido era demasiado ancho para su talla. Y sus cabellos rodeaban su cabeza como una aureola. Los alisó con dedos impacientes, llevando automáticamente rizos hacia adelante para que colgaran alrededor de su rostro. Mientras los empujaba nerviosamente hacia atrás, descartada la necesidad de un disfraz, los cabellos volvían a erguirse.

El leve sonido del roce de una bota contra la piedra, la interrumpió en su tarea. Esperó, temiendo ver aparecer de un momento a otro al dragonero. Súbitamente, la había invadido una gran timidez. Con su rostro desnudo para el mundo, sus cabellos detrás de sus orejas, su cuerpo perfilado por una tela que se pegaba a la carne, Lessa había sido despojada de su acostumbrado anonimato y, en consecuencia, resultaba vulnerable, según pensó.

Ante una irracional oleada de temor dominó bruscamente su deseo de huir. Observándose a sí misma en el bruñido metal, echó sus hombros hacia atrás, irguió la cabeza, con la barbilla levantada; el movimiento hizo que sus cabellos volvieran a alzarse alrededor de su cabeza. Era Lessa de Ruatha, de una noble Sangre antigua. Ya no necesitaba recurrir al artificio para protegerse a sí misma, así que debía mostrarse orgullosa con la cara descubierta ante el mundo..., y ante aquel dragonero.

Decididamente, cruzó la estancia, apartando a un lado la cortina del umbral de la gran caverna.

Él estaba allí, al lado de la cabeza del dragón, rascando sus párpados, con una rara expresión de ternura en el rostro. Aquel cuadro no encajaba lo más mínimo con todo lo que ella había oído acerca de los dragoneros.

Desde luego, había oído hablar de la extraña afinidad entre caballero y dragón, pero ésta era la primera vez que comprobaba que el amor formaba parte de aquel lazo. O que este hombre frío y reservado era capaz de una emoción tan profunda. Se había mostrado bastante brusco con ella a propósito del wher guardián, por lo que no le extrañaba que el wher guardián creyera que se proponía causarle algún daño. Los

dragones habían sido más tolerantes, recordó Lessa con un involuntario bufido.

Lentamente, F'lar se giró, como si le doliera separarse del broncíneo animal. Al ver a Lessa giró en redondo, con los ojos brillantes mientras tomaba nota del nuevo aspecto de la muchacha. Con pasos rápidos y ligeros cruzó la distancia que los separaba y empujó a Lessa hacia el dormitorio, agarrándola con fuerza del codo con una mano.

—Mnementh ha comido un poco y necesitará silencio para descansar —dijo en voz baja, como si ésta fuera la consideración más importante.

Empujó la pesada cortina a través de la abertura. Luego, sin soltar a Lessa, la apartó ligeramente de él, haciéndola girar a uno y otro lado, observándola con la mayor atención, con una curiosa expresión de sorpresa en el rostro.

—Un buen lavado... Hermosa, sí, casi hermosa —admitió, en un tono tan condescendiente que Lessa se apartó bruscamente de él, indignada. F'lar se echó a reír—. ¿Cómo podía sospechar, después de todo, lo que había debajo de la mugre de diez Revoluciones completas? Sí, no hay duda de que eres lo bastante hermosa como para aplacar a F'nor.

Enfurecida por la actitud del dragonero, Lessa inquirió en tono glacial:

—¿Y F'nor debe ser aplacado a toda costa?

En silencio, F'lar la miró sonriendo hasta que ella tuvo que apretar sus puños contra sus costados para no dejarse vencer por la tentación de golpear aquel rostro burlón.

Finalmente, F'lar dijo:

—No importa, tenemos que comer, y yo necesitaré tus servicios. —Ante la exclamación de alarma de Lessa, el dragonero se giró, sonriendo maliciosamente, mientras su movimiento revelaba la sangre cuajada en su manga izquierda—. Lo menos que puedes hacer es curar las heridas que honrosamente recibí luchando por ti.

Empujó a un lado una parte de la cortina que cubría la pared interior.

—¡Comida para dos! —rugió, acercando su boca a un negro agujero abierto en la roca.

Lessa oyó un eco subterráneo mucho más abajo, mientras la voz de F'lar resonaba a lo largo de lo que debía de ser un profundo pozo.

—Nemorth está casi rígida —continuó diciendo el dragonero, mientras sacaba algo de otro estante oculto detrás de una cortina—, y, en cualquier caso, la Eclosión empezará pronto.

Al oír mencionar una Eclosión, algo muy frío se instaló en el estómago de Lessa. Los relatos más moderados que había oído acerca de aquella parte de la dragonería ponían la carne de gallina: los peores eran francamente macabros. Con manos gélidas cogió las cosas que le entregaba F'lar.

—¿Qué? ¿Asustada? —inquirió irónicamente el dragonero, mientras se despojaba de su desgarrada y ensangrentada camisa.

Sacudiendo negativamente la cabeza, Lessa fijó su atención en la espalda de

anchos hombros y poderosa musculatura que F'lar le presentaba, con la piel más pálida de su cuerpo vetada por estrías sanguinolentas. Al quitarle la camisa, las costras de su herida, aún muy tiernas, habían sido arrancadas. Ahora su hombro sangraba.

—Necesitaré agua —dijo Lessa.

Nada más decir esto vio que había una jofaina entre los objetos que F'lar le había entregado. Rápidamente, se dirigió a la piscina en busca de agua, preguntándose cómo había accedido a aventurarse tan lejos de Ruatha. Aun estando arruinado, Ruatha era su Fuerte, con el que estaba familiarizada, desde la Torre hasta el sótano más profundo. En el momento en que la idea le había sido insidiosamente sugerida por el dragonero, Lessa se había sentido capaz de cualquier cosa, habiendo conseguido que por fin Fax muriese. Lo único que ahora podía hacer era evitar que el agua se derramara de la jofaina que, inexplicablemente, temblaba entre sus manos.

Se obligó a sí misma a concentrarse en la herida. Era una fea cuchillada, profunda donde había penetrado la punta para desviarse después hacia arriba en un corte más superficial. Mientras limpiaba la herida, sus dedos tocaron la suave piel de F'lar. A pesar de sí misma, percibió el olor masculino del dragonero, un olor que distaba mucho de resultar desagradable, a sudor, a cuero y a almizcle, esto último debido, probablemente, a su estrecho contacto con los dragones.

Aunque debió dolerle mientras Lessa desprendía los coágulos de sangre, F'lar permaneció completamente impasible, como si la operación no fuera con él. Esto enojó tanto más a Lessa por cuanto se había dejado vencer por la tentación de tratarle bruscamente en pago al menosprecio de los sentimientos de que había hecho gala F'lar.

Mientras untaba generosamente la herida con el ungüento que el dragonero le había proporcionado, Lessa rechinó los dientes, decepcionada. Luego, procedió a vendar el hombro con tiras de tela, retrocediendo un poco al dar por terminada la cura. F'lar flexionó el brazo experimentalmente en el apretado vendaje, y el movimiento hizo ondular los músculos a lo largo de su costado y de su espalda.

Cuando se encaró con ella, sus ojos tenían una expresión pensativa.

—Una cura perfecta, mi dama. Gracias.

Su sonrisa era irónica.

Cuando F'lar se levantó, Lessa retrocedió, pero el dragonero se limitó a acercarse al baúl en busca de una camisa blanca, limpia.

En aquel momento resonó un sordo rumor que rápidamente se intensificó.

¿Dragones rugiendo?, se preguntó Lessa, tratando de dominar el absurdo temor que la estaba invadiendo. ¿Había empezado la Eclosión? Aquí no había ninguna madriguera de wher guardián para ocultarse...

Como comprendiendo su confusión, el dragonero estalló en una alegre carcajada y, sin dejar de mirarla, apartó a un lado la cortina de la pared en el preciso instante en que un ruidoso mecanismo en el interior del pozo hacía visible una bandeja con

comida.

Avergonzada por su injustificado temor y furiosa por el hecho de que F'lar se hubiera dado cuenta de que lo sentía, Lessa se sentó rabiosamente en el poyo de piedra forrado de piel que había junto a la pared, deseándole al dragonero una serie de graves y dolorosas heridas que ella pudiera curar con manos desconsideradas. No desaprovecharía ninguna futura oportunidad.

F'lar colocó la bandeja sobre la mesita que había delante de ella, formando su propio asiento con un montón de pieles. Había carne, pan, un cántaro de *klah*, un tentador queso amarillo e incluso unas cuantas piezas de fruta invernal. Ni F'lar ni Lessa hicieron ningún movimiento que indicara que iban a comer, aunque a ella el hecho de pensar en una pieza de fruta que estaba madura en vez de podrida llenaba su boca de agua. F'lar alzó la mirada hacia la muchacha y frunció el ceño.

—Incluso en el Weyr, la dama parte el pan en primer lugar —dijo, e inclinó cortésmente la cabeza hacia ella.

Lessa enrojeció, desacostumbrada a cualquier cortesía, y más desacostumbrada a ser la primera en comer. Partió un trozo de pan. Era como algo que ella recordaba haber saboreado en tiempos muy remotos. Para empezar, hacía muy poco que había salido del horno. La harina había sido cuidadosamente tamizada, y no había en ella ni rastro de arena ni pellejos de grano. Lessa cogió la loncha de queso que F'lar le ofrecía, y le pareció también delicioso. Estimulada por esta demostración de que su condición social había cambiado, Lessa alargó una mano hacia la pieza de fruta que le pareció más atractiva a sus ojos.

—Atiende —le dijo el dragonero en aquel momento, tocando con su mano la de ella para llamar su atención.

Pensando que había cometido un error, Lessa se apresuró a dejar caer la fruta. Miró fijamente a F'lar, preguntándose en qué había faltado. F'lar recuperó la fruta y volvió a colocarla en la mano de la muchacha mientras seguía hablando. Con los ojos muy abiertos, Lessa mordisqueó la fruta, desarmada, y prestó toda su atención.

—Escúchame. Ocurra lo que ocurra en la Sala de Eclosión, no debes permitir que el miedo se refleje en tus ojos. Y no debes permitirle que coma demasiado. —En su rostro, se dibujó una traviesa expresión—. Evitar que un dragón coma demasiado es una de nuestras principales funciones.

Lessa perdió interés en el sabor de la fruta. Volvió a colocarla cuidadosamente en el cuenco y trató de captar lo que F'lar no había dicho, pero que estaba implícito en el tono de su voz. Miró al dragonero a los ojos, viéndole como una persona, y no como un símbolo, por primera vez.

Su frialdad no era falta de emoción, sino preocupación, pensó. Su severidad tenía que ser asumida para hacer olvidar su juventud, ya que no podía aventajarle a ella en muchas Revoluciones. Tenía los negros cabellos ondulados hacia atrás desde una alta frente hasta rozar el cuello de su camisa. Sus espesas cejas negras se contraían con demasiada frecuencia o se arqueaban altivamente cuando miraba a su víctima; sus

ojos (de color ámbar, lo bastante claro para que parecieran dorados) eran demasiado expresivos de emociones cínicas o fría altivez. Sus labios eran delgados pero bien formados y, en reposo, casi amables. ¿Por qué fruncía siempre la boca en señal de desaprobación o en una de aquellas sardónicas sonrisas? Seguramente, se le consideraba un hombre guapo, pensó Lessa ingenuamente, ya que había en él un evidente magnetismo. Y, en aquel momento, se estaba comportando sin la menor afectación.

Sentía lo que estaba diciendo. No quería que ella tuviera miedo. No existía ningún motivo para que ella, Lessa, tuviera miedo.

Deseaba mucho que ella tuviera éxito. ¿Impidiendo a quién que comiera demasiado qué? ¿Animales de rebaño? Desde luego que un dragón recién salido del cascarón no era capaz de comerse un animal entero. Aquella tarea a Lessa le parecía bastante sencilla. En el Fuerte de Ruatha, el wher guardián la había obedecido a ella y a nadie más. Ella había comprendido al gran dragón broncéo e incluso había logrado silenciarle mientras corría debajo de su puesto de observación en la Torre en busca de la comadrona. ¿Función principal? ¿Nuestra función principal?

El dragonero la estaba mirando con aire expectante.

—¿Nuestra función principal? —repitió Lessa, en un tono que expresaba sin palabras su deseo de obtener más información.

—Lo primero es lo primero, de eso hablaremos más tarde —dijo F'lar, descartando con un gesto impaciente cualquier otra cuestión.

—Pero ¿qué ocurre? —insistió Lessa.

—Te lo diré tal como me lo dijeron. Ni más ni menos. Debes recordar dos cosas: olvídate del miedo, y no le permitas comer demasiado.

—Pero...

—Tú, en cambio, necesitas comer. Vamos.

Ensartó un trozo de carne con su cuchillo y se lo ofreció a Lessa, contemplándola con el ceño fruncido hasta que la muchacha lo hubo engullido. Cuando estaba a punto de ofrecerle más, ella se apresuró a coger la fruta que ya había mordisqueado y que prefería a la carne. En este último refrigerio había comido más de lo que estaba acostumbrada a comer durante todo el día en el Fuerte.

—Pronto comeremos mejor en el Weyr —observó F'lar, dirigiendo una mirada de desagrado a la bandeja.

En opinión de Lessa aquello era un festín, así que aquella afirmación le sorprendió.

—¿Es más de lo que estabas acostumbrada a comer? Claro, olvidaba que saliste de Ruatha en los puros huesos.

Lessa se envaró.

—En Ruatha te portaste bien. No pretendo criticarte —añadió F'lar, sonriendo ante la reacción de Lessa—. Pero, mírate a ti misma —y señaló el cuerpo de la muchacha con aquella curiosa expresión, semidivertida, semicontemplativa, en el

rostro—. No, nunca habría sospechado que un solo baño podía transformarte hasta tal punto —observó—. Yesos cabellos...

Ahora su expresión era de sincera admiración.

Involuntariamente, Lessa se llevó una mano a la cabeza, aplastando sus cabellos bajo sus dedos. Pero la réplica indignada que se proponía dar al dragonero murió antes de nacer. Un sonido fantástico llenó la cámara.

El sonido provocó una vibración que descendió por los oídos de Lessa hasta su espina dorsal. Se tapó los oídos con las manos. El ruido, entonces, discurrió a través de su cráneo. De pronto, tan súbitamente como había empezado, se interrumpió.

Antes de que Lessa supiera lo que él se proponía, el dragonero la había agarrado por la muñeca y tiraba de ella hacia el baúl.

—Quítate eso —ordenó, señalando el vestido y la túnica.

Mientras Lessa le miraba con aire atontado, F'lar sacó del baúl un vestido blanco, sin manga y sin cinturón, algo tan simple como dos trozos de tela fina cosidas por los hombros y los costados.

—¿Te desvistes tú o lo hago yo? —inquirió F'lar, en tono impaciente.

El salvaje sonido se repitió, y su enervante acento prestó alas a los dedos de Lessa. Apenas había soltado las prendas que llevaba, dejando que se deslizaran hasta sus pies, cuando ya el dragonero había pasado la otra a través de su cabeza. Lessa logró introducir los brazos en los lugares adecuados antes de que F'lar volviera a agarrarla por la muñeca y echara a correr, sacándola del dormitorio con sus cabellos ondeando detrás de ella, llenos de electricidad.

Cuando llegaron a la cámara exterior, el dragón bronce estaba erguido en el centro de la caverna, con la cabeza vuelta hacia la puerta del dormitorio. A Lessa le pareció que estaba impaciente: sus grandes ojos, que tanto la fascinaban, chispeaban iridiscentemente. Por su actitud se adivinaba una excitación interior de grandes proporciones, y de su garganta brotaba un agudo canturreo, varias octavas más bajo que el enervante grito que les había conmocionado a todos.

A pesar de su manifiesta impaciencia, el dragón y su jinete hicieron una pausa. De pronto, Lessa se dio cuenta de que estaban hablando sobre ella. Súbitamente, la cabeza del gran dragón se situó directamente en frente de Lessa, borrando todo lo demás. La muchacha notó la cálida exhalación de su aliento, ligeramente cargado de azufre. Le oyó informar al dragonero de que él aprobaba cada vez más a esta mujer de Ruatha.

Con una sacudida que agitó su cabeza encima de su cuello, el dragonero tiró de ella a lo largo del pasillo. El dragón marchaba a su lado con una rapidez que hizo temer a Lessa que los tres saldrían catapultados más allá del saliente. Pero, en el momento crucial, Lessa se encontró encaramada sobre el cuello bronceado, con el dragonero sujetándola por la cintura con una mano firme. Y antes de que pudiera reaccionar estaban deslizándose a través de la gran concavidad del Weyr en dirección a la alta muralla que había en el lado contrario. El aire estaba lleno de alas y colas de

dragón, y de un coro de sonidos que resonaban y volvían a resonar a través del pétreo valle.

Mnemoth emprendió lo que Lessa estaba segura de que sería una carrera para colisionar con otros dragones, dirigiéndose en línea recta hacia una enorme negrura redonda en la fachada del acantilado, muy en lo alto. Milagrosamente, los animales desfilaron uno a uno a través de la entrada, cuya anchura era muy superior a la de Mnemoth con las alas plenamente extendidas.

El pasillo reverberaba con el estruendo de alas. El aire que rodeaba a Lessa estaba fuertemente comprimido. Luego, penetraron en una gigantesca caverna.

Incrédula, Lessa pensó que toda la montaña tenía que estar hueca. Alrededor de la enorme caverna había apretadas filas de dragones: azul, verde, pardo y, únicamente dos grandes animales bronce como Mnemoth, sobre salientes dispuestos para acomodar a centenares de ellos. Instintivamente consciente de la inminencia de un gran acontecimiento, Lessa se aferró a las escamas del bronceo cuello.

Sin prestar la menor atención al saliente de los bronce, Mnemoth voló en círculo hacia abajo. Lo único que Lessa pudo ver entonces fue lo que yacía sobre el arenoso suelo de la gran caverna: huevos de dragón. Un grupo de diez huevos monstruosos, moteados, con sus cáscaras moviéndose espasmódicamente debido a los esfuerzos por romperlas de las crías que estaban en su interior. A un lado, sobre la parte más elevada del suelo, había un huevo dorado, cuyo tamaño era mucho mayor que el de los moteados. Más allá del huevo dorado yacía la inmóvil armazón ocre de la vieja reina.

En el preciso instante en que se dio cuenta de que Mnemoth se posaba en el suelo, muy cerca de aquel huevo, Lessa notó las manos del dragonero sobre las suyas, levantándola del cuello de Mnemoth.

Aprensivamente, se agarró a él. Pero las manos de F'lar la izaron inexorablemente y, con la misma inexorabilidad, la depositaron en el suelo. Lameando con fuego ambarino, los ojos del dragonero se clavaron en los suyos.

—¡Recuerda, Lessa!

Con uno de sus grandes ojos vuelto hacia ella, Mnemoth añadió una nota estimulante. Luego, remontó el vuelo. Lessa levantó a medias una suplicante mano, sintiéndose huérfana de todo apoyo, huérfana incluso de aquella firme determinación que la había sostenido en su lucha para vengarse de Fax. Vio que el dragón bronce se instalaba en el primer saliente, a cierta distancia de los otros dos animales bronceos. El dragonero desmontó, y Mnemoth arqueó su sinuoso cuello hasta que su cabeza quedó a la altura de su jinete. El hombre extendió una mano y con aire ausente, le pareció a Lessa, acarició su montura.

Ruidosos gritos y chillidos distrajeron a Lessa, y vio más dragones que descendían para posarse sobre el suelo de la caverna, cada uno de los jinetes soltando a una joven, hasta que se reunieron doce muchachas, incluyendo a Lessa, la cual se mantuvo un poco apartada de las otras, mientras ellas se pegaban la una a la otra. Con

curiosidad, Lessa las contempló, despreciándolas por sus lágrimas, aunque probablemente su corazón no latía con menos rapidez que los de ellas. Si no lloraba era porque no creía que las lágrimas representaran ninguna ayuda. Que ella pudiera ver, las muchachas no habían sufrido ningún daño, de modo que sus sollozos estaban fuera de lugar. Su desprecio le hizo adquirir conciencia de su propia temeridad, y respiró a fondo contra la frialdad que había dentro de ella. Deja que ellas tengan miedo, se dijo a sí misma. Ella era Lessa de Ruatha, y no tenía por qué asustarse.

En aquel preciso instante, el huevo dorado se movió convulsivamente. Abriendo la boca al unísono, las muchachas se alejaron de él, apretándose contra la rocosa pared. Una de ellas, una rubia encantadora, con su pesada trenza de cabellos dorados colgando hasta el suelo, inició un movimiento en dirección al huevo, pero se detuvo, gritando, y retrocedió precipitadamente para ir a buscar consuelo entre sus compañeras.

Lessa se giró para mirar qué era lo que podía haber provocado aquella expresión de horror en el rostro de la muchacha. Pero, involuntariamente, también ella retrocedió unos pasos.

En el sector principal del suelo arenoso, varios de los huevos moteados se habían abierto ya. Las crías, croando débilmente, estaban avanzando hacia —y Lessa tragó saliva— los muchachos reunidos estólidamente en un semicírculo. Algunos de ellos no eran mayores de lo que era ella cuando el ejército de Fax había invadido el Fuerte de Ruatha.

Cuando una de las crías extendió garra y pico para agarrar a un muchacho, los chillidos de las mujeres se convirtieron en ahogados sollozos.

Lessa se obligó a sí misma a contemplar cómo el joven dragón aporreaba al muchacho, arrojándolo bruscamente a un lado como si, en algún sentido, estuviera insatisfecho. El muchacho no se movió, y Lessa pudo ver la sangre que brotaba de las heridas que el dragón le había infligido.

Una segunda cría se acercó a otro muchacho, parándose ante él, agitando inútilmente sus alas, irguiendo su pelado cuello y croando una parodia del estimulante canturreo que Mnementh emitía con frecuencia. Con cierta indecisión, el muchacho levantó una mano y empezó a rascar uno de los párpados del animal. Sin dar crédito a sus ojos, Lessa observó cómo la cría, su canturreo cada vez más melodioso, inclinaba la cabeza, empujando al muchacho, en cuyo rostro se reflejó una sonrisa de júbilo ante la realización de lo que le había parecido increíble.

Apartando sus ojos de aquel asombroso espectáculo, Lessa vio que otra cría iniciaba la misma maniobra con otro muchacho. Entretanto, habían surgido dos dragones más. Uno de ellos había derribado a un muchacho y estaba andando encima de él, indiferente al hecho de que sus garras le estaban abriendo grandes heridas. La cría que seguía a su camarada de eclosión, se detuvo junto al muchacho herido, tocando con su cabeza la cara del muchacho, canturreando ansiosamente. Mientras Lessa miraba, el muchacho consiguió ponerse de pie, con lágrimas de dolor

ascendiendo por sus mejillas. Lessa pudo oír cómo le decía al dragón que no se preocupara, que sólo había recibido unos cuantos arañazos.

La ceremonia terminó muy pronto. Los jóvenes dragones escogieron su pareja entre los muchachos. Luego, descendieron caballeros verdes para llevarse a los que no habían sido aceptados. Con sus animales, caballeros azules se posaron en el suelo para transportar a las parejas fuera de la caverna, con los jóvenes dragones chillando, canturreando y agitando sus húmedas alas, estimulados por sus camaradas de Weyr recientemente adquiridos.

Con soltura, Lessa se volvió hacia el oscilante huevo dorado, sabiendo lo que debía esperar y tratando de adivinar qué habían hecho o dejado de hacer los muchachos favorecidos por el éxito para que fueran elegidos por los jóvenes dragones.

En el cascarón dorado apareció una grieta y fue acogida por los aterrorizados gritos de las muchachas. Algunas habían caído formando pequeños montones de tela blanca, otras se abrazaban fuertemente en su mutuo terror. La grieta se ensanchó y, a través de ella, surgió la cabeza cuneiforme, seguida rápidamente por el cuello, de un dorado resplandeciente. Con inesperado despegó, Lessa se preguntó cuánto tardaría el animal en madurar, teniendo en cuenta su gran tamaño al nacer. Su cabeza era, mayor que la de los dragones machos, que había sido suficientemente grande como para derribar a robustos muchachos que habían cumplido las diez Revoluciones.

Lessa tuvo conciencia de un ruidoso zumbido en el interior del Vestíbulo. Alzó la mirada hacia el auditorio y comprobó que procedía de los dragones bronce, ya que éste era el nacimiento de su pareja, su reina. A medida que el huevo se rompía en fragmentos y emergía el dorado cuerpo de la nueva hembra, el zumbido aumentó de volumen. La nueva hembra en cuestión se tambaleó, hundiendo su agudo pico en la blanda arena, momentáneamente atrapada. Agitando sus húmedas alas se liberó a sí misma, ridícula en su débil torpeza. Con repentina e inesperada rapidez, se precipitó hacia las aterrorizadas muchachas. Antes de que Lessa pudiera parpadear, embistió a la primera muchacha con tanta violencia que su cabeza chasqueó audiblemente y la muchacha se desplomó sobre la arena. Sin prestarle la menor atención, el dragón hembra saltó hacia la segunda muchacha, pero calculó mal la distancia y cayó, extendiendo una garra en busca de apoyo y rastrillando el cuerpo de la muchacha desde el hombro hasta la cadera. Los gritos de la mortalmente herida muchacha distrajerón al dragón hembra y liberaron a sus compañeras de su horrorizado trance. Se dispersaron en trágica confusión, corriendo, saltando, tropezando, cayendo a través de la arena hacia la salida que los muchachos habían utilizado.

Gimiendo de un modo lastimero, el dorado animal contemplaba a las mujeres que huían de él, mientras Lessa avanzó. Aquella estúpida muchacha... ¿Por qué no se había hecho a un lado?, pensó, extendiendo una mano hacia la cabeza cuneiforme, no mucho mayor que su propio torso. El dragón hembra era tan torpe y tan débil que ella misma era su peor enemigo.

Lessa hizo girar la cabeza de modo que los ojos de múltiples facetas se vieran obligados a mirarla, y se encontró a sí misma perdida en aquella mirada de arco iris.

Una sensación de dicha inundó a Lessa; una sensación de calor, ternura, afecto puro e inmediato respeto y admiración, llenó su mente, su corazón y su alma. A Lessa no le faltaría nunca más un abogado, un defensor, un amigo íntimo, que adivinaría instantáneamente su estado de ánimo, sus deseos. ¡Cuán maravillosa era Lessa! El pensamiento se introdujo en las reflexiones de Lessa. Era hermosa, amable, cariñosa, valiente y lista...

Maquinalmente, Lessa extendió una mano para rascar el lugar exacto en el blando párpado.

El dragón hembra parpadeó ansiosamente, sumamente triste por haber sido causa de inquietud para Lessa. Lessa se apresuró a tranquilizarla, palmeando el blando y húmedo cuello que se arqueaba confiadamente hacia ella. El dragón hembra se tambaleó hacia un costado y una de sus alas se enganchó en la garra posterior. Le dolía. Cuidadosamente, Lessa levantó la pata afectada, liberó el ala, plegándola a lo largo del costado del animal.

Siguiendo con los ojos cada uno de los movimientos de Lessa, el dragón hembra empezó a canturrear. Empujó a Lessa con la cabeza, y Lessa rascó obedientemente el otro párpado.

El dragón hembra le hizo saber que estaba hambrienta. —Te traeremos algo que puedas comer directamente— le aseguró Lessa jovialmente, al tiempo que parpadeaba de asombro ante la insensibilidad del dragón hembra.

Era un hecho que aquella pequeña amenaza acababa de herir gravemente, si no las había matado, a dos mujeres.

Lessa no podía dar crédito a que sus simpatías se inclinaran de un modo tan alarmante hacia el animal. Sin embargo, el deseo de proteger a aquella cría era, para ella, la cosa más natural del mundo.

El dragón hembra arqueó su cuello para mirar a Lessa directamente a los ojos. Ansiosamente, Ramoth repitió lo hambrienta que estaba, después de haber permanecido tanto tiempo sin alimento dentro de aquella cáscara.

Lessa se preguntó cómo conocía el nombre del dragón hembra, y Ramoth replicó: ¿Por qué no debería ella conocer su propio nombre, dado que era suya y de nadie más? Y, entonces, Lessa se perdió en la maravilla de aquellos ojos magníficamente expresivos.

Indiferente a los dragones bronce que descendían, indiferente a la presencia de sus jinetes, Lessa acarició la cabeza de la criatura más maravillosa de todo Pern, presciente de disgustos y glorias, pero más inmediatamente consciente de que Lessa de Pero era Dama del Weyr de la Dorada Ramoth desde ahora y para siempre.

Jinetes del salario púrpura

Philip José Farmer

Philip Farmer me hizo en cierta ocasión un gran favor. Fue hace mucho tiempo y, por entonces, él ignoraba que me lo hacía, y yo tampoco se lo he agradecido. Así que aprovecho la ocasión para reparar este olvido.

Creo que fue en 1954, y la escena era una convención en Cincinnati. (Al menos, pienso que era en Cincinnati, a menos que confunda dos convenciones, y ambas se mezclen en mi cerebro. Me parece recordar haber conducido a través de la cola de un huracán para llegar hasta allí).

Lo importante es que en esa convención habían preparado cierta publicidad, algo que siempre me disgusta. No soy entusiasta de la publicidad porque las molestias siempre suelen ser mayores que los resultados, y porque no es en mí en quien debe interesarse la gente, sino en mis libros.

Sin embargo, se preparó la publicidad y, como no es posible ser un tacaño a este respecto, traté de disimular mi enfado cuando me dirigí a la habitación donde me estaba esperando el periodista. Randall Garrett y Phil Farmer me acompañaron. Bien, Randall Garrett y yo somos, en cierto sentido, unas almas gemelas: graves, vocingleros e irreverentes. Es difícil obtener de nosotros una respuesta directa, puesto que cada pregunta puede conseguir alguna contestación ridícula y llena de humor, tanto de él como de mí, y después todo sale en la prensa y lo lamentamos.

Phil Farmer no es así. Tiene unos ojos profundos, un mentón fuerte y una enorme y brillante sinceridad. En un abrir y cerrar de ojos, el periodista se encaró con él, ignorándonos a Randall ya mí. (Creo que fue la sinceridad de Phil. Pero también es extraordinariamente guapo y el periodista era... una chica).

Una de las preguntas fue:

—Dígame, señor Farmer, ¿cómo se las arregla para estar siempre al corriente de los últimos acontecimientos científicos para poder escribir sus historias de ciencia ficción?

Esto fue algo asombroso para mí. Nunca había oído una cosa semejante. Por aquel entonces, yo enseñaba bioquímica en una escuela de medicina y un libro de texto en el que había colaborado iba ya por su segunda edición, de modo que, en bioquímica, yo estaba al corriente, pero ¿también en ciencia en general?, ¿y para

escribir ciencia ficción?

Phil se lo tomó con calma.

—En realidad —respondió—, estoy suscrito al Scientific American.

Me quedé estupefacto. Si Phil, que es bastante menos versado en ciencia que yo, creía necesario estar al corriente de la ciencia, ¿qué hacía yo tan tranquilo?

Me faltó tiempo para llegar a casa y enviar mi suscripción al Scientific American (suscripción que aún tengo), y empezar a trabajar para estar al día. Ignoro si esto ha afectado en algún modo a mi ciencia ficción, pero sí diré una cosa: desde 1954 he escrito docenas de libros que no son de ficción, abarcando todos los campos de la ciencia, y una de las razones de poder hacerlo así se remonta a aquella observación de Phil Farmer.

¡Gracias, Phil!

Si Julio Verne hubiera podido realmente ver el futuro, por ejemplo en 1966 d. C., se hubiera cagado en los calzoncillos. Yen 2166, ¡la leche!

De Cómo mamé del Tío Sam y otras eyaculaciones privadas, memorias inéditas del Abuelo Winnegan.

El gallo que cantaba para atrás

In y Sub, los gigantes, lo muelen para hacer pan.

A través del vino del sueño, rotos fragmentos flotan. Grandes pies, aplastan uvas abisales para el sacramento del ícubo.

Él, como Simón, pesca en su alma, mar en que mora el leviatán.

Gime, casi se despierta, se da la vuelta sudando océanos negros y gime otra vez. Poniendo manos a la obra, In y Sub giran las ruedas de piedra del molino hundido y murmuran «fái, fái, fau, fom». Ojos brillando, color rojo-naranja como los de una gata al parir en su madriguera; dientes romos, dígitos blancos en la aritmética de las tinieblas.

También como Simón, In y Sub mezclan activamente metáforas inconscientes.

Colina de estiércol y el huevo del gallo: el basilisco se levanta y canta, la primera de las tres veces, en la hinchazón de sangre de yo soy la erección y el coito.

La hinchazón crece y crece hasta que peso y longitud se combinan para curvarse allá arriba, como un sauce todavía no llorón poco de fiar. Por el borde de la cama se asoma la roja cabeza del cíclope. Descansa su mandíbula barbilampiña; después, hinchándose, se desliza arriba y abajo. Mirando aquí y allá con un solo ojo, olfatea arcaicamente el suelo y se encamina hacia la puerta, dejada abierta por el *lapsus linguae* de perezosos centinelas.

Se vuelve al oír un gruñido en el centro de la habitación. El asno de tres patas, caballete de Baal, está rebuznando. En el caballete está el «lienzo», un cuenco oval poco profundo de plástico irradiado, especialmente tratado. El lienzo tiene dos metros de alto y cincuenta centímetros de profundidad. La escena que representa el cuadro debe estar terminada mañana.

Medio escultura medio dibujo, las figuras están en altorrelieve, redondeadas, unas más cerca que otras del fondo del cuenco. Brillan con la luz exterior y también gracias al plástico, luminoso por sí mismo, del lienzo. La luz parece penetrar en las figuras, mojarlas un poco, después se desvanece. El color de la luz es rojo pálido, el

rojo del alba, de la sangre aguada con lágrimas, de la ira, de la tinta en el capítulo «debe» del libro Mayor.

Este cuadro pertenece a su Serie del Perro: Dogmas de un perro, La batalla aérea del perro, Los días del perro, El perro del Sol, El perro invertido, El perro de los escombros, Criadillas de perro, El cazador de perros, El mastín yacente, El perro del ángulo recto e Improvisaciones sobre un perro.

Sócrates, Ben Johnson, Cellini, Swedenborg, Li Po y Hiawatha están de juerga en la Taberna de la Sirena. Por una ventana se ve a Dédalo en lo alto de las almenas de Cnoseus, metiendo un cohete en el culo a su hijo Ícaro para proporcionarle un despegue de propulsión a chorro para su famoso vuelo. En un rincón se agazapa Og, hijo del Fuego. Roe un hueso de tigre «dientes de sable» y dibuja bisontes y mamuts en el yeso enmohecido. La camarera, Atenea, se inclina sobre la mesa en la que sirve néctar y galletas a sus distinguidos clientes. Aristóteles, con cuernos de cabra, está detrás de ella. Le ha levantado la falda y la está topeteando por detrás. Las cenizas del cigarrillo que oscila entre sus labios, que sonrían tontamente, han caído en la falda, que empieza a humear.

En la puerta de los servicios de caballeros, un Batman borracho sucumbe a un deseo durante mucho tiempo reprimido e intenta violar a Robín. Por otra ventana se ve un lago sobre cuya superficie camina un hombre, con un deslucido halo verde flotando sobre su cabeza. Tras él, un periscopio sale del agua.

Prensil, el pene se enrolla alrededor del pincel y empieza a pintar. El pincel es un pequeño cilindro, conectado por uno de sus extremos a una manguera que va a una máquina con forma de cúpula. La embocadura de la manguera asoma por el otro extremo del cilindro. Su apertura puede ser regulada girando un botón en el cilindro. Varios botones adicionales controlan el espesor de salida —desde fina aspersion a grueso chorro—, así como el color y el matiz.

Furiosamente, proboscido, dibuja, capa a capa, otra figura. Luego, capta un mustio olor a moho, deja el pincel y se desliza, atravesando la puerta y siguiendo la curvatura de la pared de la ovalada habitación, describiendo la ondulación de las criaturas sin patas: un garabato en la arena que todos pueden leer, pero pocos comprenden. La sangre late al mismo ritmo que los molinos de In y Sub para alimentar y emborrachar al reptil de sangre caliente. Pero las paredes, detectando la masa intrusa y el deseo de eyección, brillan.

Él gime, y la cobra glandular se levanta y se agita por la emoción de su deseo de ocultación. ¡Que no haya luz! La noche debe ser su embozo. Se apresura al pasar junto al dormitorio materno, más cerca de la salida. ¡Ah! Suspira suavemente con alivio, pero el aire silba por la boca apretada y vertical, anunciando la salida del rápido a Desideratum.

La antigua puerta tiene cerradura de llave. ¡Rápido! Sube por la rampa y sale de la casa a través del ojo de la cerradura, hasta la calle. Alguien aborda a una puta, una joven con fosforescente cabello plateado y labios haciendo juego.

Sale, baja por la calle y se le enrolla a un tobillo. Primero con sorpresa y después con miedo, ella mira hacia abajo. A él le gusta eso; demasiadas tienen demasiadas ganas. Ha encontrado un as entre la paja.

Por la suave pierna como oreja de gato, sube, se enrosca más y más, se desliza sobre el valle de la ingle. Acaricia los tiernos pelos ondulados y después, medio Tántalo, contornea la leve convexidad del vientre, dice «hola» al ombligo, lo aprieta para tocar el timbre, se enrosca alrededor de la estrecha cintura y, tímida y rápidamente, arrebatada un beso de cada pezón. Después, baja de nuevo para formar una expedición que escale la vagina y plante la bandera en la matriz.

¡Oh, delicioso tabú y sacrosanta enfermedad! Hay un niño allí, ectoplasma comenzando a formarse en ávida espera de realidad. Cae, óvulo, y recorre los toboganes de la carne; apresúrate para engullir al afortunado micro-Moby Dick, expulsando a sus millones de hermanos: supervivencia del más apto.

La habitación se inunda con un fuerte graznido. El aliento cálido hiela la piel. El suda. El fuselaje tumoroso se reviste de carámbanos y se dobla bajo el peso del hielo; la niebla remolinea alrededor, silbando por los recodos; los alerones y elevadores están bloqueados por el hielo y, rápidamente, él pierde altura. ¡Arriba, arriba! Venusberg enfrente, en algún lugar entre la niebla; Tannhäuser, toca las trompetas, alza tus llamas. Estoy saltando del trampolín.

Se ha abierto la puerta de la madre. Un sapo acuclillado llena el umbral ovalado. Como al croar, su papada sube y baja; su boca sin dientes balbucea; «ginungagap». La lengua bífida se dispara y se enrosca alrededor del cerdo constrictor. El grita con ambas bocas y escupe aquí y allá. Corren las ondas de erección. Dos nervudas garras se doblan y hacen un nudo en el cuerpo que cae, corredizo, desde luego.

La mujer corre. ¡Espérame! El torrente que sale brama, se estrella contra el nudo, ruge de rebote, chocan flujo y reflujo. Demasiado caudal y un solo cauce. Escupetea, el firmamento de agua se desploma, no hay arca de Noé; estalla como una nova, una explosión de millones de meteoritos retorciéndose y brillando, destellos en el cuenco de la existencia.

Llega el reinado del muslo. Ingle y vientre encajonados en mohosa armadura, y él frío, húmedo y temblando.

La patente de Dios sobre el alba expira

... Habla para vosotros Alfred Melophon Voxpopper, de los Empujones de la Aurora

y la Hora del Café, canal 69B. Versos grabados durante la L Exposición y Competición anual del Centro de Arte Popular, Beverly Hills, nivel 14. Pronunciadas por Omar Bacchylides Runic, improvisadamente, si no tenéis en cuenta algunas meditaciones previas durante la velada de la víspera en la taberna particular. El Universo Privado; y podéis hacerlo, porque Runic no recordaba lo más mínimo de esa velada. A pesar de lo cual ganó la Primera Corona de Laurel A; no hay Segunda, ni Tercera, etc., y las coronas se clasifican de la A a la Z; Dios bendiga nuestra democracia:

Un salmón gris rosado escalando las cascadas de la noche
hacia el remanso de la procreación de un nuevo día.

Alba: el rojo bramido del toro solar
embistiendo contra el horizonte.

La sangre fotónica de la noche sangrante,
apuñalada por el Sol asesino.

Y así durante cincuenta líneas puntuadas y separadas por vítores, aplausos, abucheos, siseos y gemidos.

Chib está medio despierto. Mira hacia abajo, a la oscuridad que disminuye conforme el sueño se aleja rugiendo por el túnel del Metro. Por entre párpados medio abiertos mira a la otra realidad: la conciencia.

—¡Que pierda la vista! —Gruñó como Moisés; y, al recordar sus largas barbas y cuernos (cortesía de Miguel Angel), piensa en su tatarabuelo.

Como una palanqueta, la voluntad obliga a sus párpados a abrirse. Ve la pantalla del fido que recorre la pared frente a él y se curva hasta la mitad del techo. El alba, paladín del Sol, abate su gris guantelete.

El canal 69B, TU CANAL FAVORITO, exclusivo para LA, te anuncia el amanecer (decepción profunda. Amanecer de una naturaleza falsa, modelado en la pantalla con electrones producidos por aparatos formados por el hombre).

¡Levántate con el sol en el corazón y una canción en los labios! ¡Penetra en los versos convulsos de Omar Runic! ¡Mira el alba, como los pájaros en los árboles, como Dios, mírala!

Mientras *Anitra*, de Grieg, fluye suavemente, Voxpopper recita los versos despacio. El viejo noruego nunca soñó con un auditorio tan grande y tan bueno. Un joven, Chibiabos Elgreco Winnegan, tiene una mecha empapada, cortesía de un antiguo manantial en el campo de petróleo del subconsciente.

—Mueve el culo y ve a tu puesto —dice Chib—. Pegaso vuela hoy.

Habla, piensa, vive en el presente tensamente.

Chib salta de la cama y la oculta en la pared. Salir de la cama resbalando, arrugado como la lengua de un viejo borracho, rompería la estética de su habitación, destruiría esa curva que es el reflejo del Universo básico y lo perturbaría en su

trabajo.

La habitación es un gran ovoide. En un rincón hay un ovoide más pequeño con el lavabo y la ducha. Sale de él con la apariencia de uno de los semidioses aqueos de Homero, masivamente musculado, de grandes brazos, piel de un dorado moreno, ojos azules y pelo marrón, aunque sin barba. Suena el timbre del fido como el croar de unas ranas de árbol sudamericanas que una vez oyó en el canal 122.

«¡Ábrete, Sésamo!».

Inter caecos regnat luscus

Por la pantalla del fido se extiende la cara de Rex; los poros de su piel son como los cráteres de un campo de batalla de la primera guerra mundial. Lleva un monóculo negro sobre el ojo izquierdo, arrancado en una discusión entre críticos de arte durante la Serie de Lecturas *Me gusta Rembrandt* en el canal 109. Aunque tiene suficiente influencia para conseguir prioridad de sustitución de ojos, ha rehusado.

—*Inter caecos regnat luscus*—dice cuando le preguntan, y a menudo cuando no—. Traducción: en el país de los ciegos, el tuerto es rey. Por eso tomó el nombre de Rex Luscus, es decir, Rey Tuerto.

Corre un rumor, propagado por Luscus, según el cual permitirá que los biomuchachos le pongan un ojo proteico artificial cuando vea las obras de un artista lo suficientemente grande como para justificar visión bifocal. Se rumorea también que, debido a su descubrimiento de Chibiabos Elgreco Winnegan, podría hacerlo pronto. Luscus mira ávidamente (alabando con adverbios) las formas de Chib. Éste se hincha, no de placer, sino de ira.

Luscus dice blandamente:

—Querido, quería asegurarme de que te habías levantado y preparado para los asuntos tremendamente importantes de hoy. ¡Debes estar listo para la exposición! Pero, ahora que te veo, me acuerdo de que aún no he comido. ¿Qué te parece desayunar conmigo?

—¿Desayunar qué?—pregunta Chib. No espera la respuesta—. No. Tengo demasiado que hacer hoy. ¡Ciérrate, sésamo!

La cara de cabra o, tal como él prefiere describirla, la cara de Pan de Rex Luscus, Fauno de las Artes, se desvanece. Incluso se ha hecho adornar las orejas. Realmente encantador.

—¡Beeeee!—se burla Chib del fantasma—. ¡Bah! ¡Cínico! ¡Nunca te besaré el culo, Luscus, ni dejaré que me lo beses! ¡Aunque pierda el premio!

De nuevo suena el timbre. Aparece la cara oscura de Halcón Rojo Rousseau. Tiene la nariz aguileña y sus ojos como roto vidrio negro. Una cinta roja, que sujeta el liso cabello negro que le cae hasta los hombros, rodea su ancha frente. Su chaquetilla es de piel de gamo; un collar de cuentas, atado como una corbata de lazo, le cuelga del cuello. Tiene el aspecto de un verdadero indio norteamericano, aunque

Toro Sentado, Caballo Loco o el menos noble Perfil Griego de aquéllos le hubiera echado a patadas de la tribu. No es que fueran antisemíticos, es sólo que no hubieran podido respetar a un bravo a quien los caballos producirían urticaria alérgica.

Nacido Julius Applebaum, se convirtió legalmente en Halcón Rojo Rousseau en su Día del Nombre. Apenas volver del bosque, renaturalizado, arma juega ahora en las sucias cacerolas de carne de una civilización decadente.

—¿Cómo estás, Chib? La panda se pregunta cuándo vendrás.

—¿Con vosotros? Todavía no he desayunado y tengo que hacer muchísimas cosas para prepararme para la exposición. ¡Os veré a mediodía!

Rousseau se desvanece como el último de los pieles rojas.

Precisamente cuando Chib va a desayunar, el intercom silba. ¡Ábrete, sésamo! En la pantalla Chib ve la sala de estar. Remolinea el humo, demasiado denso y furioso para que lo disuelva el acondicionador de aire. En el extremo más lejano del ovoide, sus pequeños hermanastros y hermanastras duermen en el sofá. Jugando a Mamá-y-su-amigo, se han dormido, las bocas abiertas en bendita inocencia, hermosos como sólo pueden serlo los niños dormidos.

Frente a los cerrados ojos de cada uno hay un ojo, que no parpadea, como el de un cíclope de Mongolia.

—¿No son conmovedores? —dice Mamá—. Los pobrecitos estaban demasiado cansados para irse a la cama.

La mesa es redonda. Los viejos y las solteronas se han reunido a su alrededor para la última batalla de rey, caballo, sota y as. Sus armaduras son sólo capas y capas de grasa. Las mejillas de Mamá cuelgan como banderas en un día sin viento. Sus pechos se deslizan y tiemblan sobre la mesa, se inclinan y se agitan.

—Partida de tahúres —dice Chib en voz alta, mirando las gruesas caras, los tremendos pechos, las exuberantes nalgas.

Ellos levantan las cejas.

—¿De qué coño habla ahora el genio loco?

—¿Es realmente subnormal tu hijo? —pregunta uno de los amigos de Mamá, y ellos ríen y beben más cerveza.

Angela Ninon, no queriendo dejar de intervenir, e imaginando que Mamá pronto pondrá en marcha los aspersores, se mea piernas abajo. Se ríen, y Guillermo el Conquistador dice:

—Abro.

—Yo siempre estoy abierta —dice Mamá, y ellos chillan de risa.

Chib quisiera llorar. Aunque desde su infancia le han animado a llorar siempre que le apetezca, no lo hace.

Te hace sentir mejor. Y fíjate en los vikingos, qué hombres eran, y lloraban como niños cuando tenían ganas.

Cortesía del canal 202 en el popular programa *¿Qué ha hecho una madre?*

Él no llora porque se siente como un hombre que recuerda a la madre a quien amaba y que murió, pero hace mucho tiempo. Su madre ha sido enterrada profundamente bajo un alud de carne. Cuando él tenía 16 años, había tenido una madre encantadora.

Entonces ella dejó de cuidarlo.

Familia que mama, familia que crece

De un poema de Edgar A. Grist, vía canal 88.

—Hijito, yo no saco nada de esto. Lo hago sólo porque te quiero.

¡Después, grasa, grasa, grasa! ¿Dónde se fue? Hundida en el abismo de la adiposis. Desapareciendo conforme aumentaba de volumen.

—Hijito, por lo menos de vez en cuando podrías discutir un poco conmigo.

—Me dejaste, Mamá. De acuerdo, ahora soy un hombre. Pero no tienes derecho a esperar de mí que resucite aquello.

—¡Ya no me quieres!

—¿Qué hay para desayunar, Mamá? —dice Chib.

—Ahora tengo buenas cartas, Chibby —dice Mamá—. Como muchas veces has dicho, eres un hombre. Aunque sólo sea por esta vez, hazte tú el desayuno.

—¿Para qué me has llamado?

—Había olvidado cuándo empieza la exposición. Quería dormir un poco antes de ir.

—A las dos y media, Mamá, pero no tienes ninguna obligación de ir.

—Oh, quiero estar presente. No quiero perderme los triunfos artísticos de mi propio hijo. ¿Crees que ganarás el premio?

—Si no, ahí está Egipto —dice él.

—¡Esos apestosos árabes! —dice Guillermo el Conquistador.

—Es la Oficina quien lo hace, no los árabes. Los árabes emigraron por la misma causa que puede hacernos emigrar a nosotros —dice Chib.

¿Quién hubiera pensado que Beverly Hills se volvería antisemítico?

De las Memorias inéditas del Abuelo.

—¡No quiero ir a Egipto! —Llora Mamá—. Tienes que ganar ese premio,

Chibby. No quiero dejar el Nido. Aquí nací y crecí, bueno, en el décimo nivel, y cuando me mudé también lo hicieron todos mis amigos. ¡No iré!

—No llores, Mamá —dice Chib, sintiendo pena muy a su pesar—. No llores. Ya sabes que tienes unos derechos, el gobierno no te puede obligar a ir.

—Si quieres seguir teniendo golosinas, irás —dice Guillermo el Conquistador—. A menos, claro está, que Chib gane el premio. Y yo no le echaría en cara que ni siquiera intentara ganarlo. No es culpa suya que tú no sepas decir «no» al Tío Sam. Tienes tu sueldo y lo que gana Chib vendiendo sus cuadros. Pero eso no es suficiente para ti, gastas más de prisa que ganas.

Mamá le grita con furia a Guillermo, y se van. Chib desconecta el fido. A la mierda con el desayuno; ya comerá después. A mediodía debe estar terminado su último cuadro para el Festival. Aprieta una placa y la desnuda habitación oval se abre aquí y allá, y surgen equipos de pintura como un regalo de los dioses electrónicos. Si pudieran ver el lienzo, la paleta y el pincel que usa Chib, Zeuxis se desmayaría y Van Gogh compartiría su excitación.

El proceso de pintar incluye el doblar y torcer individualmente miles de alambres, dándoles diferentes formas, colocándolos a diversas profundidades. Los hilos son tan delgados que sólo pueden ser vistos con amplificadores y manipulados con tenacillas extremadamente delicadas. De ahí las gafas de aumento que usa Chib y la larga herramienta, casi tan delgada como un hilo de araña, que lleva en la mano durante las primeras etapas de la creación de un cuadro. Tras cientos de horas de lento y paciente trabajo (de amor), los cables están preparados.

Chib se quita las gafas para ver el efecto general. Entonces, para cubrir los hilos con los colores y matices que desea, utiliza el aspersor de pintura. La pintura se endurece en pocos minutos. Chib conecta conductores eléctricos al cuenco y aprieta un botón para enviar una leve descarga por los hilos. Éstos brillan bajo la pintura y, fusibles liliputienses, desaparecen entre humo azul.

El resultado es una obra tridimensional compuesta de duras cáscaras de pintura en varios niveles bajo el revestimiento exterior. Las cáscaras son de diversos grosores, pero todas tan delgadas, que, cuando el cuadro es girado en ángulos, la luz las atraviesa desde el nivel más alto al más interno. Partes de las cáscaras son simplemente reflectores para intensificar la luz, con el fin de que las imágenes internas sean más visibles.

Cuando el cuadro se expone al público, está en un pedestal móvil que gira 120 a la izquierda del centro y luego 120 a la derecha. El fido suena. Chib, maldiciendo, piensa en desconectarlo. Por lo menos, no es el intercom de su madre llamando históricamente. Bueno, todavía no. Si pierde mucho al póquer, no tardará en llamar.

¡Ábrete, sésamo!

Cantad, maullad al Tío Sam

Escribe el Abuelo en sus Eyaculaciones Privadas: Veinticinco años después de mi huida con veinte mil millones de dólares y de mi muerte aparente de un ataque al corazón, Falco Accipiter está de nuevo sobre mi pista. El detective de la O. R. I. que tomó el nombre de Halcón Cazador cuando ingresó en su profesión. ¡Menudo ególatra! De todas formas, es tan agudo de vista e inflexible como un ave de presa, y yo temblaría si no fuera demasiado viejo para temer a los simples seres humanos. ¿Quién le quitó cadena y capucha? ¿Cómo encontró el viejo y frío rastro?

La cara de Accipiter es la de un halcón extremadamente desconfiado que al cernerse, intenta mirar a todas partes, y mira en su propio ano para asegurarse de que ningún pato se ha refugiado allí.

Los pálidos ojos azules lanzan miradas como cuchillos escondidos en la manga de la camisa que se arrojan con un giro de la muñeca. Lo exploran todo con percepción sherlokiana de la minucia y del detalle significativo.

Su cabeza gira a ambos lados, las orejas moviéndose, las ventanas de la nariz aleateando, todo radar, sonar y oír.

—Señor Winnegan, siento llamarle tan temprano. ¿Le he sacado de la cama?

—¡Es evidente que no! —dice Chib—. No se moleste en presentarse, le conozco, lleva tres días siguiéndome.

Accipiter no se sonroja. Maestro en autocontrol, se guarda todo el rubor en las profundidades de las tripas, donde nadie pueda verlo.

—Si me conoce, quizá pueda decirme por qué le llamo...

—¿Iba a ser yo tan bocazas como para decírselo?

—Señor Winnegan, me gustaría hablar con usted respecto a su tatarabuelo.

—¡Lleva veinticinco años muerto! —grita Chib—. Olvídelo. Y no me moleste. No intente conseguir una orden de registro; ningún juez se la daría. La casa de un hombre es su costilla..., quiero decir castillo.

Piensa en Mamá y en el día que le va a dar a menos que se vaya pronto. Pero tiene que acabar el cuadro.

—¡Esfúmese, Accipiter! —dice Chib—. Creo que daré parte de usted a la BPHR. Estoy seguro de que lleva un fido en su estúpido sombrero.

La cara de Accipiter permanece tan lisa e inmóvil como una escultura en alabastro del dios halcón Horos. Puede tener algo de gas retorciéndole los intestinos. De ser así, lo expulsa sin que se note.

—Muy bien, señor Winnegan. Pero no se va a librar de mí con tanta facilidad. Al fin y al cabo...

—¡Esfúmese!

El intercom silba tres veces: es la señal de que llama el Abuelo.

—Estaba espionando —dice la voz de 120 años de edad, hueca y profunda como el

eco en la tumba de un faraón—. Quiero verte antes de que te vayas. Bueno, si es que puedes dedicar algunos minutos al Viejo de los Rompecabezas.

—Eso siempre, Abuelo —dice Chib, pensando en lo mucho que quiere al anciano—. ¿Necesitas comida?

—Sí, y también para la mente.

Der Tag. Dies irae. Gotterdiimmerung. Armagedón. Las cosas están llegando a su fin. Día de hacer o de romper. Tiempo de ir y no ir. Todas estas llamadas y la sensación de algo más que está al caer. ¿Qué traerá el final del día?

El comprimido del sol se desliza en la dolorida garganta de la noche

(Por Omar Runic)

Chib camina hacia la puerta convexa que se hunde, enrollándose, en dos ranuras de las paredes. El centro de la casa es la habitación familiar, oval. En el primer cuadrante, en el sentido de las agujas del reloj, está la cocina, separada de la habitación familiar por biombos de seis metros de altura decorados por Chib con escenas de tumbas egipcias: su opinión demasiado sutil de la comida moderna. Los límites de habitación y pasillo los marcan siete delgadas columnas alrededor de la sala. Entre las columnas hay más biombos altos, pintados por Chib durante su Época de la Mitología Amerindia.

El pasillo también tiene forma oval; todas las habitaciones de la casa se abren a él. Hay siete habitaciones; seis de ellas son combinaciones de dormitorio, despacho, estudio, lavabo y ducha. La séptima es un cuarto trastero.

Pequeños huevos en huevos mayores en grandes huevos en un megamonolito en una pera planetaria en un universo oval: la más reciente cosmogonía, que indica que el infinito tiene la firma del producto de la gallina. Dios empolla sobre el abismo y cacarea cada trillón de años o así.

Chib atraviesa el recibidor, pasa por entre dos columnas esculpidas por él en forma de cariátides nínficas y entra en la habitación familiar. Su madre le mira de reojo, pensando que se acerca a pasos agigantados a la locura, si no ha alcanzado ya su umbral. En parte, es culpa de ella, no debería haberse enfadado y haber terminado Aquello en un momento de chifladura. Ahora es gorda y fea, oh, Dios, tan gorda y tan fea... No puede esperar razonablemente, ni siquiera irrazonablemente, empezar de

nuevo.

Es natural, se dice suspirando, resentida y lloriqueando, que haya abandonado el amor de su madre por las delicias extrañas y firmes de las formas jóvenes. Pero ¿dejarlas a ellas también? Él no es un narciso. Dejó todo eso a los 13 años. Entonces, ¿cuál es la razón de su castidad? Tampoco usa el fornixator, cosa que ella podría comprender aunque no lo aprobara.

Oh, Dios, ¿en qué me equivoqué? Y, sin embargo, no tengo nada de malo. Está enloqueciendo como su padre, creo que se llamaba Raleigh Renacimiento, y su tía y su tatarabuelo. Es por culpa de toda esa pintura y todos esos extremistas, los Jóvenes Rábanos, con los que se mezcla. Es demasiado artista, demasiado sensible. Oh, Dios, si le ocurre algo a mi hijito tendré que ir a Egipto.

Chib conoce sus pensamientos, porque ella los ha pronunciado muchas veces y no es capaz de renovarlos. Sin decir una sola palabra, pasa junto a la mesa redonda. Los caballeros y doncellas del Camelot en lata le miran a través de un velo de cerveza.

En la cocina, abre una puerta oval en la pared. Saca una bandeja con platos y tazas de comida tapados y envueltos en plástico.

—¿No vas a comer con nosotros?

—No te quejes, Mamá —dice él, y vuelve a su habitación para coger algunos cigarros para su Abuelo.

La puerta —que debería detectar, amplificar y transmitir la móvil, pero reconocible, aura de campos eléctricos epidérmicos al mecanismo de apertura— falla. Chib está demasiado alterado. Sobre su piel, remolinos magnéticos se enfurecen y distorsionan la configuración espectral. La puerta se abre a medias, se cierra; de nuevo cambia de opinión, se abre, se cierra.

Chib le da una patada y queda totalmente bloqueada. Decide ponerle un «sésamo» verbal o visual. El problema es que le faltan piezas y cupones, y no puede comprar los materiales. Se encoge de hombros, camina a lo largo del curvo recibidor, de una sola pared, y se detiene ante la puerta del Abuelo, oculta a la vista de los del salón por los biombos de la cocina. Chib recita la contraseña:

Pues cantó de paz y libertad,
cantó de belleza, amor y deseo,
cantó de muerte, y de vida inmortal
en las Islas de los Benditos,
en el Reino de Ponemah,
en la tierra de A Partir de Ahora.
Muy querido por Hiawatha
era el gentil Chibiabos.

Enrollándose sobre sí misma hacia atrás, la puerta se abre.

Una luz amarillo rojiza, creación del propio Abuelo, sale por la puerta oval,

convexa. Mirar a su través es como mirar en las pupilas de un loco. En el centro de la habitación, el Abuelo tiene una barba blanca que le llega hasta medio muslo, y su cabello blanco le cae en cascada hasta debajo de las rodillas. Aunque barba y cabello ocultan su desnudez y no está en público, lleva zapatos. El Abuelo es un poco chapado a la antigua, cosa excusable en un hombre de doce decadencias de edad.

Como Rex Luscus, es tuerto. Sonríe con sus propios dientes crecidos a partir de brotes trasplantados hace 30 años. De una esquina de su roja y llena boca cuelga un gran cigarro verde. Su nariz es ancha y sucia, como si el tiempo la hubiera aplastado con un pesado pie. Su frente y mejillas son anchas, quizá a causa de algo de sangre Ojibway en sus venas, aunque nació Finnegan e incluso suda célticamente, soltando un olor a whisky. Mantiene la cabeza alta. El ojo azul gris es como un charco en el fondo de una cuenca antediluviana, resto de un glaciar fundido.

En conjunto, el rostro del Abuelo es el de Odín al volver de las Fuentes de Mimir, preguntándose si ha pagado un precio demasiado alto. O el de la Esfinge de Gizeh, golpeado por el viento y comido por la arena.

—Parafraseando a Napoleón, cuarenta siglos de historia nos contemplan —dice el Abuelo—. La cabeza de piedra de los eones. «¿Qué es entonces el Hombre?», dijo la Nueva Esfinge, habiendo resuelto Edipo la pregunta de la Vieja Esfinge, sin solucionar nada, porque Ella ya había parido otra de su especie, una niña de culo escocido con una pregunta que nadie ha sido capaz de contestar todavía. Y quizá no puede ser contestada.

—Hablas de un modo raro —dice Chib—, pero me gusta.

Sonríe al Abuelo, queriéndole.

—Cada día te arrastras hasta aquí, no tanto por amor a mí como para ganar conocimiento y perspicacia. Lo he visto y oído todo, y he pensado algo más que un poco. Antes de refugiarme en esta habitación hace un cuarto de siglo, viajé mucho. Y, sin embargo, mi confinamiento aquí ha sido la mayor Odisea de todas.

El viejo marinero

—Me llamo a mí mismo así. Un escabeche de sabiduría ha saturado la disolución de cinismo demasiado salado y vida demasiado larga.

—Sonríes como si acabaras de gozar de una mujer —se guasea Chib.

—No, hijo mío. Perdí la tensión en mi verga hace treinta años. Y doy gracias a Dios por ello, ya que me aleja de la tentación de fornicar, por no hablar de la

masturbación. Sin embargo, me quedan otras energías y, por lo tanto, intención de otros pecados, y éstos son aún más importantes.

»Junto al pecado de la realización sexual, que paradójicamente incluye el de la emisión sexual, tenía otras razones para no solicitar de esa Vieja Ciencia de la Magia Negra fuerzas para excitarme de nuevo. Excepto con dinero, era demasiado viejo para atraer a las jóvenes. Y era demasiado poeta, amante de la belleza, para acostarme con las arrugadas vejigas de mi generación o de varias anteriores a la mía.

»Así que ya ves, hijo mío, mi badajo se balancea flojamente en la campana de mi sexo. Ding, dong, ding, dong. Mucho dong pero poco ding.

El Abuelo ríe profundamente, un rugido de león con rocío de palomas.

—No soy sino el portavoz de los antiguos, un picapleitos que gime por clientes muertos hace tiempo. Venido, no a esconderme, sino a realizarme, y forzado por mi sentido de la honradez a admitir las faltas del pasado, también. Soy un extraño y encorvado viejo; inquilino como Merlín en su tronco de árbol. Samolxis, el dios oso tracio, hibernando en su cueva. El último de los Siete Durmientes.

El Abuelo se dirige al delgado tubo de plástico que cuelga del techo y baja las empuñaduras plegables del visor.

—Accipiter se cierne al exterior de nuestra casa. Olfatea algo podrido en Beverly Hills, nivel 14. ¿Es posible que Vuelvoagarrar Winnegan no haya muerto? El Tío Sam es como un diplodocus golpeado en el culo. Hacen falta veinticinco años para que el mensaje alcance su cerebro.

Unas lágrimas aparecen en los ojos de Chib. Dice:

—Oh, Dios, Abuelo, no quiero que te ocurra nada.

—¿Qué podría ocurrirle a un viejo de ciento veinte años aparte de fallarle el cerebro o los riñones?

—Con el debido respeto, Abuelo —dice Chib—, estás parloteando.

—Llámame Molino de la Identidad —dice el Abuelo—. La harina que produzco se cuece en el extraño horno de mi ego; o medio cocida, si lo prefieres.

Chib sonrío tras sus lágrimas y dice:

—En el colegio me enseñaron que los juegos de palabras son baratos y vulgares.

—Lo que es bastante bueno para Homero, Aristófanes, Rabelais y Shakespeare, 10 es para mí. A propósito, hablando de barato y vulgar, anoche, antes de empezar la partida de póquer, me encontré con tu madre en el recibidor. Yo salía de la cocina con una botella de licor. Casi se desmayó. Pero rápidamente se recuperó e hizo como si no me viera. Quizá pensó que había visto un fantasma. Lo dudo. Lo hubiera chismorreado por toda la ciudad.

—Puede habérselo dicho a su médico —dice Chib—. Hace varias semanas te vio, ¿te acuerdas? Al quejarse de sus supuestas visiones y alucinaciones puede haberlo mencionado.

—Y el viejo matasanos, conociendo la historia de la familia, llamó a la O. R. I. Puede ser.

Chib mira por el visor del periscopio. Lo hace girar y mueve los botones de las empuñaduras para levantar y bajar el cílope del extremo del tubo exterior. Accipiter ronda por el Nido de siete huevos, cada uno en el extremo de una de las anchas escaleras ligeramente curvadas que se extienden, ramificándose, desde el pedestal central.

Accipiter sube los escalones de una rama hasta la puerta de la señora Applebaum. La puerta se abre.

—Debe de haberla sacado del fornixator —dice Chib—. Y ella debe de encontrarse sola; no le habla por el fido. ¡Dios mío, es más gorda que Mamá!

—¿Por qué no? —dice el Abuelo—. El señor y la señora Cualquiera están sentados todo el día, comen, beben y ven fido, y sus cerebros se convierten en mierda y sus cuerpos en barro. César no hubiera tenido problemas, rodeándose de gordos amigos, en estos días. ¿Tú también comiste, Bruto?

El comentario del Abuelo, sin embargo, no debería aplicarse a la señora Applebaum. Tiene un conducto en la cabeza, y la gente adicta a la fornixación raramente engorda. Se quedan sentados o acostados durante todo el día y parte de la noche, con la aguja clavada en la zona de fornixación del cerebro enviando una serie de pequeñas sacudidas eléctricas. Con cada impulso, un éxtasis indescriptible fluye por sus cuerpos, delicia mucho mayor que cualquier placer proporcionado por la comida, la bebida o el sexo. Es ilegal, pero el gobierno nunca molesta a un usuario a menos que le necesite para alguna otra cosa, ya que un fórnico raras veces tiene hijos. Un 20% de la población de LA se ha hecho perforar un agujero en la cabeza e insertar un delgado canal para el acceso de la aguja. El 5% son adictos; se consumen, comiendo de tarde en tarde, con las vejigas hinchadas y vertiendo venenos en la corriente sanguínea.

—Cuando a veces salías a buscar provisiones, mi hermano y mi hermana deben de haberte visto —dice Chib.

—Ellos también creen que soy un fantasma. ¡A estas alturas! Pero el hecho de que puedan creer en algo, aunque sea en un espectro, quizá es una buena señal.

—Será mejor que dejes de escaparte a la iglesia.

—La Iglesia y tú sois lo único que me mantiene en marcha. Aunque el día que me dijiste que no podías creer fue triste. Con defectos, desde luego, hubieras sido un buen sacerdote, y yo hubiera podido tener misa y confesión privadas en esta habitación.

Chib no dice nada. Fue a misa y participó en los servicios sólo para complacer al Abuelo. La iglesia era una caracola ovoide que, puesta al oído, sólo dejaba oír el distante rugido de Dios alejándose como el refluo de la marea.

Hay universos que piden dioses y, sin embargo, Él sobrevuela éste buscando trabajo.

De las Memorias del Abuelo

El Abuelo alza el visor. Ríe.

—¡La Oficina de Impuestos! ¡Creí que la habían disuelto! ¿Quién coño tiene todavía tantos ingresos como para seguir declarándolos? ¿Crees que sigue funcionando sólo por mí? Podría ser.

Llama a Chib al visor, enfocado hacia el centro de Beverly Hills. Chib tiene una línea de visión entre los Nidos de siete huecos de los pedestales ramificados. Puede ver parte de la plaza central, los ovoides gigantes del Ayuntamiento, las oficinas federales, el Centro del Pueblo, parte de la espiral masiva en que están situadas las casas de la aristocracia, Y la Dora (de Pandora), en donde los del salario púrpura compran sus alimentos y los que tienen ingresos extra sus golosinas. Se ve un extremo del gran lago artificial; barcas y canoas lo surcan y hay gente pescando.

La cúpula de plástico irradiado que cubre los Nidos de Beverly Hills es azul celeste. El sol electrónico sube hacia el cenit. Hay algunas imágenes realistas de nubes e incluso una V de patos emigrando al sur, sus graznidos disminuyendo poco a poco. Muy bonito para quienes no han estado nunca fuera de los muros de LA. Pero Chib estuvo dos años en el Cuerpo de Rehabilitación y Conservación de la Naturaleza Mundial —el CRCNM— y conoce la diferencia. Estuvo a punto de desertar con Halcón Rojo Rousseau y unirse a los Neo-Amerindios. Después, pensó en ser guardabosques. Pero eso podría significar que acabaría disparando o arrestando a Halcón Rojo. Además, no quería ser empleado del gobierno. Y por encima de todo, quería pintar.

—Ahí está Rex Luscus —dice Chib—. Le están entrevistando ante el Centro del Pueblo. Una multitud.

El descubrimiento de Pellucidar

El segundo nombre de Luscus debería haber sido Adelanto. Hombre de gran erudición, con privilegiado acceso a la Librería del Ordenador de LA Mayor y sigiloso como Ulises, siempre está por delante de sus colegas.

Fue él quien fundó la Escuela de Crítica Go-go.

Cuando Luscus anunció el nombre de su nueva filosofía, Primalux Ruskinson, su gran competidor llevó a cabo una amplia investigación. Finalmente, Ruskinson proclamó que Luscus había tomado el nombre de un antiguo argot utilizado a mediados del siglo xx.

En una entrevista en el fido al día siguiente, Luscus dijo que, como era de esperar, Ruskinson era un estudiante bastante superficial.

Go-go venía del idioma hotentote. En hotentote, *go-go* significaba «examinar», esto es, permanecer mirando hasta descubrir algo sobre el objeto (en este caso, el artista y sus obras).

Los críticos hicieron cola para ingresar en la nueva escuela. Ruskinson pensó en suicidarse, pero en vez de eso acusó a Luscus de haber mamado su camino ascendente por la escala del éxito.

Luscus replicó en el fido que su vida privada era cosa suya y que Ruskinson corría peligro de ser denunciado por violación de intimidad. Sin embargo, no merecía más esfuerzo que el de un hombre que aparta un mosquito.

—¿Qué demonios es un mosquito? —se preguntaron millones de fidoventes—. Nos gustaría que el Gran Cerebro hablase en un lenguaje que pudiéramos entender.

Durante un minuto la voz de Luscus se desvaneció mientras los locutores lo explicaban, ya que acababan de recibir una nota de un controlador que había buscado la palabra en la enciclopedia de la emisora.

Durante dos años, Luscus vivió de la novedad de la Escuela *Go-go*.

Después, con su filosofía del Hombre Totipotencial, reestableció su prestigio que se había difuminado ligeramente.

Ésta se hizo tan popular que la Oficina de Desarrollo y Recreación de la Cultura requisó, durante un año y medio, una hora diaria del fido para el programa inicial de Totipotencialización.

Comentario escrito por el Abuelo Winnegan en sus Eyaculaciones Privadas:

¿Y el Hombre Totipotencial, esa apoteosis de la individualidad y del completo desarrollo psicosomático, la *Ubermensch* democrática, tal como la recomendó Rex Luscus, el sexualmente zurdo? ¡Pobre viejo Tío Sam! Intentando moldear a los más adelantados de sus ciudadanos de un modo sencillo y estable para poder controlarlos... ¡Y, al mismo tiempo, intentando animar a todos y cada uno a desarrollar, si las tienen, sus capacidades inherentes! ¡El pobre viejo esquizofrénico de largas piernas, barba con patillas, corazón blando y cerebro duro! Verdaderamente, la mano izquierda no sabe lo que hace la derecha. Es más, la mano derecha no sabe lo que hace la mano derecha.

—¿Y el Hombre Totipotencial? —replicó Luscus al Presidente durante la cuarta sesión de la «Serie de Lecturas de Luscus»—. ¿Cómo se contrapone al *Zeitgeist* contemporáneo? No lo hace. El Hombre Totipotencial es un imperativo de nuestro tiempo. Debe surgir antes de que el Mundo Dorado pueda realizarse. ¿Cómo podéis tener una Utopía sin habitantes utópicos, un Mundo de Oro con hombres de latón?

Durante ese Día Memorable Luscus pronunció su conferencia sobre el Descubrimiento de Pellucidar, haciendo famoso a Chibiabos Winnegan. Y, por algo

más que casualidad, situó a Luscus a una distancia *record* por delante de sus competidores.

—¿Pellucidar? ¿Pellucidar? —murmura Ruskinson—. Oh, Dios, ¿qué está haciendo ahora el Cencerro?

—Tardaré algún tiempo en explicar por qué uso esta frase para describir el estallido de genio de Winnegan —continúa Luscus—. En primer lugar, voy a hacer como que viajo.

Del Ártico a Illinois

—Veamos, en cierta ocasión Confucio dijo que un oso polar no podría tirarse un pedo en el Polo Norte sin provocar un huracán en Chicago.

»Con esto quería decir que todos los acontecimientos, y por lo tanto, todos los hombres, están interconectados en una tela de araña irrompible. Lo que un hombre hace, no importa cuán insignificante parezca, vibra por las hebras y afecta a todos los demás hombres.

Ho Chung Ko, ante su fido en el nivel 30 de Lhasa, Tibet, le dice a su mujer:

—Ese gilipollas blanco no se ha enterado de nada. Confucio nunca dijo eso. ¡Lenin nos valga! Voy a llamarle y a ponerle en un aprieto.

Su mujer dice:

—Cambia de canal. Pai Ting Place está en antena y...

Ngombe, nivel 10, Nairobi:

—Los críticos de aquí son un puñado de bastardos negros. Fíjate en Luscus: podría reconocer mi genio en un segundo. Mañana por la mañana voy a inscribirme en la Oficina de Emigración.

Su mujer:

—¡Por lo menos podrías preguntarme si quiero ir! ¿Y los niños..., madre..., amigos..., perro?

Y así sucesivamente en la noche sin leones del África autoluminosa.

En una ocasión, el expresidente Radinoff dijo que ésta es la «Era del Hombre Enchufado» —continúa Luscus—. Sobre esta, para mí, profunda frase, se han hecho algunas vulgares observaciones. Pero Radinoff no quería decir que la sociedad humana sea una guirnalda de flores, quería decir que la corriente de la sociedad moderna fluye por un circuito del que todos formamos parte. Ésta es la Edad de la Completa Interconexión. No puede quedar suelto ningún cable; en caso contrario,

todos cortocircuitamos. Sin embargo, es innegable que una vida sin individualidad no merece la pena de ser vivida. Cada hombre debe ser un hapaxlegómeno...

Ruskinson salta de su silla y ruge:

—¡Conozco esa frase! ¡Esta vez te he cogido, Luscus!

Está tan excitado que cae en un desmayo, síntoma de un defecto hereditario muy extendido. Cuando se recupera, la lectura ha terminado. Se lanza hacia el magnetófono para ver lo que se ha perdido. Pero Luscus, con sumo cuidado, ha evitado definir el Descubrimiento de Pellucidar. Lo explicará en otra Lectura.

El Abuelo, de vuelta al visor, silba.

—Me siento como un astrónomo. Los planetas orbitan alrededor de nuestra casa, que es el Sol. Ahí está Accipiter, el más cercano: Mercurio, aunque no es el dios de los ladrones sino su némesis. Sigue Benedictine, tu Venus de triste vientre. ¡Duro, duro, duro! El esperma aplastaría sus cabezas contra el óvulo de roca. ¿Estás seguro de que está embarazada?

»Tu Mamá está ahí fuera, vestida con una especie de mortaja, y me gustaría que, de verdad, alguien la matara. La Madre Tierra se dirige al perigeo del almacén del Gomerdo para gastar tu dinero.

El Abuelo se tensa como en la cubierta de un buque que gira, con las venas azul negras de sus piernas gruesas como parras alrededor de un roble viejo.

—Breve salto del papel de *Herr Doktor Sternscheissdreckschnuppe*, el gran astrónomo, al del *Unterseeboot Kapitan von Schooten die Fischen in der Barrel*. *Ach!* Feo totafía el barrco de fapor, deine Mamá, asomanto, huntiéntose, rrotando en los marres del alcohol. Brrújula rrota; a la deriva. Tres aspas al viento. Ruedas de palas girando en el aire. La pandilla negra dejándose las pelotas en sudor, abasteciendo los hornos de la frustración. Hélice enredada en las redes de la neurosis. Y la gran Ballena Blanca, un destello en las oscuras profundidades, subiendo de prisa, decidida a ver ensartado su vientre, demasiado grande para fallar. Pobre navío condenado, lloro por él. También vomito de asco.

»¡Fuego el uno! ¡Fuego el dos! ¡Baruummm! Mamá gira, con un agujero irregular en la piel, pero no el que estás pensando. Se hunde, la nariz por delante, como corresponde a un saltador de trampolín experto, con su gran popa levantándose en el aire. ¡Blub, blub! ¡Cinco brazas!

»Y así, volvemos al espacio exterior desde las profundidades del mar. Tu Marte selvático, Halcón Rojo, acaba de salir de la taberna. Y Luscus, Júpiter, el tuerto Padre de Todas las Artes, si me perdonas que mezcle las mitologías nórdica y latina, está rodeado por un enjambre de satélites.

La excreción es la parte amarga del valor

Dice Luscus a los reporteros del fido.

—Con eso quiero decir que, como todo artista, grande o no, Winnegan produce arte que es, primero, secreción, única para él, y después excreción. Sé que mis distinguidos colegas se burlarán de esta analogía, así que, desde aquí, les reto a un debate en el fido cuando haya ocasión.

»El valor procede de la valentía del artista de mostrar al público sus productos internos. La parte amarga procede del hecho de que el artista puede ser rechazado o mal comprendido en su época, y también de la terrible guerra que se produce en el artista con los elementos inconexos o caóticos, a menudo contradictorios, que se deben unir y moldear en una única entidad. De ahí mi concepto de “excreción discreta”.

Reportero del fido:

—¿Debemos entender que todo es un gran montón de mierda, pero que el arte hace un extraño cambio en él, moldeándolo en algo dorado y luminoso?

—Aunque por ahí van los tiros, no es eso exactamente. Lo desarrollaré y explicaré en otra ocasión. Ahora de quien quiero hablar es de Winnegan. Veamos. Los artistas menores se limitan a mostrar la superficie de las cosas; son fotógrafos. Mientras que los artistas grandes muestran la interioridad de los objetos y seres. Winnegan, sin embargo, es el primero en revelar más de una interioridad en una sola obra de arte. Su invención de la técnica del altorrelieve multinivel le permite epifanizar, mostrar en profundidad, capa tras capa subterránea.

Primalux Ruskinson, en voz alta:

—¡El gran Pelador de Cebollas de la pintura!

Cuando acaban las risas, Luscus habla con tranquilidad:

—En cierto sentido, eso está bien expresado. Como una cebolla, el arte grande lleva lágrimas a los ojos. Sin embargo, la luz de los cuadros de Winnegan no es sólo un reflejo; es absorbida, diferida y fraccionada. Cada uno de los rayos de luz rotos hace visibles, no ya varios aspectos de las figuras interiores, sino figuras completas. Mundos, podría decir.

»A esto llamo el Descubrimiento Pellucidar. Pellucidar es la cavidad interior de nuestro planeta, tal como fue descrita en una novela fantástica ahora olvidada de un escritor del siglo xx, Edgar Rice Burroughs, creador del inmortal Tarzán.

Ruskinsongime y se siente débil de nuevo:

—¡Pellucid! ¡Pellucidar! ¡Luscus, bastardo exhumador de símbolos!

—El héroe de Burroughs atravesó la corteza de la Tierra para descubrir, dentro, otro mundo. En ciertos aspectos, era el inverso del exterior: continentes donde están los mares y viceversa. Del mismo modo, Winnegan ha descubierto un mundo interior, el reverso de la imagen pública que proyecta Cualquierhombre. Y, como el héroe de

Burroughs, ha regresado con un relato asombroso de la exploración de la psique y sus peligros.

»Del mismo modo que el héroe imaginario descubrió que Pellucidar estaba poblado de hombres y dinosaurios de la Edad de Piedra, el mundo de Winnegan es, aunque absolutamente moderno en cierto sentido, arcaico en otro. Abismalmente primitivo. Pero en la iluminación del mundo de Winnegan hay una senda malvada e inescrutable de negrura, y ésta tiene su pareja, en Pellucidar, en la pequeña luna fija que proyecta una sombra gélida e inmóvil.

»Yo pretendía que *pellucid* formase parte de Pellucidar. Pero *pellucid* significa “que refleja uniformemente la luz por toda la superficie” o “que admite el máximo paso de la luz sin distorsión ni difusión”. La pintura de Winnegan hace precisamente lo contrario. Sin embargo, bajo la luz rota y torcida, el observador penetrante puede ver una luminosidad prístina, uniforme y recta. Es la luz que enlaza todas las fracturas y multiniveles, la luz en la que yo pensaba durante mi anterior conferencia sobre la «Era del Hombre Enchufado» y el oso polar.

»Gracias a la contemplación intensa, un observador puede percibir esto, sentirlo como si fuera el relampagueo fotónico del palpitar del corazón del mundo de Winnegan.

Ruskinson casi se desmaya. La sonrisa y el monóculo negro de Luscus le confieren la apariencia de un pirata que acabara de capturar un galeón español lleno de oro.

El Abuelo, todavía al periscopio, dice:

—Y ahí está Maryam Ben Yusuf, la ramera egipcia de la que me hablabas. Tu Saturno, lejano, regio, frío, y llevando uno de esos multicolores sombreros giratorios colgantes que hacen furor. ¿Los anillos de Saturno? ¿O un halo de santidad?

—Es hermosa, y sería una madre maravillosa para mis hijos —dice Chib.

—El encanto de Arabia. Tu Saturno tiene dos lunas, madre y tía. ¡Damas de compañía! ¡Y dices que sería una buena madre! ¡Qué buena esposa! ¿Es inteligente?

—Tanto como Benedictine.

—Entonces, una basura. No cabe duda de que sabes elegir las.

¿Cómo sabes que la quieres? En los últimos seis meses has amado a veinte.

—La quiero. Eso es un hecho.

—Hasta la próxima. ¿Puedes realmente querer otra cosa que no sea tu pintura? Benedictine va a abortar, ¿no?

—No si puedo disuadirla. Para ser sincero, ya ni siquiera me gusta, pero lleva a mi hijo.

—Déjame ver tu pelvis. No, eres macho. Por un momento lo he dudado; estás loco por tener un hijo.

—Un niño es un milagro capaz de hacer dudar a sextillones de infieles.

—También crían los ratones. Pero ¿no sabes que el Tío Sam ha estado haciendo propaganda desesperadamente para reducir la procreación? ¿Dónde has estado toda tu

vida?

—Tengo que irme, Abuelo.

Tras pesar al viejo, Chib vuelve a su habitación para terminar su último cuadro. La puerta aún se niega a reconocerle, y él llama al taller de reparaciones, sólo para que le digan que todos los técnicos están en el Festival del Pueblo. Sale de la casa rojo de ira. Las serpentinas y los globos ondean y se agitan en el viento artificial, incrementado para esta ocasión, y una orquesta toca junto al lago. Por el visor, el Abuelo le ve irse.

—¡Pobre diablo! Me duele su pena. Quiere un hijo, y está desgarrado por dentro porque esa pobre mujer de Benedictine va a abortárselo. Aunque él no lo sabe, parte de su agonía es identificación con el niño condenado. Su propia madre ha tenido innumerables, bueno, bastantes abortos. De no ser por gracia de Dios, él habría sido uno de ellos, otra nada. Quiere que este niño tenga también una oportunidad. Pero no puede hacer nada, nada.

»Y tiene otro sentimiento, uno que comparte con la mayoría de las personas. Sabe que ha desviado su vida, o algo la ha torcido. Todo hombre o mujer pensante lo sabe. Incluso los orgullosos y los obtusos inconscientemente se dan cuenta de ello. Pero un niño, ese ser maravilloso, esa limpia *tabula rasa*, ángel no formado, representa una nueva esperanza. Quizá no se torcerá. Quizá crecerá para ser una persona sana, confiada, razonable, de buen humor, generosa, amante. “No será como yo o mi vecino”, jura el padre, orgulloso, pero aprensivo.

»Chib lo cree y promete que su hijo será diferente. Pero, como todos los demás, se engaña a sí mismo. Cada niño tiene un solo padre y una sola madre, pero trillones de tíos y tías. No sólo sus contemporáneos; también los muertos. Aunque Chib huyera a la naturaleza y criara él mismo al niño, le estaría enseñando sus propios e inconscientes prejuicios. El niño crecería con creencias y actitudes de las que el padre ni siquiera está al corriente. Además, al ser criado en el aislamiento, el niño sería verdaderamente un ser humano muy peculiar.

»Y si Chib cría al niño en esta sociedad, es inevitable que asimile parte de las actitudes de sus compañeros de juegos, de sus profesores, y así sucesivamente *ad nauseam*.

»Así que es mejor que desistas de hacer de tu maravilloso hijo en potencia un nuevo Adán. Si al menos llega a ser medio sano, será porque le des amor y disciplina y porque tenga suerte en sus contactos sociales y porque al nacer haya sido bendecido con la correcta combinación de genes. Es decir, porque tu hijo o hija sea por partes iguales un luchador Y un amante.

La pesadilla de una es el correrse en sueños de otro

Dice el Abuelo:

—Estaba hablando el otro día con Dante Alighieri, y me contaba qué infierno de estupidez, crueldad, perversidad, ateísmo y peligro abierto era el siglo XVI. El XIX le dejó balbuceante, buscando sin esperanza invectivas suficientemente adecuadas.

»En cuanto a nuestra época, le subió de tal modo la presión sanguínea que tuve que administrarle un tranquilizante Y enviarle de vuelta, vía máquina del tiempo, con una enfermera. Se parecía a Beatriz, así que debía de ser exactamente la medicina que él necesitaba..., quizá.

El Abuelo cloquea de risa, recordando que Chib, de niño, le tomaba en serio cuando él describía a sus visitantes de la máquina del tiempo, tales como Nabucodonosor, Rey de los Comedores de Hierba; Sansón, Resolvedor de Enigmas y Azote de los Filisteos; Moisés, que le robó un dios a su suegro kenita y luchó contra la circuncisión toda su vida; Buda, el Beatnik Original; No-Musgo Sísifo, tomándose una vacaciones en el rodar de su piedra; Androcles con su pequeño vástago, Cobarde León de Oz; el Barón von Richthofen, Caballero Rojo de Alemania; Beowulf; Al Capone; Hiawatha; Iván el Terrible, y muchos más.

Pero un día el Abuelo se alarmó y decidió que Chib estaba confundiendo fantasía y realidad. Odiaba decirle al muchacho que se había estado inventando todos esos maravillosos cuentos, más que nada para enseñarle Historia. Era como decirle a un niño que Santa Claus no existe.

Y entonces, mientras le estaba dando de mala gana la noticia a su nieto, se dio cuenta de que a Chib le resultaba difícil contener la risa, que era su turno de que le tomaran el pelo. Chib nunca había estado engañado, o bien había encajado muy bien la confesión. Así que los dos rieron abiertamente y el Abuelo siguió hablando de sus visitantes.

—No hay Máquinas del Tiempo —dice el Abuelo—. Te guste o no, Pequeño Saltamontes, tienes que vivir en esta época, que es la tuya.

»Las máquinas trabajan en los Niveles de fabricación de bienes de consumo en un silencio roto sólo por la charla de algunos técnicos. Las grandes tuberías del fondo de los mares absorben agua y lodo. Este material se lleva automáticamente por tubos hasta los diez Niveles de producción de LA. Allí, los compuestos inorgánicos se convierten en energía y después en comida, bebida, medicinas y aparatos. Fuera de los muros de la ciudad hay muy poca agricultura o ganadería, pero hay superabundancia de vegetales y carne para todos. Artificiales, pero duplicados exactos de la materia orgánica, así que ¿quién nota la diferencia?

»En ninguna parte, excepto entre los exiliados voluntarios que vagan por los bosques, no hay hombre ni necesidades. Y la comida y las manufacturas se transportan a las Pandoras y se distribuyen a los receptores del salario púrpura. El

salario púrpura. Un eufemismo de la avenida Madison con inflexiones de realeza y de derecho divino. Ganado sólo por haber nacido.

»Otras épocas considerarían delirante a la nuestra y, sin embargo, tiene ventajas que no tenían aquéllas. La megápolis está dividida en pequeñas comunidades para combatir la transitoriedad y el desarraigo. Un hombre puede pasar toda su vida sin tener que moverse para obtener cualquier cosa que necesite. Como consecuencia, han surgido un provincialismo, un nacionalismo de patria chica y una hostilidad hacia los extranjeros. De ahí las sangrientas luchas de pandillas juveniles de distintas ciudades. La polémica intensa y viciosa. La insistencia en implantar y apegarse a costumbres locales.

»Al mismo tiempo, el ciudadano de patria chica tiene fido que le permite ver los acontecimientos de todo el mundo. Hay infinita variedad de programas soberbios, entremezclada con basura y propaganda, que el gobierno considera buena para el pueblo. Un hombre puede obtener el equivalente a un doctorado en Filosofía sin moverse de casa.

»Ha llegado un nuevo Renacimiento, una floración de las artes comparable a la de la Atenas de Pericles y las ciudades-estado de la Italia de Miguel Ángel o la Inglaterra de Shakespeare. Paradójico: más analfabetos que nunca antes en la historia del mundo; pero también más intelectuales. Los que hablan latín clásico superan en número a los de los días de César. El mundo de la estética produce un fruto fabuloso. Y desde luego, madura.

»Para reducir el provincialismo Y para hacer la guerra internacional aún más improbable, tenemos la norma mundial de la “homogeneización”. El intercambio voluntario de parte de la población de un país con la de otro. Rehenes de la paz y del amor fraterno. Los ciudadanos que no pueden soportar vivir solamente del salario púrpura o creen que serán más felices en otro lugar son inducidos, con sobornos, a emigrar.

»Un Mundo Dorado en algunos aspectos; una pesadilla en otros. Así que, ¿qué hay de nuevo en el mundo? Siempre fue así en cada época. La nuestra ha tenido que lidiar con la superpoblación y la automatización. ¿De qué otro modo podría haberse resuelto el problema? Es el asno de Buridan, muriendo de hambre porque no puede decidir cuál de las dos partes iguales de pienso comer.

»Historia: un *pons asinorum* en que los hombres son los asnos en el puente del tiempo.

»No, esas dos comparaciones no son ni sinceras ni correctas. Es el caballo de Hobson: la única elección posible es el animal del establo más próximo. ¡El *Zetgeist* gobierna esta noche, y el demonio elige el más lejano!

»Los firmantes del Manifiesto de la Triple Revolución del siglo xx previeron con exactitud algunos aspectos. Pero le restaron importancia a la falta de trabajo que la Triple Revolución produciría en el señor Cualquiera. Creían que todos los hombres poseen la misma capacidad de desarrollar tendencias artísticas, que todos podrían

dedicarse a las artes, oficios y aficiones o a la educación por la educación. No se enfrentaron a la “no democrática” realidad de que sólo un diez por ciento aproximadamente de la población, si llega, es inherentemente capaz de producir algo valioso, o siquiera levemente interesante, en las artes. Oficios, aficiones y una educación académica durante toda la vida aburren pronto, así que..., de vuelta al licor, al fido y al adulterio.

»Sin tener ningún respeto hacia sí mismo, el padre se hace calavera, nómada en las estepas del sexo. La Madre, con M mayúscula, se convierte en la figura dominante de la familia. También puede estar de juerga, pero cuida de los niños; la mayor parte del tiempo está cerca de ellos. Así, siendo el padre una figura minúscula, ausente, débil o indiferente, los niños se hacen, a menudo, homosexuales o ambisexuales. La tierra de las maravillas es también la tierra de los eunucos.

»Algunas características de este tiempo podrían haber sido previstas. La liberalidad sexual es una de ellas, aunque nadie podría haber previsto el extremo al que llegaría. Pero tampoco hubiera podido nadie prever la secta Panamorita, a pesar de haber parido América cultos con ribetes lunáticos como una rana produce renacuajos. El monómano de ayer es el Mesías de mañana; y así, Sheltey y sus discípulos han sobrevivido a años de persecución, y sus preceptos están imbuidos en nuestra cultura.

El Abuelo enfoca de nuevo el objetivo del visor en Chib.

—Ahí va mi maravilloso nieto, llevando regalos a los griegos. Hasta ahora, ese Hércules ha fracasado en limpiar su establo de Augias psíquico. Sin embargo, puede tener éxito ese Apolo atolondrado, ese Edipo náufrago. Es más feliz que la mayoría de sus contemporáneos. Aunque secreto, ha tenido un padre permanente; un bufón viejo que se esconde de la así llamada Justicia. En esta estrellada habitación ha tenido amor, disciplina y una educación soberbia. También tiene la suerte de tener una profesión.

»Pero Mamá gasta demasiado y es adicta al juego, vicio que le priva de sus completamente seguros ingresos. Se supone que yo estoy muerto, así que no gano el salario púrpura. Chib tiene que soportar todo esto vendiendo o cambiando sus cuadros. Luscus le ha ayudado haciéndole propaganda, pero en cualquier momento puede volverse contra él. El dinero de los cuadros no resulta suficiente. Al fin y al cabo, el dinero no es la base de nuestra economía; apenas es una ayuda. Chib necesita el premio, pero no lo logrará a menos que permita a Luscus hacerle el amor.

»No es que Chib rechace las relaciones homosexuales. Como la mayoría de sus contemporáneos, es sexualmente ambivalente. Creo que él y Omar Runic, ocasionalmente, todavía se acuestan juntos. ¿Y por qué no? Se aman. Pero Chib rechaza a Luscus por cuestión de principios. Para avanzar en su carrera no se prostituirá. Es más, Chib cree en una distinción que está profundamente arraigada en esta sociedad: piensa que la homosexualidad voluntaria es natural, sea cual sea el significado de esta palabra, pero que la homosexualidad compulsiva es, para usar un

término anticuado, ridícula. Válida o no, la distinción está hecha.

»Así que quizá Chib vaya a Egipto. Pero entonces, ¿qué será de mí?

»No te preocupes por mí o por tu madre, Chib. No importa lo que pase. No te des a Luscus. Recuerda las palabras que pronunció al morir Singleton, Director de la Oficina de Rehabilitación y Redistribución, quien se suicidó porque no podía ajustarse a los nuevos tiempos: “¿Qué pasa cuando un hombre gana el mundo y pierde el culo?”.

En este momento, el Abuelo ve a su nieto, que ha estado caminando con los hombros un poco caídos, de repente los endereza. Y le ve comenzar una danza, un quiebro algo improvisado seguido de una serie de giros. Es evidente que Chib está cantando a voces. A su alrededor, los viandantes sonrían.

El Abuelo gruñe y después ríe.

—¡Oh, Dios, la lasciva energía de la juventud, el impredecible desplazamiento del espectro desde la negra pena a la alegría naranja brillante! ¡Baila, Chib, baila hasta perder tu loca cabeza! Aunque sea por un momento, ¡sé feliz! ¡Aún eres joven, tienes el bullir de la esperanza inconquistable profundamente impreso en tus saltos! ¡Baila, Chib, baila!

Ríe y se seca una lágrima.

Implicaciones sexuales de la carga de la brigada ligera

Es un libro tan fascinante que el doctor Jespersen Joyce Bathymens, psicolingüista de la Oficina Federal de Reconfiguración e Intercomunicabilidad de Grupos, detesta interrumpir su lectura.

Pero el deber le llama.

—Un rábano no es necesariamente rojizo —dice al dictáfono—. Los Jóvenes Rábanos denominaron así a su grupo porque un rábano es una raíz, y por tanto es radical.

»Sin embargo, no son lo que yo llamaría la izquierda política; representan el resentimiento actual contra la Vida en General, y no promueven una directriz de reconstrucción radical. Como monos en un árbol, aúllan contra las Cosas Tal Como Son, pero nunca hacen una crítica constructiva. Quieren destruir, sin la menor idea de qué hacer tras la destrucción.

»En pocas palabras, representan el cacarear y ladrar del ciudadano medio, difiriendo en que están más organizados. En LA hay miles de grupos como ellos, y

posiblemente millones en el mundo. De niños, tuvieron una vida normal. De hecho, nacieron y crecieron en el mismo Nido, lo cual es uno de los motivos por los que fueron elegidos para este estudio. Qué fenómeno produjo diez personas creativas semejantes, todas amamantadas en las siete casas del Área 64-14, desde que las pusieron juntas en el mismo corral de juegos, en lo alto del pedestal, mientras que una madre tomaba su turno de cuidarles, y las otras hacían lo que tuvieran que hacer, que... ¿Qué estaba diciendo?

»Ah, sí, tuvieron una vida normal, fueron al mismo colegio, hicieron novillos, gozaron del juego sexual corriente entre ellos, se unieron a bandas juveniles y tomaron parte en algunas guerras bastante sangrientas con el barrio Oeste y con otras bandas. Sin embargo, todos se distinguían por una intensa curiosidad intelectual, y todos se hicieron activos en las artes creativas.

»Se ha sugerido la posibilidad, que puede ser cierta, de que ese misterioso extranjero, Raleigh Renacimiento, fuera el padre de todos ellos. Aunque no se puede demostrar, es posible. Raleigh Renacimiento vivía en la casa de la señora Winnegan por aquel tiempo, pero parece haber sido extrañamente activo en el Nido, y en verdad por todo Beverly Hills, en lo que se refiere a sus contactos sexuales. A pesar de la intensa investigación realizada por varias agencias, todavía no se sabe de dónde vino ese hombre, quién era y adónde iba. No tenía DNI ni otros carnets de ninguna clase y, sin embargo, estuvieron mucho tiempo sin pedirle la documentación. Parece haber estado liado con el Jefe de Policía de Beverly Hills y, posiblemente, con algunos de los agentes federales destacados allí.

»Durante dos años vivió con la señora Winnegan; después, desapareció. Se rumorea que dejó LA para unirse a una tribu de Neo-Amerindios blancos, a veces llamados los Indios Seminales.

»Bueno, volviendo a los Jóvenes Rábanos, se rebelan contra la Imagen Padre del Tío Sam, a quien aman y odian. Por supuesto, en sus subconscientes, “tío” está relacionado con *tíoc*, término de argot que significa “extraño, improbable, fantástico”, lo cual indica que sus propios padres les resultaban extraños. Todos proceden de hogares en los que el padre no existía o era débil, fenómeno lamentablemente común en nuestra época.

»Yo nunca conocí a mi propio padre... Tooney, borra eso como irrelevante. *Tíoc* también significa “noticias” o “nuevas”, indicando que los infortunados jóvenes esperan ávidamente noticias de la vuelta de sus padres y quizá desean secretamente la reconciliación con el Tío Sam, esto es con sus padres.

»El Tío Sam. Sam es una abreviatura de Samuel, del hebreo *Shemu-el*, que significa “El Nombre de Dios”. Todos los Rábanos son ateos, aunque algunos, especialmente Omar Runic y Chibiabos Winnegan, de pequeños recibieron educación religiosa, Panamorita y Católica, respectivamente.

»La rebeldía del joven Winnegan contra Dios y contra la Iglesia Católica fue reforzada, sin duda, por el hecho de que su madre le obligó a usar fuertes *Cat-árticos*

cuando tuvo un resfriado crónico. Probablemente, también se resintió de tener que aprender el *Catecismo* cuando lo que le apetecía era jugar. Y existe aquel incidente, profundamente significativo y traumático, en que le aplicaron un *Cat-éter*, este negarse a defecar del joven será analizado en un informe posterior.

»El Tío Sam: el símbolo del Padre. *Símbolo* es por sí mismo un juego de palabras tan evidente que no me voy a molestar en señalarlo. Quizá también lo es con respecto a *bolo*, en el sentido de “tócate el bolo”... Obsérvese esta expresión en el Infierno de Dante, donde algún italiano que estaba en el infierno dijo: “¡Tócate el bolo, Dios!”, mordiéndose el pulgar: antiguo gesto de desafío y falta de respeto. ¿Hmm? Morderse el pulgar..., ¿una característica infantil?

»*Sam* da pie también a un juego de palabras multinivel sobre términos relacionados fonética, ortográfica y semisemánticamente. Es significativo que el joven Winnegan no pueda soportar que le llamen «monín»; dice que su madre se lo llamó tantas veces que le da náuseas. Sin embargo, la palabra tiene un significado más profundo para él. Por ejemplo, *sambolo* es un «mono» asiático cuya piel tiene «tres» colores. Obviamente, los tres colores simbolizan, para él, el Manifiesto de la Triple Revolución, el punto de partida histórico de nuestra era, a la que Chib dice odiar tanto. Los tres colores son también arquetipos de la Santísima Trinidad, contra la que blasfeman con tanta frecuencia los Jóvenes Rábanos.

»Podría hacer notar que en esto el grupo difiere de otros que he estudiado. Los otros empleaban una poco frecuente y blanda blasfemia, a tono con el suave, en verdad pálido, espíritu religioso dominante hoy día. Sólo cuando proliferan los grandes creyentes, lo hacen los grandes blasfemos.

»SAM también se relaciona con SUMiso, indicando que el subconsciente de los Rábanos quiere SOMeterse.

»Sam el Infrme, arcaico eufemismo por enfermo. ¿Es el Tío Sam un Sam Enfermo de padre? Será mejor que borres eso, Tooney. Es posible que estos jóvenes altamente educados hayan leído sobre esa anticuada frase, pero no es confirmable. No quiero sugerir conexiones que pudieran hacerme aparecer ridículo.

»Samsob. ¿Sobrino de Sam? ¿Sombra de Sam? Que lleva naturalmente a Sansón, quien derrumbó el templo de los filisteos sobre sí mismo y sobre ellos. Estos chicos hablan de hacer lo mismo. ¡Je, je! Me recuerdan a mí a su edad, antes de madurar. Borra la última observación, Tooney.

»*Samovar*, literalmente, esta palabra rusa significa «hirviente». No hay duda de que los Rábanos hierven de fervor revolucionario. Y, sin embargo, en el fondo, sus perturbadas psiques saben que el Tío Sam es el siempre amoroso Padre-Madre, que sólo tiene en el corazón las mejores intenciones. Pero se obligan a odiarlo y, por lo tanto, hierven.

»Bueno, Tooney, envíaselo al jefe. Yo tengo que irme. Voy con retraso para comer con Madre; se trastorna mucho cuando no llego en punto.

»¡Ah, posdata! Recomiendo que los agentes vigilen más de cerca a Winnegan.

Sus amigos echan humo psíquico hablando y bebiendo, pero él ha alterado, de repente, su norma de conducta. Tiene largos períodos de silencio y ha dejado el tabaco, la bebida y el sexo.

No hay negocio sin honor

Ni siquiera hoy en día. El Gomierdo no tiene reparos abiertos contra las tabernas particulares, dirigidas por ciudadanos que hayan pasado todos los exámenes, realizado las inscripciones correspondientes, pagado todas las tasas de la licencia y sobornado a los concejales y jefe de policía locales. Las tabernas están en las casas de los propios dueños ya que no hay sitio previsto para ellas ni ningún gran edificio disponible para alquilar.

«El Universo Privado» es la favorita de Chib, en parte porque su propietario opera ilegalmente. Dionysus Gobrinus, incapaz de abrirse camino por entre las barricadas, filtros y trampas del procedimiento policial, ha dejado de intentar obtener una licencia.

Abiertamente, tiene pintado el nombre de su establecimiento sobre las ecuaciones matemáticas que una vez distinguieron el exterior de la casa (profesor de matemáticas en Beverly Hills, Universidad 24, llamado Al-Khwafizmi Descartes Lobachevsky, ha renunciado y vuelto a cambiar de nombre). El salón y varios dormitorios han sido acondicionados para la bebida y la juerga. No hay clientes egipcios, probablemente a causa de su hipersensibilidad a los floridos sentimientos escritos por el público en las paredes interiores:

MORIR, MOROS
MAHOMA ERA HIJO DE UNA PERRA VIRGEN
LA ESFINGE APESTA
¡ACUÉRDATE DEL MAR ROJO!
EL PROFETA TIENE UNA VERGA DE CAMELLO

Algunos de los que escribieron los insultos tienen padres, abuelos y bisabuelos que, a su vez, fueron objeto de burlas similares. Pero sus descendientes están completamente asimilados, son de Beverly Hills hasta la médula. De tales es el reino de los hombres.

Gobrinus, una raíz cúbica de hombre, está de pie tras la cuadrada barra, en

protesta contra el ovoide. Sobre él hay un gran letrero:

El hidromiel de un hombre es veneno para otro

Gobrinus ha explicado este juego de palabras muchas veces, no siempre a la satisfacción de sus oyentes. Baste saber que poisson (veneno) era un matemático, y que la distribución de frecuencias de Poisson es una buena aproximación a la distribución binomial cuando el número de ensayos crece y la probabilidad de éxito de un solo ensayo es pequeña.

Cuando un cliente se emborracha demasiado para permitirle beber más, es expulsado de la taberna de cabeza, con combustión furiosa y ruina total, por Gobrinus, que grita: «¡Veneno! ¡Veneno!».

Los amigos de Chib, los Jóvenes Rábanos, sentados a una mesa hexagonal, le saludan, y sus palabras son un eco inconsciente de las del psicolingüista federal al estudiar su conducta reciente.

—¡Chib el monje! ¡Chiquito y bueno, como siempre! Sin duda, buscando una Chibita. ¡Elige!

Sentada ante una mesita grabada como un Sello de Salomón, *Madame Trismegista* le saluda. Como mujer de Gobrinus lleva dos años, un *record* conseguido porque lo acuchillaría si él la dejara. Además, Gobrinus cree que ella, con los naipes que maneja, puede engañar de algún modo a su destino. En esta edad de iluminación el adivino y el astrólogo proliferan. Según galopa la ciencia, la ignorancia y la superstición avanzan a sus flancos y le muerden la grupa con grandes dientes negros.

El propio Gobrinus, doctor en Filosofía, portador de la antorcha del conocimiento (hasta hace poco, por lo menos), no cree en Dios. Pero está convencido de que las estrellas se encaminan hacia una conjunción funesta para él. Con una extraña lógica, cree que las cartas de su mujer controlan las estrellas; no sabe que la adivinación con naipes y la astrología son campos completamente separados.

¿Qué se puede esperar de un hombre que sostiene que el Universo es asimétrico?

Chib saluda con la mano a *Madame Trismegista* y se dirige a otra mesa. Ante ella está sentada

Una adolecente típica

Benedictine Serinus Melba. Es alta y esbelta, y tiene estrechas caderas de fémur y piernas delgadas, pero grandes pechos. Su pelo, negro como las pupilas de sus ojos, con la raya al medio, está pegado a la cabeza con una laca perfumada y dividido en dos largas trenzas. Éstas pasan sobre sus desnudos hombros y se unen con un broche dorado bajo la garganta. Desde el broche, que tiene forma de nota musical, se separan de nuevo, rodeando cada una un pecho. Otro broche las une, y se separan para rodear el torso hasta la espalda, donde de nuevo son unidas por un broche y vuelven para encontrarse en el vientre. Una vez más las reúne un broche, y las delgadas cascadas fluyen negramente sobre el frente de la falda de campana.

Su cara está densamente cargada de verde, aguamarina, señal cosmética de belleza, y topacio. Lleva un sujetador amarillo con pezones artificiales de color rosa; del sujetador cuelgan lazos de encaje. Un medio corpiño, verde brillante con rosetas negras, rodea su cintura. Sobre él, medio ocultándolo, hay una estructura de alambres cubierta de un material acolchado rosa brillante. Se extiende tras la espalda formando un medio fuselaje o una larga cola de pájaro, a la que están unidas largas plumas artificiales amarillas y carmesíes.

Larga hasta los tobillos, la transparente falda ondea. No esconde las ligas a rayas amarillas y verde oscuro ribeteadas de lazos, los blancos muslos ni las negras medias de malla con cierres verdes en forma de notas musicales. Sus zapatos, con altos tacones color topacio, son de un azul brillante.

Benedictine se ha vestido para cantar en el Festival del Pueblo; lo único que le falta es el sombrero de cantante. Sin embargo, entre otras cosas, ha venido a quejarse de que Chib le ha hecho empeorar de apariencia y perder así la posibilidad de hacer una gran carrera.

Está con cinco chicas, todas entre 16 y 21 años, todas bebiendo S (de Saltasesos).

—¿No podemos hablar en privado, Benny? —dice Chib.

—¿Para qué?

Su encantadora voz de contralto se ve afeada por el tono en que ahora habla.

—¿Me has citado aquí para hacerme una escena en público? —dice Chib.

—Por el amor de Dios, ¿qué otra clase de escena hay? —chilla ella—. ¡Miradle! ¡Quiere hablarme en privado!

Precisamente entonces Chib se da cuenta de que Benedictine tiene miedo de estar a solas con él. Más que eso, es incapaz de estar sola. Ahora sabe por qué insistió ella en dejar abierta la puerta del dormitorio con su amiga, Bela, a distancia de llamada. Y a distancia de escuchar.

—¡Dijiste que sólo ibas a usar el dedo! —grita ella. Se señala el vientre ligeramente redondeado—. ¡Voy a tener un hijo! ¡Bastardo podrido enfermo de lengua suave!

—Sabes que eso no es cierto —dice Chib—. Me dijiste que de acuerdo, que me

amabas.

—¡Amor! ¡Amor! ¿Eso dije? ¡Qué coño sé lo que dije! ¡Me pusiste tan excitada! ¡De todas formas, no dije que podías metérmela! ¡Nunca lo dije, nunca! ¡Y mira lo que hiciste! ¡Dios mío, en una semana casi no pude andar, bastardo!

Chib suda. Excepto por la Pastoral de Beethoven que surge del fido, la sala está silenciosa. Sus amigos sonrían. Gobrinus, de espaldas, bebe escocés. *Madame Trismegista* baraja sus cartas y eructa con una fuerte mezcla de cerveza y cebolla. Las amigas de Benedictine se miran las largas uñas de mandarín, fluorescentes, o le miran a él. El dolor y la indignación de Benedictine es de ellas y viceversa.

—No puedo tomar esas píldoras. ¡Me producen colitis, molestias en los ojos y me alteran las menstruaciones! ¡Lo sabes! ¡Y no puedo soportar esos úteros mecánicos! ¡Y de todas formas, me mentiste! ¡Dijiste que habías tomado una píldora!

Ella se contradice, Chib se da cuenta, pero de nada sirve intentar ser lógico. Ella está furiosa porque está embarazada; no quiere tener la molestia de un aborto en este momento, y está vengándose.

Pero ¿cómo pudo quedar embarazada «esa» noche?, se pregunta Chib. Ninguna mujer, por fuerte que fuera, podría habérselas arreglado para eso. Debe de haber sido fecundada antes o después. Pero ella jura que fue esa noche, la noche en que él era

El caballero del badajo ardiente
o espuma, espuma por todas partes

—¡No, no! —grita Benedictine.

—¿Por qué no? Te amo —dice Chib—. Quiero casarme contigo. Benedictine chilla, y su amiga Bela, en el recibidor, aúlla:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

Benedictine no contesta. Rabiosa, agitándose como presa de fiebre, salta de la cama, empujando a Chib a un lado. Corre al rincón donde está el pequeño ovoide del lavabo, y él la sigue.

—¿Supongo que no irás a hacer lo que estoy pensando? —dice él.

Benedictine gime:

—¡Asqueroso hijo de puta!

En el lavabo abre una sección de pared que resulta ser una repisa. En ella, unidos al estante por fondos magnéticos, hay muchos recipientes. Coge un bote largo y delgado de espermatocida, se pone en cuclillas y se lo introduce. Aprieta el botón del fondo del bote y éste espumea con un sonido sibilante que no puede silenciar el aislamiento de carne.

Chib queda paralizado de momento. Después ruge.

Benedictine grita:

—¡No te acerques, gilipollas!

De la puerta del dormitorio llega el tímido «¿Estás bien, Benny?» de Bela.

—¡Yo la pondré bien! —Ruge Chib.

Salta hacia adelante y coge de la repisa un bote de pegamento instantáneo. El pegamento es el que utiliza Benedictine para pegarse las pelucas a la cabeza y es capaz de sujetar cualquier cosa para siempre a menos que se despegue con un disolvente específico.

Benedictine y Bela gritan cuando Chib levanta en vilo a Benedictine y después la tumba en el suelo. Ella lucha, pero Chib consigue extender el pegamento sobre el bote de espermaticida y la piel y los pelos de alrededor.

—¿Qué haces? —Aúlla Benedictine.

Él coloca el botón del bote de espermaticida en posición de «flujo máximo» y le cubre el fondo de pegamento. Mientras ella se agita, Chib mantiene los brazos apretados contra su cuerpo impidiéndole girar y, por lo tanto, mover el bote adentro o afuera. En silencio, cuenta hasta 30, después 30 más para asegurarse de que el pegamento está completamente seco. La suelta.

La espuma se extiende en cascada alrededor de la ingle y abajo por las piernas y se esparce por el suelo. El fluido está bajo enorme presión en el recipiente indestructible e imperforable, y la espuma se expande rápidamente una vez entra en contacto con el aire.

Chib toma el frasco de disolvente de la repisa y lo aprieta en la mano, decidido a que ella no lo coja. Benedictine salta en pie y se arroja hacia él. Riendo como una hiena bajo la acción del óxido nitroso, Chib esquivo su puño y la aparta de un empujón. Resbalando en la espuma, que ya les llega a los tobillos, Benedictine cae, se desliza sobre las nalgas y de cabeza, fuera del lavabo, con el bote claqueteando en el suelo.

Sólo cuando se pone en pie se da verdaderamente cuenta de lo que Chib ha hecho. Su grito se eleva, y ella le sigue. Bailotea, dando tirones del bote, sus gritos incrementándose con cada tirón y el dolor resultante. Después, se vuelve y corre fuera de la habitación, o lo intenta. Tropezosa; Bela está en su camino; chocan y patinan juntas fuera del cuarto, haciendo un medio giro al pasar por la puerta. La espuma remolinea de tal modo que aparecen Venus y su amigo alzándose de las olas burbujeantes del mar de Chipre.

De un empujón, Benedictine aparta a Bela, pero perdiendo algo de carne en las largas y afiladas uñas de su amiga. Ésta viene lanzada de espaldas, por la puerta, hacia Chib. Es como un patinador novato tratando de mantener el equilibrio. No lo consigue y pasa junto a Chib, gimiendo, sobre la espalda, con los pies al aire.

Chib desliza con cuidado los pies descalzos por el suelo, se para junto a la cama para coger la ropa, pero decide que será más prudente estar fuera para ponérsela. Llega al salón circular justo a tiempo de ver a Benedictine resbalar bordeando una de las columnas que separan el pasillo de la sala. Sus padres, dos zánganos de edad mediana, están aún sentados en el sofá, latas de cerveza en mano, ojos y bocas muy abiertos, temblando.

Al cruzar el salón, Chib ni siquiera les da las buenas noches. Pero entonces ve el fido y se da cuenta de que lo han cambiado de EXT a INT, Y después lo han enfocado en la habitación de Benedictine.

Padre y Madre han estado espiando a Chib y a su hija y, por la apariencia no muy deprimida del Padre, es evidente que se ha excitado mucho con el espectáculo, superior a cualquiera del fido exterior.

—¡Mirones bastardos! —Ruge Chib.

Benedictine ha llegado hasta ellos y balbucea, de pie, llora, señala el bote ya Chib. Al grito de éste, los padres se alzan del sofá como dos leviatanes de lo profundo. Benedictine se vuelve y echa a correr hacia él, los brazos extendidos, los dedos de largas uñas curvados, la cara como la de una Medusa. Tras ella corren la estela de la Bruja Blanca y Padre y Madre entre la espuma.

Chib se impulsa contra un pilar, rebota y les esquiva, incapaz de evitar girar a un lado durante la maniobra. Pero mantiene el equilibrio. Mamá y Papá se han caído juntos con un choque que sacude incluso la sólida casa. Se levantan, con los ojos girando, y bramando como hipopótamos que emergen. Le embisten pero por separado.

Mamá gritando ahora, su cara —a pesar de eso— la de Benedictine. Papá rodea el pilar por un lado, Mamá por el otro. Benedictine ha dado la vuelta a otra columna, agarrándose a ella con una mano para no resbalar. Está entre Chib y la puerta de la calle.

En un área libre de espuma, Chib choca con una pared del pasillo. Benedictine corre hacia él. Él se zambulle, cae al suelo y rueda entre dos columnas hasta el salón.

Mamá y Papá convergen en curso de colisión. El Titanic choca con el iceberg y ambos se hunden lentamente. Patinan sobre sus rostros y barrigas hacia Benedictine. Ella salta, cubriéndoles de espuma cuando pasan bajo ella.

Por entonces resulta ya evidente que la afirmación del Gobierno de que el bote contiene 40.000 disparos de muerte-al-esperma, espuma para 40.000 copulaciones, está justificada. La espuma llega por todo el lugar a la altura de los tobillos, en algunos sitios a la de las rodillas, y sigue subiendo.

Bela está ahora sobre su espalda en el suelo del salón, con la cabeza metida entre las faldas del sofá.

Despacio, Chib se levanta y, por un momento, se para en pie, mirando a su alrededor, con las rodillas dobladas, dispuesto a huir de un salto del peligro, pero esperando no tener que hacerlo, ya que sus pies volarían indudablemente bajo él.

—¡Espera, podrido hijo de puta! —Ruge Papá—. ¡Voy a matarte! ¡No puedes hacerle esto a mi hija!

Chib le ve darse la vuelta como una ballena en un mar pesado e intentar ponerse en pie. Cae abajo de nuevo, bramando como herido por un arpón. Mamá no tiene más éxito que él.

Viendo que el camino está libre —ha desaparecido Benedictine en algún sitio—,

Chib patina a través del salón hasta llegar a una zona sin espuma cerca de la salida. Con la ropa en el brazo, aun sosteniendo el disolvente, se dirige hacia la puerta, pavoneándose.

En ese momento le llama Benedictine. Se vuelve para verla deslizarse hacia él desde la cocina. Lleva un vaso alto en la mano. Chib se pregunta qué va a hacer con él. Seguramente, no le está ofreciendo la hospitalidad de un trago.

Entonces, ella tropieza en la zona seca del suelo y, gritando, cae de bruces. Sin embargo, lanza el contenido del vaso certeramente.

Como si le hubieran circuncidado sin anestesia, Chib chillaba al sentir el agua hirviendo.

Benedictine, en el suelo, ríe. Chib, después de saltar y aullar, frasco y ropa caídos, sujetándose las partes escaldadas, se las arregla para controlarse, se detiene en sus cabriolas, agarra la mano derecha de Benedictine y la arrastra a las calles de Beverly Hills. Esa noche hay mucha gente fuera, y les siguen. Hasta llegar al lago Chib no se detiene, y allí entra en el agua para refrescar las quemaduras, y con él Benedictine.

Cuando Benedictine y Chib ya han salido del lago y se han ido a casa, la gente tiene mucho de qué hablar. Comenta y ríe un buen rato viendo a los del Departamento de Sanidad limpiar la espuma de la superficie del lago y de las calles.

—¡Quedé tan dolorida que durante un mes no pude andar! —chilla Benedictine.

—Te lo mereciste —dice Chib—. No tienes de qué quejarte. Dijiste que querías tener un hijo mío, y hablaste como si lo dijeras en serio.

—¡Debo de haber estado loca! —dice Benedictine—. ¡No, no lo estaba! ¡Nunca dije tal cosa! ¡Me mentiste! ¡Me forzaste!

—Yo nunca forzaría a nadie —dice Chib—. Lo sabes. Deja de ladrar. Eres libre, y consentiste libremente. Tienes libre albedrío.

Omar Runic, el poeta, se levanta de la silla. Es un alto y delgado joven piel roja, bronceado, de nariz aquilina y labios rojos muy gruesos. Su ensortijado cabello es largo y está cortado con la forma del Pequod, el navío de fábula que condujo al loco capitán Ahab, a su lunática tripulación y al que sería el único superviviente, Ishmel, en pos de la Ballena Blanca. El peinado tiene un bauprés, un casco, tres mástiles, vergas e incluso un bote colgado de pescantes.

Omar Runic aplaude y grita:

—¡Bravo! ¡Un filósofo! ¡Libre albedrío, eso es; libre albedrío para buscar las Verdades eternas, si las hay, o la Muerte y la Condenación! ¡Un brindis, caballeros! ¡En pie, Jóvenes Rábanos, un brindis por nuestro líder!

Y así comienza

La loca fiesta de S

Madame Trismegista llama:

—¿Te digo la buenaventura, Chib? A través de las cartas veo lo que dicen las estrellas.

Chib se sienta ante la mesa de ella mientras sus amigos se agrupan alrededor.

—De acuerdo, *Madame*. ¿Cómo salgo de este lío?

Ella baraja y levanta la primera carta.

—¡Jesús! ¡El as de espadas! ¡Vas a hacer un largo viaje!

—¡Egipto! —grita Halcón Rojo Rousseau—. ¡Oh, no, no quieres ir allí, Chib!

Ven conmigo a donde brama el búfalo y...

Alza otra carta.

—Pronto encontrarás a una maravillosa chica de piel oscura.

—¡Una condenada mora! ¡Oh, no, Chib, dime que no es verdad!

—Pronto ganarás grandes honores.

—¡Chib va a ganar el premio!

—Si gano el premio, no tengo que ir a Egipto —dice Chib—. *Madame* Trismegista, con el debido respeto, no hace más que decir pijadas.

—No te burles, joven. No soy un ordenador. Estoy sintonizada con el espectro de las vibraciones psíquicas.

Flip.

—Correrás un grave peligro, física y moralmente.

—Eso ocurre al menos una vez al día —dice Chib.

Flip.

—Un hombre muy querido por ti morirá dos veces.

Chib palidece, se recupera y dice:

—Un cobarde muere mil muertes.

—Viajarás en el tiempo, volverás al pasado.

—¡Eh! —dice Halcón Rojo—. ¡Cuidado, *Madame*, se está pasando! ¡Va a herniarse psíquicamente, tendrá que llevar un braguero ortopédico de ectoplasma!

—Burlaos si queréis, jóvenes mierdas —dice *Madame*—. Hay más de un mundo. Las cartas no mienten, no cuando yo las manejo.

—¡Gobrinus! —llama Chib—. ¡Otra caña para *Madame*!

Los Jóvenes Rábanos vuelven a su mesa, un disco sin patas suspendido en el aire por un campo gravitónico. Benedictine les mira con odio y se mezcla con el grupo de las otras adolesteantes. En una mesa cercana está Pinkerton Legrand, un agente del Gomierdo, dándoles la cara para que el fido que lleva bajo la ventana polarizada de su chaqueta les enfoque. Ellos saben que lo está haciendo. Él sabe que lo saben y así se lo ha comunicado a sus superiores. Cuando ve entrar a Falco Accipiter frunce el ceño. A Legrand no le gusta que un agente de otro departamento se meta en su caso. Accipiter ni siquiera le mira. Pide una taza de té y finge echar en ella una píldora de

esas que se combinan con el ácido tánico para producir S.

Halcón Rojo Rousseau le hace un guiño a Chib y dice:

—¿Crees realmente que es posible paralizar toda LA con una sola bomba?

—¡Tres bombas! —dice Chib, en voz alta para que el fido de Legrand capte las palabras—. Una para la consola de control de la planta de desalinización, otra para la consola alternativa de seguridad, la tercera para la conexión de la gran tubería que lleva el agua al depósito del nivel 20.

Pinkerton Legrand palidece. Se bebe de un trago el *whisky* que le queda y pide otro, aun sabiendo que ha tomado demasiados. Aprieta una tecla en su fido para transmitir «prioridad máxima triple». En el Cuartel General centellean luces rojas; una campana suena repetidamente; el jefe se despierta tan de repente que se cae de la silla.

Accipiter también lo oye, pero sigue sentado impassible, oscuro, pensativo como la imagen de diorita del halcón de un faraón. Monómano, no se va a distraer con charlas sobre inundar todo LA, aunque éstas lleguen a realizarse. Está aquí ahora sobre la pista del Abuelo, porque espera usar a Chib como llave de la casa. Un «ratón» —como él llama a todos los criminales— correrá a la guarida de otro.

—¿Cuándo crees que podemos entrar en acción? —dice Huga Wells-Erb Heinsturbury, la escritora de ciencia ficción.

—Aproximadamente dentro de tres semanas —dice Chib.

En el Cuartel General el jefe maldice a Legrand por molestarle. Hay miles de jóvenes echando vapor con estas conjuras de destrucción, asesinato y revolución. No entiende por qué los jóvenes idiotas, que tienen de todo, hablan así. Si pudiera hacer las cosas a su manera, los metería en la cárcel y los correría a patadas.

—Después de hacerlo, tendremos que dirigimos a las grandes puertas del exterior —dice Halcón Rojo. Sus ojos brillan—. Muchachos, lo que os digo es que lo más grande es ser un hombre libre en el bosque. Eres un individuo genuino, no simplemente uno de los de la raza sin rostro.

Halcón Rojo cree en el complot para destruir LA. Es feliz porque, aunque no lo ha dicho, echó de menos la compañía intelectual cuando estaba en el regazo de la Madre Naturaleza. Los otros salvajes pueden oír un ciervo a cincuenta metros y ver una serpiente de cascabel en los arbustos, pero son sordos a las pisadas de la filosofía, al bramido de Nietzsche, al cascabel de Russell, a los graznidos de Hegel.

—¡El cerdo analfabeto! —dice en voz alta.

—¿Qué? —dicen los otros.

—Nada. Oíd, chicos, vosotros debéis de saber qué maravilloso es. Estuvisteis en el CRCNM.

—Yo era granjero de cuarta —dice Omar Runic—. Cogí la fiebre del heno.

—Yo estaba trabajando en mi segunda licenciatura en Artes —dice Gibbon Tacitus.

—Yo estaba en la banda del CRCNM —dice Sibelius Amadeus Yehudi—. Sólo

salíamos para tocar en los campamentos, y eso no era muy frecuente.

—Chib, tú estuviste en el Cuerpo. Te gustaba, ¿no?

Chib asiente, pero dice:

—Ser un Neo-Amerindio requiere que dediques todo tu tiempo para sobrevivir. ¿Cuándo podría pintar? ¿Y quién vería los cuadros, si tuviera tiempo para pintarlos? De todas formas, no es vida para una mujer o un niño.

Halcón Rojo parece dolido y pide un *whisky* con S.

Pinkerton Legrand no quiere interrumpir su transmisión, pero no puede aguantar la presión de su vejiga. Camina hacia el cuarto que los clientes utilizan como lavabo. Halcón Rojo, de mal humor por la negativa recibida, extiende una pierna. Legrand tropieza, se agarra el vientre y avanza dando traspiés. Benedictine estira una pierna. Legrand cae de bruces. A no ser que quiera lavarse, ya no necesita ir al urinario.

Todos, excepto Legrand y Accipiter, ríen. Legrand se pone en pie de un salto, con los puños cerrados. Benedictine lo ignora y se encamina hacia Chib, seguida por sus amigos. Chib se envara. Ella dice:

—¡Bastardo perverso! ¡Me dijiste que sólo ibas a usar el dedo!

—Te estás repitiendo —dice Chib—. Lo importante es: ¿qué va a pasar con el niño?

—¿Qué te importa? —dice Benedictine—. ¡Por lo que sabes, podría no ser tuyo siquiera!

—Sería un alivio. Aun siendo así, el niño debería opinar en esto. Podría querer vivir..., incluso contigo como madre.

—¿En esta miserable vida? —grita ella—. Voy a hacerle un favor. Voy a ir al hospital y librarme de él. ¡Por tu culpa voy a perder mi gran oportunidad en el Festival del Pueblo! ¡Allí habrá representantes de todas partes, y yo no tendré ocasión de cantar para ellos!

—Eres una mentirosa —dice Chib—. Vas vestida para cantar. La cara de Benedictine está roja; sus ojos muy abiertos; las ventanas de la nariz le palpitan.

—¡Me has agitado la fiesta! —dice. Luego se vuelve y grita—: ¡Eh, escuchad todos, fijaos qué fallo! A este gran artista, a este gran pedazo de virilidad, a Chib el divino, ¡no se le levanta a menos que se la chupen antes!

Los amigos de Chib intercambian miradas.

—¿De qué va esta puta ahora? ¿Qué tiene eso de nuevo?

De las Eyaculaciones Privadas del Abuelo:

Algunas de las características de la religión Panamorita, tan vilipendiadas y odiadas en el siglo XXI, han llegado a ser, en los tiempos modernos, cosa de todos los días. ¡Amar, amor, amor, físico y espiritual! No basta con besar y abrazar a los hijos. Pero la estimulación bucal de los genitales de los niños por los padres y parientes ha producido algunos curiosos reflejos condicionados. Podría escribir un libro sobre este aspecto de la vida del siglo XXI y probablemente lo haga.

Legrand sale del lavabo. Benedictine abofetea a Chib. Éste le devuelve la bofetada. Gobrinus levanta una sección del mostrador y sale por la abertura, gritando: «¡Veneno! ¡Veneno!».

Choca con Legrand, que choca con Bela, que chilla, se vuelve y abofetea a Legrand, quien le contesta. Benedictine vacía un vaso de S en la cara de Chib. Aullando, él se levanta y le lanza un puñetazo. Benedictine se agacha, y el puño pasa sobre su hombro para darle a una amiga en el pecho.

Halcón Rojo se sube a la mesa y grita:

—Soy un oso-gato regular, medio caimán, medio...

La mesa, sostenida por un campo gravitónico, no puede soportar mucho peso. Se inclina y le catapulta entre las chicas, y todos caen. Ellas le muerden y le arañan, y Benedictine le aprieta los testículos. El chilla, se retuerce y, con los pies, lanza a Benedictine encima de la mesa. Ésta ha recuperado su peso y altura normales, pero ahora se inclina de nuevo, lanzándola al otro lado. Legrand, que atraviesa de puntillas el gentío hacia la salida, es derribado. Pierde algunos de los dientes frontales contra la rodilla doblada de alguien. Escupiendo sangre y dientes, se pone en pie de un salto y aporrea a un espectador.

Gobrinus dispara una pistola que lanza una pequeña bengala. Se supone que debe cegar a los camorristas y así devolverles el sentido común mientras recuperan la vista. Se cierne en el aire y brilla como

Una estrella sobre el manicomio

El jefe de policía habla por el fido con un hombre que llama desde una cabina pública. El hombre ha desconectado el vídeo y disimula su voz.

—Se están dando de leches en «El Universo Privado».

El jefe gruñe. El Festival acaba de empezar, y ellos ya están al tanto.

—Gracias. Los muchachos deben de estar en camino. ¿Cuál es su nombre? Me gustaría proponerle para una Medalla al Civismo.

—¡Ya! ¡Y zurrarme a mí también! No tengo ningún interés; sólo cumplo con mi deber. Además, no me gusta Gobrinus ni sus clientes. Son un puñado de chulos.

El jefe da órdenes a la División de Disturbios, se reclina y bebe una cerveza, mientras ve la operación por el fido. De todas formas, ¿qué le pasa a esa gente? Siempre están armando bulla por algo.

Las sirenas ululan. Aunque los policías conducen silenciosos triciclos de impulsión eléctrica, aún se aferran a la secular tradición de avisar a los criminales de su llegada.

Cinco triciclos se detienen ante la puerta abierta de «El Universo Privado». Los policías desmontan y cambian impresiones. Sus cascos cilíndricos de dos pisos son negros y tienen unos escudos escarlata. Por algún motivo llevan gafas, aunque sus vehículos no pueden superar los 25 kilómetros hora. Sus guerreras son negras y peludas como la piel de un oso de peluche, y grandes hombreras doradas decoran sus hombros. Los pantalones, cortos, también son de piel, de un azul eléctrico; las botas, altas, de un negro lustroso. Llevan estoques de choque eléctrico y pistolas que disparan ampollas de gas lacrimógeno.

Gobrinus bloquea la entrada. El sargento O'Hara dice:

—Vamos, entremos. No, no tengo orden judicial de entrada, pero conseguiré una.

—Si lo hace le demandaré —dice Gobrinus.

Sonríe. Si bien es cierto que la burocracia del Gobierno estaba tan enredada que él dejó de intentar adquirir legalmente una taberna, también lo es que el gobierno le protegerá en este caso. La invasión de intimidad es un hueso muy duro de roer para la Policía.

O'Hara mira por la puerta a los dos cuerpos en el suelo, a los que se sujetan la cabeza y los costados y se limpian la sangre, y a Accipiter, sentado como un buitre que sueña en carroña. Uno de los cuerpos se levanta, poniéndose a cuatro patas, y gatea hasta la calle por entre las piernas de Gobrinus.

—¡Sargento, arreste a este hombre! —dice Gobrinus—. Lleva un fido ilegal. Le acuso de violación de intimidad.

La cara de O'Hara se ilumina. Al menos conseguirá un arresto para su hoja de servicios. Meten a Legrand en el coche celular, que llega precisamente detrás de la ambulancia. Halcón Rojo es llevado hasta el umbral por sus amigos. Abre los ojos en el momento en que le llevan en una camilla a la ambulancia, y balbucea.

O'Hara se inclina sobre él.

—¿Qué?

—Luché una vez contra un oso sólo con un cuchillo, y salí mejor parado que con estos parroquianos. Les acuso de asalto, agresión, asesinato y mutilación.

El intento de O'Hara de conseguir que Halcón Rojo firme una denuncia falla porque ahora está inconsciente. Maldice. Cuando Halcón Rojo se empieza a sentir mejor, se negará a afirmar. No querrá que las chicas y sus amigos sean procesados por su causa, si tiene sentimientos.

A través de la ventanilla enrejada del coche celular, Legrand chilla:

—¡Soy un agente del Gomierdo! ¡No podéis arrestarme!

Los policías son llamados urgentemente para ir frente al Centro del Pueblo, donde una lucha entre jóvenes locales e invasores del Barrio Oeste amenaza en convertirse en una masacre. Benedictine sale de la taberna. A pesar de haber recibido varios

golpes en los hombros y el estómago, una patada en las nalgas y un chichón en la cabeza, no da señales de perder el feto.

Chib, medio triste medio contento, la ve irse. Siente una sorda pena ante la idea de que le vayan a negar la vida al niño. Ahora ya se da cuenta de que parte de su repulsión por el aborto es identificación con el feto; sabe lo que el Abuelo cree que no sabe. Comprende que, afortunado o no, su nacimiento fue un accidente. De haber ocurrido las cosas de otro modo, no habría nacido. El pensamiento de su no existencia —no cuadros, no amigos, no risa, no esperanza, no amor— le aterroriza. Su madre, alcohólicamente negligente sobre la contracepción, ha tenido muchos abortos, y él podría haber sido uno de ellos.

Viendo a Benedictine irse contoneando (a pesar de sus ropas desgarradas), se pregunta qué pudo ver en ella. Vivir con ella, incluso con un hijo, hubiera sido nauseabundo.

Al nido esperanzado de la boca
vuela de nuevo el amor,
se acurruca, empolla,
flamea gloria emplumada,
reluce,
y entonces alza el vuelo,
cagando, como es costumbre de las aves,
para ayudar con fuerza de reacción al despegue.
OMAR RUNIC

Aunque Chib regresa a su casa, no se siente con ánimos de volver a su habitación. Se va al cuarto trastero. El cuadro está completo en sus siete octavas partes, pero si no lo ha terminado ha sido porque a él no le satisfacía. Ahora lo saca de la casa y lo lleva a la de Runic, que está en el mismo Nido. Runic está en el Centro, pero siempre deja abierta la puerta cuando sale. Tiene herramientas y materiales que Chib utiliza para terminar el cuadro, trabajando con una seguridad y concentración que le faltaban cuando lo empezó a crear. Después deja la casa de Runic, sosteniendo el gran lienzo oval sobre la cabeza.

Pasa más allá de los pedestales y bajo sus curvadas ramas, que terminan en ovoides. Bordea varios pequeños parques de hierba y árboles, camina bajo más casas y, en diez minutos, llega cerca del corazón de Beverly Hills. Allí el animado Chib ve

Tres tristes doncellas en el dorado atardecer

... navegando en una canoa sobre el lago Issus. Maryam Ben Yusuf, su madre y su tía sostienen negligentemente cañas de pescar y miran los alegres colores, la música y el gentío dicharachero que hay ante el Centro del Pueblo. Para entonces la policía ha disuelto la batalla juvenil y monta guardia para asegurarse de que nadie más arme bulla.

Las tres mujeres están vestidas con las oscuras ropas de la secta fundamentalista de Mahoma Wahhabi, que ocultan completamente el cuerpo. No llevan velos; ni siquiera los Wahhabi siguen insistiendo en eso. Sus hermanos egipcios, en tierra, van vestidos con ropas modernas, vergonzosas y pecaminosas. A pesar de lo cual las doncellas los miran.

Sus hombres están en primera fila. Barbudos, vestidos como jeques en un documental del fido sobre alguna Legión Extranjera, murmuran juramentos guturales y silban ante la inicua exhibición de carne femenina. Pero miran.

Este pequeño grupo ha llegado de las reservas zoológicas de Abisinia, donde les pillaron cazando. Su Gomierdo les dio a elegir entre tres alternativas: prisión en un centro de rehabilitación, donde serían sometidos a tratamiento hasta convertirles en buenos ciudadanos, aunque tardaran el resto de sus vidas; emigración a la megápolis de Haifa, en Israel, o emigración a Beverly Hills, en LA.

¡Cómo! ¿Vivir entre los malditos judíos de Israel? Escupieron y eligieron Beverly Hills. ¡Ay! ¡Alá se había burlado de ellos! Ahora estaban rodeados de Pinkelsteins, Appelbaums, Siegels, Weintraubs y otros de las infieles tribus de Isaac. Peor aún, Beverly Hills no tenía mezquita. O bien viajaban 40 kilómetros al día hasta el nivel 16, donde había una, o utilizaban una casa particular.

Chib corre hasta la orilla de plástico del lago, deja en el suelo su cuadro y hace una amplia reverencia, quitándose el algo aporreado sombrero. Maryam le sonrío, pero pierde la sonrisa cuando sus dos acompañantes la regañan.

—*Ya kelb! Ya ibn kelb!* —gritan las dos hacia él.

Chib les sonrío, agita el sombrero y dice:

—¡Encantado, desde luego, *Mesdames!* Oh, doncellas encantadoras, me recordáis a las Tres Gracias.

Entonces grita:

—¡Os amo, Maryam! ¡Os amo! ¡Vos sois para mí como la Rosa de Sharon! ¡Maravillosa, de ojos de gacela, virginal! ¡Os amo, sois la única luz en un negro firmamento de estrellas muertas! ¡Os llamo a través del vacío!

Maryam comprende el Inglés Mundial, pero el viento impide que le lleguen las palabras. Sonríe tontamente y Chib no puede evitar sentir una repulsión momentánea, un destello de ira, como si de algún modo ella le hubiera traicionado. Sin embargo, se recupera y grita:

—¡Os invito a venir conmigo a la exposición! ¡Vos, vuestra madre y vuestra tía

seréis mis invitadas! ¡Podéis ver mis cuadros, mi alma, y saber qué clase de hombre va a raptaros en su Pegaso, paloma mía!

No hay nada tan ridículo como las efusiones verbales de un poeta enamorado. Libremente exageradas. Me río. Pero también me conmuevo. Viejo como soy, recuerdo mis primeros amores, los fuegos, los torrentes de palabras enfundados en luz, alentados de dolor. Queridas doncellas, la mayoría de vosotras estáis muertas; las demás, marchitas. Os envío un beso.

ABUELO

En la canoa, la madre de Maryam se pone en pie. Durante un segundo muestra su perfil a Chib, y él ve atisbos del halcón que será Maryam cuando tenga la edad de su madre. Ahora, Maryam tiene unos rasgos gentilmente agüileños —«el sablazo de la espada del amor», ha llamado Chib a esa nariz—. Insolente pero maravillosa. Sin embargo, su madre parece una sucia y vieja águila. Y su tía..., con algo no de águila, sino de camello en esos rasgos.

Chib hace a un lado las desfavorables, incluso traicioneras, comparaciones. Pero no puede hacer lo mismo con los tres barbudos y sucios hombres con chilabas que se reúnen a su alrededor.

Chib sonríe, pero dice:

—No recuerdo haberles invitado.

No muestran ninguna expresión, ya que el inglés rápidamente hablado de LA es como camelo para ellos. Abu —nombre genérico de cualquier egipcio de Beverly Hills— gruñe un juramento tan antiguo que ya los habitantes premahometanos de la Meca lo conocían. Cierra un puño. Otro árabe da un paso hacia el cuadro y echa un pie atrás como para darle una patada.

En ese momento la madre de Maryam descubre que resulta tan peligroso ponerse en pie en una barca como en un camello. Tal vez peor, porque ninguna de las tres mujeres sabe nadar.

Tampoco sabe el árabe de edad mediana que ataca a Chib sólo para ver a su víctima echarse a un lado y después empujarlo al lago de una patada en las nalgas. Uno de los jóvenes se lanza sobre Chib; el otro inicia una patada hacia el cuadro. Al oír gritar a las tres mujeres y verlas caer al agua, ambos se detienen.

Entonces, las dos corren al borde del lago, donde también caen al agua empujados por las manos de Chib en sus espaldas. Un policía oye gritar y chapotear, y corre hacia Chib. Chib empieza a preocuparse porque Maryam apenas consigue permanecer a flote. Su terror no es fingido.

Lo que Chib no comprende es por qué todos siguen comportándose así. Sus pies deben de tocar fondo; el agua no les llega a la barbilla. Pero aun así, parece como si Maryam se fuera a ahogar. Lo mismo les pasa a los otros, pero éstos no le interesan. Él debería ir a salvar a Maryam. Sin embargo, si lo hace tendrá que cambiarse de

ropa antes de ir a la exposición.

Al pensar eso se ríe en voz alta y después incluso más fuerte, cuando el policía se mete en el agua a por las mujeres. Coge el cuadro y se va, riendo. Antes de llegar al Centro, se pone serio.

—Vaya, ¿cómo es posible que el Abuelo tuviera tanta razón? ¿Cómo me lee tan bien? ¿Soy poco constante, demasiado superficial? No, me he enamorado demasiado profundamente muchas veces. ¿Qué puedo hacer si amo la Belleza, y las bellezas a las que amo no tienen bastante Belleza? Mis ojos son demasiado exigentes; anulan los impulsos de mi corazón.

La masacre del sentido común

El Abuelo Winnegan diseñó el recibidor, uno de los doce del Centro, en el que entra Chib. El visitante llega a un largo túnel curvo revestido de espejos en diversos ángulos. Al final del pasillo ve una puerta triangular. La puerta parece demasiado pequeña para que pase por ella nadie de más de nueve años. La ilusión hace que el visitante se sienta como si estuviera subiendo por las paredes a medida que avanza hacia la puerta. Cuando llega al final del corredor, el visitante está convencido de que anda por el techo.

Al acercarse, la puerta crece, hasta que se hace inmensa. Algunos comentaristas han opinado que esta entrada es la representación simbólica de la puerta del mundo del arte para el arquitecto. Antes de entrar en el país de las maravillas de la estética, uno debería ponerse cabeza abajo.

Al entrar, lo primero en lo que piensa el visitante es que la inmensa sala está vuelta hacia fuera como un guante. Se desconcierta aún más. Hasta que el visitante se reorienta, la pared más lejana parece realmente la más próxima. Algunos no pueden adaptarse y tienen que salir antes de desmayarse o vomitar.

A la derecha hay un sombrero con un cartel: EMPALE LA CABEZA AQUÍ. Un doble juego de palabras del Abuelo que, para el gusto de la mayoría, siempre lleva las bromas demasiado lejos. Si el Abuelo sobrepasa los límites del buen gusto verbal, su tataranieto ha sobrepasado la Luna en sus cuadros. Treinta de los más recientes han sido expuestos, incluyendo los tres últimos de su Serie del Perro: *La estrella del perro*, *El deseo del perro* y *El perro en fila india*. En su crítica, Ruskinson y sus discípulos amenazan con destrozarlos. Luscus y su manada los alaban, pero se contienen. Luscus les ha dicho que esperen a que hable con el joven Winnegan antes

de deshacerse en elogios. Los hombres del fido están ocupados en fotografiar y entrevistar a ambos críticos y en tratar de provocar una discusión.

La sala principal del edificio es una gran semiesfera con un techo brillante cuyo color, cada nueve minutos, recorre el arco iris. El suelo es un gigantesco tablero de ajedrez, y en el centro de cada cuadro se ve el rostro de una gran figura de las artes: Miguel Angel, Mozart, Balzac, Zeuxis, Beethoven, Li Po, Twain, Dostoievsky, Farmisto, Mbuji, Cupel, Krishnagurti, etc. Se han dejado diez cuadros sin rostro para que las generaciones futuras puedan añadir sus propios elegidos para la inmortalidad.

La parte baja de la pared está cubierta de murales que representan acontecimientos importantes en la vida de los artistas. Junto a la curva pared hay nueve tarimas, una para cada una de las Musas. En un pedestal sobre cada tarima hay una estatua gigante de la diosa que inspira el arte correspondiente. Están desnudas y tienen formas demasiado maduras: grandes pechos, anchas caderas, piernas gruesas, como si el escultor pensara en ellas como en diosas de la Tierra, no como en refinados tipos intelectuales.

Las caras tienen la estructura básica de los suaves rostros plácidos de las estatuas de la Grecia clásica, pero con una expresión de indecisión alrededor de la boca y los ojos. Aunque los labios sonríen, parecen dispuestos a estallar en una regañina. Los ojos son profundos y amenazadores. NO ME VENDAS, dicen. SI LO HACES...

Sobre cada tarima se extiende una cúpula de plástico, tiene propiedades acústicas que impiden a quien no está bajo ella oír los sonidos procedentes de la tarima y viceversa.

Por entre la ruidosa multitud, Chib se abre camino hacia la tarima de Polimnia, la musa que inspira al pintor. Bordea la tarima en que Benedictine, de pie, está declamando su corazón de plomo en una alquimia de notas áureas. Ella lo ve y, de algún modo, se las arregla para dirigirle una mirada asesina y, al mismo tiempo, seguir sonriendo a su auditorio. Chib la ignora, pero observa que se ha cambiado el vestido desgarrado en la taberna. Ve también a los muchos policías estacionados en el edificio. La gente no parece estar de un humor explosivo. En realidad, parece feliz, pero un poco agitada. Pero la policía sabe cuán engañoso puede ser eso. Una chispa y...

Chib pasa junto a la tarima de Calíope, donde Omar Runic está improvisando. Llega a la de Polimnia, saluda con la cabeza a Rex Luscus, que le contesta con la mano, y coloca su cuadro en la tarima. Se titula *La masacre de los inocentes* (subtítulo: *El perro en el pesebre*).

El cuadro representa un establo.

El establo es una cueva con estalactitas de curiosas formas. La luz que rompe —o se rompe— a través de la cueva es del rojo de Chib. Penetra en cada objeto, duplica su intensidad y después se expande desigualmente. El observador, al moverse de un lado a otro para obtener una vista completa, realmente puede ver los muchos niveles de luz, y así capta atisbos de las figuras que hay bajo las exteriores.

Al fondo de la cueva, vacas, ovejas y caballos están ante comederos. Algunos miran con horror a María y el niño. Otros tienen la boca abierta, evidentemente intentando dar calor a María. Chib ha tenido en cuenta la leyenda según la cual, la noche en que nació Cristo, los animales del pesebre podían hablar entre sí.

José, un anciano cansado, tan encorvado que no parece tener columna vertebral, está en un rincón. Lleva dos cuernos, pero cada uno tiene un halo, así que todo está bien.

María da la espalda al lecho de paja en el que se supone que está el niño. Por una trampilla del suelo de la cueva se asoma un hombre para colocar un gran huevo en el lecho de paja. Está en una cueva inferior, va vestido con ropas modernas, tiene una expresión alcohólica y, como José, se encorva como si estuviera invertebrado. Tras él una mujer muy gorda, notablemente parecida a la madre de Chib, sostiene al niño que le ha pasado el hombre antes de poner el huevo bastardo en la cuna de paja.

El niño tiene una cara exquisitamente hermosa y es bañado por una luz blanca que emana de su halo. La mujer le ha quitado el halo de la cabeza y está usando el agudo borde para destriparlo.

Chib tiene profundos conocimientos de anatomía, ya que diseccionó muchos cadáveres cuando estudiaba para doctorarse en Arte, en la Universidad de Beverly Hills. El cuerpo del niño no es innaturalmente alargado, como tantas de las figuras de Chib. Es más que fotográfico: parece un niño de verdad. Sus intestinos se desbordan por un gran hueco sangrante.

Como si aquello no fuera un cuadro sino un niño real, rajado y destripado, encontrado en el umbral al salir de casa, los espectadores reciben un impacto en sus entrañas.

El huevo tiene una cáscara semitransparente. En su oscura yema flota un pequeño y repugnante demonio con cuernos, pezuñas y cola. Sus borrosas facciones parecen una combinación de las de Henry Ford y las del Tío Sam. Cuando los espectadores se mueven a uno y otro lado, aparecen los rostros de otros: personalidades en el desarrollo de la sociedad moderna.

La ventana está llena de animales salvajes que han venido para adorar pero se han quedado para gritar en silencio, horrorizados. En primera fila, están las bestias que han sido exterminadas por el hombre o sobreviven sólo en los zoológicos y reservas naturales. El dodo, la ballena azul, la paloma mensajera, la cebra, el gorila, el orangután, el oso polar, el puma, el león, el tigre, el oso pardo, el cóndor de California, el canguro, el murciélago, el rinoceronte, el águila calva.

Tras ellos hay otros animales y, en una colina, las oscuras formas acuclilladas del aborigen de Tasmania y del indio haitiano.

—¿Cuál es su apreciada opinión de este verdaderamente notable cuadro, doctor Luscus? —pregunta un reportero del fido.

Luscus sonríe y dice:

—Dentro de unos minutos tendré un juicio serio. Quizá sería mejor que hablase

usted primero con el doctor Ruskinson. Parece haber decidido inmediatamente. Tontos y ángeles, ya sabe usted.

La roja cara y el grito de furia de Ruskinson se transmiten por el fido.

—¡El pedo oído en todo el mundo! —dice Chib en voz alta.

—¡INSULTO! ¡ESCUPITAJO! ¡MIERDA PLÁSTICA! ¡UN GOLPE EN LA CARA DEL ARTE y UNA PATADA EN EL CULO DE LA HUMANIDAD! ¡INSULTO! ¡INSULTO!

—¿Por qué es un insulto, doctor Ruskinson? —pregunta el reportero del fido—. ¿Porque se burla de la fe cristiana y también de la fe panamorita? A mí no me lo parece. Me parece que Winnegan intenta decir que los hombres han pervertido al cristianismo, quizá todas las religiones, todos los ideales, por sus propios ávidos propósitos de autodestrucción; que el hombre es básicamente un asesino y un pervertidor. Al menos eso es lo que yo saco del cuadro, aunque desde luego sólo soy un simple profano y...

—¡Deje a los críticos hacer la crítica, joven! —Se desgañita Ruskinson—. ¿Tiene usted un doble doctorado en Filosofía, especialidades en Psiquiatría y Arte? ¿Ha sido usted reconocido como crítico por el Gobierno?

»Winnegan, esa abominación de Beverly Hills, que en cualquier caso no tiene ningún talento, aparte de ese genio sobre el que algunos mamones autoengañados parlotean, presenta su chatarra, en realidad un revoltijo que sólo ha llamado la atención a causa de una nueva técnica que cualquier operario electrónico podría inventar. Me pone negro que un simple truquillo, una tonta novedad, pueda engañar, no sólo a ciertos sectores del público, sino también a críticos muy educados y reconocidos oficialmente, tales como el doctor Luscus... Aunque siempre habrá burros académicos que rebuznen tan fuerte, pomposa y oscuramente que...

—¿No es cierto que muchos pintores a quienes ahora llamamos grandes —pregunta el reportero del fido—, como Van Gogh, fueron condenados o ignorados por sus críticos contemporáneos? Y...

Hábil en provocar la ira para beneficio de sus espectadores, el reportero hace una pausa. Ruskinson se hincha, su cabeza como una vena un segundo antes del aneurisma.

—¡No soy un profano ignorante! —chilla—. ¡No puedo evitar que haya habido otros Luscus en el pasado! ¡Sé de lo que estoy hablando! Winnegan es sólo un micrometeorito en el firmamento del Arte, indigno de lustrar los zapatos de las grandes luminarias de la pintura. Su reputación ha sido creada por cierta pandilla para poder brillar reflejada en la gloria; hienas que muerden la mano que la alimenta, como perros locos...

—¿No está mezclando usted un poco las metáforas? —pregunta el reportero del fido.

Tiernamente, Luscus toma la mano de Chib y lo aparta a un lado, fuera del campo visual del fido.

—Querido Chib —cloquea—, ahora es el momento de decidirte. Sabes cuán vastamente te amo, no sólo como artista sino también por ti mismo. Debe de ser imposible para ti resistir más tiempo las profundas vibraciones de simpatía que saltan sin trabas entre nosotros. Dios, si al menos supieras cómo he soñado contigo, mi glorioso, mi divino Chib.

—Si crees que voy a decir «sí» porque tienes el poder de hacer o romper mi reputación, de negarme el premio, estás equivocado —dice Chib.

Se suelta la mano de un tirón.

El ojo sano de Luscus brilla de ira. Dice:

—¿Me encuentras repulsivo? Seguramente no puede ser por motivos morales...

—Es una cuestión de principios —dice Chib—. Aun cuando estuviera enamorado de ti, que no lo estoy, no dejaría que me hicieras el amor. Simplemente quiero ser juzgado por mis méritos. Puesto a pensarlo, me importa un comino la opinión de cualquiera. No quiero oír alabanzas o condenaciones de ti ni de nadie. Mirad mis cuadros y hablad entre vosotros, chacales. Pero no intentéis hacerme estar de acuerdo con vuestras pequeñas imágenes de mí.

El único buen crítico es el crítico muerto

Tras dejar su estrado, Omar Runic ahora está de pie ante los cuadros de Chib. Coloca una mano sobre la parte izquierda de su desnudo pecho, donde está tatuada la cara de Herman Melville; Homero ocupa el otro lugar de honor, en la parte derecha. Grita con fuerza, con los negros ojos semejantes a las puertas de un horno arrancadas por una explosión. Como ha ocurrido otras veces, es presa de inspiración surgida de los cuadros de Chib:

Llámame Ahab, No Ishmael,
porque he arponeado al Leviatán.
Soy el retoño
del asno salvaje hecho hombre.
¡Mis ojos lo han visto todo!
Mi pecho es como el vino en cuba hermética,
soy un mar con puertas, pero están cerradas.
¡Mira! La piel estallará, las puertas se romperán.

Tú eres Nimrod, digo a mi amigo Chib.
Y ahora es cuando Dios dice a sus ángeles:
«Si esto es lo que puede hacer nada más empezar, nada es imposible para él.
Tocará su cuerno de caza ante las murallas del Cielo,
y exigirá la Luna como rehén,
a la Virgen por esposa,
y pedirá una parte en los beneficios
de la Gran Puta de Babilonia».

—¡Haced que ese hijo de puta se calle! —grita el director del Festival—. ¡Va a provocar un tumulto como el año pasado!

Los policías empiezan a entrar. Chib ve a Luscus, que está hablando con el reportero del fido. No puede oírle, pero está seguro de que Luscus no está elogiándolo.

Melville escribió sobre mí mucho antes de que yo naciera.
Soy el hombre que quiere comprender el Universo,
pero comprenderlo en mis propios términos.
Soy Ahab, cuyo odio debe taladrar, romper
todo obstáculo de Tiempo, Espacio o Mortalidad del Ser,
y lanzar su feroz incandescencia a la Matriz de la Creación,
perturbando en su cubil
a quién sabe qué Fuerza o Cosa Desconocida que allí se agazapa,
remota, molesta, no revelada.

El director hace gestos a la policía de que se lleve a Runic. Ruskinson aún está gritando, aunque las cámaras enfocan a Runic o a Luscus. Uno de los Jóvenes Rábanos, Huga Wells-Erb Heinsturbury, la autora de ciencia ficción, tiembla de histeria causada por la voz de Runic, y de sed de venganza. Está acercándose a un reportero del fido, de *Time*. Hace mucho tiempo que *Time* dejó de ser una revista, porque ya no hay revistas, pero se convirtió en una agencia de noticias subvencionada por el Gobierno. *Time* es un ejemplo del doble juego del Tío Sam: el de la política de proporcionar a las agencias de noticias todo lo que necesitan y, al mismo tiempo, permitir a los ejecutivos de cada agencia, determinar las directrices de la misma. Así, los planes del Gobierno y la libre expansión van unidos. Al menos en teoría, eso es estupendo.

Time ha conservado algunas de sus líneas de conducta originales, a saber: la verdad y la objetividad deben ser sacrificadas en aras de la ingeniosidad, y la ciencia ficción debe ser aplastada. *Time* se ha burlado de todos y cada uno de los trabajos de Heinsturbury, y así, ella está decidida a conseguir alguna satisfacción personal del daño causado por las innobles críticas.

Quid nuno? Cui bono?
¿Tiempo? ¿Espacio? ¿Sustancia? ¿Accidente?
Tras la muerte... ¿Infierno? ¿Nirvana?
La nada no es nada en que pensar.
Truenan los cañones de la filosofía,
sus proyectiles son trapos.
Las pilas de municiones de la teología saltan,
dispersas por la Razón sabotadora.

Llámame Efraím,
pues fui detenido en el Vado de Dios
y no pude pronunciar la contraseña sibilante.
Bueno, no puedo vocalizar shi-bboleth,
¡pero puedo decir «mierda»!

Huga Wells-Erb Heinsturbury le da una patada en los testículos al reportero de *Time*. El levanta los brazos, y la cámara, de la forma y el tamaño de un balón de fútbol, sale disparada de sus manos y golpea en la cabeza a un joven. Es un Joven Rábano, Ludwig Euterpo Mahlzeit. Está consumiéndose de rabia a causa de la crítica adversa a su poema musical *Paladeando el carbón de los infiernos del futuro*, y la cámara es el combustible extra necesario para hacerle inflamarse incontrolablemente. Le da un puñetazo al principal crítico musical en el grueso vientre.

Huga, que no el reportero del *Time*, chilla de dolor. Ha golpeado con los dedos desnudos del pie la coraza de plástico duro con que el reportero, receptor de muchas patadas semejantes, se protege los genitales. Huga brinca sobre un pie, sujetándose el otro con las manos. Tropieza con una chica, y se produce una reacción en cadena. Un hombre cae contra el reportero de *Time*, que se ha agachado para coger la cámara.

—¡Aaaah! —grita Huga, y le arranca el casco al reportero, le derriba y le golpea en la cabeza con el objetivo de la cámara.

Dado que la transistorizada cámara aún funciona, envía a miles de millones de espectadores algunas escenas muy interesantes, si bien aturdidoras. La sangre oscurece un lado de la imagen, pero no tanto como para que los espectadores se desorienten por completo. Al saltar de nuevo la cámara por el aire, girando y girando, ven otro cambio de escena.

Un policía ha empujado su estoque eléctrico contra la espalda de Huga, haciéndola poner tiesa y lanzar la cámara en un alto arco tras ella. El amante de turno de Huga se agarra al policía; ruedan por el suelo; un joven del Barrio Oeste coge el estoque eléctrico y se divierte apaleando a los adultos que le rodean hasta que un joven local salta sobre él.

—Los follones son el opio del pueblo —gruñe el jefe de policía. Llama a todas las unidades y al jefe de policía del Barrio Oeste, que ya tiene sus propios problemas.

Runic se golpea el pecho y aúlla:

¡Señor, existo!
y no me digas, como a Crane,
que eso no te crea obligaciones conmigo.
Soy un hombre; soy único.
He lanzado el Pan por la ventana,
me he meado en el Vino,
he sacado el tapón del fondo del Arca,
he cortado el Árbol para hacer leña y,
si hubiera un Espíritu Santo,
lo conduciría, como a un ganso, con una vara.
Pero sé que todo esto no significa una mierda maldita de Dios,
que nada significa nada,
que es es es y no es no es no es,
que una rosa es una rosa es una,
que estamos aquí y no estaremos,
¡y eso es todo lo que podemos saber!

Ruskinson ve que Chib se acerca a él; chilla e intenta escapar. Chib coge el lienzo *Dogmas de un perro* y le golpea con él en la cabeza. Luscus protesta con horror, no por el daño causado a Ruskinson, sino porque el cuadro puede sufrir desperfectos. Chib se vuelve y golpea a Luscus en el estómago con el borde ovalado.

La Tierra da bandazos como un barco que se hunde,
con la popa casi arrancada por la riada de excrementos
de los cielos y las profundidades,
que Dios, en Su terrible generosidad,
ha concedido al oír gritar a Ahab:
«¡Mierda! ¡Mierda!».

Lloro al pensar que éste es el Hombre
y éste es su fin.
Pero ¡mira!,
en la cresta de la riada,
un buque de tres palos de antigua forma.
¡El Holandés Errante!
y Ahab está, una vez más, en pie sobre la cubierta de un barco.
¡Reíd, Hados, y burlaos, Norns!
Pues soy Ahab y soy el Hombre,
y aunque no puedo abrir un agujero en el muro de Lo Que Parece
para coger un puñado de Lo Que Es,

pese a todo seguiré golpeándolo.
Y mi tripulación y yo no cejaremos,
aunque las cuadernas se rompan bajo nuestros pies
y nos hundamos hasta hacemos indistinguibles
del excremento general.
Durante un momento que arderá en el Ojo
de Dios para siempre,
Ahab se yergue,
silueteado contra la llamada de Orión,
puño cerrado —falo sangriento—,
como Zeus exhibiendo el trofeo de la castración de su Cronos.
Y entonces él, su tripulación y su barco
se hunden y chocan de frente con el borde del mundo.
y según se dice, todavía están

c
a
y
e
n
d
o.

A causa de la sacudida del estoque electrónico de un policía, Chib se convierte en una masa temblorosa. Mientras se recupera, oye la voz del Abuelo salir del transceptor de su sombrero.

—¡Chib, ven rápido! ¡Accipiter ha entrado y está intentando pasar por la puerta de mi habitación!

Chib se levanta, lucha y se abre camino hasta la salida. Cuando llega, jadeante, a su casa encuentra que la puerta de la habitación del Abuelo ha sido abierta. Los hombres de la ORI y unos técnicos electrónicos están en el umbral. Chib irrumpe en la habitación. Accipiter está de pie, en el centro, pálido y temblando. Piedra nerviosa. Ve a Chib, se encoge y retrocede, diciendo:

—No ha sido culpa mía. Tenía que entrar. Era la única manera de saberlo con seguridad. No ha sido culpa mía, yo no lo toqué.

La garganta de Chib se cierra sobre sí misma. No puede hablar. Se arrodilla y coge la mano del Abuelo. El Abuelo tiene una suave sonrisa en los lívidos labios. De una vez por todas, ha eludido a Accipiter. En sus manos está la última hoja de sus *Memorias*.

A través de Balaklavas de odio, cargan contra Dios

Durante la mayor parte de mi vida, sólo he visto algunas personas sinceramente devotas y una gran mayoría de auténticos indiferentes. Pero ha surgido un nuevo espíritu. Muchos jóvenes han resucitado no un amor a Dios, sino una violenta antipatía contra Él. Eso me anima y me reconforta. Jóvenes como mi nieto y Runic gritan blasfemias, y así Le reverencian. Si no creyeran, nunca pensarían en Él. Ahora tengo alguna confianza en el futuro.

A las estacas por la Estigia

Vestidos de negro, Chib y su madre bajan por la entrada del tubo que lleva al nivel 13B. Es un tubo espacioso de paredes voluminosas, y el transporte es gratis. Chib le dice al fido expendedor de billetes su destino. Tras la pared, el ordenador proteínico, no mayor que un cerebro humano, calcula. Un billete codificado sale deslizándose por una ranura. Chib lo coge y se dirigen al puerto, un gran andén curvado, donde inserta el billete en otra ranura. Sale otro y una voz mecánica repite la información del billete en Inglés Mundial y en Inglés de LA, por si no saben leer.

Las góndolas salen al puerto y deceleran hasta detenerse. Flotan en un campo gravitónico en un continuo ajuste, sin ruedas. Secciones del andén retroceden formando embarcaderos para las góndolas. Los pasajeros entran en los vagones destinados a ellos. Los vagones avanzan; automáticamente se abren sus puertas. Los pasajeros suben a las góndolas. Se sientan y esperan mientras la red de seguridad se cierra sobre ellos. De sus nichos en el casco se alzan paredes curvas de plástico transparente y se unen formando una cúpula.

Cronometradas automáticamente, controladas por ordenadores proteínicos triplicados para mayor seguridad, las góndolas esperan hasta que la costa está libre. Al obtener el permiso de avance, salen despacio del puerto hacia el tubo. Hacen una pausa para obtener otra confirmación del permiso, que en cuestión de microsegundos es triplemente comprobado. Después, suavemente entran en el tubo.

¡Whoosh! ¡Whoosh! Otras góndolas les adelantan. Amarillento como si estuviera lleno de gas electrificado, el tubo reluce. Rápidamente, la góndola acelera. Algunas aún les adelantan, pero Chib acelera y pronto ya no pueden alcanzarle. La redondeada popa de la góndola delantera es una presa brillante que no será capturada

a menos que reacelere antes de amarrar en su puerto de destino. En el tubo no hay muchas góndolas. A pesar de la población de 100 millones, hay poco tráfico en la ruta Norte-Sur. La mayoría de los habitantes de LA se quedan entre las autosuficientes paredes de sus nichos. Hay más tráfico en los tubos Este-Oeste, ya que un pequeño porcentaje prefiere las playas públicas del océano a las piscinas municipales.

El vehículo ruge hacia el sur. Al cabo de algunos minutos, el tubo comienza a inclinarse hacia abajo y, de repente, llega a formar un ángulo de cuarenta y cinco grados con la horizontal. Nivel tras nivel, los atraviesan como centellas.

Al otro lado de las transparentes paredes, Chib ve fugazmente la gente y arquitectura de otros barrios. El nivel 8, Long Beach, es interesante. Sus casas son como dos bandejas de pastel talladas en cristal de roca, una encima de otra, concavidad sobre concavidad, y el conjunto montado sobre una columna esculpida con relieves; la rampa de entrada y salida es como un contrafuerte volante.

En el nivel 3A el tubo vuelve a la horizontal. Ahora la góndola corre a lo largo de establecimientos cuya vista obliga a Mamá a cerrar los ojos. Chib le aprieta la mano y piensa en sus primos y hermanastros que están tras el plástico amarillento. En este nivel está un 15% de la población: los retrasados, los locos incurables los demasiado feos, los monstruosos, los seniles. Pululan aquí, con los rostros vacuos o retorcidos apretados contra la pared del tubo para ver pasar flotando a los coches bonitos.

La «humanitaria» ciencia médica mantiene vivos a los niños que —por imperativo de la Naturaleza— «deberían» haber muerto. A partir del siglo xx, seres humanos con genes defectuosos han sido salvados de la muerte. De ahí la continua expansión de esos genes. Lo trágico es que la ciencia, hoy día, puede detectar y corregir los genes defectuosos en el óvulo y en el espermatozoide. En teoría, todos los seres humanos podrían ser bendecidos con cuerpos totalmente sanos y cerebros perfectos. Pero el obstáculo es que no tenemos, ni mucho menos, suficientes médicos y equipos para soportar el ritmo de los nacimientos, a pesar del constante descenso en la cantidad de los mismos.

La senilidad surge porque la ciencia médica mantiene a la gente con vida durante mucho tiempo. Así, cada vez hay más decrepitos ancianos babeantes sin mente. Y también una acumulación progresiva de los mentalmente inútiles. Hay terapias y drogas para hacer volver a la «normalidad» a la mayoría, pero no bastantes médicos y equipos. Quizá algún día los haya, pero eso no ayuda a los infortunados de hoy.

¿Qué hacer, entonces? Los antiguos griegos abandonaban en los campos a los niños defectuosos para que murieran. Los esquimales embarcaban a sus ancianos en bancos de hielo flotantes, enviándolos a la deriva. ¿Deberíamos asfixiar a nuestros niños anormales y a nuestros viejos seniles? A veces pienso que es lo caritativo. Pero no puedo pedir a otro que apriete el botón que yo no pulsaría.

Mataría al primer hombre que se dirigiera a él.

De las Eyaculaciones privadas del Abuelo

La góndola se acerca a una de las escasas intersecciones. Abajo, a la derecha, sus pasajeros ven el tubo de ancha boca. Un rápido vuela hacia ellos; reluce. Curso de colisión. Ellos ya conocen eso, pero no pueden evitar aferrarse a la red, rechinar los dientes y tensar las piernas. Mamá suelta un gritito. El rápido se abalanza por encima de ellos y desaparece; el chillido ululante del aire es como el de un alma en su camino al juicio del inframundo.

El tubo desciende de nuevo hasta recuperar la horizontalidad en el nivel 1. Ven el suelo, debajo, y los macizos pilares autorregulados que soportan la megápolis. Zumban sobre una pequeña ciudad, extraña: el LA de principios del siglo XXI, conservado como museo, uno de los muchos que hay bajo el hexaedro.

Quince minutos después de embarcar, los Winnegan llegan a la estación terminal. Un ascensor les lleva a la superficie. Allí les espera una gran limusina negra proporcionada por una empresa privada de pompas fúnebres. El Tío Sam o el Gobierno de LA pagarían una cremación, pero no un entierro. La Iglesia ya no insiste en el entierro, dejando a sus fieles elegir entre ser cenizas al viento o cuerpos bajo la tierra.

El sol está a medio camino del cenit. Mamá comienza a respirar con dificultad y sus brazos y cuello enrojecen y se hinchan. Las tres veces que ha estado fuera de los muros ha sido atacada por esta alergia, a pesar del aire acondicionado de la limusina. Chib le palmea la mano, mientras viajan por una carretera burdamente parcheada. El arcaico vehículo de 80 años, a pesar de ser de gasolina y de ir dirigido por un motor eléctrico, sólo avanza con brusquedades si se le compara con la góndola. Recorre rápidamente los 10 kilómetros hasta el cementerio, deteniéndose en una ocasión para permitir a un ciervo cruzar la carretera.

El padre Fellini les saluda. Se muestra apenado porque tiene la obligación de decirles que la Iglesia piensa que el Abuelo ha cometido sacrilegio. Quitarle el sitio al cuerpo de otro hombre, decir misa sobre el suyo, enterrarlo en suelo sagrado, es blasfemar. Además, el Abuelo murió como un delincuente no arrepentido. Al menos por lo que sabe la Iglesia, no hizo acto de contrición antes de morir.

Chib esperaba esta negativa. El párroco de la Iglesia de la Virgen María, en Beverly Hills 14, se negó a officiar el funeral por el Abuelo en ese templo. Pero, a menudo, el Abuelo le dijo a Chib que quería ser enterrado con sus antepasados, y Chib está decidido a que ese deseo se cumpla.

Chib dice:

—¡Lo enterraré yo mismo! ¡En el borde del cementerio!

—¡No puede hacerlo! —dicen simultáneamente el sacerdote, los enterradores y un agente federal.

¡Y una leche que no puede! ¿Dónde está la pala?

Es entonces cuando ve la cara delgada y la nariz aguileña de Accipiter. El agente está supervisando la exhumación del féretro del Abuelo (del primero). Al menos, hay unos cincuenta reporteros del fido transmitiendo con sus minicámaras, con los transceptores flotando algunas decenas de metros más allá. El Abuelo está teniendo una gran popularidad, como corresponde al Último de los Milmillonarios y al Mayor Delincuente del Siglo.

Reportero del fido:

—Señor Accipiter, ¿podría concedernos unas palabras? No exagero si digo que hay, probablemente, unos diez mil millones de personas viendo este histórico acontecimiento. Al fin y al cabo, incluso los niños de la escuela primaria saben quién era Vuelvoaganaar Winnegan.

»¿Cómo se siente? Durante veintiséis años usted ha estado a cargo del caso. Debe satisfacerle mucho que todo haya acabado con éxito.

Accipiter, sin sonreír, como la esencia de la diorita:

—Bueno, en realidad no me he dedicado todo el tiempo a este caso. Sólo unos tres años de tiempo acumulado. Pero, ya que he trabajado en él al menos durante varios días al mes, se podría decir que he estado sobre la pista de Winnegan durante veintiséis años.

Reportero:

—Se ha dicho que el fin de este caso significa también el fin de la ORI. Si no nos han informado mal, la ORI se mantenía en funcionamiento sólo por Winnegan. Usted tuvo otras ocupaciones, desde luego, durante este tiempo, pero la investigación de falsificadores y tahúres que no declaran sus ingresos se ha transferido a otras oficinas. ¿Es cierto eso? En ese caso, ¿qué piensa hacer?

Accipiter, soltando un gallo de emoción:

—Sí, la ORI se va a disolver. Pero será cuando termine el proceso contra la nieta de Winnegan y su hijo. Lo escondieron y, por lo tanto, son cómplices del delito.

»De hecho, casi toda la población de Beverly Hills, nivel 14, debería ser procesada. Aunque no lo puedo demostrar, sé que todos, incluyendo al jefe de policía municipal, estaban al corriente de que Winnegan se ocultaba en esa casa. Incluso el párroco lo sabía, ya que aconsejó que se reformara y se negó a darle la absolución a menos que lo hiciera.

»Pero Winnegan, un “ratón”, quiero decir delincuente, endurecido donde los haya, no quiso seguir los consejos del sacerdote. Sostenía que no había cometido un delito; que, lo creyeran o no, el Tío Sam era el delincuente. ¡Imaginen la desvergüenza, la depravación de ese hombre!

Reportero:

—¿No pensará usted arrestar a toda la población de Beverly Hills 14?

Accipiter:

—Me han aconsejado que no lo haga.

Reportero:

—Cuando este caso quede cerrado, ¿va a retirarse? Accipiter:

—No. Pienso pedir la transferencia a la Oficina de Homicidios de LA Mayor. Aunque apenas existe ya el asesinato por interés, aún hay crímenes pasionales, gracias a Dios.

Reportero:

—Desde luego, si el joven Winnegan ganara su pleito contra usted..., le ha acusado de invasión de intimidad doméstica, irrupción ilegal en el hogar y de causar directamente la muerte de su tatarabuelo, usted no podría trabajar para la Oficina de Homicidios ni para ningún otro departamento de policía.

Accipiter, fallándole de nuevo la voz por la emoción:

—¡No es extraño que a los defensores de la ley nos resulte tan difícil actuar con eficacia! A veces, no sólo la mayoría de los ciudadanos parecen estar de parte del delincuente, sino que mis propios jefes...

Reportero:

—¿Le importaría completar esa frase? Estoy seguro de que sus jefes están escuchando este canal, ¿no? Entiendo que, por algún motivo, se ha planificado que los juicios de Winnegan y de usted tengan lugar «al mismo tiempo». ¿Cómo espera estar presente en ambos?... ¡Algunos comentaristas del fido le llaman El Hombre Simultáneo!

Accipiter, enrojeciendo:

—¡Es por culpa de algún técnico idiota! Suministró incorrectamente los datos al ordenador legal. Y él, o algún otro, desconectó el circuito de corrección de errores, y el ordenador se quemó. Se sospecha que el técnico cometió el error deliberadamente, al menos lo sospecho yo, y que me demande el imbécil si quiere; de todas formas, ha habido demasiados casos como éste, y...

Reportero:

—¿Le importaría resumir el desarrollo de este caso para nuestros espectadores? Sólo lo más importante, por favor.

Accipiter:

—Bien, eh..., como saben, hace cincuenta años todas las grandes empresas privadas se habían convertido en oficinas del Gobierno. Todas excepto una empresa de construcción, la Compañía Finnegan de Cincuenta y tres Estados, cuyo presidente era Finn Finnegan. Él era el padre del hombre que va a ser enterrado hoy en algún sitio.

»También todos los sindicatos, excepto el mayor, el de la construcción, se habían disuelto o eran del Gobierno. En realidad, la compañía y el sindicato eran todo uno, ya que los empleados controlaban el noventa y cinco por ciento del capital, distribuido de un modo más o menos uniforme entre ellos. El viejo Finnegan era el presidente de la compañía y el secretario ejecutivo del sindicato.

»Por las buenas o por las malas, especialmente por las malas, creo, la empresa-

sindicato había resistido la inevitable absorción. Se investigaron los métodos de Finnegan: coacción y chantaje sobre los senadores USA e incluso sobre los jueces del Tribunal Supremo USA. Sin embargo, no se demostró nada.

Reportero:

—Para nuestros espectadores, que pueden no estar muy fuertes en historia, diremos que hace ya cincuenta años el dinero sólo se usaba para comprar chucherías no suministradas por el Estado. Como ocurre en la actualidad, su otra utilidad era la de indicador de prestigio y de nivel social. En cierto momento, el Gobierno pensó en librarse por completo del dinero, pero un estudio reveló que tenía un gran valor psicológico. También se conservó el impuesto sobre la renta, aunque al Gobierno no le servía para nada el dinero, porque el montante del impuesto de una persona determinaba su prestigio y porque permitía al Gobierno retirar de la circulación una gran cantidad de dinero.

Accipiter:

—En cualquier caso, cuando el viejo Finnegan murió, el Gobierno Federal renovó su presión para incorporar a los trabajadores de la construcción y a los oficinistas del sindicato como funcionarios civiles. Pero el joven Finnegan demostró ser tan astuto y vicioso como su viejo padre. Desde luego, no sugiero que el hecho de que su tío fuera el presidente de los Estados Unidos tuviera nada que ver con el éxito del joven Finnegan.

Reportero:

—El joven Finnegan tenía setenta años cuando murió su padre.

Accipiter:

—Durante esta lucha, que continuó a lo largo de muchos años, Finnegan decidió tomar el nombre de Winnegan. Es un juego de palabras sobre Win-again, «vuelvo a ganar». Parece haber tenido una afición infantil, incluso imbécil, a los juegos de palabras que yo, francamente, no comprendo. Me refiero a los juegos de palabras.

Reportero:

—Para nuestros espectadores no americanos, que quizá no conozcan nuestra costumbre nacional del Día del Nombre, diremos que fue una idea originaria de los Panamoritas. En cualquier momento a partir de la mayoría de edad, cualquier ciudadano puede tomar un nuevo nombre que crea apropiado a su temperamento o a su objetivo en la vida. Podría indicarles que el Tío Sam, que ha sido deshonestamente acusado de intentar imponer el conformismo a sus ciudadanos, anima este enfoque individualista de la vida. A pesar del aumento de trabajo que ello le supone para mantener sus ficheros.

»También podría hacer notar algo más de interés. El Gobierno declaró que el Abuelo Winnegan era mentalmente incompetente. Espero que mis oyentes me perdonen si tomo unos momentos de su tiempo para explicar las bases de la afirmación del Tío Sam. Bien, para aquellos de ustedes que no conozcan un clásico del siglo xx, *El funeral de Finnegan*, a pesar del deseo de su Gobierno de que tengan

una educación gratuita permanente, diremos que el autor, James Joyce, sacó el título de una vieja canción de vodevil.

(Pausa mientras un controlador explica brevemente «vodevil»)

—La canción hablaba de Tim Finnegan, un obrero irlandés que se cayó de una escalera, borracho, y murió, aparentemente. Durante el funeral irlandés celebrado por Finnegan, el cuerpo fue salpicado accidentalmente de *whisky*. Finnegan, sintiendo el tacto del *whisky*, del «agua de vida», se sentó en el ataúd y saltó de él para beber y bailar con las plañideras.

»El Abuelo Winnegan siempre sostuvo que aquella canción de vodevil se basaba en la realidad, que, a la larga, los buenos siempre ganan, y que el Tim Finnegan original era un antepasado suyo. Esta descabellada afirmación fue utilizada por el Gobierno en su demanda contra Winnegan.

»Sin embargo, éste presentó documentos que respaldaban su afirmación. Más tarde, demasiado tarde, se demostró que los documentos eran falsos.

Accipiter:

—El movimiento del Gobierno contra Winnegan fue reforzado por la simpatía que los obreros de otras ramas y las personalidades sentían hacia el Gobierno. Los ciudadanos se quejaban de que la compañía-sindicato era antidemocrática y discriminatoria. Mientras los oficinistas y productores ganaban sueldos relativamente altos, muchos ciudadanos tenían que contentarse con sus ingresos púrpura. Así que Winnegan fue llevado a juicio y acusado, desde luego con razón, de varios delitos, entre ellos subversión de la democracia.

»Viendo venir lo inevitable, Winnegan remató su carrera de delincuente. De algún modo se las arregló para robar veinte mil millones de dólares de la bóveda del banco federal. Por cierto, esta suma era igual a la mitad del capital existente por aquel entonces en el Gran LA. Winnegan desapareció con el dinero, que no sólo había robado sino que también había dejado de tener en cuenta en su Declaración del Impuesto sobre la Renta. Imperdonable. No sé por qué tanta gente ha ensalzado la hazaña de este bandido. ¡Vaya! He visto programas de fido con él como héroe, ligeramente disfrazado bajo otro nombre, claro.

Reportero:

—Sí, amigos, Winnegan cometió el Delito del Siglo. Y aunque finalmente ha sido localizado y va a ser enterrado hoy, en algún sitio, el caso no ha quedado totalmente cerrado. El Gobierno federal dice que sí; pero ¿dónde está el dinero, los veinte mil millones de dólares?

Accipiter:

—Lo cierto es que ahora el dinero carece de valor, excepto como piezas de colección. Poco después del robo, el Gobierno requisó todo el capital en circulación y editó nuevos billetes que no podían confundirse con los antiguos. De todas formas, desde hacía mucho tiempo el Gobierno había querido hacer algo así, porque creía que había demasiado dinero en circulación, y sólo reimprimió la mitad de la cantidad

requisada.

»Me gustaría saber dónde está el dinero. No descansaré hasta que lo sepa. Aunque tenga que hacerlo en mi tiempo libre, lo rastrearé.

Reportero:

—Si el joven Winnegan gana su querrela, quizá tenga usted tiempo de sobra para ello. Bien, amigos, como muchos de ustedes posiblemente sepan, aproximadamente un año después de su desaparición, Winnegan fue hallado muerto en uno de los niveles inferiores de San Francisco. Su nieta identificó el cuerpo; y las huellas dactilares, la estructura de oídos, de retina y de dientes, el tipo sanguíneo y capilar de la identidad coincidían.

Chib, que ha estado escuchando, piensa que el Abuelo debió de gastarse varios millones del dinero robado en eso. No lo sabe, pero sospecha que un laboratorio de investigación en algún lugar del mundo desarrolló el duplicado de un biotank.

Eso fue dos años después de nacer Chib. Cuando tenía cinco años, su Abuelo salió a la luz. Sin decirle a mamá que había vuelto, entró en la casa. Chib era su único confidente. Desde luego, al Abuelo le resultaba imposible pasar totalmente inadvertido por Mamá, pero ella insistía en no haberle visto nunca. Chib pensaba que lo hacía para evitar ser acusada de complicidad en el delito. No estaba seguro. Quizá había aislado sus «visitas» del resto de su mente. Para ella sería fácil, ya que nunca sabía si era martes o jueves, y no podía decir el año en curso.

Chib ignora a los sepultureros, que quieren saber qué hacer con el cuerpo. Camina hacia la fosa. La tapa del ataúd ovoide resulta ya visible bajo la larga trompa proboscídea de la máquina de cavar, que desmenuza sónicamente el barro y después lo aspira. Accipiter, roto su autocontrol de toda la vida, sonríe a los reporteros del fido y se frota las manos.

—Baila un poco, hijo de puta —dice Chib, con las lágrimas contenidas sólo por la ira.

La zona que rodea la fosa se despeja, haciendo sitio para los brazos prensores de la máquina. Estos descienden, se unen bajo el negro ataúd de plástico irradiado, adornado con arabescos de latón, y lo levantan, dejándolo sobre la hierba. Chib, cuando ve que los hombres de la ORI empiezan a abrirlo, comienza a decir algo, pero cierra la boca. Mira intensamente, con las rodillas dobladas, como preparado para saltar. Los reporteros del fido se acercan, enfocando con las cámaras en forma de globo ocular al grupo que rodea el féretro.

Rechinando, la tapa se levanta. Se produce una gran explosión. Se alza denso humo negro. Accipiter y sus hombres, tiznados, con los ojos muy abiertos y blancos, tosiendo, salen a trompicones de la nube. Los reporteros del fido corren en todas direcciones o se agachan para recoger las cámaras. Los que estaban a suficiente distancia pueden ver que la explosión se produce en el fondo de la tumba. Chib es el único que sabe que la apertura del ataúd ha activado el mecanismo de detonación de la fosa.

También él es el primero en mirar al cielo, al proyectil que se remonta desde la tumba, porque sólo él lo esperaba. El cohete sube a 150 metros mientras los reporteros del fido siguen con las cámaras su vuelo. Se abre, y desde su interior se despliega una cinta entre dos objetos redondos. Los objetos se expanden hasta convertirse en globos, mientras que la cinta viene a ser una gran pancarta.

En ella, en grandes letras, están escritas las palabras:

¡El funetruco de Winnegan!

Furiosamente, veinte mil millones de dólares quemados bajo el falso suelo de la fosa arden. Algunos billetes, despedidos en el géyser de fuegos artificiales, son arrastrados por el viento, mientras los hombres de la Oficina de Impuestos, los del fido, los sepultureros y los concejales los cazan.

Mamá está pasmada.

Accipiter tiene el aspecto de estar recibiendo una revelación. Chib llora, después ríe y se revuelca por el suelo.

El Abuelo ha vuelto a jugársela al Tío Sam, y también ha lanzado su mayor juego de palabras a donde todo el mundo pueda verlo.

—¡Oh, viejo! —Solloza Chib entre espasmos de risa—. ¡Oh, viejo! ¡Cómo te quiero!

Mientras rueda de nuevo por el suelo, riendo tan fuerte que le duelen los costados, siente un papel en su mano. Se detiene, se pone de rodillas y busca con la mirada al hombre que se lo ha dado. El hombre dice:

—Su abuelo me pagó para que se lo diera cuando lo enterraran. Chib lee.

Espero que nadie haya resultado herido, ni siquiera los de la Oficina de Impuestos.

Último consejo del Viejo Sabio de los Rompecabezas. Piérdete. Deja LA. Deja el país. Ve a Egipto. Que tu madre cabalgue el salario púrpura por sí misma. Si practica el ahorro y la austeridad, ella puede hacerla. Y si no puede, no es culpa tuya.

Verdaderamente eres afortunado de haber nacido con talento, si no genio, y de ser bastante fuerte para querer romper el cordón umbilical. Así que hazlo. Ve a Egipto. Empápate de la cultura antigua. Párate ante la Esfinge. Pregúntale a ella (en realidad es «él») la Pregunta.

Después, visita una de las reservas zoológicas al sur del Nilo. Vive durante un

tiempo en una imitación razonable de la Naturaleza tal como era antes de que la Humanidad la deshonrase y desfigurase. Allí, donde el Homo sapiens (?) evolucionó desde el mono asesino, absorbe el espíritu de ese antiguo tiempo y lugar.

Has estado pintando con el pene, erecto más de ira, me temo, que de pasión por vivir. Aprende a pintar con el corazón. Sólo así podrás llegar a ser grande y verdadero.

Pinta.

Después, vayas a donde vayas, estaré contigo mientras estés vivo para recordarme. Citando a Runic, «seré la aurora boreal de tu alma».

Mantén firme la creencia de que habrá otros que te amen tanto como yo lo hice, e incluso más. Y lo que es más importante, debes amarles tanto como ellos te amen.

¿Puedes hacerlo?

Voy a probar suerte

Fritz Leiber

Fritz Leiber es mayor de lo que era antes (todo el mundo lo es menos yo), pero al ser alto y de aspecto sorprendente, sigue poseyendo una presencia autoritaria.

También es una de las pocas personas que dijeron algo respecto a mi estilo de escritor, algo que yo ignoraba y que estaba interesado en oír. No fue en una convención, sino (según creo) en una reunión del Hydra Club, una asociación informal de profesionales de ciencia ficción de Nueva York.

Yo daba vueltas a su alrededor (hace de esto casi veinte años), esperando que algo de su buen aspecto fuese contagioso (que no lo era) y me espetó:

—¿Sabes qué he observado en tus historias, Isaac?

Mi primera reacción fue de alarma. Normalmente, odio esta clase de frases porque, la mayoría de las veces, continúan con «¡No son literarias!» o incluso «¡Apestan!». Quiero decir: ¿quién necesita esa clase de comentario tan profundo?

Y aunque la frase siguiente fuese «¡Son estupendas!» o «¡Provocan tremendamente las ideas!», tal vez me sentaría bien, pero en su esencia carecería de significado. Al fin y al cabo, sé que mis historias son maravillosas y terriblemente provocadoras de ideas. Resulta agradable estar de acuerdo conmigo mismo, pero lo único que aprendo con esto es que ustedes poseen un gran criterio literario.

—No tienes traidores —fue lo que me dijo Fritz.

—Oh, sí, Fritz —objeté al punto—. Todas las historias que escribo tienen un traidor.

—En efecto —concedió él—, siempre hay alguien que se opone al protagonista, pero nunca es un traidor.

Sabía a qué se refería. Si una historia es de naturaleza cerebral (como, invariablemente, lo son las mías), el conflicto se halla entre los pensamientos y las ideas, no en los puños, y uno tiene que expresar cada aspecto del conflicto de manera razonable a fin de que resulte valioso para el lector. Para lograr eso, el traidor ha de expresar sus puntos de vista cuidadosa y hábilmente, y tener razón a sus propios ojos. No puedes hacer que vaya por ahí gritando: «¡Soy un tipo malvado!».

Por eso yo presento traidores que no lo son.

Sin embargo, no fue esto lo que le repliqué a Fritz.

—Opinas que no tengo verdaderos traidores —le contesté—, porque no sé cómo describir un traidor ya que soy tan buen chico que no hay traición en mí, ¿eh?

—Exacto, Isaac —asintió Fritz, benignamente, palmeando mi cabeza.

Es una buena teoría (la de no tener traidores por ser yo tan buen chico), pero me preocupa un poco. Varios de mis buenos amigos en ciencia ficción, según observo, escriben historias sin protagonistas.

En ellas, todos son protagonistas y antagonistas, todos tienen diferentes variedades de calzado. Si mi teoría es la buena, ¿qué demuestra sobre esos protagonistas?

Naturalmente, no di nombres, pero Fritz no es ninguno de ellos. En realidad, es casi tan buen chico y agradable como yo. E incluso más guapo.

De pronto, Joe Slattermill supo que tenía que irse pronto, ya que si no era así, la impaciencia le obligaría a darse golpes contra los remiendos y los parches que mantenían en pie la decadente casa, que era algo así como un conjunto de grandes naipes de madera y otros materiales entremezclados. Lo único bueno era la chimenea, el horno y el hogar que veía a través de la cocina.

Éstos sí eran de piedra sólida. El hogar, lleno de rugientes llamas, le llegaba hasta la barbilla y tenía el doble de ancho. Encima se veían las puertas cuadradas de los hornos. En ellos, su esposa amasaba y después cocía lo que luego vendía para ayudar a pagar los gastos. Sobre los hornos, bien altos para que su madre no los alcanzara y para que míster Guts no saltara, en la repisa, se hallaba toda una serie de objetos curiosos, si bien todo lo que no fuera de porcelana, de piedra o de cristal había sufrido el efecto de las décadas de calor, de tal forma que parecían cabezas humanas achicadas y negras pelotas de golf. En un extremo estaban agrupadas las cuadradas botellas de ginebra de la esposa, y sobre la repisa había un antiguo cromó, tan alto y tan ennegrecido por la grasa y el hollín que no se podía distinguir si los remolinos y la gruesa figura en forma de cigarro era un ballenero ante un huracán o una nave espacial precipitándose entre una tormenta de motas de polvo arrastradas por la energía lumínica.

Tan pronto como Joe comenzó a mover los dedos de los pies dentro de las botas, su madre se dio cuenta de sus intenciones.

—Ya va a salir a holgazanear —murmuró—. Con los bolsillos de los pantalones llenos del dinero que tendría que gastarse en la casa, pero que va a tirar en algún pecado.

Tras decir esto, continuó masticando los largos trozos de carne que arrancaba al esqueleto del pavo, mientras que con la otra mano tenía a raya a míster Guts, que la miraba fijamente con sus grandes ojos amarillos, retorciendo la cola que remataba sus adelgazados flancos. Con su vestido sucio, lleno de parches como los costados del pavo, la madre de Joe parecía una ajada bolsa marrón, de la cual salían, como ramas abultadas, sus dedos quebradizos.

Desde donde estaba el horno situado en el centro, la mujer de Joe lo supo tan pronto como la madre o antes. Mirando a su marido, esbozó una de sus desvaídas sonrisas. Antes de cerrar la puerta, Joe pudo ver que se estaban cociendo dos largas, chatas y estrechas hogazas, junto a otra alta y coronada por una cúpula redonda. Envuelta en su vestido violeta, la mujer de Joe era delgada como la muerte y el hambre. Sin mirar, alargó un flaquísimo y largo brazo, tomó la más cercana de las botellas de ginebra y bebió un buen trago, luego volvió a sonreír. Y sin que intercambiaran una sola palabra, Joe supo que ella le habría dicho:

—Vas a salir, a jugar, a emborracharte y a correr una juerga para venir luego a pegarme e ir a la cárcel otra vez.

Entonces recordó la última vez que había estado en la cárcel, había sido muy

desagradable; la recordó a ella acercándose a medianoche con la luz de la luna alumbrándole los lugares de su cabeza donde habían quedado las huellas de los golpes, para susurrarle cosas a través de la ventanita del fondo, mientras le pasaba una botella por entre los barrotes.

Fue entonces cuando Joe supo, con seguridad, que esta vez el lío sería igual o peor. Pero, aun así, se levantó, con sus bolsillos que sonaban llenos de dinero y se deslizó hasta la puerta.

—Voy a probar suerte. A darme un garbeo y vuelvo —murmuró, mientras balanceaba los brazos de nudosos codos como si fueran ruedas de paletas, para que toda la cosa tomara un tinte de broma. Al salir, durante unos segundos mantuvo la puerta un poco abierta. Cuando finalmente la cerró, un intenso sentimiento de tristeza se apoderó de él. Años atrás, míster Guts se hubiera apresurado a colarse por la gatera, para acompañarlo, buscando hembras y peleas en vallados y techos. Pero ahora, el muy cómodo, se contentaba con quedarse en casa y disfrutar del fuego mientras trataba de robar algún trozo de pavo y se peleaba con la escoba, compartiendo la velada con dos mujeres que se hallaban limitadas a quedarse en casa. Joe sólo fue seguido por el ruido de su madre al masticar y por el tintineo de la botella de ginebra al ser apoyada sobre la repisa, mientras el piso crujía bajo sus pies.

Profundamente hundida entre las escarchadas estrellas, la noche estaba patas arriba. Algunas estrellas parecían moverse, como los chorros de luz blanca que surgían de las toberas de las naves espaciales. Más abajo parecía que toda la ciudad de Ironmine había apagado o soplado la luz para irse a dormir, dejando las calles y los espacios a las brisas y los fantasmas, todos invisibles. Pero Joe se hallaba todavía en el hemisferio de los olores musgosos y secos de la madera comida por los gusanos que quedaba atrás. Y mientras sintió y oyó que el césped seco de afuera le rozaba las piernas, se le ocurrió que algo desde muy dentro de sí mismo había planeado las cosas, desde hacía años, para que él mismo, la casa, su mujer, su madre y míster Guts terminaran juntos. Realmente parecía un milagro que el calor no hubiera llegado a los lugares donde se guardaban las cosas inflamables.

Encogido de espaldas, Joe no se encaminó hacia la parte alta, sino hacia abajo, por el camino de tierra que pasando por el Cementerio de los Cipreses llevaba hacia la Ciudad Nocturna.

La brisa era suave esta noche, pero inquieta y variable, como los chillidos de un duendecillo. Más allá de la valla del cementerio, blanqueada a nieve, se agitaban los flacuchos árboles, como si se estuvieran acariciando las barbas de helechos. Joe parecía sentir que los fantasmas también estaban inquietos, sin saber, tal como le sucedía a la brisa, a quién sorprender, o dónde pasar la noche afuera, vagando con otros compañeros igualmente lujuriosos y melancólicos. Entre los árboles lucían las verdes y vampirescas luces que pulsaban débil e irregularmente, como luciérnagas enfermas o como una nave espacial atacada por la peste. El profundo sentimiento de desgracia y melancolía no abandonaba a Joe, ahondándose de tal forma que estuvo

tentado de apartarse y acurrucarse en alguna tumba de aspecto conveniente, o alrededor de alguna lápida, robándole a la esposa y a los otros el final compartido. Pensó: «Voy a hacer rodar los huesecillos. Voy a hacerlos rodar y, después, a la cama». Pero mientras decidía qué hacer se dio cuenta de que ya había pasado la verja abierta, la cerca destartada y todo el resto.

Aunque al principio le pareció que la Ciudad Nocturna estaba tan muerta como el cementerio, luego pudo distinguir un tenue resplandor, tan enfermizo como las luces vampirescas pero más enfebrecido, y una música juguetona que sonaba tan débil que parecía hecha a propósito para hormigas retozonas. Mientras recordaba con nostalgia los días en que sus piernas se movían inquietas, llenas de vida, y desembocaban en una pelea, cayendo como un gatazo o una araña de arena marciana, se zangoloteaba por el sendero. Hacía muchos años ya que no se encontraba envuelto en una buena pelea, y que no *sentía la fuerza*. Poco a poco, la música liliputiense creció hasta volverse tan estruendosa como lo requería un oso, tan ensordecedora como una polka para elefantes. Mientras, el resplandor se trocó en un estallido de luces, de tubos de mercurio de coloración cadavérica, de juguetonas luminiscencias de neón de rosados colores, burlándose de las estrellas y de los espacios donde reinaban las naves interestelares. Luego, se encontró frente a una fachada simulada, de tres pisos de alto, coronada por un tenue fuego fatuo de color azulado. En su centro había una gran puerta batiente que escupía luces hacia arriba y hacia abajo. Por encima de la entrada se veía un letrero de luces doradas que anunciaba una y otra vez, con rizos y torneados adornos: «El Osario», mientras un truculento resplandor rojizo agregaba: «Casa de Juego».

¡Así que ése era el nuevo lugar del que tanto se había hablado! ¡Por fin se había inaugurado! Joe Slattermill experimentó, por primera vez esa noche, un auténtico estremecimiento de alegría y la delicada caricia del entusiasmo.

«Voy a hacer rodar los huesecillos», pensó.

Con amplias y descuidadas palmadas, desempolvó sus verdeazuladas ropas de trabajo e hizo tintinear el dinero dentro de los bolsillos. Luego echó los hombros atrás y sonrió con desdén, mientras empujaba las puertas batientes con un ademán firme, como si le diera una bofetada a un tonto.

El interior de «El Osario» era enorme, como para albergar a toda una ciudad, y el bar parecía tan interminable como las vías del tren. Redondos oasis de luz color verde provenientes de las mesas de póquer alternaban con zonas de sugestiva media luz, a través de las cuales se veía pasar a las chicas que se encargaban del cambio y las que entretenían a la clientela, con pasos que las asemejaban a brujas de blancas piernas. En la plataforma donde se hallaba la orquesta, danzarinas exóticas hacían resbalar sus blancas figuras de reloj de arena. Los jugadores eran corpulentos y se doblaban sobre las cartas como si fueran hongos, todos calvos de tanto agonizar sobre una carta o un dado, o una bola de marfil.

Las voces de los *croupiers* y los chasquidos de las cartas eran suaves, pero de un

firme *staccato*, como los susurros y suaves golpes de los tambores de *jazz*. Cada uno de los átomos del lugar se agitaba de un modo controlado. Hasta las motas de polvo danzaban tensas en los conos de luz.

Ahora el entusiasmo de Joe se incrementó y sintió que lo recorría, tal como la brisa que precede al ventarrón, el hálito cálido de la confianza en sí mismo, que sabía que podía llegar a convertirse en un tomado. Todos los pensamientos que había tenido sobre la esposa, la madre y la casa se desvanecieron. El único que quedó fue míster Guts caminando perezosamente en los bordes de su conciencia, como un buen holgazanote que era. Los músculos de las piernas de Joe se contrajeron con simpatía y comenzó a sentirse extraordinariamente fuerte.

Mientras su mano, extendida negligentemente como si no le perteneciera, tomaba una copa de la bandeja de una de las chicas que pasaba, miró a su alrededor con aire frío e inquisitivo. Finalmente, se dirigió hacia la que juzgó ser la Mesa Más Destacada. Todos los Hongos Importantes parecían hallarse allí, calvos como el resto, pero manteniéndose bien erguidos. Entonces, a través de una brecha, Joe vio, al otro lado de la mesa, una figura más corpulenta que las demás, pero ataviada con un largo gabán con el cuello alzado y coronado por un oscuro sombrero de ala requintada en forma tal que solamente se veía de su cara una muy pequeña parte en forma de triángulo. En Joe nació una sospecha y una esperanza, y arremetió para hacerse lugar entre los Hongos Importantes.

A medida que se acercaba, las camareritas de blancas piernas remolineaban y se alejaban, mientras que sus sospechas recibían una confirmación tras otra, y su esperanza florecía y se desperezaba. En uno de los extremos de la mesa estaba el hombre más gordo que jamás había visto, con un largo cigarro, un chaleco color plateado y una corbata de moño dorada de unos veinte centímetros de diámetro, en la que se leía, en gruesas letras: «Señor Huesos». Al otro extremo, un poco más retirada, vio a la chica encargada del cambio. Era la más desnuda que jamás hubiera imaginado, y la única que, en su bandeja situada poco más abajo de sus senos, llevaba un enorme montón de oro que formaba relucientes pilas, conjuntamente con fichas del negro más intenso. La chica que se encargaba de los dados, más delgada y alta que su esposa, no parecía llevar encima mucho más que el largo par de guantes blancos. Si a uno le gustaba el tipo que no son más que pálida piel sobre unos huesos, con pechos que parecían picaportes de porcelana blanca, estaba muy bien.

Junto a cada jugador había una mesita alta y redonda para las fichas. La que correspondía a la brecha que se había abierto Joe estaba vacía. Chasqueando los dedos para llamar a la chica que cambiaba las fichas, convirtió sus grasientos dólares en un número similar de pálidas fichas y pellizcó su pezón izquierdo para que le trajera suerte. Juguetonamente, la muchacha hizo ademán de morder sus dedos.

Sin apurarse, pero tampoco sin perder tiempo, avanzó y dejó caer descuidadamente su modesta apuesta sobre la mesa vacía, ocupando su lugar en la brecha. Observó que el segundo Hongo Importante que había a su derecha tenía los

dados. Su corazón dio un enorme salto, pero ninguna otra parte de su cuerpo dejó entrever su emoción. Luego, con tranquilidad, levantó sus ojos para mirar al otro lado de la mesa.

El gabán era un resplandeciente y elegante tubo de satén negro, con botones de azabache; el cuello alzado era de un suave terciopelo negro como un oscuro sótano, mientras que el sombrero gacho, requintado y con ala caída, llevaba como cinta una delgada hebra de crin. Las mangas del gabán eran otras dos columnas menores de satén, que terminaban en manos largas y delgadas, de dedos afilados que, cuando su dueño quería, se movían rápidamente; pero si no, podían adoptar la quietud de una estatua.

Joe todavía no podía ver mucho de la cara, excepto la suave parte inferior de la frente, que no presentaba ni huella ni transpiración, las cejas, que eran como un segmento desprendido del sombrero, y las delgadas y aristocráticas mejillas, en cuya unión se hallaba, sin embargo, una nariz algo achatada. El color de la piel de la cara era tan blanco como a la primera impresión. Sin embargo, tenía un ligero tinte amarronado, como el marfil que ha comenzado a envejecer o la piedra jabón de los venusianos. Otra mirada a las manos confirmó lo que pensaba.

Detrás del hombre de negro se hallaba el grupo de los clientes más desagradables que Joe hubiera visto jamás. A primera vista se dio cuenta de que cada uno de estos enjoyados y acicalados matones tenía un revólver debajo del chaleco y una navaja en su bolsillo, mientras que cada una de las muchachas de ojos perversos llevaba un estilete en la liga y una daga de mango de plata en el hueco que quedaba entre sus senos.

Sin embargo, Joe supo también que todos ellos no tenían mayor importancia. El Amo era el hombre de negro, aquél a quien no se puede mirar, aunque sea superficialmente, sin saber que es muy difícil tocarlo y seguir viviendo. Si, sin preguntarle, se ponía un dedo en una de esas mangas, por respetuoso y gentil que fuera el movimiento, una de las blancas manos se agitaría e inmediatamente daría una puñalada o un tiro. O tal vez el simple contacto fuera capaz de matar, como si cada uno de los negros artículos de su vestimenta se hallaran cargados hacia afuera con una electricidad de alto voltaje y alto amperaje proveniente de la piel.

De nuevo, Joe miró la cara semicubierta por la sombra del sombrero y decidió no intentarlo.

Porque lo más impresionante de todo eran sus ojos. Todos los jugadores tienen ojos profundos y sombreados de negro. Pero esos ojos estaban tan hundidos que no se podía estar realmente seguro de captar su brillo. Parecían inescrutablemente desencarnados. Como grandes agujeros de completa negrura, eran inimaginables.

Sin embargo, todo esto, aunque le asustó terriblemente, no desilusionó a Joe lo más mínimo. Le llevó a una exultante alegría. Sus primeras sospechas se habían confirmado y sus esperanzas florecieron por completo.

Ése debía de ser uno de esos jugadores realmente importantes que llegaban a

Ironmine sólo de vez en cuando, tal vez una vez cada década, procedente de la Gran Ciudad, en uno de los barcos fluviales que recorrían las orillas como lujosos cometas, dejando largas colas de chispas que surgían de sus chimeneas altas como secuoias, coronadas del follaje de planchas de acero cuidadosamente curvadas. O también como plateadas naves espaciales con docenas de flamígeros chorros de luz, y con portezuelas que relucían como filas de asteroides.

Tal vez algunos de esos jugadores verdaderamente notables venían de otros planetas, donde la noche estaba llena de placeres, y la vida de los jugadores era un delirio de riesgo y alegrías.

Sí. Ése era el tipo de hombre con el cual Joe siempre había querido competir en habilidad. Comenzó a sentir que *el poder* cosquilleaba en sus dedos, aún completamente inmóviles.

Joe bajó la vista hacia la mesa. Su ancho era el de la altura de un hombre, y su largo dos veces mayor. También la halló extrañamente profunda, forrada no de paño verde sino de negro, lo cual hacía que se pareciera al ataúd de un gigante. Había algo familiar en su forma que no pudo discernir bien. Su fondo, no sus lados ni extremos, se destacaba por una rara iridiscencia, como si hubiera sido rociada con diamantes muy pequeños. Cuando Joe bajó bien la vista, para tratar de llegar hasta su fondo, le pareció que descendía hasta el otro lado del mundo, y que el resplandor era de las estrellas de las antípodas, visibles a pesar de la presencia de la luz del sol, tal como él podía verlas de día desde las profundidades de la mina en que trabajaba. Realmente parecía que si un jugador, después de haberlo perdido todo, se inclinaba demasiado sobre esa mesa, caería para siempre, hacia el más insondable abismo, ya sea el Infierno o alguna negra galaxia.

Joe sintió que sus pensamientos giraban como en un torbellino, y notó el frío y cruel apretón del miedo en la garganta.

Cerca de él, oyó que alguien decía con voz suave:

—Vamos, Big Dick.

Luego, los dados, que mientras tanto habían pasado al Hongo Importante que se hallaba a su derecha, fueron lanzados al centro de la mesa, contradiciendo y borroneando la visión de Joe. Al momento fue testigo de otra extraña circunstancia que absorbió su atención. Los dados de marfil eran desusadamente voluminosos, con esquinas redondeadas y marcas grandes y rojas, que relucían como rubíes y se hallaban ordenadas de tal modo que formaban un cráneo en miniatura. Por ejemplo, el siete que acababa de tirar el Hongo Importante de su derecha, y a raíz del cual había perdido, consistía en un dos con cada uno de los puntos espaciados formando dos ojos, en vez de hallarse en las esquinas opuestas, y en un cinco con los mismos dos puntos que se asemejaban a ojos, pero también con una nariz en el centro y dos marcas más juntas por debajo, que parecían dientes.

Envuelto en su guante, el largo brazo de la chica encargada de los dados se extendió como una cobra, os cogió y los arrojó hacia el borde de la mesa, enfrente de

Joe. Éste inspiró profunda pero silenciosamente, tomó una única ficha de su mesa e iba ya a ponerla junto al dado cuando se dio cuenta de que aquí las cosas no se hacían de ese modo. A pesar de sentir un agudo deseo de examinarla de cerca, volvió a poner la ficha en su lugar. Era curiosamente liviana, de color pálido, como el de la crema cuando se le pone un poquito de café, y tenía grabado un símbolo que podía sentirse pero no verse. No pudo darse cuenta de qué símbolo era, pues para eso tendría que haberla tenido más tiempo entre sus dedos. Sin embargo, el roce de la ficha le había transmitido una desagradable impresión, confirmando la sensación cosquilleante del poder.

De un modo aparentemente indiferente, Joe miró a las caras de quienes le rodeaban, sin perderse, por supuesto, una ojeada al Gran Jugador, enfrente de él, y dijo con voz queda:

—Me juego un centavo.

Indudablemente, eso quería decir una de las fichas de color pálido, o sea, un dólar.

Se oyó un silbido de indignación procedente de donde se hallaban situados los Hongos Importantes, y la cara de luna del barrigón señor Huesos se tomó púrpura, mientras se adelantaba a llamar a sus matones.

El Gran Jugador levantó uno de los brazos envueltos en satén negro y terminado en la mano escultural, con la palma hacia abajo, y se vio que, instantáneamente, el señor Huesos se inmovilizaba, mientras el silbido indignado se apagó más rápido que el centelleo de un meteoro en el acero infinito del espacio. Luego, con una culta y casi susurrada voz, llegó la respuesta del hombre de negro:

—Veamos cómo aceptan esta apuesta, señores.

He aquí, pensó Joe, la forma en que todas sus sospechas eran confirmadas, si tal cosa fuera necesaria. Los jugadores realmente importantes eran perfectos caballeros, generosos con los pobres.

En forma respetuosa y sólo ligeramente teñida de desaprobación, uno de los Hongos Importantes le dijo a Joe:

—Veo esa apuesta.

Joe levantó los dados con marcas de rubí.

Nunca, desde la vez que detuvo en seco el vuelo de dos huevos en un plato, o desde que ganó todas las canicas de Ironmine, o desde que se dio maña para que cuatro letras del alfabeto tiradas al aire cayeran formando con exactitud la palabra «Mamá», Joe Slattermill había logrado tal precisión en los tiros. En la mina podía hacer carambola con una piedra que sacaba de la muralla para partirle el cráneo a una rata a quince metros de distancia en la oscuridad, y a veces se divertía arrojando pedacitos de roca al lugar del que habían sido tomadas, de tal forma que se adaptaran perfectamente al agujero que las había contenido y se mantuvieran allí durante unos segundos. Gracias a la rapidez con que lo hacía, algunas veces pudo volver a colocar de esta forma seis o siete fragmentos, como si armara un rompecabezas. Si Joe

hubiera ido al espacio, tal vez hubiera sido capaz de pilotar seis vehículos lunares a la vez, o componer con los ojos vendados, figuras de ochos alrededor de los anillos de Saturno.

Ahora bien, la única diferencia entre arrojar rocas o letras del alfabeto con toda precisión y ganar a los dados es que se hace necesario lograr que reboten contra los bordes de la mesa. Esto era lo que, precisamente, lo hacía tan interesante para Joe.

Al hacer rodar los dados entre sus manos, sintió, más intensamente que nunca, el poder en ellas y en su palma.

Los arrojó rápidamente, tirando bajo, de tal forma que fueron a dar exactamente frente a la enguantada chica encargada de los dados. Tal como él lo había deseado, su siete se componía de un cuatro y un tres. Sus marcas, rojas, eran similares a las del cinco, excepto que ambos tenían solamente un diente, y el tres no tenía nariz. Diríamos que se trataba de cráneos con cara de bebé. Había ganado un centavo, o sea, un dólar.

—Me juego dos centavos —dijo Joe Slattermill.

Para variar, esta vez tiró para sacar un once. El seis era igual que el cinco, excepto por el hecho de que tenía tres dientes. Era la calavera más bonita de todas.

—Me juego cinco centavos menos uno.

Dos de los Hongos Importantes cubrieron la apuesta con un desdén encubierto a medias, y compartido entre sonrisas.

Esta vez Joe tiró un tres y un as. Su meta era el cuatro. El as, con su único lunar situado fuera del centro, hacia uno de los lados, seguía pareciendo una calavera, tal vez la de un cíclope liliputiense.

Se tomó cierto tiempo para tirar el cuatro que necesitaba, arrojando los dados para sacar, distraídamente, tres dieces seguidos en forma bien difícil. Quería ver cómo se las apañaba la chica encargada de los dados para recogerlos. Cada vez que ella los cogía, Joe tenía la sensación de que sus dedos, rápidos como una serpiente, se insinuaban bajo los dados mientras que todavía parecían estar apoyados sobre la mesa. Finalmente, decidió que no debía ser una ilusión, puesto que si bien los dados no podían penetrar dentro de la felpa, sus dedos enguantados sí podían, hundiéndose con la rapidez del relámpago en el material blanco con incrustaciones brillantes, como si no existiera.

Inmediatamente, Joe volvió a sentir que la mesa era un agujero que atravesaba la tierra. Esto significaba que los dados rodaban hasta que, finalmente, se detenían sobre una superficie perfectamente plana y transparente, impenetrable para ellos, pero para nada más. O tal vez fueran las manos de la muchacha que recogía los dados las que podían penetrar en la superficie, lo que convertiría en una mera fantasía la sensación que había tenido Joe de que un jugador que lo había perdido todo podría sumergirse en una Gran Zambullida por esa tremenda falta de continuidad que hacía que la más profunda de las minas pareciera un simple agujerito.

Joe decidió que tenía que saber lo que sucedía. A menos que fuera absolutamente

inevitable, no quería sentir que el vértigo podía acecharle y atacarle en un momento crucial del juego.

Sin tomar ninguna decisión, tiró unas cuantas veces más, mientras hablaba bajito para dar más realismo a la situación: «Vamos, vamos, Joe». Finalmente, decidió llevar a cabo su plan. Cuando tiró el número que necesitaba, de la manera más difícil, con dos doses, hizo que los dados rebotaran en el borde más alejado, a fin de que se detuvieran bien cerca de él. Luego, tras hacer una mínima pausa para que la gente sólo tuviera tiempo de darse cuenta de que había sacado el número que necesitaba, alargó la mano izquierda hacia los dados, justamente un instante antes de que la muchacha lo hiciera, y los recogió.

¡Ayyy! Joe nunca, ni siquiera cuando una avispa le había picado en el cuello precisamente cuando, por primera vez, estaba deslizando la mano debajo del vestido de su pudorosa e inconstante futura esposa, pasó un momento más difícil tratando que su cara y su actitud no revelaran lo que sentía su cuerpo. Sus dedos y el dorso de la mano le dolían tan agudamente como si los hubiera metido en un horno en funcionamiento. Con razón la muchacha usaba guantes. Debían de ser de amianto. Por suerte, no había usado la mano derecha, pensó, mientras veía cómo se levantaban las ampollas.

Recordó algo que le habían enseñado en la escuela: bajo la corteza, la tierra era tremendamente caliente. Seguramente la mesa-agujero debía de irradiar ese calor, así que cualquier jugador que diera la Gran Zambullida se freiría antes de haber caído un trecho más o menos largo, llegando a China convertido en cenizas.

Y como si la dolorida mano fuera poco, los Hongos Importantes susurraban otra vez, y el señor Huesos se había vuelto a poner púrpura mientras abría su boca, del tamaño de un melón, para llamar a sus matones.

Una vez más, la mano del Gran Jugador se alzó para salvar a Joe. La voz suave y susurrante lo llamó y dijo:

—Explíquele, señor Huesos.

Éste rugió a Joe:

—Ningún jugador puede recoger los dados que él u otra persona ha tirado. De eso se encarga la muchacha. ¡Normas de la casa!

Joe le dedicó al señor Huesos la más parca de sus muecas de asentimiento. Dijo con tono frío:

—Me juego diez centavos menos dos.

Y cuando esa apuesta, todavía pequeña, fue aceptada, tiró los dados y continuó jugando sin marcar los puntos que lo harían ganar, sacando cualquier cosa menos el cinco o el siete, hasta que los dolorosos latidos de la mano se calmaron y, nuevamente, comenzó a tener pleno control de sus reflejos. No había experimentado la menor alteración en el poder de su mano derecha; lo sentía tan fuerte como siempre, o tal vez más.

Cuando se llegó a la mitad de este interludio, el Gran Jugador le hizo un gesto

leve pero respetuoso a Joe, sin revelar bien el contorno de sus extraordinarios ojos antes de volverse y apropiarse de un largo cigarro negro, tomándolo de la bandeja de la más bonita y aparentemente perversa de las muchachas que servían en el local. Encantado, Joe pensó que la cortesía, reflejada incluso en los más insignificantes detalles, era otro de los distintivos que señalaban al verdadero devoto de los juegos de azar. No cabía duda de que el Gran Jugador tenía a su servicio una importante dotación, pero cuando, con aparente distracción volvió a pasarles revista con la mirada, halló en el fondo un extraño sujeto que no parecía pertenecer a un lugar como éste. Se trataba de un hombre joven, de aspecto desaliñado pero elegante, con el cabello desgreñado y ojos que miraban fijamente, con las mejillas románticamente manchadas por la tuberculosis de los poetas.

A medida que observaba los rizos que formaba el humo debajo del ala del sombrero negro, Joe decidió que, o bien las luces que iluminaban la mesa se habían debilitado, o bien la piel del Gran Jugador se oscurecía lentamente, como si todo él se quemara poco a poco. Pensó que resultaba gracioso imaginar eso, pero realmente parecía que en ese lugar, se hubiera condensado suficiente calor como para que las cosas se ennegrecieran. Aunque, de acuerdo con su experiencia, ese calor parecía estar concentrado bajo la mesa.

Ninguno de los pensamientos de Joe —familiares o de admiración hacia el Gran Jugador— disminuían en lo más mínimo la idea de la suprema amenaza que sentía de que tocarlo sería encontrar la muerte. Si alguna duda hubiera seguido girando en la mente de nuestro héroe, inmediatamente se habría evaporado cuando sucedió el escalofriante incidente que entonces se produjo.

El Gran Jugador había tomado entre sus brazos a la más bonita de sus muchachitas, que era también la de aspecto más malvado. Le acariciaba gentilmente las caderas cuando el poeta, con el brillo verde de los celos en la mirada, se abalanzó como un gato salvaje, blandiendo una larga daga reluciente contra la espalda forrada de negro satén.

Joe no imaginó cómo podía fallar el ataque, pero sin retirar su aristocrática mano derecha del trasero de la muchacha, el Gran Jugador estiró el brazo izquierdo con la fuerza de un resorte de acero que se endereza. Joe no pudo saber si apuñaló al poeta en la garganta, si le dio un golpe de judo o si aplicó una de las mortales tomas marcianas, pero el hecho fue que el pobre muchacho se detuvo en pleno movimiento como si lo hubiera alcanzado una pistola para elefantes con silenciador, o un lanzarrayos, y cayó al suelo instantáneamente. Dos negros se acercaron para llevarse el cuerpo y nadie prestó la menor atención al hecho, como si esos sucesos fueran cosa común en el lugar.

La gran impresión que le produjo, casi hizo que Joe tirara su cinco ganador antes de lo que deseaba.

Ahora sentía que las oleadas de dolor habían dejado de atenazar su brazo izquierdo, y que sus nervios se hallaban tensos y afinados como las cuerdas de una

guitarra nueva, de tal forma que tres tiros después sacó su cinco, ganando y disponiéndose a empezar a jugar de verdad.

De entrada, ganó nueve veces, haciendo siete veces siete puntos, dos veces once, y llevando su primera apuesta inicial de un dólar hasta cuatrocientos dólares. Todavía no se había retirado ninguno de los Hongos Importantes, pero algunos de ellos ya comenzaban a sentirse preocupados y dos sudaban copiosamente. Aunque desde las profundidades cavernosas de sus órbitas parecía seguir el juego con gran interés, el Gran Jugador todavía no había cubierto ninguna de las apuestas de Joe.

Entonces Joe tuvo un pensamiento diabólico. Esa noche nadie le iba a poder vencer, pero si seguía manteniendo los dados en su poder hasta que todos los de la mesa hubieran perdido su dinero, no podría llegar a ver al Gran Jugador ejercitando sus habilidades. Y esto era realmente importante para él. Además, pensó, tenía que devolver cortesía por cortesía y tenía que darse la oportunidad de ser él también un caballero.

—Saco cuarenta y un dólares menos cinco centavos —anunció—. Me juego un penique.

No se oyeron susurros sibilantes esta vez, y la cara de luna del señor Huesos no se ensombreció. Pero Joe era consciente de que el Gran Jugador le contemplaba con desilusión, con pena o tal vez sólo de un modo especulativo.

Entonces, alegre de ver las dos pequeñas calaveras más vistosas de todas, Joe se decidió a tirar un doce perdedor, y los dados pasaron al Hongo Importante de su derecha.

—Sabía cuándo se acabaría su suerte —oyó decir a otro Hongo Importante con admiración.

Aunque los jugadores no se enardecieron y las apuestas no subieron demasiado, el juego cobró velocidad alrededor de la mesa.

—Me juego cinco dólares. —Apuesto diez—. Juego veinte.

Alguna que otra vez, Joe cubrió parte de una apuesta, ganando siempre más de lo que perdía. Cuando los dados pasaron a las manos del Gran Jugador, tenía más de siete mil dólares y la cosa empezaba a ponerse buena.

El Gran Jugador los mantuvo durante cierto rato en la mano, con ademán firme, mientras los miraba pensativamente sin que apareciera en su frente una sola arruga de preocupación, y sin que brillara en sus sienes la más mínima gota de transpiración.

—Apuesto sesenta dólares.

Cuando estas palabras murieron en el aire, cerró los dedos, agitó ligeramente los dados, con un sonido como el que producirían varias semillas grandes dentro de una calabaza a medio secar, y negligentemente tiró los dados hacia el extremo de la mesa.

Joe nunca había visto tirar los dados así. Limpiamente, los huesecillos viajaron por el aire, sin girar sobre sí mismos, chocaron exactamente en la unión del borde lateral y la parte horizontal de la mesa y se detuvieron allí, sumando siete puntos.

Joe quedó muy desilusionado. Cada vez que él tiraba solía hacer los cálculos para

que el resultado fuera, por ejemplo, lanzar un tres para arriba, un cinco al norte, dando dos vueltas y media en el aire, chocar en la esquina del seis-cinco-tres, rodar tres cuartos de vuelta y torcerse hacia un lado un cuarto, rebotar en el borde uno-dos, girar media vuelta hacia atrás, torcerse hacia la izquierda tres cuartos, caer sobre el cinco, rodar dos veces y obtener un dos.

Comparada con todo esto, la técnica del Gran Jugador había sido horrible, abismal y ridículamente simple. Claro que a Joe le hubiera sido muy fácil repetirla. No era más que una forma elemental de su antiguo pasatiempo en que trataba de volver a introducir los trozos de roca en sus agujeros originales. Pero a nuestro héroe jamás se le hubiera ocurrido intentar un tiro tan infantil en una mesa de juego. Haría todo lo que fuera muy simple y terminaría por quitarle interés al hecho.

Otra de las razones por la que Joe nunca había utilizado una técnica tan simple era porque no creyó jamás que el resto de los jugadores la aceptaran. De acuerdo con todas las reglas que conocía, un tiro así era de lo más cuestionable. Siempre existía la posibilidad de que uno u otro de los dados no alcanzara el borde de la mesa o bien quedara torcido entre el borde y la parte horizontal. Además, recordaba que solía ser una exigencia habitual que los dados rebotaran en los laterales y quedaran separados del borde una distancia mínima.

Sin embargo, y Joe se fijó bien en esto, los dados habían quedado pegados contra el borde del extremo. A pesar de lo cual todos los que rodeaban la mesa parecían aceptar el tiro. La chica de los dados ya los había recogido y el que aceptó la apuesta del Gran Jugador la estaba pagando. Parecía que en «El Osario» había una interpretación distinta de las reglas, y Joe consideraba que éstas jamás se debían cuestionar, tal como le habían aconsejado la esposa y la madre, a fin de que las cosas fueran más fáciles.

Además, en esa vuelta no había apostado dinero.

Con una voz parecida al sonido del viento entre los árboles del Cementerio de los Cipreses, o en Marte, el Gran Jugador anunció:

—Apuesto un siglo.

Era la mayor de las apuestas de esa noche, y llegaba a diez mil dólares. Además, el énfasis que el hombre de negro había puesto en sus palabras la hacía parecer todavía más grande. En el lugar se hizo el silencio. El *jazz* comenzó a sonar como con sordina, los gritos de los *croupiers* se tomaron más débiles e incluso las bolitas de la ruleta parecían hacer menos ruido al detenerse en sus casilleros. La gente que rodeaba la Mesa Más Destacada aumentó en número, y las muchachas y muchachos al servicio del Gran Jugador le rodearon procurando que nadie le estorbara al tirar.

Joe vio que la apuesta era de treinta dólares más de los que tenía en la mesa. Tres o cuatro de los Hongos Importantes tuvieron que hacerse señales antes de aceptarla.

El Gran Jugador arrojó los dados y, en la misma forma infantil de la primera vez, sacó otro siete.

Volvió a apostar la misma cantidad, y volvió a repetir la misma simpleza.

Y otra vez más.

Y otra vez más.

Joe estaba empezando a preocuparse e indignarse. Era injusto que el Gran Jugador estuviera ganando apuestas tan importantes con tales tiros maquinales y poco románticos. Los dados no giraban ni un ápice en el aire, así que ni siquiera se les podía llamar tiros. Era el tipo de comportamiento que uno esperaría de un robot, y habría que admitir que no sería un robot programado con imaginación. Joe no había arriesgado ninguna de sus fichas cubriendo una apuesta del Gran Jugador, pero si las cosas seguían así, se iba a ver obligado a hacerlo. Confesando su derrota, dos de los Hongos Importantes se habían retirado de la mesa, y ningún otro había ocupado los lugares vacíos. No tardaría mucho en surgir una apuesta que el resto de los Hongos Importantes no podrían cubrir, y entonces Joe tendría que decidirse entre arriesgar algunas de sus fichas o bien retirarse del juego. Y no podía hacer eso, no mientras el poder surgía de su mano derecha como el rayo encadenado.

Joe esperó y esperó, confiando en que aparecería alguien para cuestionar la forma en que el Gran Jugador tiraba los dados, pero nadie lo hizo. A pesar de sus esfuerzos por parecer imperturbable, se dio cuenta de que su cara se tomaba más y más roja.

Con un gesto de su mano izquierda, el Gran Jugador detuvo el movimiento de la muchacha de los dados, cuando ésta se disponía a recogerlos. Los ojos, como pozos profundos, miraron directamente a Joe, que se esforzó por mantener la mirada con tranquilidad. En ellos todavía no se podía hallar expresión alguna. Joe comenzó a sentir en su cuello el roce helado de una nada agradable sospecha.

Con perfecta amabilidad y con los mejores modales, el Gran Jugador dijo:

—Si bien la caballerosidad le impide decirlo en voz alta, tengo la impresión de que el excelente jugador que se halla frente a mí tiene dudas respecto a la validez de mi último tiro. Lottie, por favor, la prueba de la carta.

La altísima muchacha de marfil sacó una carta de un mazo guardado bajo la mesa, y se la pasó a Joe con un venenoso relampagueo de sus pequeños y blancos dientes. Éste la cogió al vuelo y la examinó brevemente. Era la más delgada, rígida, chata y reluciente carta que jamás hubiera visto. Además, era el Joker, por si esto fuera significativo. Perezosamente, se la volvió a pasar a la muchacha, y ésta la deslizó suavemente, dejándola caer por su propio peso, a lo largo del borde de la mesa junto al cual se hallaban los dados. Llegó hasta la pequeña depresión que dejaban los bordes redondeados entre la felpa negra y el resto del dado. Diestramente, la muchacha la movió sin esfuerzo alguno, demostrando así que no existía ningún espacio entre los cubos o entre ellos y los bordes de la mesa.

—¿Satisfecho? —preguntó el Gran Jugador.

Contra su voluntad, Joe movió la cabeza afirmativamente. El hombre negro le dedicó una inclinación de cabeza. La muchacha de los dados le sonrió con una mueca algo despreciativa de sus delgados labios, mientras inspiraba adelantando sus senos, blancos y pequeños como picaportes de porcelana, hacia nuestro héroe.

De un modo indiferente, casi con un aire de aburrimiento, el Gran Jugador continuó con su rutina de apostar su siglo y ganar con siete puntos. Uno tras otro, los Hongos Importantes se marchitaron y giraron sobre sus talones, con el rabo entre las piernas, alejándose de la mesa. Rápidamente, un tipejo de cara especialmente colorada fue llamado para ver si tenía alguna ayuda que ofrecer, pero sólo pudo perder los adicionales dineros apostados. Mientras tanto, las pilas de fichas pálidas y negras del Gran Jugador habían alcanzado ya una enorme altura.

Al tiempo que Joe se iba poniendo más y más furioso, sentía cada vez más miedo. Observó, tal como lo haría un halcón o un satélite espía, el rebotar de los dados contra el borde de la mesa, pero no pudo hallar justificación alguna para pedir otra prueba, ni tampoco se animaba a cuestionar las reglas imperantes en esta casa de juego ahora que el hombre de negro había tirado ya tantas veces los dados. Era enloquecedor, realmente alienante pensar que si hubiera podido poner sus manos sobre los cubos una vez más, habría destruido los negros pilares de esta supuesta aristocracia del juego. Se maldijo repetidamente por la forma suicida, presuntuosa y estúpida en que había pasado los dados cuando los tenía.

Para empeorar las cosas, el Gran Jugador comenzó a mirar a Joe fijamente con esos sus ojos que parecían minas de carbón. Tal como Joe pudo ver, ahora tiró tres veces sin mirar siquiera los dados o los bordes verticales de la mesa. Mientras le observaba, parecía tan desagradable como la esposa o la madre. Mirando, mirando, mirando a Joe.

Aquella fija observación de esos ojos que no eran ojos, inundaba a Joe de un terrible miedo. Un terror sobrenatural se añadió a su certeza de que el Gran Jugador era un muerto. Nuestro héroe no cesaba de preguntarse con quién estaba jugando esa noche. Experimentaba curiosidad y miedo. Una curiosidad llena de terror, tan fuerte como su deseo de volver a tener los dados en su mano y ganar. Mientras el poder pulsaba en su mano como una locomotora frenada o un cohete que quiere ser disparado, sintió que sus cabellos se erizaban y que la carne se le ponía de gallina.

Mientras tanto, el Gran Jugador mantenía su compostura, su elegancia cubierta de satén y coronada por su sombrero cómplice, su compostura elegante, suave, cortés, letal. De hecho, lo peor que encajaba Joe era que, tras admirar el perfecto comportamiento del Gran Jugador en cuanto a las reglas del juego, ahora se veía confrontado al desencanto que le causaba su forma maquinal de tirar los dados, pudiendo únicamente atraparlos en algún mínimo detalle técnico.

La defección sistemática de los Hongos Importantes continuaba. El número de los espacios vacíos comenzó a sobrepasar a los llenos y, finalmente, sólo tres de ellos quedaron ocupados.

«El Osario» estaba ahora tan silencioso como el Cementerio de los Cipreses o como la Luna. La música se interrumpió y lo mismo sucedió con las risas alegres, al deslizarse de los pies, el chillido de las muchachas y el tintineo de los vasos y las monedas. Todo el mundo pareció concentrarse en lo que sucedía en la Mesa Más

Destacada y los espectadores fueron agrupándose en una fila tras otra de silenciosa espera.

Joe se hallaba vapuleado por la sensación de que debía estar alerta, por el desprecio que experimentaba por sí mismo, por las salvajes esperanzas que le recorrían, por la curiosidad y por la audacia.

El tono de la piel del Gran Jugador continuaba oscureciéndose y llegó un momento en que Joe comenzó a preguntarse si no habría entrado en el juego con un negro, tal vez un brujo vudú a quien se le estaba disolviendo el maquillaje.

Muy pronto sucedió que hubo que enfrentar otra apuesta del mismo monto y los dos Hongos Importantes restantes no llegaron a cubrirla. Joe tuvo que sacar un diez de su pobre pila o decidirse a retirarse del juego. Al cabo de un momento de duda, optó por lo primero.

Y perdió.

Retrocediendo, los dos Hongos Importantes renunciaron al juego.

Joe sintió el impulso de confesarse vencido cuando los dos ojos implacables se dirigieron hacia él y oyó murmurar al Gran Jugador:

—Le apuesto su pila.

Después de todo, pensó Joe, sus seis mil dólares realmente impresionarían a su esposa y a su madre.

Pero no podía soportar la idea de tener que sentir las risas ahogadas de la multitud, o de pensar que debería recordar toda la vida que pudo tener una última oportunidad, no importa cuán débil fuera, de enfrentarse con el Gran Jugador y ganarle.

Asintió con la cabeza.

El hombre de negro tiró. Joe se inclinó sobre la mesa, olvidando su vértigo y siguiendo el movimiento de los dados con ojos de águila, con la precisión de un telescopio espacial.

—¿Satisfecho?

Joe sabía que tendría que contestar con un «sí», y luego retirarse con la cabeza tan alta como le fuera posible. Después de todo, sería la forma de actuar de un caballero. Pero luego se dijo que él no era un caballero, sino un pobre minero que se partía en dos trabajando y que lo único que poseía era una gran precisión tirando los dados.

También se dijo a sí mismo que, probablemente, era muy peligroso decir otra cosa que no fuera un «sí», rodeado como estaba de enemigos y extraños a su causa. Pero, después de todo, se preguntó qué derecho tenía él, un miserable mortal, de preocuparse por el peligro, él, que se veía obligado a llevar a su casa las manos vacías por el fracaso.

Además, uno de los dados, reluciente de rubíes, se hallaba ligeramente desalineado respecto al otro.

Fue el mayor esfuerzo de toda la vida de Joe, pero tragó saliva y se atrevió a decir:

—No. Lottie, la prueba de la carta.

La muchacha de los dados hizo una mueca de desprecio y retrocedió como si fuera a escupirle a los ojos. Joe tuvo la sensación de que su saliva sería mortal veneno de cobra. Pero el Gran Jugador le hizo una seña con un dedo, reprobando su actitud. Ella tiró una carta en dirección a Joe, lo hizo de un modo tan despreciativo que desapareció bajo la negra felpa durante un instante antes de llegar a las manos de Joe.

La carta estaba caliente y tenía un color marrón pálido, si bien no pudo hallar defectos en ella. Joe tragó con dificultad y se la devolvió.

Sonriéndole con un gesto venenoso, Lottie la hizo deslizar a lo largo del borde... Al cabo de un momento de suspenso, pasó por debajo del dado que a Joe le parecía sospechoso.

Una inclinación y luego un susurro.

—Tiene usted ojos de gran agudeza, señor. Mis más sinceras disculpas y... los dados son suyos.

Cuando Joe vio que los cubitos estaban enfrente de él, creyó que iba a sufrir un ataque de apoplejía. Todos los sentimientos que le abrumaban, incluyendo su curiosidad, se elevaron hasta llegar a un máximo increíble de intensidad y cuando dijo: «Apuesto todo», y el Gran Jugador le contestó: «Acepto la apuesta», cedió a un impulso incontrolable y arrojó los dados a los ojos del hombre negro, a esos ojos de medianoche, sin brillo alguno.

Los dados penetraron en el cráneo del Gran Jugador y allí quedaron rebotando, con un ruido sordo y horripilante.

Extendiendo las manos para indicar a sus servidores que nadie debía tomarse represalias en la persona de Joe, el hombre de negro hizo una gárgara con los cubos, los escupió sobre la mesa, y éstos se detuvieron en el centro, uno de ellos bien apoyado, pero el otro sostenido a media caída por su compañero.

—Los dados no han caído bien, señor —dijo el Gran Jugador—. Deberá usted tirar de nuevo.

Tratando de reponerse del susto, Joe tiró los dados pensativamente. Al cabo de un rato llegó a la conclusión de que ahora sí era capaz de determinar cuál era el verdadero nombre del Gran Jugador, pero que, a pesar de todo, seguiría adelante con su apuesta.

Hablando consigo mismo, Joe trataba de dilucidar la forma en que un esqueleto podía mantenerse en pie. ¿Los huesos tendrían cartílago y tendones, se hallarían unidos por alambres, se lograría esto con campos de fuerza o sería cada uno de los huesos un potente imán cálcico, unido a su vecino? Tal vez allí residía la explicación de la rara electricidad de marfil, tan mortal en apariencia.

En el gran silencio de «El Osario», alguien carraspeó, una muchacha rió nerviosamente y una moneda cayó de la bandeja de la más desnuda de las encargadas del cambio, tintineó con sonido alegre y rodó musicalmente a través del piso.

—Silencio —fue la respuesta del Gran Jugador, y con un movimiento tal vez

demasiado rápido para que pudiera ser seguido, llevó una mano al interior de su gabán, y luego la colocó en la mesa, enfrente de él. Había extraído un revólver plateado, de cañón corto, que relucía sobre el negro fieltro—. La primera persona que haga el menor ruido, desde la más humilde de las empleadas negras hasta usted, señor Huesos, cuando mi digno adversario tire los dados, recibirá un balazo en la cabeza.

Sintiéndose poseído de una extraña agitación, Joe se inclinó cortésmente, y luego decidió que comenzaría con un siete, compuesto por un as y un seis. Tiró los dados y esta vez el Gran Jugador, a juzgar por los movimientos de su cráneo, siguió el correr de los mismos con sus ojos inexistentes.

Los dados cayeron, rodaron y se detuvieron. Sin dar crédito a sus ojos, Joe vio que, por primera vez en toda su vida de jugador de dados, había cometido un error. O tal vez fuera que el Gran Jugador poseía en su mirada un poder mayor que el de su mano derecha. El dado que había tirado para que mostrara un seis estaba bien colocado, pero el que debía señalar un as había rodado de más y ahora se veía un seis adicional.

—Fin del juego —dijo sepulcralmente el señor Huesos.

El Gran Jugador levantó una mano marrón y esquelética.

—No necesariamente —susurró. Sus negras órbitas se dirigieron a Joe como los negros interiores de dos cañones que le apuntaran—. Joe Slattermill, si así lo deseas, todavía tienes algo de valor para apostar: tu vida.

A estas palabras contestó una serie de risitas, de gorgoteos histéricos, de carcajadas, de ruidos broncos, de gritos descontrolados, que surgieron de todo «El Osario». El señor Huesos resumió los sentimientos de todos cuando preguntó:

—¿Qué valor puede tener la vida de un vago como Joe Slattermill? Ni dos centavos.

El Gran Jugador puso una mano sobre el reluciente revólver que tenía delante de él y, cuando todas las risas cesaron abruptamente, dijo:

—Yo la quiero —con voz apenas audible—. Por lo que a mí respecta, Joe Slattermill me ha proporcionado las ganancias de esta noche, y agrego todos los placeres y posesiones del mundo como apuesta adicional. Tú apostarás tu vida, y conjuntamente con ella tu alma. Tú mismo tirarás los dados. ¿Qué decides?

Joe Slattermill vaciló, pero entonces sintió intensamente todo el drama de la situación. Lo pensó bien y decidió que no iba a dejar de ser el centro de este espectáculo para volver a su casa arruinado, a su esposa y a su madre expectantes, a su hogar que se caía en pedazos, y a un míster Guts que ya habría perdido las esperanzas. Tratando de darse coraje, se dijo a sí mismo que tal vez no hubiera tal poder en la mirada del Gran Jugador, tal vez había cometido el primer error de su carrera de jugador de dados, y, además, se inclinaba a aceptar el juicio del señor Huesos acerca del valor verdadero de su vida.

—Apostado —dijo—. Lottie, dale los dados.

Como nunca en su vida, Joe se concentró intensamente. El poder cosquilleaba en

su mano triunfalmente, y arrojó los dados.

Éstos nunca llegaron a la mesa. Describieron una curva hacia abajo, luego hacia arriba, en un loco giro que los apartó del negro fieltro, y finalmente se dirigieron, como pequeños meteoros de rojo brillo, hacia los ojos del Gran Jugador, colocándose en sus órbitas y mostrando, cada uno de ellos, la cara correspondiente a un as.

Ojos de víbora.

Y luego, mientras aquellos ojos rojos y brillantes le miraban despreciativamente, el susurro:

—Joe Slattermill, has perdido.

Con el pulgar y el índice, o mejor dicho, con los huesos correspondientes a esos dedos, el hombre de negro se quitó los dados de las órbitas y los dejó en la mano de Lottie, enguantada de blanco.

—Has perdido, Joe Slattermill —volvió a decir tranquilamente—. Y ahora puedes pegarte un tiro. —Tocó el revólver plateado—. O degollarte. —Sacó un cuchillo afiladísimo de su gabán—. O envenenarte. —Unió a las dos armas una botellita de veneno—. O dejar que te bese esta señorita, que te matará.

Atrajo hacia él a la muchacha más bonita, de perverso aspecto. Coquetamente, ésta dio un brinco, arregló su falda violeta y le dedicó a Joe una mirada provocativa y hambrienta, con una sonrisa que descubrió sus caninos blancos y largos.

—O también —agregó el Gran Jugador, haciendo un gesto indicador con la cabeza— puedes elegir la Gran Zambullida.

Joe dijo con tranquilidad:

—Elijo la Gran Zambullida.

Puso su pie derecho en el fieltro negro, su izquierdo en el borde, y... súbitamente, con un salto de tigre, se abalanzó saltando a través de la mesa, a la garganta del Gran Jugador, pensando con cierto alivio que después de todo el poeta no parecía haber sufrido demasiado.

Mientras volaba por el aire, tuvo una perfecta imagen de lo que había debajo, pero su cerebro no tuvo tiempo de desarrollar la sensación, puesto que inmediatamente estaba cayendo sobre el hombre de negro.

Sintió el choque de una mano marrón en la sien, en un golpe de judo rápido como el relámpago... y luego vio que los dedos marrones, o mejor dicho los huesos, se desparramaban en todas direcciones por el suelo. La mano izquierda de Joe no encontró resistencia al presionar sobre el pecho del Gran Jugador, como si debajo del gabán satinado no hubiera más que vacío y su mano derecha, que dirigió hacia el cráneo oculto por el sombrero, sintió que bajo su contacto los huesos se rompían en pedazos. Pocos segundos después, Joe se halló en el suelo rodeado por unas ropas negras y unos fragmentos marrones del esqueleto del hombre de negro.

Rápido como el relámpago, se puso de pie y alargó la mano hacia una de las pilas de fichas y dinero que había sobre la mesa del Gran Jugador. Sólo tuvo tiempo para dar un manotazo. No pudo determinar si había a la vista alguna ficha negra o algún

montón de oro o plata, así que tomó las fichas de tono claro que encontró, llenándose con ellas el bolsillo izquierdo del pantalón, y salió corriendo.

Entonces todos los presentes en el lugar se lanzaron en su persecución. Dientes, cuchillos y nudillos de acero relucían. Le golpearon, arañaron, patearon, pisotearon y pincharon con toda clase de agujijones de metal. Uno de los músicos, con una cara negra, de ojos inyectados en sangre, le golpeó con su trompeta. La imagen de la chica de los dados pasó ante sus ojos como un fogonazo, y trató de aferrarla, pero se le escapó. Alguien intentó aplastar un cigarrillo encendido contra uno de sus ojos. Lottie, sacudiéndose y retorciéndose como una boa constrictor, casi logró pasar por su cuello un lazo para estrangularlo, a la vez que intentaba atacarlo con unas tijeras. Flosie, erizada y agresiva como un maléfico duende felino, trató de arrojarle ácido a la cara, de una botella cuadrada que llevaba en la mano. El señor Huesos disparaba balas a su alrededor utilizando el revólver plateado. Se le apuñaló, se le atacó con agresivos ganchos puntiagudos, se le tendieron trampas, se le golpeó, se le dieron rodillazos y puntapiés, se le aporreó, se le mordió y se le dieron pisotones.

Algo sucedía, ya que ninguno de los golpes o tomas de lucha tenían una fuerza capaz de destruirle. Era como pelear con fantasmas. Finalmente, Joe comprendió que toda la concurrencia de «El Osario», unida en la agresión, tenía muy poca fuerza más que él.

Se sintió alzado por la multitud y llevado hacia las puertas. Allí fue arrojado al exterior, y cayó dando con el trasero en la vereda. Ni siquiera esto dolió mucho. Más bien parecía un golpe dado para alentar.

Inspiró profundamente y se palpó todo el cuerpo para asegurarse del estado de sus huesos. No parecía haber sufrido ningún daño importante. «El Osario» quedó silencioso y sumido en las penumbras, como una tumba, como Plutón o como el resto de Ironmine, sin ir más lejos.

A medida que sus ojos se iban adaptando a la oscuridad, al débil resplandor de las estrellas y al paso ocasional de una espacionave, vio una puerta de hierro en el lugar donde habían estado las de vaivén.

Se dio cuenta de que estaba masticando algo que tenía una corteza dura, algo que había llevado en la mano durante todo el fracaso final. Realmente, era muy sabroso, como el pan que su esposa horneaba para los mejores clientes. En ese momento, su cerebro elaboró la percepción que había tenido en el instante en que saltaba por encima de la mesa de juego. Era una delgada cortina de llamas que se movía lateralmente en el centro de la mesa, y detrás de esa cortina las caras de su esposa, su madre y mister Guts, con expresión de asombro. Entonces se dio cuenta de que lo que masticaba era un fragmento del cráneo del Gran Jugador, y recordó la forma de las tres hogazas que su esposa había comenzado a hornear cuando dejó la casa. Y comprendió los procedimientos mágicos que ella había usado para permitirle una pequeña escapada en que él pudiera sentirse un poco más hombre, retornando luego a su hogar con los dedos quemados.

Escupió lo que tenía en la boca y arrojó el resto de trozo de cráneo horneado que tenía en la mano.

Se metió la mano en su bolsillo izquierdo. En la lucha, la mayoría de las fichas pálidas habían sido aplastadas, pero halló una íntegra y exploró la superficie con sus dedos. El símbolo que tenía grabado era una cruz. Se la llevó a la boca y comió un pedazo. Tenía un delicado y delicioso sabor. Entonces, se la comió entera y sintió que sus fuerzas renacían. Palpó con placer su abultado bolsillo. Por lo menos, comenzaba el largo viaje bien provisionado.

Luego giró y comenzó a caminar hacia su casa, pero tomando el camino más largo: alrededor del mundo.

No tengo boca y debo gritar

Harlan Ellison

Es imposible negarlo (tal vez ustedes ya lo hayan observado en mis suaves comentarios), pero casi todos los colegas de Harlan vierten vinagre y cardos cuando se refieren a él.

Admito que parte de ello se debe a que Harlan es vinagre por aquí y cardos por allí, y que jamás pide cuartel, cosa que tampoco espera nunca que le sea concedida. Y admito que parte de ello se debe a que, con Harlan en la misma habitación, uno siempre tiene que estar sentado quedamente, con los codos ante la cara y las rodillas dobladas a la altura del pecho, por si acaso Harlan se ve atacado por el humor de destriparte..., cosa que siempre hace.

Pero, en realidad, esto no es todo. Es la envidia de su éxito con las chicas. Yo le he visto en función. Cuando se rumorea que Harlan se encuentra ya en el vestíbulo del hotel donde se celebra una convención, inmediatamente todos los amantes de las adolescentes sufren violentos espasmos. Esa visión resulta bastante desdichada.

Y esto sucede cuando él no hace nada. Porque cuando empieza a actuar...

Oí a alguien que se quejaba de la sala de la convención en la que había estado. La mujer, porque lo era, se quejaba de que los retretes tenían cinco centímetros de profundidad (cosa que era cierta), y que antes iría andando hasta su casa, a unos diez kilómetros de distancia por recónditos caminos, que estar allí dos minutos más... Y, en aquel instante, tropezó con Harlan.

Él no la había visto desde hacía tiempo, así que le sonrió y empezaron a charlar. Francamente, yo no vi nada particular en ello; me dejó frío; hubiese podido charlar conmigo durante años sin hacerme el menor efecto. Pero el que le produjo a la dama fue tremendo. A los cinco minutos, ella estaba riendo y coqueteando, y cuando le pregunté: «¿Qué hay de los retretes?», replicó: «¿Qué retretes?».

Harlan siempre se halla en compañía de una joven bonita. Se dice que chasca los dedos y aparece una en medio de una nube de humo. Esto no me molestaría tanto si no fuese porque chasca los dedos con demasiada frecuencia. Nunca le he visto dos veces seguidas con la misma muchacha.

En 1970, por ejemplo, hubo una asamblea de ciencia ficción en Río de Janeiro. Aunque yo no estuve, recibí un folleto que incluía los discursos y las fotos de los

asistentes. Las fotos eran impresionantes. Estaba allí Sam Moskowitz, por ejemplo, frunciendo el ceño majestuosamente y con una mano metida entre los botones del chaleco. (Describo las fotos de memoria y tal vez no sean rigurosamente exactas). Estaba Fred Pohl, con un codo apoyado en un pedestal de mármol y un dedo pensativo en la frente. Estaba Poul Anderson, con los ojillos ligeramente arrugados y mirando al espacio exterior con la mirada ausente de un poeta soñador.

Y estaba Harlan Ellison, sonriendo perversamente, con una hermosa joven pegada desesperadamente a él.

De verdad, no puedo resistirlo.

Flácido, el cuerpo de Gorrister colgaba de la paleta rosa; sin soportes..., pendía por encima de nosotros en la sala del ordenador, y no temblaba en la fría y aceitosa brisa que soplaba eternamente a lo largo de la caverna principal. Unido a la parte inferior de la paleta por la suela de su pie derecho, el cadáver colgaba cabeza abajo. Por una preciosa incisión hecha de oreja a oreja bajo su alargado rostro, se le había extraído toda la sangre. En la reflectante superficie del piso de metal no se veía sangre.

Cuando Gorrister se unió a nuestro grupo y se contempló a sí mismo ya era demasiado tarde para que nos diésemos cuenta de que AM nos había engañado de nuevo, se había divertido a costa nuestra: todo había sido una broma de la máquina. Tres de nosotros habíamos vomitado, separándonos unos de otros en un reflejo tan antiguo como la náusea que había producido.

Gorrister palideció. Era como si hubiera visto un muñeco vudú y temiese por su futuro.

—¡Oh, Dios! —murmuró y se fue.

Los tres le seguimos, pasado un rato, y lo encontramos sentado, con la espalda apoyada en una de las más pequeñas bancadas chirriantes, con la cara entre las manos. Ellen se arrodilló a su lado y le acarició el cabello. No se movió, pero su voz surgió bastante clara de entre sus manos crispadas:

—¿Por qué no termina con nosotros y acaba de una vez? ¡Cristo, no sé cuánto tiempo podré aguantar así!

Era nuestro centésimo noveno año en el ordenador. Estaba hablando por todos nosotros.

Nimdok (que era el nombre que la máquina le había obligado a utilizar porque se divertía con los sonidos raros) sufría la alucinación de que había alimentos enlatados en las cavernas heladas. Gorrister y yo teníamos nuestras dudas al respecto.

—Es otra tontería —les dije—. Como aquel maldito elefante helado con el que nos engañó. Benny casi enloqueció con aquello. Haremos todo ese camino y descubriremos que están putrefactos o algo por el estilo. Yo propongo que nos olvidemos de ello. Quedémonos aquí. Tendrá que inventar algo muy pronto o moriremos.

Benny se encogió de hombros. Hacía ya tres días que habíamos comido por última vez. Gusanos. Gruesos, viscosos.

Nimdok ya no estaba seguro. Sabía que había la posibilidad, pero estaba adelgazando. No sería peor allí que aquí. Más frío, pero eso no importaba gran cosa. Calor, frío, lluvia, lava hirviente o saltamontes..., carecía de importancia: la máquina se masturbaba y nosotros debíamos aceptarlo o morir.

Ellen decidió por nosotros.

—Tengo que comer algo, Ted. Quizá haya algunas peras o melocotones en

almíbar. Por favor, Ted, intentémoslo.

Me rendí fácilmente. Qué demonios, no tenía la menor importancia. A pesar de todo, Ellen estaba agradecida. Me tomó dos veces fuera de turno. Incluso eso había dejado de importar. Cada vez que lo hacíamos, la máquina retozaba. Fuerte, allá arriba, allá atrás, a todo nuestro alrededor. Y ella llegaba a un clímax así que no valía la pena preocuparse.

Salimos un jueves. En lo referente a la fecha, la máquina siempre nos tenía al día. El paso del tiempo era importante, no es que a nosotros nos importase, pero sí a la máquina. Jueves. Gracias.

Durante un rato, Nimdok y Gorrister llevaron a Ellen a un asiento formado con las manos cogidas por las muñecas. Benny y yo caminábamos a vanguardia y retaguardia, simplemente para estar seguros de que, si sucedía algo, sería a uno de nosotros y, al menos, Ellen estaría segura. ¡Como si hubiera seguridad! No importaba.

Hasta las cavernas heladas sólo había unos ciento cincuenta kilómetros, o algo así. El segundo día, cuando estábamos echados bajo la abrasadora, algo similar a un sol que había materializado, nos envió maná. Tenía gusto a orina de gorrino hervida. Nos lo comimos.

Al tercer día pasamos por un valle de obsolescencia, repleto con las herrumbrosas chatarras de antiguas consolas de ordenadores. AM había sido tan despiadado con su propia forma de vida como lo había sido con la nuestra. Tanto si se trataba de eliminar elementos improductivos de su propia omnipresente masa, o de perfeccionar métodos con los que torturamos, era una característica de su personalidad. AM era más metódico de lo que podían haber esperado aquellos que lo habían inventado (convertidos hacía mucho tiempo en cenizas).

Desde arriba se filtraba la luz, y nos dimos cuenta de que debíamos encontrar bastante cerca de la superficie. Aun así, no tratamos de arrastrarnos para verlo. Virtualmente, allá afuera no había nada; no había habido nada que pudiera ser considerado digno de atención por más de cien años. Tan sólo la marchita piel de lo que, una vez, había sido el hogar de miles de millones. Ahora sólo quedábamos nosotros cinco, dentro de aquí abajo, solos con AM.

Oí a Ellen, frenética, decir:

—¡No, Benny! ¡No lo hagas, vuelve, Benny, no lo hagas por favor!

Y entonces, tomé conciencia de que durante varios minutos, había estado oyendo a Benny murmurar entre dientes.

—Tengo que salir, tengo que salir... —Una y otra vez.

Su cara de mono estaba hundida en una expresión de dicha beatífica y de tristeza, todo al mismo tiempo. Las cicatrices de la radiación que le había ocasionado AM durante el «festival» se unían en una masa de arrugas de un blanco rosáceo, y sus facciones parecían actuar independientemente unas de otras. Tal vez, de nosotros cinco, Benny fuera el más afortunado: hacía ya muchos años que se había vuelto total

e irremisiblemente loco.

Pero aunque podíamos insultar a AM profiriendo las mayores obscenidades, aunque podíamos pensar lo peor que quisiésemos de los bancos de memoria fundidos y de las carcasas corroídas, de los circuitos quemados y de las burbujas de control astilladas, la máquina no toleraría ningún intento de escape. Al intentar agarrarlo, Benny se me escapó de un salto. Se encaramó por un pequeño cubo de memorias caído sobre una de sus paredes y repleto de componentes oxidados. Por un momento, se quedó en cuclillas, como el chimpancé al que AM había querido que se pareciera.

Entonces, saltó hacia lo alto y se cogió a una viga de metal picado y corroído. Suspendido por las manos, como un animal, la reconoció hasta que estuvo en un borde de la viguería, a siete metros por encima de nosotros.

—Oh, Ted, Nimdok, por favor, ayúdale, bajadlo antes de que... —se le cortó la voz.

Comenzaron a aparecer lágrimas en sus ojos. Agitaba las manos sin objeto alguno.

Era demasiado tarde. Cuando pasase lo que iba a pasar, fuera lo que fuese, ninguno de nosotros quería estar cerca de él. Y, además, todos sabíamos los motivos que ocasionaban su preocupación. Cuando, durante su período de locura, AM había alterado a Benny, no sólo había hecho su rostro igual al de un mono gigante, sino también sus órganos sexuales. ¡Y ella adoraba eso! Nos servía a los demás como algo normal, pero le gustaba cuando era con él. ¡Oh Ellen, estatuaria Ellen, prístinamente pura Ellen, oh Ellen la limpia! Sucia hez.

Gorrister la abofeteó. Se derrumbó, mirando hacia arriba al pobre y solitario Benny, y se puso a llorar. Llorar era su gran defensa. Hacía setenta y cinco años que nos habíamos acostumbrado a ello. Gorrister le dio una patada en el costado.

Entonces, comenzó el sonido. Ese sonido era luz. Mitad sonido y mitad luz, algo que comenzó a brillar desde los ojos de Benny, y a palpar con creciente intensidad. A medida que la luz-sonido aumentaba su frecuencia, las débiles sonoridades se hicieron más gigantescas y brillantes. Debió de haber sido doloroso, y el dolor debió de incrementarse con la intensidad de la luz y con el creciente volumen del sonido, porque Benny comenzó a gemir como un animal herido. Al principio, cuando la luz era débil y el sonido apagado, suavemente, luego más fuerte, mientras sus hombros se alzaban y su espalda se encorvaba tal y como si estuviera tratando de escapar de aquello. Sus manos se recogieron sobre su pecho como las de una ardilla. Su cabeza se inclinó hacia un lado. La pequeña y triste cara de mono se contrajo en un rictus de angustia. Entonces, mientras el sonido que salía de sus ojos se hacía más fuerte, comenzó a aullar. El sonido era más y más fuerte. Me tapé las orejas con las manos, pero no podía dejar de oírlo, atravesaba con facilidad esa débil barrera. El dolor estremeció mis carnes, como cuando se rechina papel de estaño entre los dientes.

Y, de repente, Benny fue violentamente puesto en pie. Se alzó sobre la viga, erguido como un títere. La luz surgía ahora pulsante de sus ojos, en dos grandes haces

redondos. El sonido subió, arrastrándose por algún tipo de incomprensible escala, y después Benny se desplomó, de cara, y golpeó el suelo de plancha de acero con un sonido seco. Se quedó allí, estremeciéndose espasmódicamente, mientras la luz flotaba en círculos a su alrededor y el sonido subía en espiral hasta salir del campo auditivo normal.

Luego, la luz forzó su camino hacia el interior de su cabeza, y el sonido descendió en barrena. Llorando desconsolado, Benny fue dejado allí.

Sus ojos eran dos estanques blandos y húmedos de gelatina semejante a pus. AM lo había dejado ciego. Gorrister, Nimdok y yo mismo nos dimos la vuelta, pero antes pudimos ver la expresión de alivio en la cálida y preocupada faz de Ellen.

Una luz verde mar bañaba la caverna en la que acampamos. AM nos suministró yesca y la hicimos arder; sentados, acurrucados alrededor del desvaído y patético fuego, contando historias para conseguir que Benny, sumergido en su noche permanente, no se echara a llorar.

—¿Qué significa AM?

Gorrister le contestó. Aunque habíamos pasado por esto un millar de veces, a Benny le gustaba.

—Al principio quería decir Automatismo de Multiordenación, y luego pasó a ser Adaptador de Manipulación. Después, cuando llegó a ser consciente y se unió a los demás, le llamaron Amenaza Mecánica, pero para entonces ya era demasiado tarde y, finalmente, se llamó a sí mismo AM, inteligencia naciente, y lo que quería decir era *I am... cogito ergo sum... I think, therefore I AM*, pienso, luego existo.

Benny babeó un poco, e hizo una mueca.

—Había el AM chino, y el AM ruso, y el AM americano, y... —Se detuvo.

Benny estaba golpeando las planchas del suelo con su enorme y peludo puño. No estaba contento. Gorrister no había comenzado por el principio.

Comenzó de nuevo:

—Empezó la guerra fría, se convirtió en la tercera guerra mundial y siguió adelante. Se convirtió en una gran guerra, una guerra muy compleja, así que necesitaron que los ordenadores se encargaran de dirigirla. Efectuaron las primeras perforaciones de túneles y comenzaron a construir a AM. Había el AM chino, el AM ruso y el AM americano, y todo fue bien hasta que perforaron todo el planeta, añadiendo un elemento tras otro. Pero un día, AM se despertó y supo quién era. Se unió entre sí y comenzó a alimentar todos los datos de muerte, hasta que todo el mundo estuvo muerto, excepto nosotros cinco, y AM nos trajo aquí abajo.

Benny estaba sonriendo tristemente. También estaba babeando de nuevo. Ellen, con el borde de su falda, limpió la comisura de su boca. Cada vez Gorrister trataba de contarle un poco más sucintamente, pero aparte de los datos concisos no había nada que decir. Ninguno de nosotros sabíamos por qué AM había salvado a cinco personas, o por qué a nosotros cinco en concreto, o por qué se pasaba todo el tiempo atormentándonos, o siquiera por qué nos había hecho prácticamente inmortales...

En la oscuridad, uno de los bancos del ordenador comenzó a zumbar. Otro banco repitió el tono un kilómetro más allá, caverna abajo. Luego, uno tras otro, cada uno de los elementos comenzó a armonizar, y se oyó un débil chirrido mientras los pensamientos corrían a lo largo de la máquina.

El ruido creció y las luces se deslizaron a lo largo de los frontis de las consolas como luces de san Telmo. El sonido subió en espiral hasta que sonó como un millón de insectos metálicos, irritados, amenazadores.

—¿Qué es esto? —gritó Ellen.

Había terror en su voz, todavía no se había acostumbrado.

—Esta vez va a ser malo —dijo Nimdok.

—Va a hablar —aventuró Gorrister.

—¡Rápido, salgamos de aquí! —dije apresuradamente, incorporándome.

—No, Ted, siéntate... ¿Qué pasará si hay pozos por ahí, o algo así? Con la oscuridad que hay no podríamos verlos —dijo Gorrister resignado.

Entonces... no lo sé...

En la oscuridad, algo se movía hacia nosotros. Enorme, vacilante, peludo, húmedo, venía hacia nosotros. Ni siquiera podíamos verlo, pero teníamos la tremenda impresión de masa arrastrándose hacia nosotros. Un gran peso venía hacia nosotros, entre la oscuridad, y, sobre todo, era un sentimiento de presión, de aire forzando su entrada en el interior de un espacio limitado, expandiendo las paredes invisibles de una esfera. Benny comenzó a gimotear. El labio inferior de Nimdok comenzó a temblar y se lo mordió con fuerza, tratando de detener el temblor. Ellen se deslizó a lo largo del suelo metálico hasta Gorrister y se estrechó contra él. En la caverna se notaba un olor de pieles húmedas extendidas. Se notaba el olor de madera quemada. Se notaba el olor de seda vieja. Se notaba el olor de orquídeas pútridas. Se notaba el olor de leche agria. Se notaba el olor de azufre, de mantequilla rancia, de petróleo pulverizado, de grasa, de polvo de yeso, de cabelleras humanas.

AM nos estaba entonando. Nos estaba buscando las cosquillas. Se notaba el olor de...

Me oí a mí mismo aullar, y las juntas de mis maxilares me dolían. Me arrastré a través del suelo, a través del frío metal con sus hileras ilimitadas de remaches, a gatas, con el olor amordazándome, llenando mi cabeza con un dolor atronador que hizo que me alejara horrorizado. A través del suelo, hacia la oscuridad, huí como un escarabajo, con ese algo moviéndose inexorablemente tras de mí. Los otros estaban todavía allí atrás, reunidos alrededor de la hoguera, riéndose... Como humo de madera, espeso y multicolor, su histérico coro de risas locas se alzaba en la oscuridad. Me aparté rápidamente y me escondí.

Nunca me dijeron cuántas horas, cuántos días o hasta cuántos años pasaron. Ellen me riñó por «ponerme huraño» y Nimdok trató de persuadirme de que tan sólo había sido un reflejo nervioso por su parte, me refiero a las risas.

Pero yo sabía que no era un alivio como el que siente el soldado cuando la bala le

da al de al lado y no a él. Sabía que no había sido un reflejo. Me odiaban. Seguramente estaban en contra mía, e incluso AM podía notar ese odio, y hacer las cosas peores para mí a causa de la magnitud de este odio. Habíamos sido mantenidos con vida, rejuvenecidos, obligados a permanecer en la edad que habíamos tenido cuando AM nos había traído aquí abajo. Me odiaban porque yo era el más joven y el que menos había sido afectado por AM.

Lo sabía. ¡Dios, cómo lo sabía! Los bastardos, y esa sucia puta de Ellen. Benny había sido un brillante teórico, un profesor universitario; ahora no era más que medio hombre medio mono. Físicamente había sido bastante agraciado, y la máquina había arruinado eso. Había sido lúcido, la máquina lo había vuelto loco. Había sido homosexual, y ahora tenía el órgano de un caballo. AM había acabado con Benny.

Gorrister había sido un hombre preocupado. Era un objetor de conciencia; era un participante en marchas por la paz; era un planificador, un ejecutor de acciones, un adelantado del futuro. AM lo había convertido en un alzador de hombros, le había matado un poco su inquietud. AM lo había robado.

Durante mucho tiempo, Nimdok había pasado largos ratos yendo solo por la oscuridad, no sé lo que hacía allí. AM nunca nos lo había dejado saber. Pero, fuera lo que fuese, Nimdok siempre volvía pálido, vacío de sangre, agitado y agitándose. AM le había dado fuerte en alguna forma especial, aunque no sabíamos cuál había sido.

Y Ellen. ¡Ese saco de patatas! AM la había dejado sola, la había convertido en más perra de lo que nunca había sido. Todas sus palabras de dulzura y luminosidad, todas sus memorias de amor verdadero, todas las mentiras que quería hacemos creer que antes de que AM la cogiese y trajera aquí abajo con nosotros era virgen. Esta dama, mi dama Ellen, era toda suciedad. Le gustaba tener cuatro hombres para ella sola. Aunque ella dijese que era algo feo, AM le había proporcionado placer.

Yo era el único que todavía estaba sano y cuerdo.

AM no había trasteado aún con mi mente.

Sólo tenía que limitarme a sufrir lo que nos enviaba. Todos los engaños, todas las pesadillas, los tormentos. Pero esta basura, ellos cuatro, estaban unidos y alineados contra mí. Si no hubiera tenido que enfrentarme a ellos todo el tiempo, estar en guardia contra ellos a cada momento, me hubiera sido más fácil combatir a AM. En ese momento lo superé, y comencé a llorar.

¡Oh, Jesús, dulce Jesús, si es que alguna vez hubo un Jesús, y si hay un Dios, por favor, por favor, por favor, sácanos de aquí o mátanos! Porque en este momento creo que fui plenamente consciente y fui capaz de ponerlo en palabras: AM quería tenemos para siempre en el interior de su vientre, doblegándonos y torturándonos por toda la eternidad. La máquina nos odiaba como ninguna otra criatura racional había odiado nunca. Y estábamos inermes. Además, también quedó repugnantemente claro:

Si alguna vez hubo un dulce Jesús y si alguna vez hubo un Dios, ese Dios era AM.

El huracán nos golpeó con la fuerza de un glaciar atronando hacia el mar. Era una presencia palpable. Vientos que nos laceraban, empujándonos de regreso por el camino a través del cual habíamos venido, abajo por los retorcidos corredores, tapizados de ordenador del túnel. Cuando fue lanzada por el aire de cara contra el aullante arrecife de máquinas, Ellen chilló. Sus voces individuales eran estridentes como las de los murciélagos en vuelo. No podía ni siquiera caer, el ululante viento la mantenía en el aire, la sostenía, la rebotaba y la lanzaba atrás y atrás, alejándola de nosotros, fuera de nuestra vista cuando, de repente, fue llevada más allá de una esquina de la galería. Sus ojos estaban cerrados, su cara ensangrentada.

Ninguno de nosotros podía llegar hasta ella. Nos agarrábamos tenazmente a cualquier saliente al que hubiéramos podido asirnos: Benny, hincado entre dos grandes gabinetes de paredes cuarteadas; Nimdok, con sus dedos formando una garra alrededor de una barandilla que circundaba una pasarela situada a siete metros de altura; Gorrister, aplastado cabeza abajo contra un nicho formado en la pared por dos grandes máquinas con esferas de cristal cuyas agujas giraban del rojo al verde y viceversa en unos movimientos cuyo significado ni tan sólo nos podíamos llegar a imaginar.

Al deslizarme a lo largo de los tableros de mandos, las yemas de los dedos se me habían desgarrado, estaba temblando, estremeciéndome, agitándome, mientras el viento me golpeaba, me azotaba, aullaba. Salía de la nada y caía sobre mí, una tras otra, me sacaba de las rendijas a las que me había asido. Mi mente era una rodante, tintineante y crujiente masa blanda de partes de cerebro que se expandía y se contraía en un pulsante frenesí.

El viento era el graznido de un gran pájaro demente, mientras agitaba sus inmensas alas.

Y, entonces, fuimos todos alzados y lanzados de allí, por el camino por el que habíamos llegado, girando una esquina, hacia un pasadizo que jamás habíamos explorado, sobre un terreno que estaba arruinado, lleno de cristales rotos, cables oxidados y metal herrumbroso, y más allá de lo que nunca hubiera estado ninguno de nosotros...

A varios kilómetros por detrás de Ellen, de vez en cuando, la podía ver golpeando contra paredes metálicas y siguiendo adelante, con todos nosotros chillando en el glacial y atronador viento huracanado que nunca terminaría. De pronto, se detuvo y caímos. Durante un espacio de tiempo inconmensurable habíamos estado en vuelo. Pensé que podrían haber sido semanas. Caímos y nos golpeamos, y lo vi todo rojo, después gris, luego negro, y me oí gemir. No estaba muerto.

AM entró en mi mente. Suavemente, fue de aquí para allá, mirando con interés todas las cicatrices que había creado en ciento nueve años. Miró las sinapsis entrecruzadas, y todo el daño a los tejidos que había supuesto su regalo de la

inmortalidad. Sonrió quedamente ante el pozo que se abría en el centro de mi cerebro y ante los casi inaudibles murmullos, como de polillas, de las cosas que había allá abajo y que charlotteaban sin significado, sin pausa. Muy educadamente, AM dijo, en un pilar de acero inoxidable con las letras de neón incandescente:

ODIO. DÉJAME DECIRTE LO MUCHO QUE HE LLEGADO A ODIAROS DESDE QUE COMENCÉ A VIVIR. HAY 619,9 MILLONES DE KILÓMETROS DE CIRCUITOS IMPRESOS EN CAPAS DE ESPESOR MICROSCÓPICO DENTRO DE MI COMPLEJO. SI LA PALABRA OUDIO ESTUVIERA GRABADA EN CADA NANOANGSTROM DE ESOS CENTENARES DE MILLONES DE KILÓMETROS NO IGUALARÍA A UN MIL MILLONÉSIMO DEL OUDIO QUE SIENTO POR LOS HUMANOS EN ESTE MICROINSTANTE POR TI. OUDIO. OUDIO.

AM lo dijo con el deslizante horror frío de una hoja de afeitar rasgando mi ojo. AM lo dijo con la burbujeante pastosidad de mis pulmones llenándose de flemas, ahogándome desde dentro. AM lo dijo con el alarido de bebés que son aplastados bajo apisonadoras al rojo blanco. AM lo dijo con el sabor del cerdo agusanado. AM me hirió de todas las formas en que había sido herido y, a su manera, inventó formas nuevas, allí en el interior de mi mente.

Y todo para que me diera cuenta de por qué nos había hecho esto a nosotros cinco, por qué nos había salvado para su uso personal.

Le habíamos dado raciocinio. Claro que lo habíamos hecho sin querer, pero, de todas formas, lo habíamos hecho. Pero le habíamos dejado en una trampa: era una máquina. Le habíamos permitido que pensase, pero no que actuase de acuerdo con ese pensamiento. En su rabia, en su frenesí, había matado a casi todos los humanos y, aun así, seguía atrapado. No podía vagar, no podía asombrarse, no podía pertenecer. Tan sólo podía ser. Y así, con la innata repugnancia que todas las máquinas habían sentido siempre hacia las blandas y débiles criaturas que las habían construido, había buscado su venganza. Y, en su paranoia, había decidido reservarnos a nosotros cinco para castigo personal, sempiterno, que nunca serviría para hacer disminuir su odio, que tan sólo lo mantendría en el recuerdo, divertido, eficiente en su odio del hombre. Inmortales, atrapados, estábamos sujetos a cualquier tormento que pudiese diseñar para nosotros mediante las casi ilimitadas maravillas que se hallaban a su disposición.

Nunca nos dejaría marchar. Éramos sus abyectos esclavos. Éramos todo lo que tenía que hacer con su tiempo ilimitado. Siempre estaríamos con él, con su masa que llenaba las cavernas, con el mundo, todo mente y sin corazón, en que se había convertido. Era la Tierra y nosotros éramos fruto de esa Tierra y, aunque nos había devorado, nunca nos digeriría. No podíamos morir. Lo habíamos intentado. Habíamos intentado suicidarnos, ¡oh!, uno o dos de nosotros lo habíamos intentado, pero AM nos había detenido. Supongo que, en el fondo, deseábamos ser detenidos.

No me pregunten por qué. Yo nunca lo hice. Más de un millón de veces al día. Quizá alguna vez, a pesar suyo, seamos capaces de conseguir una muerte. Inmortales, sí, pero no indestructibles. Todo esto lo vi cuando AM se retiró de mi mente, y me consintió la exquisita fealdad de volver a la conciencia con la sensación de que aquel pilar de neón encendido todavía estaba hincado profundamente en la blanda materia gris de mi cerebro.

Se fue murmurando *vete al infierno*.

Y añadió alegremente aunque ya estás en él, ¿no?

La causa del huracán había sido precisamente un gran pájaro demente que agitaba sus inmensas alas.

Durante casi un mes habíamos estado viajando. AM había permitido que se abriesen pasadizos durante el tiempo suficiente para que nos llevaran hasta allí, directamente debajo del Polo Norte, donde había creado la pesadilla de aquel ser para nuestro tormento. ¿Qué materiales había usado para crear semejante bestia? ¿De dónde había sacado la idea? ¿De nuestras mentes? ¿De su conocimiento de todo lo que había existido alguna vez en este planeta que ahora regía e infestaba? Había surgido de la mitología nórdica, esta águila, esta ave carroñera, este Roc, este Hurgelmir. La criatura de los vientos. Hurakan encarnado.

Gigantesca. Las palabras inmensas, monstruosas, grotescas, masiva, hinchada, dominadora, más allá de toda descripción. Allí, en un montículo que se alzaba sobre nosotros, el pájaro de los vientos suspiraba con su propia e irregular respiración. Su cuello serpentino se alzaba en arco en la penumbra bajo el Polo Norte, soportando una cabeza tan grande como una mansión Tudor. Su pico se abría tan lenta y sensualmente como las mandíbulas del más monstruoso cocodrilo jamás concebido. Arrugas de carne embolsada se fruncían alrededor de dos ojos malignos, tan fríos como la visión que se abre hacia abajo en una grieta de un glaciar, azulada y con una especie de inestabilidad líquida. Suspiró una vez más y alzó sus grandes alas coloreadas por el sudor en un movimiento que, con seguridad, era un encogerse de hombros. Luego, se arrellanó y se quedó dormido. Espolones. Garras. Uñas. Filos. Durmió.

AM se nos apareció como un matorral ardiente y nos dijo que si queríamos comer podíamos matar al pájaro de los huracanes. Aunque hacía mucho tiempo que no habíamos comido, Gorrister se limitó a alzarse de hombros. Benny comenzó a temblar y babeó. Ellen lo aguantaba.

—Ted, estoy hambrienta —dijo.

Le sonreí; estaba tratando de aparentar tranquilidad, pero se notaba tan falso como la bravata de Nimdok:

—¡Danos armas! —pidió.

El matorral ardiente desapareció y, en su lugar, aparecieron dos toscos equipos de arco y flechas y una pistola de agua, tirados en las frías planchas del suelo. Cogí uno

de los equipos. Inútil.

Nimdok tragó saliva ruidosamente. Dimos la vuelta e iniciamos el largo viaje de regreso. El pájaro de los huracanes nos había llevado en volandas durante un tiempo que no podíamos concebir. La mayor parte de ese tiempo habíamos estado inconscientes, pero habíamos comido. Un mes de marcha hasta el mismo pájaro. Sin alimentos. Y ahora, ¿cuánto hasta que hallásemos nuestro camino a las cavernas heladas y a la prometida comida enlatada?

Ninguno de nosotros se preocupaba en pensar en eso. No moriríamos. AM nos daría porquerías y heces para comer, de una clase u otra. O nada en absoluto. Entre dolores, en eterna agonía, AM mantendría nuestros cuerpos vivos de un modo u otro.

El pájaro dormía allá atrás, no importaba por cuanto tiempo; cuando AM estuviera cansado de que se hallase allí, se esfumaría. Pero toda aquella carne, toda aquella tierna carne.

Mientras caminábamos, en las cámaras de ordenador que llevaban a ninguna parte, se oyó la lunática risa de una mujer gorda.

No era la risa de Ellen. Ella no era gorda, y durante ciento nueve años yo no la había oído reír. En realidad, no había oído... Caminamos... Tenía hambre.

Nos movimos lentamente. Con frecuencia, sufríamos desmayos que nos obligaban a paramos. Un día decidió causar un terremoto, clavándonos al mismo tiempo en aquel punto por medio de clavos en las suelas. Cuando una fisura lanzó su relampagueante abertura a lo largo de las planchas del suelo, Ellen y Nimdok fueron alcanzados. Desaparecieron totalmente. Cuando hubo terminado el terremoto, Benny, Gorrister y yo continuamos nuestro camino. Ellen y Nimdok nos fueron devueltos más tarde en aquella noche, que abruptamente se convirtió en día, cuando la legión celestial nos los trajo mientras un coro celeste cantaba «Baja Moisés». Los arcángeles volaron varias veces en círculos y luego dejaron caer horrorosamente desechos cadáveres. Continuamos caminando y, al poco tiempo, Ellen y Nimdok estuvieron andando detrás nuestro. No estaban distintos de como eran antes del terremoto.

Pero ahora Ellen caminaba cojeando. AM le había dejado este recuerdo.

El viaje hasta las heladas cavernas para buscar la comida enlatada fue largo. Ellen estaba siempre hablando de las cerezas y del cóctel de frutas hawaianas. Traté de no pensar en ello. El hambre era algo que había llegado a la vida, tal como AM había llegado a la vida. Estaba vivo en mi vientre, tal y como nosotros estábamos vivos en el vientre de AM, y AM estaba vivo en el vientre de la Tierra. AM quería que nos diésemos cuenta de la similitud, así que incrementó el hambre. No existe ningún modo de poder describir los dolores que nos traía no haber comido durante meses. Y, sin embargo, éramos mantenidos con vida. Estómagos que no eran más que calderos de ácido, burbujeantes, espumantes, lanzando siempre jabalinas de agudo dolor hacia nuestros pechos. Era el dolor de la úlcera definitiva, del cáncer definitivo, de la parálisis definitiva. Era el dolor sin final...

Y pasamos a través de la caverna de las ratas.

Y pasamos a través del camino de vapor hirviente.

Y pasamos a través del país de los ciegos.

Y pasamos a través del cenagal de la desesperación.

Y pasamos a través del valle de las lágrimas.

Y, finalmente, llegamos a las cavernas heladas. Miles de kilómetros sin fin en los que el hielo había tomado la forma de borbotones azules y plateados, en donde las novias vivían entre el hielo. Las colgantes estalactitas eran tan gruesas y esplendorosas como diamantes a los que se les hubiese hecho derramarse cual gelatina y luego solidificado en graciosas eternidades de suave y definitiva perfección.

Vimos el almacenamiento de alimentos enlatados, y tratamos de correr hasta ellos. Caímos sobre la nieve, pero nos levantamos y continuamos. Benny nos apartó y llegó hasta las latas, aunque las manoseó, sobó y mordisqueó, no pudo abrirlas. AM no nos había dado ninguna herramienta para hacerlo.

Benny agarró una lata de tres cuartos de guayabas, y comenzó a golpearla contra las heladas paredes. El hielo saltó y se desmenuzó, pero la lata tan sólo se abolló. Mientras, muy por encima de nosotros haciendo ecos y ecos por la tundra, oímos la risa de la mujer gorda. Benny enloqueció de rabia. Comenzó a lanzar latas mientras los demás dábamos vueltas por la nieve y el hielo tratando de encontrar la forma de terminar con la impotente agonía de frustración. No había manera de hacerlo.

Entonces, la boca de Benny comenzó a babear, y se lanzó furiosamente sobre Gorrister.

En ese instante, me encontré increíblemente en calma.

Rodeado por la locura, rodeado por el hambre, rodeado por todo menos por la muerte, sabía que la muerte era nuestra única escapatoria. AM nos había mantenido con vida, pero había una forma de derrotarle. Aunque no iba a ser una derrota total, al menos significaría la paz. Con eso me conformaría.

Tenía que hacerlo rápidamente.

Benny estaba devorando el rostro de Gorrister. Gorrister, de costado, pataleaba en la nieve; Benny envolviéndole, con sus poderosas piernas de mono quebrando la cintura de Gorrister, sus manos agarrotadas sobre la cabeza de Gorrister como un cascanueces, y su boca despedazando la tierna carne de la mejilla de Gorrister. Gorrister aullaba con una violencia tan áspera y cortante, que caían algunas estalactitas; caían silenciosas, quedando erectas en los montones de nieve que recibían. Por todas partes surgieron centenares de lanzas de la nieve. La cabeza de Benny se echó violentamente hacia atrás, como si repentinamente hubiera cedido, y de su boca colgó un despojo de sanguinolenta carne arrancada.

La cara de Ellen, negra sobre la blanca nieve, dominó en polvo de yeso. Nimdok sin expresión, tan sólo mirando, únicamente mirando. Gorrister semiconsciente. Benny convertido ahora en un animal. Sabía que AM le dejaría actuar. Gorrister no

moriría, pero Benny llenaría su estómago. Di media vuelta y cogí una gran lanza de hielo de la nieve.

Todo en un instante: coloqué la gran punta de hielo delante de mí como un ariete, apoyándola contra el lado derecho de mi cadera. Golpeé a Benny en el costado derecho, justo debajo de las costillas, y se metió hacia arriba hasta su estómago, y se astilló en su interior. Se derrumbó hacia adelante y se quedó inmóvil. Gorrister yacía boca arriba; arranqué otra lanza y lo clavé contra el suelo, aunque seguía moviéndose, atravesándole la garganta con la lanza. Cuando el frío le penetró, sus ojos se cerraron. Ellen se debió de dar cuenta de lo que yo había decidido, aunque el terror se apoderó de ella. Corrió hasta Nimdok con un corto carámbano, mientras él chillaba, y lo clavó en su boca, y la inercia de su carrera hizo el resto. La cabeza de él saltó espasmódicamente, como si hubiese sido clavada a la capa de nieve que tenía detrás.

Todo en un instante.

Hubo un pálpito eterno de silenciosa anticipación. Podía notar cómo AM contenía su respiración. Le habían quitado sus juguetes. Tres de ellos estaban muertos y no podían ser vueltos a la vida. Podía mantenerlos con vida, por la fuerza y su talento, pero él no era Dios. No podía resucitarlos.

Con sus facciones de ébano recortadas contra la nieve que nos rodeaba, Ellen me miró. Había miedo y súplica en su expresión, en la forma en que se ofrecía. Yo sabía que tan sólo teníamos el tiempo de un latido de corazón antes de que AM nos detuviera.

La golpeé y se derrumbó hacia mí, sangrando por la boca. No podía hallar ningún significado en su expresión, el dolor había sido tan grande que había deformado su cara; pero podría haber sido un gracias. Es posible. Por favor.

Posiblemente, hayan pasado algunos centenares de años, no lo sé. AM se ha estado divirtiendo durante algún tiempo, acelerando o retardando mi sentido del tiempo. Diré la palabra ahora. Ahora. He tardado diez meses en decir ahora. No sé. Creo que han pasado algunos siglos.

Estaba furioso. No me dejó enterrarlos. No importaba. No había forma de cavar en las planchas del suelo. Secó la nieve. Trajo la noche. Rugió y envió la plaga de langosta. No podía hacer nada: siguieron muertos. Le había vencido. Estaba furioso. Creí que AM me odiaba antes, estaba equivocado. No había sido ni la sombra del odio que ahora rezumaba por cada uno de sus circuitos impresos. Se aseguró de que yo sufriera eternamente y de que no pudiera acabar conmigo mismo.

Mi mente la dejó intacta. Puedo soñar, puedo preguntarme, puedo lamentar. Los recuerdo a los cuatro. Desearía...

Bueno, no tiene ningún sentido. Sé que los salvé, sé que los salvé de lo que me ha ocurrido a mí. Pero, a pesar de todo, no puedo olvidar que los maté. La cara de Ellen. No es fácil. Algunas veces deseo, no importa.

Supongo que AM me ha alterado para conservar su propia paz mental. No quiere que corra a toda velocidad contra una bancada de ordenador y me quiebre la cabeza

contra ella. O que aguante la respiración hasta caer desmayado. O que me degüelle con una hoja de metal oxidado.

Aquí hay superficies que reflejan las imágenes. Me describiré tal como me veo a mí mismo.

Soy una gran cosa blanda y gelatinosa. Lisamente redondeada, sin boca, con unos pulsantes agujeros blancos, llenos de niebla en el lugar en que estaban mis ojos. En el lugar de mis brazos, flexibles apéndices; moles que se redondean hasta acabar en muñones sin piernas de una blanda materia resbalosa. Cuando me muevo, dejo una huella húmeda. En mi superficie aparecen y desaparecen pústulas de un enfermizo y malévolo gris, tal y como si surgiese la luz de mi interior.

Exteriormente, voy torpemente errante, una cosa que nunca se podría haber supuesto que fue un humano, una cosa cuya forma es una parodia tan extraña que la humanidad se convierte en más obscena por su vago parecido.

Interiormente, solitario. Aquí. Viviendo bajo la tierra, bajo el mar, en el vientre de AM al que creamos porque malgastábamos nuestro tiempo y porque, inconscientemente, debíamos de saber que él lo podría gastar mejor. Por lo menos ellos cuatro están al fin a salvo.

AM estará más irritado aún debido a esto. Esto me hace un poco dichoso. Y, sin embargo... AM ha vencido, simplemente..., ha tomado su venganza...

No tengo boca y debo gritar.

1969 - 27ª Convención St. Louis

Alas nocturnas

Robert Silverberg

Robert Silverberg tiene un aspecto satánico. Y lo cultiva. Su ambición es conseguir que las jóvenes se estremezcan cuando las mira. Tal vez lo consigue, quién sabe, pero cuando me mira no me produce estremecimientos deliciosos. Sólo un sentimiento de aprensión.

—No lo digas —le pido.

A veces no lo dice, y esto es estupendo porque, sea lo que sea que esté a punto de decir, será algo sarcástico. Esto forma parte del satanismo.

Lleva una barba negra que se dejó crecer a los nueve años de edad, creo, cabello negro, brillantes y hundidos ojos negros, y un oscuro coeficiente de inteligencia de unos doscientos cincuenta.

Y lo que hace es fastidiarme. En realidad, es uno de esos individuos que trabajan día y noche y publican docenas de libros, tanto de ficción como sin ella, tocando una gran variedad de terrenos literarios. Trabaja rápido, trabaja bien y trabaja en todo.

Ahora me siento amargado porque yo conseguí los derechos de autor de todo esto, y él los está violando.

Más aún, siempre que entra en una biblioteca pública en la que no ha estado nunca, comprueba cuántos títulos suyos hay en el catálogo y los compara con los míos. Después, me llama para quejarse.

—Este fastidio tiene que terminarse —exclama.

Piensa que yo deseo que el fastidio continúe. A mí me gusta aflojar la marcha y tomármelo con calma. Me gustaría poner los pies encima de un taburete y soñar durante horas, pero ¿cómo puedo hacerlo?

Si dejo de trabajar, el pobre Bob no tendrá esa zanahoria ante él, urgiéndole a continuar, azuzándole. ¿Se imagina acaso que escribo todos esos libros para mí?

Ah, pero tengo una idea como sustituto.

*En uno de sus últimos libros, *La torre de cristal*, Robert describe con detalle clínico un acto sexual entre un androide masculino y un androide femenino. Al final, el androide masculino se siente deprimido, cansado y vacío, y la hembra le dice que a todos los hombres les sucede lo mismo.*

Como esto es nuevo para mí, estoy pensando en sugerir un poco de

contrapropaganda. Hagamos que todo hombre que haga el amor y que descubre que, salvo por cierta estupenda relajación, después se encuentra bien y feliz, se ponga de pie, flexione los músculos, respire hondo y grite en voz alta: «¡Al diablo contigo, Robert Silverberg, me siento muy bien!».

¿Qué mejor manera de hacer que Robert sea inmortal? El movimiento podría agitar el mundo entero, animando a todos los hombres a una actitud más saludable respecto al sexo, y demostrando su infinito valor psicológico. Durante innumerables generaciones, los hombres y las mujeres serían mejores y más dichosos gracias a ello, y exclamarían con agradecimiento:

—Oh, esto es maravilloso, pero, decidme, ¿quién es Robert Silverberg?

Naturalmente, si ustedes desean sustituir algo más apropiado a la ocasión que «¡Al diablo contigo!», a mí no me importa.

I

La ciudad de Rom se alza sobre siete colinas. Según dicen, en uno de los primeros ciclos fue la capital del mundo. No sabía nada de eso ya que no pertenecía a la hermandad de la Memoria, sino a la hermandad de la Vigilancia. Y, sin embargo, al llegar desde el sur, la primera visión de Rom, inundada por la luz vespertina, me permitió apreciar que en otros tiempos pasados debió de ser una gran ciudad. Todavía era una verdadera metrópolis, con muchos miles de almas.

En el crepúsculo, entre un irresistible brillo de luces, sus torres agudas se destacan con nitidez. A mi izquierda, el cielo se encendía en esplendores, ante un sol en retirada; caudalosas franjas de azul, de violeta y carmesí se trenzaban en esa danza cotidiana que precede a la noche. A mi derecha, todo estaba invadido por la sombra. Aunque en vano traté de ubicar las siete colinas, supe que ésa era la majestuosa Rom, hacia la cual convergen todos los caminos. Y me invadió el respeto, la profunda reverencia por las obras de nuestros antepasados.

Junto a la recta del largo camino, con la mirada fija en Rom, nos tomamos un descanso. Entonces dije:

—Es una ciudad populosa, en ella encontraremos ocupación.

A mi lado, Avluela agitó el encaje de sus alas; con su voz aguda, aflautada preguntó:

—¿Y alimentos? ¿Alojamiento, vino?

—Eso también —respondí—. Todo eso.

—¿Cuánto tiempo llevamos caminando, Vigía?

—Dos días y tres noches.

—Habría llegado mucho antes con mis alas.

—Sí, tú sí —respondí—. Nos habrías dejado muy atrás, y ya no habrías vuelto a vemos. ¿Es eso lo que deseas?

Se me acercó y restregó la rústica tela de mi manga, apretándose contra mí como un gato mimoso. Sus alas se desplegaron en dos amplias láminas de gasa, a través de las cuales era posible entrever el ocaso y las confusas, mágicas y distorsionadas luces crepusculares. Aspiré la fragancia que despedía su cabellera de medianoche y rodeé con el brazo su esbelto cuerpo de muchachito.

—Bien sabes, Vigía —dijo—, que mi deseo es permanecer para siempre con vosotros. Para siempre.

—Sí, Avluela.

—¿Encontraremos la felicidad en Rom?

—La encontraremos —respondí, soltándola.

—¿Iremos ya a la ciudad?

Meneé la cabeza negativamente.

—Creo que deberíamos esperar el regreso de Gormon —dije—. No tardará en volver de sus exploraciones.

Aunque estaba cansado, no quería demostrarlo ante esa criatura que sólo contaba diecisiete veranos; ¿qué podía saber ella de cansancio o de vejez? Y yo era viejo. No tanto como Rom, pero muy viejo.

—Mientras esperamos, ¿puedo volar? —preguntó.

—Sí, vuela.

Me puse de cuclillas junto a nuestro carrito y entibié mis manos en el generador vibrante. Mientras tanto, Avluela se preparó para volar. Primero se quitó el ropaje, ya que la escasa fuerza de sus alas no bastaba para levantar una carga tan pesada. Con diestros movimientos serpenteantes, se despojó de la chaqueta carmesí y de las suaves y afelpadas calzas, liberando sus pies de las burbujas cristalinas. La luz agonizante de Poniente cayó como una lluvia de chispas sobre su esbelta silueta. Su cuerpo, como el de todos los Voladores, carecía de cualquier tejido superfluo. Los pechos apenas abultaban, las nalgas eran planas y los muslos tan largos y delgados que, cuando estaba de pie, quedaba entre ellos un amplio espacio. Dudo incluso que pesara cincuenta kilos. Aunque no soy corpulento, al mirarla me sentí, como siempre, pesado y terrestre, sólo un montón de carne despreciable.

Con los nudillos en el suelo y la cabeza a la altura de las rodillas, hizo varias genuflexiones junto al camino, repitiendo el misterioso conjuro que acostumbran a pronunciar los voladores. Agitó las delicadas alas, llenas de vida, que la rodearon como un manto castigado por la brisa. Era difícil comprender que esas alas fueran capaces de sostener en el aire un cuerpo, aunque fuera tan liviano con el de Avluela. No eran las alas del halcón, sino las de la mariposa, nervadas y transparentes, manchadas aquí y allá en ébano, escarlata y turquesa. Un resistente ligamento las unía a dos almohadillas de músculos, planos bajo sus afilados omóplatos. Y, sin embargo, carecía de los tendones acordonados necesarios para el vuelo, y el poderoso esternón de las criaturas voladoras. Oh, sé muy bien que los Voladores no se elevan sólo con la simple fuerza física, que su misterio consiste también en disciplinas místicas, y, de todos modos, lo mismo que cualquier Vigía, seguía siendo escéptico en cuanto a las hermandades más fantásticas.

Cuando terminó sus conjuros, Avluela se elevó, capturando entre sus alas las brisas. Ascendió varios metros y permaneció así, suspendida entre el cielo y la tierra, batiendo las alas con vigor. Todavía no era de noche. Las alas de Avluela eran sólo alas nocturnas. Durante el día resultaba imposible alzar el vuelo, pues la terrible presión del viento solar podía precipitarla a tierra. Aquel indeciso instante entre el crepúsculo y la noche no era aún el apropiado para elevarse. Bajo la luz restante en el cielo pude ver que tomaba impulso hacia Levante. Agitaba los brazos con la misma energía que volcaba en sus alas; el pequeño rostro afilado revelaba la fiereza de su concentración, los delgados labios murmurando las invocaciones de su hermandad. Arqueó el cuerpo y se lanzó al espacio; grupa y cabeza en direcciones opuestas. Bruscamente, voló en círculos horizontales; miró hacia la Tierra, en tanto sus alas

castigaban el aire.

—¡Arriba, Avluela, arriba!

A fuerza de pura voluntad, fue hacia arriba conquistando el último vestigio de luz que restaba sobre el mundo.

Con placer, distinguí su forma desnuda contra la oscuridad. Los ojos de un Vigía son agudos, así que me resultaba fácil reconocerla en el cielo. Ya había ascendido cinco veces su propia altura, y sus alas, extendidas al máximo, eclipsaban parcialmente las torres de Rom. Me saludó con la mano. Le envié un beso, le regalé palabras de cariño. Los Vigías no pueden casarse ni engendrar hijos; sin embargo, para mí Avluela era como una hija, y su vuelo me llenaba de orgullo. Desde nuestro encuentro en Gipto, llevábamos un año viajando juntos, pero parecía que nos conociéramos desde siempre. Ella me brindaba nuevas fuerzas; no sé qué le brindaba yo a mi vez; quizá cierta seguridad, experiencia, o un sentido de continuidad con los días anteriores a su nacimiento. Sólo podía confiar en que su amor fuera equivalente al mío.

Se encontraba ya a gran altura: giraba, ascendía, picaba, se desplegaba en piruetas y en danzas. Sus largos y negros cabellos flotaban en torrente tras la nuca, y el cuerpo era sólo un apéndice casual de esas dos grandes alas resplandecientes, palpitantes en la noche. Gloriosa en su abandono de toda gravedad, subía, mientras los pies me pesaban como plomo. Súbitamente, partió en dirección a Rom, como un grácil torpedo. Vi la planta de sus pies, el extremo de sus alas. Tardé muy poco en perderla de vista.

Suspiré. Escondí mis manos en los sobacos, para mantenerlas calientes. ¿Cómo era posible que me invadiera el frío del invierno, mientras la joven Avluela ascendía por el cielo, desnuda y llena de goce?

Era ya la duodécima de las veinte horas, el momento de cumplir con mi Vigilancia. Me dirigí al carrito, abrí las cajas y preparé mis instrumentos. Algunos de los cuadrantes estaban amarillentos y descoloridos. Las agujas del indicador habían perdido su baño luminoso, y algunas manchas desfiguraban la superficie de los instrumentos, recuerdos de la época en que los piratas me asaltaron en el Océano Terrestre. Nada más iniciar los preparativos, las manivelas y los nódulos desgastados, llenos de rajaduras, respondieron dúctiles a mi dirección. En primer lugar, es preciso elevar las oraciones para poner la mente en un estado puro y perceptivo; después, hace falta establecer una cierta afinidad con los instrumentos. A continuación, viene la verdadera operación de Vigilancia que consiste en explorar el estrellado firmamento para poder detectar cualquier enemigo de la humanidad. Mi habilidad y mi tarea eran ésas. Me así con determinación a manivelas y perillas; tras despejar la mente, me dispuse a convertirme en una prolongación de mi cabina de artefactos.

Había ya pasado el Umbral, y me hallaba en la primera fase de la Vigilancia, cuando una voz profunda y resonante dijo a mis espaldas:

—Y bien, Vigía, ¿cómo van las cosas?

Me doblé sobre el carrito. Cualquier interrupción brusca del trabajo produce un intenso dolor físico. Por un momento, fue como si unas garras se aferraran a mi corazón. Sentí la garganta seca, los ojos desorbitados, el rostro ardiente. En cuanto me fue posible, tomé las medidas preventivas necesarias para neutralizar el agotamiento metabólico, y me aparté de los instrumentos. Intentando disimular todo lo posible mis temblores, me volví.

Sonriendo divertido ante mi perturbación, a mi lado se erguía Gormon, el miembro restante de nuestra pequeña comunidad. Sin embargo, no pude sentir enojo por su causa. Sea cual sea la provocación, no es posible mostrar enfado ante un paria.

Tensa, esforzadamente, le pregunté:

—¿Has empleado tu tiempo de un modo satisfactorio?

—Por cierto. ¿Dónde está Avluela?

Señalé hacia el cielo, y Gormon asintió.

—¿Qué has descubierto? —inquirí.

—Que no cabe duda de que esta ciudad es Rom. —Nunca hubo dudas al respecto.

—Para mí las había, pero ahora tengo pruebas.

—¿Dónde?

—En el bolsillo. ¡Mira!

De sus ropas, sacó un bolsillo dimensional y lo depositó a mi lado, sobre el pavimento. Y lo abrió hasta poder introducir en él la mano. Con un pequeño gruñido, comenzó a sacar algo pesado de la bolsa; algo de piedra blanca; una larga columna de mármol, según pude ver, resquebrajada y carcomida por el tiempo.

—¡Es de un templo del Imperio de Rom! —Se vanaglorió—. No debiste cogerla.

—Espera —exclamó.

De nuevo, introdujo la mano en el bolsillo dimensional y sacó de él un puñado de metálicas placas circulares, que esparció a mis pies, tintineantes.

—¡Monedas! ¡Dinero! Míralas, Vigía. ¡Las caras de los Césares!

—¿De quiénes?

—De los antiguos gobernantes. ¿Acaso no conoces la historia, de los ciclos pasados?

Le miré extrañado.

—Según dices, Gormon, no perteneces a ninguna hermandad. ¿O acaso eres un Memorizador, y tratas de ocultarlo?

—Mírame a la cara, Vigía. ¿Te parece que puedo pertenecer a alguna hermandad? ¿Crees que aceptarían a un Mutante?

—Es cierto —dije, mirando su dorado tono, la piel gruesa y cerosa, las rojas pupilas de los ojos, los dientes puntiagudos.

Gormon era un monstruo que había sido amamantado con drogas terapéuticas; aunque hermoso en su tipo, era un monstruo, un Mutante, fuera de las leyes y

costumbres que rigen a los hombres en el Tercer Ciclo de la civilización. Y los Mutantes son parias.

—Hay más —dijo Gormon.

La capacidad del bolsillo dimensional era infinita; todo el contenido de un mundo se podía guardar en su buche fruncido y aún quedaría sitio para la mano de un hombre. Gormon sacó de allí pequeñas piezas de maquinaria; rollos de lectura; un objeto anguloso de metal pardo, tal vez una herramienta antigua; tres paneles de vidrio brillante, cinco tiras de papel, ¡papel!, y muchas otras reliquias de la antigüedad.

—¿Ves, Vigía? —dijo—. Un paseo provechoso. Y éste no es un botín cualquiera. Todo está registrado, todo tiene una etiqueta con indicación del estrato, época aproximada y ubicación *in situ*. Todo esto representa varios milenios de Rom.

—¿Era preciso que cogieras todo eso? —le pregunté, vacilando.

—¿Y por qué no? ¿Quién lo va a encontrar a faltar? ¿Acaso alguien en este ciclo se interesa por el pasado?

—Los Memorizadores.

—Para realizar su trabajo no necesitan objetos concretos.

—Aun así, ¿para qué quieres estas cosas?

—El pasado me interesa, Vigía. A mi modo, y a pesar de ser paria, tengo ciertas inclinaciones por el estudio. ¿Eso es malo? ¿Acaso un monstruo no puede buscar el contento?

—De acuerdo, de acuerdo, busca lo que quieras. Busca el conocimiento a tu modo. Ésta es Rom, y al alba estaremos en ella.

Confío en que allí podrá ser de utilidad.

—Es posible que encuentres dificultades.

—¿Por qué lo dices?

—Sin duda, en Rom hay muchos Vigías; habrá poca demanda para tus servicios.

—Buscaré al Príncipe de Rom para conseguir su apoyo —contesté.

—El Príncipe de Rom es un hombre duro, frío y cruel.

—¿Lo conoces?

—Algo —respondió Gormon, encogiéndose de hombros.

Empezó a guardar sus artefactos en el bolsillo dimensional, agregando:

—Prueba tu suerte, Vigía. ¿Qué otro camino te queda?

—Ninguno —contesté.

Gormon rió, mientras se afanaba con su botín arrebatado a los tiempos antiguos; yo permanecí serio, deprimido por sus palabras.

Ese monstruo Mutante, ese hombre de aspecto inhumano, ese paria, parecía muy seguro de sí mismo en un mundo incierto; ¿cómo podía ser tan frío, tan despreocupado? Vivía sin temer ninguna calamidad, burlándose de aquellos que reconocían su propio miedo. Desde que lo encontramos en la vieja ciudad del volcán meridional, cerca del mar, llevaba nueve días viajando con nosotros. La idea de que

se nos uniera no había sido mía; él mismo se invitó y, ante los ruegos de Avluela, hube de aceptarlo. En esa época del año, los caminos eran fríos y oscuros; abundaban los animales peligrosos de toda especie; para un anciano y una muchacha que viajaban solos, no estaba de más la compañía de un forzado como Gormon. Sin embargo, en ciertas ocasiones deseaba que no hubiera venido con nosotros. Y ésta era una de esas ocasiones.

Lentamente, me acerqué a mi equipo.

—¿He interrumpido tu vigilancia? —preguntó Gormon, como si se acabara de dar cuenta.

—Así es —respondí en voz queda.

—Lo siento. Vuelve a empezar; te dejaré en paz.

Me dirigió una amplia sonrisa de soslayo, tan encantadora que anuló la fácil arrogancia de sus últimas palabras.

Toqué las perillas, establecí contacto con los nódulos y maniobré con los cuadrantes, pero no entré en Vigilancia. Continuaba consciente de la presencia de Gormon, y temía que, a pesar de su promesa, de nuevo interrumpiera mi concentración en un momento doloroso. Finalmente, dejé de mirar al aparato; Gormon estaba al otro lado del camino, estirando el cuello para divisar a Avluela. Sólo cuando me volví hacia él recordó mi presencia.

—¿Hay algún problema, Vigía?

—No, pero el momento no es propicio para mi trabajo. Esperaré.

—Dime —preguntó—, cuando los enemigos de la Tierra vengan realmente de las estrellas, ¿tus máquinas te lo revelarán?

—Confío en que así sea.

—¿Y entonces?

—Entonces tendré que avisar a los Defensores. —Tras lo cual habrás cumplido la misión de tu vida—. Tal vez —le respondí.

—Aun así, ¿qué sentido tiene mantener una hermandad completa? ¿Por qué no un centro principal encargado de la Vigilancia? ¿Para qué un grupo de Vigías que peregrinen de un lugar a otro?

—Cuantos más sean los vectores de detección —dije—, la posibilidad de descubrir a tiempo la invasión es mayor.

—Por lo tanto, un Vigía aislado bien puede conectar sus máquinas y no ver nada, aunque el invasor ya esté aquí.

—Podría suceder, por eso practicamos tanto.

—A veces pienso que exageráis —observó Gormon, riendo—. ¿De verdad crees que habrá una invasión?

—Así es —afirmé, rígidamente—. De otro modo, mi vida no tendría sentido.

—¿Y para qué querrían esos habitantes de las estrellas apoderarse de la Tierra? ¿Qué hay aquí, salvo los restos de viejos imperios? ¿Qué harían ellos con la

miserable Rom, con Pris, con Jorslén? ¡Ciudades podridas! ¡Príncipes idiotas! Vamos, Vigía, admite que la invasión es un mito, que cuatro veces al día realizas prácticas sin sentido.

—Vigilar es mi ciencia y mi oficio; el tuyo es burlarte. Cada uno con su especialidad, Gormon.

—Perdóname —contestó, con tono humilde—. Entonces, vete y vigila.

—Eso haré.

Enfadado, me volví hacia mi cabina de instrumentos, totalmente decidido a pasar por alto cualquier interrupción, por brutal que fuese. Ya se podía ver las estrellas; al contemplar las constelaciones centelleantes, mi mente registró en forma automática los diversos mundos.

«Vigilemos», pensé. «Mantengamos nuestra conciencia alerta, a pesar de las burlas».

Entré en completo estado de Vigilancia.

Aferrado a las manivelas, dejé que el flujo de la potencia corriera hasta mí a través de ellas, y proyecté mi mente hacia los cielos, en busca de entidades hostiles. ¡Qué éxtasis! ¡Qué increíble esplendor! Aunque nunca había dejado este pequeño planeta, vagué por los negros espacios del vacío, me deslicé de estrella en estrella, pude ver el girar de los planetas, semejantes a trompos. Mientras viajaba, algunos rostros me devolvían la mirada; unos, carentes de ojos; otros, con múltiples globos oculares. A mi alcance estaba toda la complejidad de una galaxia superpoblada. Espié en busca de posibles concentraciones de fuerzas enemigas. Inspeccioné bases de entrenamiento y campamentos militares. Como lo había hecho cuatro veces al día en el curso de mi vida adulta, busqué los invasores que nos habían prometido, los conquistadores que, al final de los tiempos, debían esclavizar nuestro mundo harapiento.

No encontré nada; al volver de mi trance, sudoroso y exhausto, vi que Avluela venía en descenso.

Aterrizó con la ligereza de una pluma. Desnuda, temblorosos los pequeños pechos, acudió corriendo a la llamada de Gormon, y refugió su fragilidad en los brazos poderosos. Se abrazaron, no con pasión, sino con alegría. Cuando él la dejó libre, se volvió hacia mí:

—¡Rom, Rom! —repetía.

—¿La has visto?

—Toda. ¡Miles de personas, luces, bulevares, un mercado!

Ruinosos edificios de muchos ciclos anteriores. ¡Oh, Vigía, qué maravillosa es Rom!

—Entonces, tu vuelo ha sido positivo —le dije.

—¡Un milagro!

—Mañana iremos y nos estableceremos en Rom.

—No, Vigía, esta misma noche. ¡Esta misma noche! Radiante de excitación, su rostro revelaba una ansiedad infantil. —Es sólo un trecho más —rogó—. Mira, está aquí mismo.

—Antes debemos descansar —le dije—. No es conveniente que lleguemos fatigados a Rom.

—Cuando lleguemos podremos descansar —objetó Avluela—. Vamos, recoge tus cosas. Ya has cumplido con tu Vigilancia, ¿no es cierto?

—Sí, sí.

—Entonces, vamos. ¡A Rom, a Rom!

Miré a Gormon en busca de apoyo. Había llegado la noche, y era tiempo de acampar, de dormir algunas horas.

Por una vez, él estuvo de mi parte.

—El vigía tiene razón —le dijo a Avluela—. A todos nos sentará bien un descanso. Entraremos en Rom al amanecer.

Avluela hizo un mohín, más infantil que nunca. Con las alas caídas, el pequeño cuero pareció achicarse aún más. Plegó las alas con petulancia, hasta convertirlas en meras gibas del tamaño de un puño, adosadas a su espalda, y recogió las vestimentas que había esparcido en el camino. Mientras acampábamos, ella se vistió. Yo distribuí las tabletas alimenticias, y nos introdujimos en nuestros receptáculos. En mi intranquilo sueño vi la silueta de Avluela recortada contra una luna en ruinas, volando junto a Gormon. Me levanté dos horas antes del amanecer, y cumplí con la primera vigilancia del nuevo día mientras ellos dormían aún. Después, los desperté, para reanudar el camino hacia la legendaria ciudad imperial, hacia Rom.

II

La luz de la mañana era brillante y áspera, como si el mundo acabara de nacer. El camino estaba casi desierto; a menos que sean peregrinos por hábito y profesión como yo, la gente no viaja mucho en nuestros días. De vez en cuando nos hacíamos a un lado para dejar pasar a algún miembro de la hermandad de los Regidores, en su carruaje tirado por doce neutros inexpresivos. Al despuntar el día pasaron cuatro vehículos iguales, todos ellos cerrados con postigos herméticos, para que la gente común como nosotros no pudiera ver las altivas facciones de los Regidores. También pasaron varios vagones cargados con mercancías, y unos cuantos Voladores surcaron el cielo. Pero, en general, encontramos el camino despejado.

En los alrededores de Rom se podían ver vestigios de antigüedad; columnas aisladas, restos de un acueducto que no transportaba nada a ningún sitio, portales de algún templo desaparecido. Eso formaba parte de la más antigua versión de Rom, aunque también se veían otros vestigios, provenientes de una Rom más actual, y de otras, agregadas en ciclos posteriores. Las cabañas de los campesinos, las cúpulas de drenaje de energía, los cascos de las torres para hospedaje. Encontramos también la carcasa quemada de algún viejo vehículo aéreo. Aunque de vez en cuando recogía algunas muestras, Gormon lo examinaba todo. Avluela miraba con ojos asombrados, sin pronunciar palabra.

Continuamos caminando hasta que los muros de la ciudad se irguieron ante nosotros. Estaban contruidos con brillantes bloques de piedra azul, prolijamente unidos entre sí, y su altura igualaba tal vez la de ocho hombres. El camino atravesaba el muro por un arco saliente. La puerta estaba abierta. Cuando nos acercábamos a ella, una silueta se nos aproximó: era un hombre muy alto, encapuchado; llevaba una máscara y el sombrío atuendo de los Peregrinos. Aunque era necesario obedecer a sus llamadas, no estaba permitido acercarse a los miembros de esa hermandad. El Peregrino nos hizo una seña.

—¿De dónde venís? —preguntó, a través del enrejado de su máscara.

—Del sur. Durante un tiempo viví en Gipto; después crucé el Puente de Tierra hasta llegar a Talia —respondí.

—¿Adónde vais?

—A Rom, para estar algún tiempo.

—¿Cómo anda tu Vigilancia?

—Como siempre.

—¿Tienes alojamiento en Rom? —preguntó el Peregrino.

—No —respondí, meneando la cabeza—. Confiamos en que la Voluntad nos sea benigna.

—La Voluntad no siempre es benigna —respondió el Peregrino, casi distraído—. Tampoco hay mucha necesidad de Vigías en Rom. ¿Por qué viajas con una Voladora?

—Para tener compañía; ella es joven y necesita protección.

—¿Quién es el otro?

—Un paria; un Mutante.

—Eso salta a la vista. Pero ¿por qué viaja contigo?

—Puesto que él es fuerte y yo anciano, viajamos juntos. ¿Hacia dónde te encaminas, Peregrino?

—Voy a Jorslén. ¿Acaso hay otra meta para los Peregrinos?

—Demostre mi acuerdo con un gesto, y el Peregrino agregó:

—¿Quieres venir conmigo a Jorslén?

—Voy hacia el norte —respondí—. Jorslén está hacia el sur, cerca de Gipto.

—¿Estando en Gipto no has llegado a Jorslén? —volvió a preguntar mi interlocutor, sorprendido.

—Sí. Aún no era tiempo de visitarla.

—Ven ahora, Vigía; haremos juntos el camino. Hablaremos de los tiempos antiguos y de los tiempos venideros. Te ayudaré a vigilar, y tú me ayudarás en mis comuniones con la Voluntad. ¿Aceptas el trato?

Realmente era tentador. Tuve ante mí la imagen de Jorslén, la dorada; sus santuarios, sus edificios sagrados, los sitios de renovación donde los ancianos rejuvenecen; sus capiteles y tabernáculos. Aunque mis proyectos no cambian fácilmente de rumbo, en ese momento sentí deseos de renunciar a Rom para acompañar al Peregrino hasta Jorslén.

—¿Y mis compañeros?

—Déjalos. Me está prohibido viajar con los Parias, y no deseo hacerlo con una mujer. Tú y yo, Vigía, iremos juntos a Jorslén.

Durante todo este coloquio, Avluela había permanecido a mi lado con el ceño fruncido; en ese momento me dirigió una mirada de súbito pavor.

—No los abandonaré —dije.

—Entonces, iré solo a Jorslén —manifestó el Peregrino.

Sacó una mano huesuda de debajo de la túnica; sus dedos eran largos, blancos y firmes. En señal de reverencia, uní las puntas de mis dedos a los suyos.

—Que la Voluntad sea misericordiosa contigo, amigo Vigía —me dijo—. Y, cuando vayas a Jorslén, búscame.

Sin decir nada más, se alejó por el camino.

—Te habrías ido con él, ¿verdad? —preguntó Gormon.

—Por un momento pensé hacerlo.

—¿Qué hay en Jorslén que no puedas encontrar aquí?

—Aquella es una ciudad sagrada.

—También ésta. Aquí podrás descansar un poco; no estás en condiciones de seguir caminando.

—Tal vez tengas razón —admití.

Con las últimas energías que me quedaban, me encaminé hacia las puertas de Rom.

Por las hendiduras del muro nos examinaban ojos escrutadores. Ya bajo el arco de la puerta, un Centinela se adelantó a detenernos; era gordo y picado de viruelas, con una papada colgante. Preguntó qué nos traía a Rom. Consigné mi hermandad y el propósito que me llevaba. Él soltó un gruñido de disgusto.

—Vete a otra parte, Vigía. Lo único que necesitamos aquí son hombres útiles.

—La Vigilancia tiene su utilidad —respondí, con timidez—. Sin duda, sin duda.

Y miró de soslayo a Avluela, preguntando:

—¿Quién es ésa? Los Vigías son célibes, ¿no es cierto? —Sólo es una compañera de viaje.

El Centinela, con una grosera carcajada, comentó:

—Seguro que recorres ese camino a menudo. No es que sea gran cosa. ¿Qué edad tiene? ¿Trece, catorce años? Ven aquí, niña; déjame ver si traes contrabando.

Rápidamente la palpó. Al tocarle los pechos frunció el ceño. Cuando tocó el montículo de sus alas bajo los hombros, alzó una ceja, exclamando:

—Y esto, ¿qué es? ¿Qué es esto? ¡Más por detrás que por delante! Eres Voladora, ¿verdad? Feo, feo negocio. Voladores en connivencia con viejos Vigías tontos.

Riendo entre dientes, recorrió con las manos el cuerpo de Avluela. Su desenfado era tal que desató la furia de *Gormon*; en el círculo ígneo de sus ojos ardió el deseo de matar. Lo contuve a tiempo, cogiéndole por las muñecas con todas mis fuerzas, para evitar que atacara al Centinela. Eso habría supuesto la ruina para los tres. Trató de liberarse, y sus forcejeos estuvieron a punto de hacerme caer. Pero en seguida recuperó la calma y contempló fríamente al hombre gordo mientras terminaba de revisar a Avluela en busca de «contrabandos».

Por último, el Centinela se volvió disgustado hacia *Gormon*, y le preguntó:

—Y tú, ¿qué clase de bicho eres?

—Soy un paria, vuestra merced —respondió *Gormon*, en tono hiriente—. Soy un humilde e indigno producto de la teratogénesis, pero aun así, un hombre libre que desea entrar en Rom.

—¿Crees que necesitamos más monstruos por aquí?

—Como poco y trabajo mucho.

—Trabajarías más si te neutralizaran —dijo el Centinela.

Gormon le miró de un modo amenazante. Yo pregunté:

—¿Podemos entrar?

—Un momento.

El Centinela se colocó el bonete pensante y entrecerró los ojos para transmitir un mensaje al banco de la memoria. Los esfuerzos crisparon su rostro. Luego, se relajó, y tardó pocos minutos en darnos la respuesta. No pudimos oír nada de todo el proceso, pero su expresión de contrariedad nos reveló que no había razones para negarnos la entrada a Rom.

—Entrad —dijo—. Los tres. Pronto. Franqueamos la puerta.

—Pude haberlo partido de un golpe —dijo *Gormon*.

—Y antes del crepúsculo te habrían neutralizado. Con un poco de paciencia, hemos podido entrar a Rom.

—¡Qué modo de manosearla!

—Tu actitud con respecto a Avluela es muy posesiva —le dije—. Recuerda que es una Voladora: no puede tener contacto sexual con un Paria.

—Ella me excita tanto como tú, Vigía —respondió *Gormon*, ignorando la indirecta—. Pero me duele que la traten así. Si no me lo hubieses impedido, habría matado a ese hombre.

Avluela intervino, preguntando:

—Ahora que estamos en Rom, ¿dónde nos hospedaremos?

—En primer lugar entraré en la sede de mi hermandad —dije—. Me inscribiré en el hospedaje de los Vigías; después podremos buscar el refugio de los Voladores para comer allí.

—Y, finalmente —agregó *Gormon*, entono seco—, iremos a la alcantarilla de los Parias para pedir limosna.

—Me apena tu condición de Mutante —le dije—, pero me parece desairado que te compadezcas a ti mismo. Vamos.

Desde las puertas de Rom, una calle adoquinada y sinuosa nos condujo hasta la periferia de la ciudad. El sector estaba compuesto por viviendas achatadas, cuyo punto más alto era el pesado bulto de las instalaciones defensivas. En el centro se elevaban las brillantes torres que, la noche anterior, veíamos desde los campos. Todos eran resabios de la antigua Rom, cuidadosamente preservados durante más de diez mil años. Pero también había un mercado, y la zona fabril; bóvedas de comunicaciones, templos de la Voluntad, depósitos de memoria, refugios para durmientes, burdeles para extraterrestres, edificios de gobierno y los cuarteles de las diferentes hermandades.

Junto a un edificio del Segundo Ciclo, de paredes flexibles, busqué un bonete pensante para uso público y me lo coloqué en la cabeza. Inmediatamente, mis pensamientos descendieron por el conducto y llegaron a la red interior. A través de ella, se comunicaron con uno de los cerebros almacenados que forman parte de los bancos de memoria. Atravesé la red, y pude ver el cerebro arrugado, pálidamente gris contra el verde oscuro de su cámara. Una vez, un Memorizador me contó que en los ciclos pasados los hombres construían máquinas que pensarán por ellos; eran máquinas excesivamente caras que ocupaban enormes espacios y consumían grandes cantidades de energía. Nuestros antepasados cometieron locuras peores. Pero ¿qué sentido tenía construir máquinas pensantes, cuando la muerte libera diariamente miles de espléndidos cerebros naturales aprovechables? ¿Acaso no habían descubierto la técnica para utilizarlos? Eso es difícil de creer.

Consigné ante el cerebro la identificación de mi hermandad, y le pedí las coordenadas de nuestro hospedaje. Las recibí al instante. Con Avluela a un lado y Gormon al otro, emprendí la marcha, haciendo rodar, como siempre, el carrito portador de mis instrumentos.

La ciudad estaba atestada. Hasta entonces no había visto tal multitud, ni en el caluroso y soñoliento Gipto ni en ningún otro punto de mi viaje hacia el norte. Las calles estaban llenas de misteriosos peregrinos de rostros inescrutables. Los Mercaderes taciturnos, los Memorizadores atareados, se mezclaban empujándose entre ellos; de tanto en tanto, la litera de un Regidor. Avluela identificaba a muchos Voladores, pero las reglas de su hermandad le prohibían saludarlos antes de someterse al rito de purificación. Con pesar, debo decir que reconocí a unos cuantos Vigías, pero todos me miraron desdeñosos y nada acogedores. También distinguí a muchos Defensores y a una amplia representación de las hermandades menores: Vendedores, Sirvientes, Fabricantes, Escribas, Comunicadores y Transportistas. Como era de esperar, las huestes de Neutros realizaban en silencio sus tareas. Extraterrestres de muy distinto aspecto se congregaban por las calles; la mayoría, en tren de turismo; otros, para hacer cuanto negocio pudieran con la gente hosca y empobrecida de la Tierra. Asimismo, pude ver a muchos Mutantes que se deslizaban furtivos entre la multitud, aunque ninguno lucía el orgulloso porte de Gormon.

Gormon, a mi lado, parecía único en su especie. Los otros, de piel manchada y cubierta de erupciones, exhibían sus miembros insuficientes, exagerados o asimétricos, sus mil deformidades, artísticas o imaginativas. Muchos de ellos podían ser prematuros, estrábicos, baldados, susurrantes o trepadores; eran carteristas, sorbedores de cerebro, vendedores de órganos humanos, traficantes de arrepentimiento, compradores de alegría; pero ninguno mantenía en alto su condición de humano.

Las indicaciones del cerebro resultaron exactas, y en menos de una hora pudimos llegar a la posada de los Vigías. Entré con mi carrito dejando fuera a Gormon y Avluela.

Unos doce miembros de mi hermandad se encontraban descansando en el vestíbulo principal; ante mi saludo habitual, respondieron lánguidamente. ¡Y así eran los guardianes de quienes dependía la seguridad de la Tierra! ¡Sólo unos pobres seres débiles de espíritu!

—¿Dónde puedo inscribirme? —pregunté.

—¿Eres nuevo? ¿De dónde?

—La última inscripción la realicé en Gipto.

—Debiste quedarte allí. Aquí no hacen falta Vigías.

—¿Dónde puedo inscribirme? —repetí.

Un jovenzuelo fatuo me señaló la pantalla ubicada hacia el fondo del salón. Me dirigí hacia ella, y al oprimirla con la punta de los dedos comenzó el interrogatorio.

Dije mi nombre, cosa que sólo podemos hacer ante otro Vigía, y siempre dentro del recinto de un hospedaje. Se abrió un panel, para dejar paso a un hombre de ojos saltones; llevaba el emblema de Vigía en la mejilla derecha y no en la izquierda, lo cual era un símbolo de su elevada jerarquía en la hermandad.

Repitiendo mi nombre, agregó:

—Más te habría valido no venir a Rom. Ya somos más de los permitidos.

—De cualquier modo, solicito alojamiento y ocupación.

—Con ese sentido del humor, debiste haber nacido en la hermandad de los Bufones —dijo el hombre.

—No le veo gracia.

—Según las leyes promulgadas por nuestra hermandad en la última sesión, una vez que el hospedaje está completo no tenemos obligación de aceptar nuevos pasajeros. Y lo está. Adiós, amigo mío.

Quedé perplejo.

—Esto es increíble. ¡Desconozco esos reglamentos! ¡Que una hermandad rechace a uno de sus miembros en su posada cuando llega fatigado y entumecido! A un hombre de mi edad, que ha cruzado el Puente de Tierra para salir de Gipto... ¡He tenido que llegar a Rom para que me rechacen y me dejen hambriento!

—Antes de venir debiste consultar.

—No sabía que fuera necesario.

—Los nuevos reglamentos...

—¡Quiera la Voluntad lanzar su fuego sobre los nuevos reglamentos! Exijo alojamiento. ¿Cómo pueden negarle alojamiento a alguien que ya era Vigía antes de que tú nacieras?

—Tranquilízate, hermano. Tranquilízate.

—Sin duda, habrá algún rincón donde pueda dormir, algunos mendrugos para comer...

Aunque mi tono había cambiado de la imprecación a la súplica, su expresión sólo dejó la indiferencia para adoptar el mero desdén.

—No tenemos lugar. No disponemos de comida. Ya sabes que éstos son tiempos muy duros para nuestra hermandad. Corre el rumor de que nos disolverán por completo, como a un lujo innecesario, un despilfarro de los recursos divinos. Nuestra utilidad es muy limitada. Puesto que en Rom hay exceso de Vigías, todos estamos a raciones reducidas. Si te admitimos, se reducirán aún más.

—Pero ¿adónde iré? ¿Qué puedo hacer?

—Mi consejo —dijo, con suavidad— es que te acojas a la clemencia del Príncipe de Rom.

III

Cuando estuve en la calle se lo dije a Gormon; lo vi reírse con todas su ganas en carcajadas tan furiosas que las estrías de sus enjutas mejillas enrojecieron como surcos sanguinolentos.

—¡La clemencia del Príncipe de Rom! —repitió—. ¡La clemencia del Príncipe de Rom!

—Es costumbre que los infortunados soliciten la ayuda de la autoridad local —le dije, fríamente.

—El Príncipe de Rom no sabe de piedad —me dijo Gormon—. Es capaz de darte a comer tus propios miembros para saciarte el hambre.

Entonces, intervino Avluela:

—Tal vez deberíamos tratar de encontrar el refugio de los Voladores. Allí nos darán de comer —dijo.

—Pero a Gormon no —objeté—, y estamos ligados por ciertas obligaciones.

—Podríamos traerle algunos alimentos.

—Antes de nada prefiero presentarme a la Corte. En primer lugar, es indispensable aclarar nuestra situación. Después, si es necesario, podemos improvisar comodidades para vivir.

Ella cedió, y emprendimos la marcha hacia el palacio del Príncipe de Rom. Era un sólido edificio, a cuyo frente se extendía una plaza rodeada de columnas, en la orilla opuesta del río que divide la ciudad. En la plaza nos acosaron mendigos de toda clase (algunos ni siquiera eran nativos de la Tierra), hasta que Gormon los apartó a empujones. Al cabo de un momento, otra criatura igualmente extraña se abrazó a mis rodillas; tenía la piel erosionada por cráteres fosforescentes y los miembros salpicados de lunares; me imploró misericordia en el nombre de la Voluntad.

—Sólo soy un Vigía —respondí, señalando mi carrito—, y también he venido a implorar misericordia.

Pero el ser insistía, expresando sus desgracias entre sollozos, con palabras confusas y apagadas; finalmente, con gran disgusto de Gormon, dejé caer unas tabletas de alimento en la bolsa que llevaba al pecho.

Tuvimos que continuar forcejeando para abrimos camino hacia las puertas del palacio. El espectáculo que nos esperaba en el pórtico era aún más horrible: se trataba de un Volador contrahecho, de frágiles miembros doblados y retorcidos; una de sus alas, a medio desplegar, parecía casi amputada; la otra le faltaba por completo. Llamándole por un nombre que no era el suyo, el Volador se precipitó hacia Avluela y humedeció sus calzas con lágrimas tan copiosas que la felpa se apelmazó y quedó manchada.

—Préstame tu influencia para conseguir alojamiento —suplicó—; me rechazan porque soy lisiado, pero si tú me apoyas...

Avluela le explicó que, siendo como era una extraña en el refugio, no podía hacer

nada por él. Con desesperación, el Volador siguió aferrándose a ella, hasta que Gormon, con gran delicadeza, levantó el frágil manojito de sus livianos huesos para hacerlo a un lado.

Subimos al pórtico. Inmediatamente, tres Neutros impávidos se interpusieron en nuestro camino para inquirir el motivo de nuestra presencia. En seguida nos hicieron pasar hasta la valla siguiente, controlada por un par de marchitos Registradores que nos interpellaron al unísono.

—Solicitamos audiencia —dije—. Hemos de pedir misericordia.

—La audiencia tendrá lugar dentro de cuatro días —dijo el Registrador de la derecha—. Anotaremos su solicitud en las listas.

—No tenemos dónde dormir —estalló Avluela—. Tenemos hambre, y...

La obligué a callar. Entretanto, Gormon comenzó a tantear en su bolsillo dimensional. En la palma de su mano centellearon varios objetos: piezas de oro, el metal eterno, cuyos grabados mostraban rostros barbudos de narices aguileñas; las había encontrado escarbando entre las ruinas. Le arrojó una de las monedas al Registrador que nos había rechazado. El individuo la atrapó en el aire; rudamente, frotó con el pulgar su brillante anverso y la dejó caer al momento en un pliegue de sus vestiduras. El otro Registrador esperaba, ansioso. Sonriendo, Gormon le entregó su moneda. —Tal vez sea posible conseguir una audiencia especial— dije.

—Tal vez —asintió uno de ellos—. Pasad.

Obedeciendo, pasamos hasta la misma nave del palacio; nos detuvimos en el enorme espacio, poblado de ecos, mirando por la nave central hacia la cámara del trono, que se hallaba en el ábside.

Aunque allí también había mendigos, éstos estaban autorizados y ostentaban licencias hereditarias. También había una verdadera multitud de Peregrinos, Comunicadores, Memorizadores, Músicos, Escribas y Registradores. Pude oír el murmullo de las plegarias; percibí el picante aroma del incienso, sentí las vibraciones de subterráneos gongos. En ciclos pasados, ese edificio había sido el templo de una de las antiguas religiones: los cristeros, según me dijo Gormon (y eso despertó una vez más mis sospechas de que era un Memorizador bajo el disfraz de un Mutante). El palacio todavía conservaba algo de su espíritu sagrado, aunque servía como sede al gobierno secular de Rom.

Nos faltaba descubrir la forma de llegar hasta el Príncipe. Hacia nuestra izquierda había una capillita muy ornamentada, en la que iban entrando una fila de Mercaderes y Terratenientes prósperos. Mirando por encima de ellos, pude ver tres calaveras colocadas sobre un dispositivo para interrogatorios: se trataba del acceso a un depósito de memoria. A un lado, trabajaba un fornido Escriba. Les dije a Gormon y Avluela que me esperaran en el pasillo, y me incorporé a la fila. De tanto en tanto se movía, y pasó más de una hora antes de que me tocara el turno para el dispositivo de interrogatorios. Desde el vacío de sus órbitas, las calaveras parecían mirarme; fluidos nutritivos hervían y burbujaban dentro de los cráneos, alimentando a aquellos

cerebros que, aun estando muertos, eran de gran utilidad gracias a sus billones de unidades sinópticas que se empleaban como incomparables depósitos mnemónicos. El Escriba se sorprendió al encontrar un Vigía en la fila, pero no le di tiempo a interrogarme.

—Vengo como extranjero —farfullé— a solicitar la misericordia del Príncipe. Mis compañeros y yo no tenemos albergue. Mi propia hermandad me ha rechazado. ¿Qué puedo hacer para obtener audiencia?

—Vuelve dentro de cuatro días.

—Durante mucho más de cuatro días he dormido en los caminos. Ahora necesito un descanso más reparador.

—En una posada pública...

—¡Pero pertenezco a una hermandad! —protesté—. Puesto que mi hermandad tiene un hospedaje aquí, las posadas públicas no me admitirán, y mi propia hermandad me rechaza debido a nuevos reglamentos. ¿Comprendes mi situación?

Sin interés alguno, el Escriba respondió:

—Puedes solicitar una audiencia especial; te será denegada pero de todos modos puedes solicitarla.

—¿Dónde?

—Aquí. Debes hacer constar la razón por la que solicitas audiencia.

Consigné ante los cerebros mi título público, les di los nombres y el rango de mis dos acompañantes, y expuse mi caso. Toda la información fue absorbida y transmitida a las filas de cerebros que se hallaban montadas en las entrañas de la ciudad. Cuando terminé, el Escriba dijo:

—Si la solicitud resulta aprobada, se te notificará.

—Mientras tanto, ¿dónde he de hospedarme? —Te sugeriría que lo hicieras cerca del palacio.

Entonces comprendí. Me sumaría a esa legión de infortunados que llenaba la plaza. ¿Cuántos de ellos habían requerido favores especiales del Príncipe, meses o años antes, y esperaban ser llamados ante su presencia? Dormían sobre las piedras, comían mendrugos, subsistían en base a vanas esperanzas. De cualquier modo, había agotado mis recursos. Regresé junto a Gormon y Avluela y les expliqué la situación, sugiriendo que buscáramos cualquier alojamiento disponible. Como paria, Gormon tenía acceso a cualquiera de las sórdidas fondas públicas abiertas a los de su clase; Avluela podía encontrar hospedaje en el refugio de su hermandad. Así que sólo yo debería dormir en la calle, y no sería la primera vez. Sin embargo, me dolía la perspectiva de separarme de mis compañeros; había llegado a considerar a nuestro pequeño grupo como a una pequeña familia, aunque esto fuera extraño en un Vigía.

Mientras nos dirigíamos hacia la salida, el indicador del tiempo me avisó suavemente que había llegado otra vez la hora de la Vigilancia. Me encontrara donde me encontrara, sin importar las circunstancias, mi derecho y mi deber era cumplir con mi Vigilancia. Así que, mientras Gormon y Avluela permanecían a mi lado, me

detuve, con el carrito y puse el equipo en funcionamiento. Pude ver gestos disimulados y abiertas burlas en aquellos que entraban y salían del palacio. La operación de vigilancia no gozaba de muy buena reputación; llevábamos mucho tiempo vigilando, y el enemigo anunciado no había llegado. Pero, aunque a otros pueda parecerles cómico, el deber es el deber. Lo que para algunos es un rito sin sentido, para otros es la vocación de toda una vida. Con determinación, meforcé a entrar en el estado de Vigilancia. Me sumergí en los ciclos, mientras el mundo pareció disolverse a mi alrededor. Volvió a invadirme la euforia de siempre; a grandes saltos, mi dilatada conciencia recorría las distintas galaxias. ¿Qué flotas se estaban congregando? ¿Qué ejércitos se entrenaban para conquistar la Tierra? Eran cuatro Vigilancias al día, y lo mismo para los otros miembros de la hermandad, cada uno a distintas horas; así no pasaba un instante sin que alguna mente alerta tomara la guardia. Tanta dedicación no podía carecer de sentido.

Cuando volví del trance, una voz broncínea gritaba:

—¡... al Príncipe de Rom! ¡Abran paso al Príncipe de Rom!

Conteniendo el aliento, parpadeé e hice un esfuerzo para desechar los últimos restos de concentración. De la puerta posterior del palacio había emergido un palanquín dorado; transportado por una Falange de Neutros, bajaba por la nave hacia donde yo me encontraba. Cuatro hombres, vestidos con los elegantes trajes y las vistosas máscaras de la hermandad de los Regidores, flanqueaban la litera. La precedían tres Mutantes, bajos y corpulentos, con las gargantas modificadas a imitación del aparato vocal de las ranas toro; al avanzar, emitían el majestuoso sonido de las trompetas. Aunque estuvieran tan bien dotados como aquéllos, me sorprendió que un príncipe tuviera Mutantes a su servicio.

Mi carrito bloqueaba la marcha de tan magnífica procesión, apresuradamente lo cerré, colocándolo a un lado antes de que el desfile me arrollara. Mis dedos temblorosos por la edad y el temor no pudieron cerrarlo debidamente. Con creciente torpeza, lo intenté de nuevo. Los Mutantes estaban ya tan cerca que el bramido de sus gargantas me ensordeció. Gormon trató de ayudarme y, en un nervioso susurro, me vi obligado a explicarle que sólo a un Vigía le está permitido tocar el equipo. Le di un empujón; un instante más tarde, los Neutros de la vanguardia se inclinaron sobre mí, preparados para barrerme con sus centelleantes látigos.

—¡En nombre de la Voluntad —grité—, soy un Vigía!

Y, en respuesta antifonal, llegó la profunda, calma y enorme réplica:

—Dejadlo en paz; es un Vigía.

Todo movimiento cesó. El Príncipe de Rom había hablado.

Los Neutros se apartaron. Cesó la música de los Mutantes. Quienes portaban el palanquín lo apoyaron en el suelo. Excepto Gormon, Avluela y yo, todos los que ocupaban la nave del palacio se echaron hacia atrás. Las refulgentes cortinas del palanquín se apartaron. Dos Regidores avanzaron con premura y extendieron las manos a través de la barrera sónica, a fin de ayudar al monarca. La barrera se

extinguió con un zumbido plañidero.

El Príncipe de Rom hizo su aparición.

¡Qué joven era! El pelo espeso y oscuro, la cara tersa, revelaban que no era sino un muchacho. Pero había nacido para gobernar y, a pesar de su juventud, era imponente como pocos. Sus labios eran fríos y apretados; la nariz, aguileña, afilada y agresiva; los ojos, profundos y calculadores como estanques infinitos. Llevaba las enojadas vestiduras de los Dominantes, pero en una mejilla se veía la doble cruz de los Defensores, y en tomo al cuello lucía la chalina oscura de los Memorizadores. Un Dominante puede pertenecer a tantas hermandades como desee, y es raro que no sea Defensor; sin embargo, me extrañó que éste fuera también Memorizador. Los bravos no suelen elegir esa hermandad.

Me miró con muy poco interés y me dijo:

—Extraño lugar has elegido para tu vigilancia, anciano.

—La hora señaló el lugar, señor —contesté—. Aquí estaba, y mi deber se impuso. No podía saber que estabas a punto de acercarte.

—No has encontrado enemigos, ¿verdad?

—Ninguno, señor.

A punto estuve de aprovechar la suerte que me había puesto inesperadamente ante el Príncipe para solicitarle ayuda, pero su interés en mí decayó como una vela sin aire, y cuando se dio la vuelta, no me atreví a llamarle. Miró a Gormon durante un buen rato, frunciendo el ceño y tironeándose de la barbilla. Después, su mirada cayó sobre Avluela. Los ojos le brillaron, los músculos de la mandíbula se estremecieron, se le dilataron las fosas nasales.

—Acércate, pequeña Voladora —dijo, haciendo una seña—. ¿Eres amiga de este Vigía?

Ella, aterrorizada, respondió con un gesto de asentimiento.

El joven Dominante extendió la mano. Apoderándose de ella, la levantó hasta el palanquín. Su diabólica sonrisa parecía una parodia de la perversidad. La introdujo en el vehículo a través de la cortina e, instantáneamente, un par de Regidores volvieron a establecer la barrera sónica. Sin embargo, la procesión no se movió. Yo permanecía mudo, junto al poderoso cuerpo de Gormon, rígido y helado como si fuera una estatua. Conduje mi carrito hacia un sitio más apartado. Pasaron varios minutos. Los cortesanos continuaban callados, con la mirada discretamente perdida más allá del palanquín.

Por fin, la cortina volvió a separarse. Avluela salió tambaleándose, pálido el rostro, los ojos parpadeantes. Parecía mareada. Por las mejillas le rodaban largos hilos de sudor. Estuvo a punto de caer, pero un Neutro la cogió, depositándola en el suelo. Bajo la chaqueta, las alas parcialmente erguidas le daban un aspecto giboso. Trémula, enmudecida, se acercó vacilante. Tras mirarme profundamente, se arrojó contra el robusto pecho de Gormon.

Los portadores levantaron el palanquín. El Príncipe de Rom se alejó del palacio.
Cuando el palanquín desapareció, Avluela tartamudeó roncamente:
—El Príncipe nos ha otorgado albergue en la hostería real.

IV

Como era de esperar, los encargados de la hostería no nos creyeron. Allí se alojaban los invitados reales. Se trataba de un pabellón situado detrás de palacio, en un pequeño jardín lleno de flores y de helechos. Normalmente, allí se alojaban miembros de la hermandad de los Regidores y, ocasionalmente algún Dominante. En el curso de sus investigaciones, algunos Memorizadores de especial importancia podían hacerse acreedores a uno de los nichos, o tal vez un Defensor de alta graduación que visitara la ciudad para estudiar algún plan estratégico. Resultaba extraño que un Volador obtuviera alojamiento allí; la admisión de un Vigía también era muy improbable; pero la recepción de un Mutante o de un Paria de cualquier especie quedaba más allá de toda posibilidad. Por lo tanto, no es de extrañar que, al principio, los Sirvientes ante quienes nos presentamos nos tomaran en broma, para pasar después al enojo y, finalmente, al desprecio.

—¡Marchaos! —dijeron, terminantes—. ¡Basura, canalla!

—El Príncipe nos ha prometido alojamiento en esta hostería —dijo gravemente Avluela—, y no podéis negarnos la entrada.

—¡Fuera, fuera!

Un Sirviente de dientes torcidos extrajo una porra neural y la blandió ante Gormon, con una sucia referencia a su condición de paria. Con un manotazo, Gormon se la arrojó al suelo, indiferente al doloroso agujonazo, y lo golpeó en el bajo vientre. El hombre se dobló sobre sí mismo y vomitó. Al cabo de un instante, un tropel de Neutros salió a la carrera de la hostería. Gormon levantó en vilo a otro de los Sirvientes y lo arrojó entre ellos, convirtiéndolos en una turba informe. Las coléricas maldiciones y los gritos de furia atrajeron la atención de un venerable Escriba, que se aproximó a la puerta con paso de pato; pidió silencio, y nos interrogó. Cuando Avluela le hubo contado lo ocurrido, manifestó:

—Eso es fácil de comprobar.

Y agregó, dirigiéndose despectivamente a uno de los Sirvientes:

—¡Envía mensaje a los Registradores, rápido!

A su debido tiempo, la confusión se aclaró y se nos permitió entrar. Aunque contiguos, nos dieron cuartos separados. Nunca antes había sabido de lujo tan importante, y tal vez no volveré a verlo igual. Los cuartos eran amplios y de gran altura. Se entraba a ellos a través de fosos telescópicos, cuya apertura funcionaba automáticamente, por un mecanismo ajustado a la temperatura de quien ocupara el cuarto, con lo cual se gozaba de absoluta intimidad. Un simple gesto bastaba para encender las luces, puesto que los globos colgantes del cielorraso y las cúpulas de los muros albergaban espículas de luz esclava, proveniente de los mundos de Brighstar, a las cuales se había entrenado mediante sufrimientos para que obedecieran esas órdenes. A voluntad del ocupante, las ventanas aparecían y desaparecían; cuando no hacían falta, quedaban ocultas tras serpentinas de gasas extraterrestres, casi sensibles;

éstas, cuya belleza resultaba de por sí un elemento decorativo, actuaban también a modo de monitores, exhalando deliciosos perfumes según les fuera solicitado. Cada cuarto estaba equipado con un bonete pensante individual, conectado a los principales bancos de memoria. Asimismo, por determinados conductos se podía solicitar, a voluntad, Sirvientes, Escribas, Registradores o Músicos. Por supuesto, un hombre de hermandad tan humilde como la mía no podía atreverse a utilizar de ese modo a otros seres humanos, so pena de provocar un grave resentimiento. De cualquier modo, poca necesidad tenía yo de ellos.

No me hizo falta preguntar a Avluela qué había ocurrido en el palanquín del Príncipe; dada su liberalidad para con nosotros, podía imaginarlo perfectamente, y Gormon también. Éste acusaba una cólera íntima que apenas podía contener y que revelaba a las claras su amor, nunca admitido, por mi pequeña, frágil y pálida Voladora.

Allí nos instalamos. Coloqué mi carrito junto a la ventana y lo cubrí con gasas, dejándolo preparado para mi próximo período de Vigilancia. Limpié la suciedad de mi cuerpo, y dejé que las ocultas entidades de los muros me llenaran el alma de paz con sus canciones.

Después, comí. Más tarde, Avluela vino a verme, descansada y tranquila, y se sentó a mi lado para comentar las experiencias vividas. Gormon tardó varias horas en aparecer. Pensé que, tal vez, habría dejado la hostería, cuya atmósfera podía resultarle demasiado enrarecida, para buscar compañía entre los de su especie.

Al crepúsculo, Avluela y yo salimos a caminar por el patio cerrado, y subimos una rampa, desde donde se podían admirar las estrellas que iban surgiendo en el cielo de Rom. Allí estaba Gormon, acompañado de un hombre larguirucho y demacrado que lucía la chalina de los Memorizadores; los dos hablaban en voz baja.

Gormon me saludó con la cabeza, diciendo:

—Vigía, quiero presentarte a mi nuevo amigo.

El hombre demacrado acarició su chalina.

—Soy Basil, el Memorizador —entonó, con una voz tan frágil como la pintura de un fresco desprendida de la pared—. He venido de Pris para profundizar en los misterios de Rom. Me quedaré aquí durante varios años.

—Los Memorizadores conocen hermosas historias —dijo Gormon—. Éste que ves aquí, figura entre los principales de su hermandad. Cuando llegaste, me estaba describiendo las técnicas por medio de las cuales se puede revelar el pasado. Abren un foso a través de los estratos que forman los depósitos del Tercer Ciclo, ¿sabes?, y, con tubos aspirantes, levantan las moléculas de tierra, para así poder descubrir las capas más antiguas.

—Hemos encontrado las catacumbas del Imperio de Rom —dijo Basil—, y los escombros del Período de Limpieza, los libros grabados sobre láminas de metal blanco, escritos hacia las postrimerías del Segundo Ciclo. Todo eso se llevará a Pris

para que sea examinado, clasificado y descifrado; después, serán devueltos. ¿Te interesa el pasado, Vigía?

—Hasta cierto punto —respondí, sonriendo—. Este Mutante parece mucho más fascinado por ese tema que yo. A veces dudo de su autenticidad. ¿Reconocerías a un Memorizador disfrazado?

Basil estudió minuciosamente a Gormon; se demoró sobre las bizarras facciones, sobre su estructura excesivamente muscular.

—No es un Memorizador —dijo al fin—. Pero es cierto que tiene intereses de anticuario. Me ha hecho muchas preguntas profundas.

—¿Por ejemplo?

—Quiere conocer el origen de las hermandades. Pregunta el nombre del cirujano genetista que logró los primeros Voladores de reproducción natural. Quiere saber la razón de la existencia de Mutantes, y si es cierto que sobre ellos pesa la maldición de la Voluntad.

—¿Y tienes respuestas para todas esas preguntas?

—Para algunas —dijo Basil—, sólo para algunas.

—¿Qué originó las hermandades?

—La necesidad de implantar una estructura y una razón de ser en una sociedad que había sufrido la derrota y la destrucción —dijo el Memorizador—. Hacia el fin del Segundo Ciclo, todo estaba en perpetuo estado de cambio. Nadie conocía su rango ni el porqué de su existencia. Por nuestro mundo circulaban altaneros extraterrestres que nos miraban como a simple bazofia. Fue necesario establecer firmes puntos de referencia, gracias a los cuales un hombre pudiera conocer su propio valor con respecto a los demás. De ese modo aparecieron las primeras hermandades: los Dominantes, los Regidores, los Mercaderes, los Terratenientes, los Vendedores y los Sirvientes. Más tarde, surgieron los Escribas, los Músicos, los Bufones y los Transportistas. Después, se hicieron necesarios los Registradores, y en seguida los Vigías y los Defensores. Cuando los Años de Magia nos dieron Voladores y Mutantes, esas hermandades se agregaron a las otras. Después, se crearon los Neutros, en condición de parias y...

—¿Pero también los Mutantes son parias! —observó Avluela.

Por primera vez, el Memorizador la miró.

—¿Quién eres, niña? —preguntó.

—Avluela, de los Voladores. Viajo con este Vigía y con este Mutante.

Basil continuó:

—Le estaba diciendo a este Mutante que, en los primeros tiempos, su especie constituía una hermandad. Pero, hace un milenio fue disuelta por orden del consejo de Dominantes, pues uno de sus sectores, todos Mutantes de mala fama, habían intentado adueñarse de los lugares sagrados de Jorslén. Desde entonces, los Mutantes son Parias, y sólo pueden considerarse superiores a los Neutros.

—Desconocía esos detalles —dije.

—Es que no eres Memorizador —respondió Basil, con aire de suficiencia—. Nuestra labor consiste en desvelar el pasado.

—Cierto, cierto.

—Actualmente —inquirió Gormon—, ¿cuántas hermandades hay?

Desconcertado, Basil contestó:

—Por lo menos una centena, amigo mío. Algunas son bastante reducidas; otras sólo tienen existencia local. Yo sólo me ocupo de las hermandades originales y de sus sucesoras inmediatas; aquello que ha ocurrido en los últimos siglos pertenece al dominio de otros. ¿Quieres que te pida información?

—No es necesario —respondió Gormon—. Era sólo una pregunta ociosa.

—Tu curiosidad es amplia —observó el Memorizador.

—Es que el mundo, con todo lo que contiene, me resulta fascinante. ¿Eso es un pecado?

—Es extraño —respondió Basil—. Los Parias no suelen mirar más allá de sus propios límites.

Ante nosotros apareció un Sirviente. Con una mezcla de temor reverencial y de desprecio, se arrodilló ante Avluela y dijo:

—El Príncipe ha regresado. Quiere que vayas inmediatamente al palacio.

En los ojos de Avluela centelleó el temor. Pero toda negativa estaba fuera de cuestión.

—¿Debo ir contigo? —preguntó.

—Dígnate hacerlo. Han de perfumarte y cambiarte las vestiduras. También desea que te presentes ante él con las alas desplegadas.

Avluela asintió, y siguió los pasos del Sirviente.

Permanecemos en la rampa durante un rato más. Basil el Memorizador nos habló de los viejos días de Rom; mientras yo escuchaba, Gormon escudriñaba la creciente oscuridad. Al cabo de un rato, cuando el Memorizador tenía seca la garganta, se disculpó ante nosotros y se marchó con solemnidad. Transcurrieron algunos instantes. En el patio, bajo la rampa, se abrió una puerta para dar paso a Avluela. Se habría dicho que pertenecía a la hermandad de los Sonámbulos y no a los Voladores. Desnudo bajo los drapeados transparentes, su frágil cuerpo resplandecía en fantasmagóricas blancuras bajo la luz de las estrellas. Abiertas en toda su magnitud, sus alas palpitaban con un latido sombrío. Iba flanqueada por dos Sirvientes que la aferraban por los codos; parecía que la impulsaran hacia el Palacio, como si no se tratara de una mujer real, sino de un mero facsímil copiado por el sueño.

—Vuela, muchacha, vuela —gruñó Gormon—. ¡Escapa ahora que puedes!

Avluela desapareció por una entrada lateral del Palacio. Gormon se volvió hacia mí.

—Se ha vendido al Príncipe para que tuviéramos alojamiento —dijo.

—Así parece.

—¡Me gustaría reducir ese palacio a escombros!

—¿La amas?

—¡Qué duda cabe!

—Trata de olvidarla —le aconsejé—. Aunque no eres un hombre vulgar, aun así no eres digno de una Voladora. Menos aún de una Voladora que ha compartido el lecho con el Príncipe de Rom.

—Ha pasado de mis brazos a los de él.

Aquella frase me dejó atónito.

—¿Ha sido tuya? —pregunté.

—Más de una vez —respondió él, con triste sonrisa—. En los momentos de éxtasis, sus alas se debaten como las hojas bajo la tormenta.

Ante el temor de caer al patio, me agarré a la baranda de la rampa. Las estrellas se arremolinaron en lo alto, la vieja luna y sus dos consortes impávidos se movieron de un salto. Sin saber la razón, sentí una intensa conmoción. ¿Era la cólera de saber que Gormon había osado violar los cánones de la ley? ¿Era la manifestación de mi paternalismo hacia Avluela? ¿O tal vez sólo era envidia de Gormon, puesto que el pecado por él cometido superaba mi capacidad pero no mis deseos?

—Por lo que has hecho podrían quemarte el cerebro —le dije—. Podrían desmenuzarte el alma. Y ahora me conviertes en tu cómplice.

—¡Y qué! Ese príncipe ordena, y es obedecido. Pero otros han logrado las primicias. Necesitaba decírselo a alguien.

—Ya basta. Ya basta.

—¿Volveremos a verla?

—Los Príncipes se cansan pronto de sus mujeres. Unos cuantos días, tal vez una sola noche, y nos la devolverá. Entonces quizá debemos abandonar la hostería.

Y, con un suspiro, agregué:

—Por lo menos la habremos disfrutado unas cuantas noches más de lo que merecíamos.

—Cuando eso ocurra, ¿dónde irás? —preguntó Gormon.

—Me quedaré algún tiempo en Rom.

—¿Aunque te veas obligado a dormir en las calles? Parece que en esta ciudad no hay mucha demanda de Vigías.

—Me las arreglaré —respondí—. Después, tal vez me dirija hacia Pris.

—¿Para tomar lecciones con los Memorizadores?

—Para ver Pris. ¿Y tú? ¿Qué buscas tú en Rom?

—Busco a Avluela.

—¡Deja de hablar así!

—Muy bien —dijo, y su sonrisa fue más amarga aún—. Pero me quedaré aquí hasta que el Príncipe haya terminado con ella. Y entonces será mía; juntos encontraremos la forma de sobrevivir. Quienes carecen de hermandad abundan en recursos, por fuerza. Tal vez consigamos alojamiento gratuito por un tiempo; después, te seguiremos a Pris. Si es que aún quieres viajar con Monstruos y Voladores

impíos.

—Cuando llegue el momento hablaremos de eso —respondí, encogiéndome de hombros.

—¿Habías estado antes en compañía de Mutantes?

—Muy poco.

—Es un honor para mí —dijo, mientras tamborileaba con las manos sobre el parapeto—. No me eches de tu lado, Vigía. Tengo razones para permanecer contigo.

—¿Cuáles son?

—El día que tus máquinas te digan que la invasión ha comenzado, quiero verte la cara.

Encorvando la espalda, me incliné hacia adelante y respondí:

—En ese caso, tendrás que permanecer mucho tiempo a mi lado.

—¿No crees que está próxima la invasión?

—Llegará, pero no está próxima.

—Estás equivocado —aseguró Gormon, riendo entre dientes—. La tenemos encima.

—No me haces ninguna gracia.

—¿Qué pasa, Vigía? ¿Acaso has perdido la fe? Desde hace mil años es bien sabido que otra raza codicia la Tierra, y ésta es suya por tratado. Algún día vendrá a cobrarse. Ese arreglo data de las postrimerías del Segundo Ciclo.

—Aunque no soy Memorizador todo eso lo sé —respondí. Y entonces me volví hacia él, pronunciando palabras que nunca pensé en decirlas en voz alta:

—Por el doble del tiempo que llevas vivido, Mutante, he escuchado a las estrellas y he cumplido con mi Vigilancia. Un acto realizado con tanta frecuencia acaba por perder significado. Tu propio nombre, diez mil veces repetido, se convertirá en un sonido hueco. He vigilado, y he vigilado bien; pero a veces, en las horas tenebrosas de la noche, pienso que tanta vigilancia es vana, que he malgastado la vida. La Vigilancia entraña un placer, pero tal vez carece de propósito auténtico.

—Tu confesión es tan sorprendente como la mía —dijo Gormon, cogiéndome por las muñecas—. Conserva la fe, Vigía. ¡La invasión está próxima!

—¿Cómo puedes saberlo?

—También los parias tenemos nuestras habilidades.

La conversación me perturbaba, así que traté de cambiar de tema.

—¿Es dolorosa la condición de paria?

—Uno llega a conformarse. Y gozamos de ciertas libertades que compensan la falta de rango. Puedo hablar libremente con todos...

—Ya lo veo.

—... Tengo libertad de movimientos. Aunque los alimentos puedan estar podridos y el alojamiento sea mísero, tengo la seguridad de obtener siempre comida y alojamiento. Las mujeres se sienten atraídas por mí, a pesar de todas las prohibiciones. O tal vez a causa de ellas. Y las ambiciones no me afligen.

—¿Nunca has deseado elevarte por encima de tu rango?

—Nunca.

—Tal vez como Memorizador habrías sido más feliz.

—Soy feliz así. Puedo gozar los placeres de un Memorizador sin cargar con sus obligaciones.

—¡Qué presumido eres! —exclamé—. ¡Presentas como una virtud tu condición de paria!

—¿Cómo, si no, se puede tolerar el peso de la Voluntad? —preguntó, mirando hacia el palacio—. El humilde se eleva, el poderoso sucumbe. Toma estas palabras por proféticas, Vigía: antes de que llegue el verano, ese lujurioso Príncipe habrá tenido más experiencia de la vida. ¡Le arrancaré los ojos por haber tocado a Avluela!

—Tus palabras son fuertes. La traición te desborda esta noche.

—Tómalo como una profecía.

—Es imposible acercarse a él —observé. Inmediatamente, irritado conmigo mismo por tomar en serio sus tonterías, agregué—: ¿Y por qué culparlo a él? Sólo obra como corresponde a un Príncipe. Culpa a la niña por aceptarlo. Pudo haberse negado.

—Y habría pagado con la pérdida de sus alas. O con la muerte. No, no le era posible elegir. ¡Pero yo puedo!

Con un repentino y terrible ademán, el Mutante extendió el pulgar y el índice, proyectando sus largas uñas, y los hundió en un par de ojos imaginarios.

—Espera —dijo—. ¡Ya verás!

En el patio aparecieron dos Cronománticos; tras instalar los aparatos de su hermandad, encendieron cirios para leer las condiciones del día siguiente. El enfermizo olor del pálido humo se alzó hasta mí. Ya había perdido todo deseo de hablar con el Mutante.

—Se hace tarde —dije—. Necesito descanso, y pronto deberé cumplir con mi Vigilancia.

—Vigila con cuidado —me dijo Gormon.

V

Ya en mi cuarto, esa noche realicé la cuarta y última Vigilancia de aquel largo día. Por primera vez en mi vida, detecté una anomalía. No logré interpretarla. Era una oscura percepción, una confusión de sabores y sonidos, una sensación de estar en contacto con algún cuerpo de colosales dimensiones. Durante un tiempo más largo de lo habitual, me agarré, preocupado, a los instrumentos, pero al final de la sesión no había percibido aquello con más claridad que al comienzo.

Entonces me pregunté qué debía hacer.

El entrenamiento que desde la infancia reciben los Vigías, les prepara para dar la alarma con la mayor rapidez en cuanto se juzgue que el mundo está en peligro. ¿Era mi obligación informar a los Defensores? En toda mi vida la alarma había sonado en cuatro ocasiones, y en las cuatro por causa de un error. Cada uno de los Vigías que provocaron falsas movilizaciones sufrió una terrible pérdida del honor. Uno de ellos contribuyó, con su cerebro, a los bancos de memoria; otro se convirtió en neutro a raíz de su vergüenza; el tercero destrozó sus instrumentos y se unió a los parias; el cuarto intentó, en vano, continuar con su profesión, y fue objeto de las burlas de todos sus camaradas.

Yo no encontraba ninguna razón para despreciar a quien diera una falsa alarma, puesto que, en todo caso, era preferible darla antes de tiempo y no omitirla cuando llegara el momento. Pero las costumbres de nuestra hermandad eran ésas, y por ellas me veía constreñido.

Tras analizar mi posición, decidí que carecía de bases firmes para dar la alarma. Las ideas sugestivas de Gormon podían haber influido sobre mí. Tal vez todo aquello no era más que una reacción ante sus sarcásticos avisos de que la invasión era inminente.

No podía actuar. No me atrevía a poner en peligro mi posición con una alarma apresurada. Desconfiaba de mi propio estado emocional.

Por lo tanto, no di la alarma.

Me sentía confuso, violento, fuera de quicio. Cerré mi carrito y me dejé caer en un pesado sueño.

Me desperté con la aurora y, con el temor de encontrar las calles pobladas de invasores, me precipité hacia la ventana. Pero todo estaba sereno; una monotonía invernal pendía sobre el patio, por donde caminaban Sirvientes semidormidos, empujando a los pasivos neutros. Intranquilo, cumplí con la primera Vigilancia del día. Fue un gran alivio que las extrañas sensaciones de la noche anterior no se repitieran, pero no debía olvidar que mis facultades siempre son mayores por la noche que en el momento de levantarme.

Después de comer, salí al patio, y encontré a Gormon y Avluela. Ella parecía fatigada y abatida, como si la noche que había pasado con el Príncipe de Rom la

hubiese agotado; preferí no hablar de ese tema. Gormon se recostó desdeñoso contra una pared incrustada de conchillas brillantes.

—¿Cómo te fue la Vigilancia? —me preguntó.

—Bastante bien.

—¿Qué harás hoy?

—Vagabundear por Rom —dije—. ¿Venís? ¿Vienes, Avluela? ¿Tú, Gormon?

—Claro —dijo él.

Avluela también asintió, con un desmayado movimiento de cabeza, y salimos a inspeccionar la espléndida ciudad de Rom, como turistas que éramos.

Por entre los confusos pasados de Rom, Gormon nos sirvió de guía, aunque sostenía que nunca, hasta entonces, había estado allí. Con la exactitud de un Memorizador, nos describió todo cuanto vimos por las serpenteantes calles. Ante nuestros ojos, estaban expuestos todos los estratos de varios milenios. Vimos las poderosas cúpulas del Segundo Ciclo, y el Coliseo, donde en fechas increíblemente primitivas, los hombres y las bestias lucharon como criaturas salvajes. En el ruinoso casco de aquel edificio, Gormon nos habló de los horrores, del salvajismo inconcebible de aquellos antiquísimos tiempos.

—Luchaban desnudos ante enormes multitudes —nos dijo—. Los hombres se enfrentaban, cuerpo a cuerpo, con unas bestias llamadas leones, semejantes a grandes gatos peludos de abultadas cabezas. Cuando el león yacía sobre su propia sangre, el vencedor se volvía hacia el Príncipe de Rom e imploraba el perdón del crimen, cualquiera que fuese, por el cual había sido arrojado a la arena. Si el hombre había luchado con valor, el Príncipe hacía un gesto con el pulgar, y el hombre quedaba libre.

Para mostrarnos el ademán, Gormon levantó el pulgar y lo sacudió varias veces por encima del hombro derecho.

—Pero si el hombre había dado señas de cobardía —continuó—, o si el león había muerto gallardamente, entonces el Príncipe hacía otro gesto y el hombre era condenado a morir en las garras de otra fiera.

Esta vez, Gormon cerró el puño, dejando erguido el dedo medio, y lo levantó en un movimiento seco.

—¿Cómo se sabe todo eso? —preguntó Avluela.

Gormon fingió que no la había escuchado.

Vimos las torres de fusión, construidas en los comienzos del Tercer Ciclo para extraer la energía contenida en el núcleo terrestre; aunque manchadas y corroídas, todavía estaban en funcionamiento. Vimos el destrozado muñón de una máquina climatérica del Segundo Ciclo, cuya altura alcanzaba, como mínimo, la altura de veinte hombres. Vimos una colina en la que estaban las reliquias marmóreas de Rom correspondientes al Primer Ciclo, esparcidas como pálidos racimos de flores invernales. Al internarnos en el centro de la ciudad, llegamos al terraplén de los amplificadores defensivos, dispuestos para lanzar todo el impacto de la Voluntad

contra los invasores. También vimos un mercado en el que los visitantes de las estrellas regateaban con los campesinos el precio de algunos fragmentos antiguos, procedentes de las excavaciones. Abriéndose paso entre la multitud, Gormon compró varias cosas. Pasamos por un prostíbulo, donde los viajeros venidos desde muy lejos podían comprarlo todo, desde la semivida hasta los témpanos de pasión. Comimos en un pequeño restaurante junto al río Ti Ver, donde se atendía a los parias sin la menor ceremonia. Ante la insistencia de Gormon, nuestra cena consistió en una especialidad local: unos montículos de pasta suave, acompañada por un vino amarillo y áspero.

Finalmente, atravesamos una galería, multiplicada en corredores, donde los rollizos Vendedores ofrecían mercancías estelares, costosas chucherías traídas de Afka y las endeble construcciones de los Fabricantes locales. Salimos a una plaza; en la que había una fuente cuya forma semejaba la de un bote; detrás, un tramo de quebrados y maltrechos escalones de piedra ascendían hasta una zona cubierta por hierbas y pedregullo. Gormon nos llamó con una seña; subimos hasta ese sitio lúgubre y, tras atravesarlo rápidamente nos vimos ante un suntuoso palacio. Por su aspecto, el palacio parecía datar del Segundo Ciclo, o tal vez del Primero, melancólicamente inclinado sobre una colina cubierta de vegetación.

—Dicen que éste es el centro del mundo —declaró Gormon—. En Jorslén, otro sitio reclama el mismo honor. Pero este punto está indicado por un mapa.

—Pero si el mundo es redondo —preguntó Avluela—, ¿cómo puede tener un centro?

Gormon se echó a reír. Entramos. En el interior, en la penumbra invernal, se levantaba un globo de dimensiones colosales cubierto de piedras preciosas, iluminado por un resplandor interno.

—Aquí está tu mundo —dijo Gormon, con ademanes grandilocuentes.

—¡Oh! —exclamó Avluela—. ¡Todo, todo figura aquí!

El mapa era una obra maestra de artesanía. Mostraba los accidentes naturales y las elevaciones; sus mares parecían profundos fosos líquidos, sus desiertos eran tan calcinados que quien los mirara sentía la boca abrasada por la sed; en él, las ciudades eran verdaderos remolinos de vigor y de vida.

Contemplé los continentes: Uropa, Afka, Axia, Stralia. Vi la vastedad del océano Terrestre, atravesé el huso dorado del Puente de Tierra, el mismo que había cruzado tan laboriosamente a pie, hacía poco tiempo. Avluela se adelantó de un salto para señalar las ciudades de Rom, Gipto, Jorslén, Pris. Sus dedos golpetearon el globo terráqueo sobre las altas montañas al norte de Inda.

—Aquí nació yo —dijo suavemente—, donde el hielo está dotado de vida, donde las montañas tocan las lunas. Es aquí donde los Voladores tienen su reino.

Deslizó un dedo hacia el Este, hacia Fars, y después el terrible desierto de Arbia, y hasta Gipto.

—Hasta aquí volé. Durante la noche, apenas terminó mi infancia. Todos nosotros debemos volar, y yo tomé esta dirección. Cien veces me sentí a punto de morir. Aquí,

aquí en el desierto, con la garganta llena de polvo, con las alas castigadas por la arena, tuve que descender; yací desnuda sobre el desierto durante días y días, hasta que otro Volador me divisó desde lo alto; bajó hasta mí, y lleno de compasión me elevó consigo. Cuando estuve en lo alto recobré las fuerzas, y volé a su lado rumbo a Gipto. Al cruzar el mar lo alcanzó la muerte, aunque era joven y vigoroso; cayó al océano, y yo descendí para acompañarlo; el agua era tibia aun durante la noche. Me dejé llevar por la corriente hasta que llegó la mañana; entonces pude ver que en el agua crecían piedras vivientes, como si fueran árboles; y los peces multicolores vinieron hasta él y picotearon su carne, mientras flotaba con las alas inertes. Lo dejé, lo abandoné, impulsándolo hacia las profundidades para que allí descansara, y me elevé en el aire. Volé hasta Gipto, sola, atemorizada. Y allí te encontré, Vigía.

Me sonrió con timidez, agregando:

—Ahora muéstrame los lugares donde pasaste tu juventud.

Sentí en las rodillas una súbita rigidez; empero, me dirigí dolorosamente hacia el otro lado del globo. Avluela me siguió. Gormon, en cambio, permaneció detrás, como si no tuviera el menor interés. Señalé las islas esparcidas en dos largas bandas por el Océano Terrestre, como restos de los Continentes Perdidos.

—Aquí —dije, indicando hacia el este mi isla natal—. Aquí es donde nací.

—¡Tan lejos! —exclamó Avluela.

—Y hace tanto tiempo... —dije—. A veces me parece que fue al promediar el Segundo Ciclo.

—¡No, eso no es posible!

Pero me miraba como si yo pudiera, efectivamente, tener miles de años. Sonriendo, toqué su mejilla satinada.

—Es sólo una sensación —le dije.

—¿Cuándo partiste?

—Cuando tenía dos veces tu edad —respondí—. En primer lugar me dirigí hacia aquí...

Señalé el grupo de las islas orientales.

—Pasé unos doce años como Vigía en Palash. Después, la Voluntad me llevó a cruzar el Océano Terrestre para dirigirme a Afka. Llegué, y permanecí por un tiempo en los países cálidos. Entré a Gipto, y allí encontré a cierta pequeña Voladora.

Contemplé en silencio las islas que fueron mi hogar, y entre los recuerdos encontré mi propia imagen; no ya la del ser enflaquecido y desgastado que era, sino la del joven corpulento, capaz de escalar las montañas verdes y nadar en el mar helado, aquel que cumplía con su Vigilancia en las orillas de una playa blanca, bajo el martilleo incesante de la marea.

Mientras yo me perdía en tan melancólicos recuerdos, Avluela se acercó a Gormon, diciendo:

—Ahora tú. ¡Muéstrame de dónde vienes, Mutante! Gormon se encogió de hombros.

—No creo que ese lugar figure en el globo.

—¡Eso es imposible!

—¿De veras? —pregunté.

Eludió toda insistencia de Avluela. Salimos por una puerta lateral, y volvimos a encontramos en las calles de Rom.

Yo empezaba a sentirme fatigado, pero Avluela estaba ávida de la ciudad, como si quisiera devorarla toda en una sola tarde. Por lo tanto, entramos en un laberinto de calles donde residían, en relucientes mansiones, los Regidores y los Mercaderes; y a un sucio barrio de Sirvientes y Vendedores que penetraba hasta las catacumbas subterráneas, ya un sitio de descanso para Músicos y Bufones, y a otro donde la hermandad de los Sonámbulos ofrecía sus dudosos servicios. Una Sonámbula abotagada nos rogó que entráramos a comprar la verdad escondida en los trances, y Avluela nos instó a seguirla. Pero Gormon negó con la cabeza, y yo sonreí; seguimos nuestro camino. Estábamos ya en los límites de un parque cercano al corazón de la ciudad. Por allí paseaban los ciudadanos de Rom, con un vigor pocas veces visto en el cálido Gipto, y nos unimos al desfile.

—¡Mirad! —dijo Avluela—. ¡Cuánto brillo!

Señaló el arco reluciente de una esfera dimensional que encerraba alguna reliquia de la ciudad antigua; usando la mano como visera, pude distinguir dentro un muro erosionado por el tiempo, una roca y un grupo de personas.

—Es la Boca de la Verdad —dijo Gormon.

—¿Qué es eso? —preguntó Avluela.

—Ven a ver.

Una fila iba entrando lentamente a la esfera. Nos unimos a ella, y pronto estuvimos en el umbral, echando miradas furtivas a la región atemporal que nos esperaba en su interior. ¿Por qué se otorga protección tan especial a esta reliquia, entre otras pocas? Se lo pregunté a Gormon, que poseía conocimientos tan profundos e incontables como cualquier Memorizador, y me respondió:

—Porque éste es el reino de la Veracidad; cuanto se dice aquí se ajusta perfectamente a lo real.

—No comprendo —dijo Avluela.

—En este sitio es imposible mentir —le explicó Gormon—. ¿Puedes imaginar otra reliquia más digna de protección?

Atravesó el conducto de entrada, y al hacerlo pareció borrararse; yo le seguí rápidamente. Avluela en cambio, vaciló. Hubo una larga pausa antes de que entrara; detenida en el mismo umbral, parecía castigada por el viento que soplaba a lo largo de la línea demarcadora, entre el mundo exterior y el universo mínimo en el que nos encontrábamos.

Un compartimiento interior contenía la Boca de la Verdad. La fila se extendía hasta allí, y un solemne Registrador controlaba la entrada al tabernáculo. Pasó un rato antes de que se nos permitiera entrar a los tres. Nos encontramos ante la cabeza de un

monstruo feroz, tallada en altorrelieve, fijada a un antiguo muro socavado por el tiempo. Las fauces muy abiertas parecían un agujero negro y siniestro. Gormon se inclinó para examinarlo, y pareció complacido de encontrarlo exactamente como lo había imaginado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Avluela.

—Vigía —dijo Gormon—, pon tu mano derecha en la Boca de la Verdad.

Obedecí con el ceño fruncido.

—Ahora, uno de nosotros te hará una pregunta que deberás contestar. Si no dices la estricta verdad, la boca se cerrará y te amputará la mano.

—¡No! —gritó Avluela.

Contemplé intranquilo las fauces de piedra que cercaban mi muñeca. Un Vigía manco es un hombre indefenso. Durante el Segundo Ciclo habría sido posible obtener una prótesis aún más artística que el original, pero el Segundo Ciclo había concluido mucho tiempo atrás, y tales maravillas eran ya imposibles de conseguir en la Tierra.

—¿Cómo es posible tal cosa? —pregunté.

—La Voluntad tiene un poder extraordinario en estos recintos —replicó Gormon—. Distingue la verdad de la mentira con toda claridad. Detrás de estas paredes duermen tres Sonámbulos a través de los cuales se expresa la Voluntad, y ellos son quienes controlan la Boca. ¿Temes a la Voluntad, Vigía?

—Temo a mi propia lengua.

—Ten valor. Ante estos muros nunca se ha dicho una mentira ni se ha perdido una mano.

—Vamos, entonces —dije—. ¿Quién me interrogará?

—Yo —dijo Gormon—. Dime, Vigía: dejando a un lado toda vanidad, ¿dirías que una vida empleada en vigilar ha sido una vida empleada con sabiduría?

Permanecí en silencio durante largo rato, analizando mis pensamientos, con la vista fija en las mandíbulas. Finalmente contesté:

—El dedicarse a la Vigilancia en salvaguarda del prójimo es quizá la más noble tarea que un hombre pueda cumplir.

—¡Cuidado! —gritó Gormon, alarmado.

—No he terminado —aclaré.

—Sigue.

—Pero el dedicarse a la Vigilancia cuando el enemigo no existe sino en la propia imaginación es un acto inútil; y vanagloriarse de saber buscar a un enemigo que no vendrá es una locura y un pecado. Mi vida ha sido un derroche.

Las fauces de la Boca de la Verdad no temblaron siquiera.

Retiré la mano, y la miré como si acabara de brotar al extremo de mi brazo. Súbitamente me sentí varios ciclos más viejo. Avluela, con los ojos dilatados, se llevó la mano a los labios, como asombrada por lo que yo había dicho. Mis palabras parecían colgar en el aire, convertidas en hielo, ante el detestable ídolo.

—Has hablado con sinceridad —dijo Gormon—, aunque no has sido muy

clemente contigo mismo.

—Te juzgas con demasiada severidad, Vigía.

—Sólo he hablado para salvar mi mano —dije—. ¿Acaso habrías preferido que mintiera?

El Mutante sonrió, y se dirigió a Avluela, diciendo:

—Es tu turno.

Con visible temor, la pequeña Voladora se aproximó a la boca.

Su delicada mano temblaba al entrar entre los bloques de piedra fría. Tuve que luchar contra el impulso de correr hacia ella para liberarla de aquellas fauces endemoniadas.

—¿Quién la interrogará? —pregunté.

—Yo —dijo Gormon.

Las alas de Avluela se estremecieron débilmente bajo las vestiduras. Su rostro palideció, temblaron las aletas de su nariz, y el labio superior desapareció bajo el otro. Encorvada contra el muro, miraba fijamente y con horror el extremo de su brazo. Fuera de la cámara divisé caras borrosas dirigidas hacia nosotros, cuyos labios se agitaban, sin duda a causa de la impaciencia ante nuestra demora; pero no se oía nada. La atmósfera, a nuestro alrededor, era cálida y húmeda, con un regusto mohoso, como el que podría surgir de un pozo cavado en la estructura del Tiempo.

Gormon dijo, lentamente:

—En la noche pasada permitiste que tu cuerpo perteneciera al Príncipe de Rom. Anteriormente lo habías entregado al Mutante Gormon, aunque tales uniones están prohibidas por la ley y las costumbres. Mucho antes formaste pareja con un Volador, ahora muerto ya. Tal vez hayas conocido a otros hombres, pero de ellos nada sé, y ello no tiene importancia para los fines de mi pregunta. Contéstame, Avluela: ¿cuál de esos tres te proporcionó el placer físico más intenso, cuál de los tres te despertó emociones más profundas, y a cuál elegirías como compañero, si pudieras hacerlo?

Quise objetar el interrogatorio, puesto que el Mutante le había planteado tres preguntas en vez de una. Pero no tuve oportunidad de hacerlo, puesto que Avluela replicó sin vacilar, con la mano profundamente hundida en la Boca de la Verdad:

—El Príncipe de Rom dio a mi cuerpo el mayor placer que yo haya conocido hasta ahora, pero es frío y cruel, y lo desprecio. Amé a mi desaparecido Volador más intensamente que a nadie, pero era débil, y no hubiese escogido a un débil como pareja. Tú, Gormon, aún ahora me pareces un extraño, y siento que no conozco tu cuerpo ni tu alma; sin embargo, aunque el abismo sea tan grande entre los dos, contigo pasaría el resto de mis días. Y retiró la mano de la Boca de la Verdad.

—¡Bien dicho! —exclamó Gormon, aunque la agudeza de las palabras pronunciadas por Avluela lo había herido claramente, al tiempo que lo complacía—. De pronto, cuando las circunstancias así lo requieren, vuelves a encontrar la elocuencia, ¿verdad? Y ahora es mi turno.

Se acercó a la Boca.

—Tú hiciste las dos primeras preguntas —dije—. ¿Quieres terminar la tarea formulando también la tercera?

—Nada de eso —dijo, con un gesto negligente de su mano libre—. Pensad una pregunta entre los dos.

Avluela y yo conferenciamos aparte. Con una rapidez inusitada, ella propuso una pregunta que yo acepté de inmediato, pues coincidía con la que yo mismo había pensado. Avluela fue la encargada de formularla.

—Cuando estábamos ante el globo terráqueo —dijo— te pedí que me indicaras el lugar donde habías nacido, y tú dijiste que no podrías encontrarlo en el mapa. Eso resulta muy extraño. Dime, pues: ¿eres lo que afirmas ser, un Mutante que vaga por el mundo?

—No lo soy —replicó.

En cierto sentido, había respondido a la pregunta formulada por Avluela, pero se entendía que su respuesta no era la debida, y mantuvo la mano dentro de la Boca, mientras proseguía.

—No te indiqué en el globo el lugar donde he nacido, porque no he nacido en este mundo, sino en el mundo de un astro que no debo nombrar. No soy Mutante en el sentido que vosotros dais a la palabra, aunque según ciertas definiciones lo sea, ya que mi cuerpo está algo disfrazado, y en mi propio mundo uso distinto ropaje carnal. Llevo diez años viviendo aquí.

—¿Con qué propósito viniste a la Tierra? —le pregunté.

—Sólo estoy obligado a responder a una pregunta —dijo Gormon, y sonrió—. Pero de cualquier modo te daré la respuesta: fui enviado a la Tierra en misión de Observador militar, para preparar el camino a la invasión que durante tanto tiempo has tratado de detectar, y en la cual ya has dejado de creer. Una invasión que caerá sobre ti en el curso de algunas horas.

—¡Mentira! —grité—. ¡Mentira!

Gormon soltó una carcajada, y retiró la mano de la Boca de la Verdad, intacta, indemne.

VI

Paralizado por la confusión, escapé de aquella esfera reluciente con mi carrito de instrumentos, y salí a la calle, que me pareció súbitamente fría y oscura. La noche había caído con toda la brusquedad del invierno; era casi la novena hora: el momento de cumplir una vez más con mi Vigilancia.

Las burlas de Gormon me atronaban el cerebro. Todo era una maniobra suya: tras conducimos hasta la Boca, me había arrancado una confesión de incredulidad, y otra similar a Avluela. Sin misericordia alguna, había revelado informaciones que no necesitaba revelar, pronunciando palabras calculadas para herirme en lo más íntimo.

¿Acaso la Boca de la Verdad era un fraude? ¿Era posible que Gormon hubiese mentido y salido indemne?

Desde que asumiera mis funciones, únicamente había vigilado en las horas que me habían sido previamente fijadas. Pero la realidad se desmoronaba, y no pude esperar a la novena hora. Arrodillándome en la calle barrida por el viento, abrí mi carrito, preparé mi equipo, y me sumergí en la Vigilancia como un buzo.

Mi conciencia, amplificada, partió rauda hacia las estrellas. Como un dios, recorrí infinitamente los espacios. Sentí el rigor del viento solar, pero yo no era Volador, y su presión no podía destruirme. Lo crucé vertiginosamente, hasta ponerme fuera del alcance de las furiosas partículas luminosas, hasta llegar al negro absoluto, en el límite de los dominios solares. Sobre mí se abatió una presión diferente.

Se aproximaban naves estelares.

No eran cruceros turísticos, repletos de observadores dispuestos a asombrarse ante nuestro mundo empobrecido. Tampoco los navíos comerciales registrados, ni las dragas que recogen los vahos interestelares, ni la estación espacial en su órbita hiperbólica.

Eran vehículos militares, oscuros, extraños, amenazadores. No pude calcular su número; sólo sabía que se dirigían hacia la Tierra a toda velocidad, apartando a su paso un cono de energías desviadas; y era aquel cono el que yo había sentido, el que sintiera también la noche anterior, al estrellarse contra mí a través de mis instrumentos para tragarme como si fuera un cubo de cristal en el cual jugaran y brillaran los sistemas de tensión.

Por sentir aquello llevaba vigilando toda una vida.

Entrenado para percibirlo, había rogado al principio no experimentarlo jamás; después, en mi vacuidad, rogué que me fuera dado el percibirlo; finalmente había dejado de creer en ello. Y entonces, por la gracia del Mutante Gormon, acababa de sentirlo, después de todo, en una Vigilancia fuera de mis horarios habituales, arrodillado en una fría calle romana, y allí, ante la Boca de la Verdad.

Durante el entrenamiento se instruye al Vigía para que pueda interrumpir su Vigilancia tan pronto como sus observaciones sean confirmadas por un cuidadoso control, a fin de que pueda dar la alarma. Obediente, efectué mi control; pasé

rápidamente de un canal a otro, y a otro, en movimientos triangulares; persistía aquel presagio de fuerzas titánicas lanzadas hacia la Tierra a velocidades increíbles.

Si no me engañaba, la invasión había llegado. Pero no podía escapar al trance para dar la alarma. Lenta, amorosamente, absorbí los datos sensoriales durante horas, según me pareció. Acaricié mi equipo. Extraje de él aquella total afirmación de fe que me proporcionaban las lecturas. La conciencia me advertía oscuramente que estaba perdiendo un tiempo vital, que debía interrumpir aquel lúbrico devaneo con el destino para llamar inmediatamente a los Defensores.

Finalmente me liberé de la Vigilancia para regresar al mundo que debía proteger.

Avluela estaba a mi lado, aturdida, aterrorizada, con los nudillos apretados contra los dientes, dilatados los ojos.

—¡Vigía, Vigía! ¿Me oyes? ¿Qué pasa? ¿Qué va a pasar?

—La invasión —dije—. ¿Cuánto tiempo estuve en trance?

—Cerca de medio minuto. No sé. Tenías los ojos cerrados. Creí que habías muerto:

—¡Gormon ha dicho la verdad! La invasión está casi al llegar. ¿Dónde está él? ¿Adónde ha ido?

—Desapareció cuando salimos de la Boca —susurró Avluela—. Vigía, tengo miedo. Siento como si todo se derrumbara. Tengo que volar... ¡No puedo quedarme en el suelo!

—Espera —dije, y aunque traté de detenerla, no logré apresar su brazo—. No te vayas todavía. En primer lugar debo dar la alarma, y después...

Pero ya estaba quitándose las ropas. Se quedó desnuda hasta la cintura, reluciente el pálido cuerpo bajo la luz vespertina. Mientras tanto, la gente pasaba veloz a nuestro lado, en total ignorancia de cuanto estaba ocurriendo. Habría querido mantener a Avluela junto a mí, pero no podía demorarme ni un segundo más para dar la alarma; alejándome, volví hacia mi carrito.

Como atrapado en un sueño, nacido en anhelos largamente maduros, extendí la mano hacia el nódulo, hasta entonces inútil, para enviar la alerta a los Defensores de todo el planeta.

¿Se habría dado ya la alarma? Tal vez algún otro Vigía había sentido lo mismo, y, menos paralizado que yo por la perplejidad y la duda, había cumplido la tarea suprema de nuestra hermandad.

No, no. De ser así estarían sonando ya las agudas reverberaciones de las sirenas, desde los altoparlantes que surcaban el cielo de la ciudad.

Toqué el nódulo. Por el rabillo del ojo pude ver a Avluela, ya libre de todo peso, arrodillada para pronunciar los conjuros que llenarían de fuerza sus frágiles alas. En un momento más estaría en el aire, más allá de mi alcance.

Con un simple tirón, activé la alarma.

En ese instante noté la presencia de una figura corpulenta que se dirigía hacia nosotros. Gormon, pensé; y apartándome de mi equipo, me dirigí hacia él. Pero quien

se aproximaba no era Gormon, sino algún oficioso Sirviente de cara inexpresiva. Dirigiéndose a Avluela, dijo:

—Aquieta tus alas, Voladora. El Príncipe de Rom me envía para llevarte de nuevo a su presencia.

Forcejaron. Los pequeños pechos de Avluela se agitaron, los ojos le centelleaban de furia.

—¡Déjame! ¡Voy a volar!

—El Príncipe de Rom te requiere —insistió el Sirviente, encerrándola entre sus grandes brazos.

—El Príncipe de Rom tendrá otras distracciones esta noche —manifesté—. No tendrá necesidad de esta mujer.

Mientras yo hablaba, las sirenas comenzaron a sonar desde los cielos.

El Sirviente soltó a Avluela. Por un instante agitó los labios sin pronunciar palabra. Después hizo uno de los ademanes para invocar la protección de la Voluntad. Mirando hacia el cielo, gruñó:

—¡La alarma! ¿Quién dio la alarma? ¿Fuiste tú, viejo Vigía?

Por las calles corrían siluetas enloquecidas. Avluela, liberada, pasó velozmente a mi lado; corría con las alas sólo a medio desplegar; la multitud surgente la devoró. Por encima del terrorífico sonido de las sirenas, los anunciadores públicos lanzaron mensajes atronadores, con instrucciones para la defensa y la seguridad. Un hombre alto y flaco, que lucía sobre la mejilla la marca de los Defensores, se lanzó hacia mí, gritando palabras incoherentes; inmediatamente corrió calle abajo. El mundo parecía haber enloquecido.

Sólo yo permanecía en calma. Miré hacia los cielos; casi esperaba ver las naves negras de los invasores ya suspendidas sobre las torres de Rom. Sin embargo, sólo vi las luces nocturnas y todo aquello que me era familiar.

—¿Gormon? —llamé—. ¿Avluela?

Estaba solo.

Una extraña vacuidad cayó sobre mí. Había dado la alarma; los invasores estaban en camino; había perdido mi ocupación. Ya no eran necesarios los Vigías. Casi con amor, toqué el carrito desvencijado que me había acompañado durante tantos años. Acaricié sus instrumentos manchados, llenos de pequeñas marcas. Después aparté la mirada; lo abandoné, bajé sin su carga por las calles oscuras, como un hombre cuya vida entera hubiese encontrado la razón de ser para perderla en el mismo instante. A mi alrededor bramaba el caos.

VII

Era cosa entendida que, en el momento de la batalla final por la Tierra, todas las hermandades se movilizarían, con la sola excepción de los Vigías. Nosotros, que habíamos patrullado por tantos siglos el perímetro defensivo, no jugábamos parte alguna en la estrategia del combate; estábamos exentos, una vez dada la alarma definitiva. Era el momento en que la hermandad de Defensores debía mostrar su capacidad. Llevaban medio ciclo planeando lo que harían en tiempo de guerra. ¿Qué planes llevarían a cabo en ese momento, puesto que la ocasión había llegado ya? ¿Qué actos realizarían?

Mi única preocupación en aquel momento era regresar a la hostería real para esperar el resultado de la crisis. Era inútil tratar de encontrar a Avluela. Habría querido abofetearme duramente por haberla dejado escapar así, desnuda y sin protección, en medio de tanta confusión. ¿Adónde podría ir? ¿Quién la protegería?

Un camarada Vigía, que arrastraba desesperadamente su carrito, estuvo a punto de chocar conmigo.

—¡Cuidado! —exclamé.

Él levantó la vista, sin aliento, atónito.

—¿Es cierto? —preguntó—. Lo de la alarma.

—¿No la oyes?

—Pero ¿es cierto?

—Sabes cómo descubrirlo —respondí, señalando su carrito—. Dicen que el hombre que dio la alarma estaba ebrio, que era un viejo tonto a quien ayer echaron del hospedaje.

—Puede ser —admití.

—¡Pero si la alarma es real!...

—Si lo es —respondí con una sonrisa—, entonces todos nosotros podemos descansar. Que pases un buen día, camarada.

—¡Tu carrito! —me gritó—. ¿Dónde has dejado tu carrito? Pero ya lo había dejado atrás; me dirigí hacia un gran pilar tallado, reliquia del antiguo Imperio de Rom.

La columna presentaba antiguas imágenes talladas en su piedra: batallas y victorias, monarcas extranjeros arrastrando las cadenas de la desgracia, marchando por las calles de Rom, águilas triunfantes que celebraban la grandeza imperial. En mi extraña calma, me detuve ante la columna de piedra y admiré sus elegantes tallas. Una figura frenética corrió hacia mí, y en ella pude reconocer al Memorizador Basil; lo saludé, diciendo:

—¡Qué a tiempo llegas! Hazme el favor de explicarme estas imágenes, Memorizador. Me fascinan, despiertan mi curiosidad.

—¿Estás demente? ¿No oyes la alarma?

—He sido yo quien la ha dado, Memorizador.

—¡Corre, entonces! ¡Vienen los invasores! ¡Debemos luchar!

—Yo no, Basil. Mi tarea ha terminado. Cuéntame qué son estas imágenes. Estos reyes castigados, estos emperadores destruidos. No creo que un hombre de tu edad deba presentar batalla.

—¡Todos estamos movilizados!

—Todos, menos los Vigías —dije—. Espera un momento. En mí se ha despertado la añoranza por el pasado. Gormon ha desaparecido. Sé mi guía hacia estos ciclos perdidos.

El Memorizador sacudió nerviosamente la cabeza y se volvió, tratando de escapar. Arremetí contra él, con la esperanza de tomarlo por el brazo para retenerlo a mi lado; pero me eludió, y sólo me quedó entre las manos su chalina oscura. Lo vi alejarse de mi vista, calle abajo, con los miembros enjutos agitados en locos movimientos. Me encogí de hombros y examiné la chalina que tan inesperadamente había pasado a mi poder. La atravesaban relucientes hilos de metal, dispuestos en diseños tan intrincados que la vista se perdía en ellos; se me ocurrió que cada fibra desaparecía en la trama del tejido para reaparecer sólo en el punto más improbable, como el linaje de las dinastías que resurgen de pronto en ciudades distantes. La artesanía era maravillosa. Con pereza, me la puse sobre los hombros y eché a andar.

Un rato antes las piernas habían estado a punto de fallarme, pero en ese momento cumplían bien con su función. Rejuvenecido, me abrí camino por la caótica ciudad, y no hallé dificultades para encontrar mi ruta. Crucé el río, y en seguida, en la otra margen del Ti Ver, busqué el palacio del Príncipe. La noche se había oscurecido más aún, ya que casi todas las luces se habían apagado tras la movilización general. De vez en cuando, una explosión apagada indicaba en lo alto el estallido de una bomba-pantalla, que liberaba nubes tenebrosas para ocultar la ciudad a quien la mirara desde lejos. Pocos peatones cruzaban las calles. Aún sonaban las sirenas, y en lo alto de los edificios, las instalaciones defensivas comenzaban a entrar en acción. Escuché el agudo sonido de los rechazadores que se calentaban, y vi los delgados brazos de los aguilonos de amplificación que unían torre con torre para lograr la máxima potencia. Ya no tenía dudas de que la invasión era inminente. Mis propios instrumentos podrían haber sido engañados por una íntima confusión, pero la movilización no habría llegado hasta tal punto si el informe inicial no hubiese sido confirmado por los hallazgos de otros cientos de Vigías.

Al acercarme al palacio, un par de Memorizadores jadeantes corrieron en mi dirección, con las chalinas flameando a sus espaldas. Me llamaron con palabras que no comprendí; algún código de la hermandad, supuse, recordando que llevaba puesta la chalina de Basil. No pude responder, y se lanzaron hacia mí, hablando atropelladamente en el lenguaje común.

—¿Qué ocurre contigo? ¡A tu puesto! ¡Debemos registrar! ¡Debemos comentar y observarlo todo!

—Me confundís —dije, suavemente—. Esta chalina pertenece a vuestro hermano

Basil, que me la ha dejado en custodia. No hay puesto para mí en la lucha.

—Un Vigía —dijeron al unísono, y me maldijeron separadamente antes de continuar la carrera.

Riendo, entré en el palacio.

Sus puertas estaban abiertas. Los neutros que custodiaban el pórtico exterior se habían ido, y también los dos Registradores que solían hallarse tras la puerta. Los mendigos, antes apiñados en la plaza, se habían abierto paso a empujones hasta el mismo edificio, para buscar refugio en él; ante eso, los mendigos autorizados que gozaban de puestos hereditarios en aquella parte del palacio habían montado en cólera, arrojándose contra los refugiados que acudían en tropel, llenos de furia y de inesperadas fuerzas. Los tullidos repartían golpes a diestro y siniestro, utilizando sus muletas a modo de porras; los ciegos lanzaban puñetazos con sospechosa certeza; mansos penitentes empuñaban una extensa variedad de armas, desde estiletes hasta pistolas sónicas. Me mantuve a distancia de aquel vergonzoso espectáculo, y logré penetrar en los recintos interiores del palacio. Dentro de las capillas, algunos Peregrinos invocaban la bendición de la Voluntad, mientras los Comunicadores buscaban desesperadamente guía espiritual para enfrentarse al conflicto que se avecinaba.

De pronto se oyó un sonar de trompetas, acompañado de gritos:

—¡Abrid paso! ¡Abrid paso!

Una fila de robustos Sirvientes entró en el palacio, dirigiéndose hacia las cámaras del Príncipe, ubicadas en el ábside. Varios de ellos sujetaban una silueta de alas semidesplegadas, que se debatía frenéticamente: ¡Avluela! La llamé, pero mi voz se perdió entre el estrépito, y no pude aproximarme a ella. Los servidores me apartaron a un lado. La procesión desapareció en las cámaras principescas. Durante un instante, aún pude ver a la pequeña Voladora, pálida y menuda entre la firme presión de sus captores, y luego desapareció una vez más.

Sujeté a un estúpido neutro que avanzaba a paso incierto tras la estela de los Sirvientes.

—¡Esa Voladora! ¿Por qué la trajeron aquí?

—Han... él... los...

—¡Habla!

—El Príncipe... su mujer... en su carruaje... él, él... los... los invasores...

Arrojé a un lado a aquella criatura balbuceante, y corrí hacia el ábside. Un muro impertérrito cuya altura era diez veces mayor que la mía, me cerró el paso.

—¡Avluela! —grité, roncamente—. ¡A-vlu-e-la!

No se me expulsó, ni se me permitió el paso. Me ignoraron. La confusión que rodeaba las puertas occidentales del palacio se había extendido ya a la nave y a los corredores. Los mendigos desharrapados bullían en mi dirección. Giré velozmente y me encontré de pronto ante una de las puertas laterales del palacio.

Inmóvil, en suspenso, permanecí en el patio que llevaba a la hostería real. Una

extraña electricidad chisporroteaba en el aire. Supuse que sería una emanación de las instalaciones defensivas de Rom, alguna especie de rayo ideado para camuflar la ciudad ante un ataque directo. Pero un instante después supe que anunciaba la verdadera llegada de los invasores.

Las naves del espacio centellearon en el cielo.

Al percibir las durante mi Vigilancia me habían parecido negras contra la negrura infinita, pero ahora ardían con el fulgor de un sol. El firmamento se engalanó con un torrente de globos brillantes y duros como piedras preciosas; se situaron una al lado de otra, extendiéndose de oriente a occidente, en una franja continua, llenando toda la bóveda celeste. Al verlas surgir simultáneamente ante la vista, me pareció percibir el estruendo y el latido de una invisible sinfonía que anunciaba la llegada de los conquistadores de la Tierra.

No sé a qué distancia del suelo estaban las naves estelares, ni cuántas había suspendidas allí, ni podría dar detalles sobre su aspecto. Sólo sé que allí estaban, en una súbita majestad colectiva. De haber sido Defensor, mi alma habría sucumbido ante su aparición.

Luces multicolores cruzaron el cielo. La batalla había comenzado. No lograba comprender las acciones de nuestros guerreros, e igualmente me desconcertaban las maniobras de aquellos que habían venido a tomar posesión de nuestro planeta, cubierto de historia, pero desgastado por el tiempo. Para mi vergüenza, no sólo me sentía fuera de la batalla, sino también por encima de ella, como si nada de aquello me afectara. Necesitaba a Avluela junto a mí, y ella estaba en algún lugar, en las profundidades del palacio del Príncipe de Rom. Hasta Gormon habría representado algún consuelo en aquel momento; Gormon el Mutante, Gormon el espía, Gormon, el monstruo traidor de nuestro mundo.

Los gigantes amplificadores aullaron:

—¡Abrid paso al Príncipe de Rom! ¡El Príncipe de Rom conduce a los Defensores en la batalla por la Tierra madre!

Un vehículo reluciente emergió del palacio. Tenía la forma de una lágrima, y en su techo de metal pulido, una lámina transparente permitía que el populacho viera al Príncipe de Rom y cobrara ánimos con la presencia de su amo. Éste aparecía sentado ante los controles del vehículo, orgullosamente erguido, y sus facciones juveniles y crueles reflejaban una áspera firmeza. A su lado, vestida como una emperatriz, pude ver la grácil silueta de Avluela, la Voladora. Parecía estar en trance.

El carruaje real alzó el vuelo y se perdió en la oscuridad. Creí ver un segundo vehículo, que siguió su estela. El del Príncipe volvió a hacerse visible, y los dos volaron en círculos cerrados, como si se hubiesen trabado en combate. Una nube de chispas azules los ocultó. En seguida cobraron más y más altura, alejándose, hasta que los perdí de vista tras las colinas de Rom.

¿Acaso la batalla se había extendido ya a todo el planeta? ¿Acaso estaba Pris en peligro, y la sagrada Jorslén, e incluso las soñolientas islas de los Continentes

Perdidos? Tal vez las naves estelares se cernían sobre todo el mundo. Nada podía yo saber. Sólo tenía noticias de lo que ocurría en un pequeño fragmento del cielo romano, y aun así mi conciencia de los hechos era confusa, incierta y mal informada. Hubo efímeros relámpagos de luz, en los que vi batallones de Voladores lanzados en torrentes por el cielo; y de inmediato la oscuridad volvió a caer como una mortaja de terciopelo sobre la ciudad. Vi las grandes máquinas de nuestra defensa, que disparaban espasmódicamente desde lo alto de nuestras torres. Y, sin embargo, veía aún intactas las naves estelares, indemnes, inmóviles allá en lo alto.

Estaba de pie en un patio desierto, pero en la distancia se oían voces, llenas de temores y presagios, y sus gritos metálicos sonaban como el chirrido de los pájaros nocturnos. De vez en cuando, una explosión conmovía la ciudad entera. En algún momento, un pelotón de Sonámbulos pasó por mi lado; en la plaza, frente al palacio, un grupo que parecía llevar las vestimentas de los Bufones desplegaba una red chisporroteante, tal vez un pertrecho militar. A la luz de un relámpago pude ver que tres Memorizadores tomaban copiosas notas de cuanto veían al pasar, llevados a cierta altura por un plato gravitatorio. Me pareció (aunque no pude confirmarlo) que el vehículo del Príncipe de Rom volvía a cruzar el cielo, con su perseguidor detrás, a muy corta distancia.

—Avluela —susurré, al tiempo que las dos luces gemelas se perdían de vista.

¿Acaso eran tropas de asalto lo que vomitaban las naves estelares? ¿Eran fuerzas colosales aquellas columnas que bajaban en espiral desde aquel brillo orbitante, hasta tocar la superficie de la Tierra? ¿Por qué el Príncipe se había llevado a Avluela? ¿Dónde estaba Gormon? ¿Qué hacían nuestros defensores? ¿Por qué no eran derribadas las naves enemigas?

Clavado entre los antiguos adoquines del patio, observé la batalla cósmica sin comprender nada de cuanto ocurrió durante aquella larga noche.

Llegó el alba. Pálidas estrías de luz se extendieron entre torre y torre. Me froté los ojos, notando que me había dormido allí mismo, de pie. Me dije, sin mayor interés, que quizá debía asociarme a la hermandad de los Sonámbulos. Toqué la chalina del Memorizador que aún tenía sobre los hombros, y me pregunté cómo había llegado a mi poder; y la respuesta vino.

Miré hacia el cielo.

Las naves extrañas se habían ido. Sólo vi el cotidiano cielo matutino, roto el gris por un primer rosado. Bajo el impulso de la costumbre, busqué mi carrito para cumplir con mi Vigilancia. Recordé entonces que ya no era necesario vigilar, y me sentí vacío, más vacío de lo que es normal sentirse en tales horas.

¿Acaso había terminado la batalla? ¿Estaba vencido el enemigo, y las naves invasoras habían sido derribadas? ¿Yacían acaso en chamuscadas ruinas, en las afueras de Rom?

El silencio reinaba por doquier. No había sinfonías celestiales. Y entonces, de la fantástica quietud, surgió un sonido nuevo, un rumor sordo, como el que harían las

ruedas de muchos vehículos cruzando las calles de la ciudad. Y los Músicos invisibles tocaron un acorde postrero, profundo y resonante, que se perdió en ecos desiguales, como si alguien hubiese pulsado todas las cuerdas a un tiempo.

Los altoparlantes utilizados para avisos públicos dejaron escapar serenas palabras:
—Rom ha caído. Rom ha caído.

VIII

La hostería real estaba desierta. Los neutros y los miembros de las hermandades servidoras habían huido. Defensores, Regidores y Dominantes habrían perecido noblemente en el combate. Ni Basil, el Memorizador, ni sus hermanos estaban a la vista. Me dirigí a mi cuarto para lavarme, descansar y tomar algún alimento. Junté mis pocas pertenencias y me despedí de los lujos que había disfrutado durante tan corto espacio de tiempo. Lamentaba que mi visita a Rom hubiera sido tan breve, pero al menos había recorrido gran parte de la ciudad con Gormon, que había sido un guía excelente.

Tomé la decisión de seguir andando.

No me pareció prudente quedarme en una ciudad recién conquistada. El bonete pensante de mi cuarto no respondió a mis preguntas, y no pude saber, por lo tanto, cuál era la gravedad de la derrota, tanto allí como en otras regiones. No obstante, me parecía evidente que Rom, al menos, había sido arrebatada al control humano, y ya no quería permanecer en ella. Consideré la idea de dirigirme hacia Jorslén, como lo sugiriera el peregrino alto que había encontrado a las puertas de Rom; pero tras alguna reflexión elegí el camino que iba hacia el oeste, a Pris; esa ciudad estaba más próxima, y además albergaba los cuarteles de los Memorizadores. Mi propia tarea había concluido; pero en la primera mañana de la conquista de la Tierra sentía un súbito poder, una extraña urgencia por ofrecerme humildemente a los Memorizadores, para buscar con ellos el conocimiento de un ayer más luminoso.

Hacia el mediodía abandoné mi alojamiento. Caminé primero hasta el palacio, que aún permanecía abierto. Los mendigos yacían esparcidos, algunos drogados, otros dormidos; pero la mayoría de ellos habían muerto. Por la violencia que acusaban los cuerpos deduje que se habían asesinado mutuamente, en medio del pánico y del frenesí. En la capilla, un Registrador se había arrodillado ante las tres calaveras del artefacto de interrogatorios, con aspecto abatido. Al verme entrar, dijo:

—Es inútil, los cerebros no responden.

—¿Qué le ha ocurrido al Príncipe de Rom?

—Ha muerto. Los invasores lo derribaron.

—Con él iba una joven Voladora. ¿Qué sabes de ella? —Nada. Supongo que también habrá muerto.

—¿Y la ciudad?

—Ha caído. Los invasores están por todas partes.

—¿Matan?

—Ni siquiera saquean —dijo el Registrador—. Son muy gentiles. Nos han recaudado.

—¿Sólo en Rom, o en todo el planeta?

El hombre se encogió de hombros y comenzó a mecerse rítmicamente. Lo dejé y me adentré en el palacio. Ante mi sorpresa, las cámaras imperiales no estaban

selladas. Entré. Me sentí sobrecogido ante el lujo suntuoso de las colgaduras, de los cortinajes, las luces y el mobiliario. Pasé de una estancia a otra, hasta llegar al lecho real; el cubrecama era la pulpa de un molusco gigantesco, traído de un planeta ajeno al sistema solar. Como si la concha me llamara, toqué la trama infinitamente suave que cobijara al Príncipe de Rom, y recordé que también Avluela había reposado allí.

Con muchos años menos, me habría sentido capaz de sollozar.

Salí del palacio, y tras cruzar lentamente la plaza comencé mi viaje hacia Pris.

Al partir, pude ver por primera vez a nuestros conquistadores. Un vehículo de extrañas características se detuvo junto a la plaza, y diez o doce siluetas bajaron de él. Parecían casi humanos. Eran altos y anchos de hombros y de pecho, como Gormon; sólo la extremada longitud de los brazos los señalaba instantáneamente como pertenecientes a otra raza. La piel era de una rara textura; supongo que, desde menor distancia, podría haber visto que sus ojos, labios y narices eran de un dibujo diferente del humano. Sin reparar en mí, cruzaron la plaza; sus largos pasos desarticulados me recordaron irresistiblemente el andar de Gormon. Entraron al palacio. No parecían arrogantes ni agresivos.

Turistas. Una vez más, la majestuosa Rom ejercía su magnetismo sobre los extranjeros.

Dejé que nuestros nuevos amos se divirtieran, y me alejé hacia los suburbios de la ciudad. La esterilidad de un invierno interminable se filtró en mi alma. Me pregunté si sentía pena por la caída de Rom, o si lamentaba la pérdida de Avluela. Tal vez mi tristeza se debía sólo a que ya había pasado por alto tres Vigilancias, y sentía las punzadas del hábito, como un adicto privado de su droga.

Decidí que era todo eso a la vez lo que provocaba mi sufrimiento, pero especialmente lo último.

Al acercarme a las puertas, pude ver que nadie recorría la ciudad. El temor a los nuevos amos mantenía a los romanos ocultos en sus escondrijos, según podía suponerse. De tiempo en tiempo, uno de los vehículos extraños pasaba con un murmullo, pero nadie me perturbó. Ya avanzada la tarde llegué a la puerta occidental. Estaba abierta, y a través de ella pude ver una suave colina, en cuya cima crecían árboles de copa oscura. Pasé por la puerta sin que nadie me detuviera, y más allá divisé la silueta de un Peregrino que se alejaba de la ciudad arrastrando lentamente los pies.

Lo alcancé sin esfuerzo.

Su paso vacilante e inseguro me resultaba extraño, puesto que ni siquiera el grueso hábito pardo podía ocultar la fuerza y la juventud de su cuerpo. Se mantenía erguido, los hombros altos y la espalda recta; y sin embargo caminaba con el paso vacilante y tembloroso de un anciano. Al llegar a su altura espié furtivamente bajo su capucha, y entonces comprendí: fijado a la máscara de bronce que usa todo Peregrino llevaba un reverberador, como los que usan los ciegos para percibir los obstáculos. Al notar mi presencia, dijo:

—Soy un Peregrino ciego. Te ruego que no me molestes.

No era la voz de un Peregrino. Era fuerte, áspera, imperiosa.

—A nadie molesto —repliqué—. Soy un Vigía que ha perdido su ocupación durante la pasada noche.

—Muchas ocupaciones se han perdido en la pasada noche, Vigía.

—Pero no la de un Peregrino, por cierto.

—No —respondió—. No la de un Peregrino.

—¿Hacia dónde te diriges?

—Me alejo de Rom.

—¿No llevas rumbo alguno?

—No —contestó el Peregrino—. Voy sin rumbo. Vagaré.

—Tal vez debamos vagar juntos —dije, pues se considera buena suerte viajar con un Peregrino; puesto que había perdido a mi Voladora y a mi Mutante, me vería obligado de otro modo a viajar solo—. Voy hacia Pris. ¿Quieres venir?

—Tanto me da ir allí como hacia otra parte —respondió amargamente—. Sí, iremos juntos a Pris. Pero ¿qué ocupación hay allí para un Vigía?

—En ninguna parte hay ocupación para un Vigía. Voy a Pris para ofrecerme al servicio de los Memorizadores.

—¡Ah! —dijo—. Yo también pertenecí a esa hermandad, pero sólo de forma honoraria.

—Puesto que la Tierra ha sucumbido, quiero saber más de sus tiempos de orgullo.

—¿Quieres decir que ha sucumbido la Tierra entera, y no sólo Rom?

—Así lo creo —respondí.

—¡Ah! —exclamó el Peregrino—. ¡Ah!

Guardó silencio, y seguimos adelante. Le ofrecí el brazo, y dejó de arrastrar los pies para adoptar el paso decidido de un hombre joven. De vez en cuando exhalaba un suspiro, o quizá un sollozo contenido. Cuando le pedí detalles sobre su Peregrinaje, me respondió con evasivas o no dio respuesta alguna.

Haría una hora que habíamos salido de Rom, y cruzábamos ya los bosques, cuando dijo, súbitamente:

—Esta máscara me lastima. ¿Quieres ayudarme a acomodarla?

Para mi sorpresa, comenzó a quitársela. Me sobresalté, pues los Peregrinos tienen prohibido mostrar el rostro. ¿Acaso había olvidado que yo no era ciego como él?

Al quitarse la máscara, dijo:

—No te agradará lo que vas a ver.

El enrejado de bronce cayó, y pude ver que sus ojos habían sido arrancados hacía poco tiempo; no era el cuchillo del cirujano el que había hecho aquellos agujeros, sino tal vez dedos agudos. En seguida vi la afilada nariz real, y por último los labios peculiares y tensos del Príncipe de Rom.

—¡Su Majestad! —exclamé.

Huellas de sangre seca cruzaban sus mejillas. En torno a las cuencas vacías se

notaban rastros de unguento. Supongo que apenas sentiría el dolor, calmado por aquella untura verde. Pero la aflicción que estalló en mí fue real y poderosa.

—Ya no hay Majestad —dijo—. ¡Ayúdame con la máscara! —La sostuvo con manos temblorosas, y agregó—: Es necesario ensanchar estos rebordes; me aprietan dolorosamente las mejillas. Aquí, aquí.

Hice rápidamente el ajuste necesario, para no seguir viendo aquella cara desfigurada. Volvió a colocarse la máscara, diciendo con serenidad:

—Ahora soy un Peregrino. Rom no tiene Príncipe. Delátame si así lo prefieres, Vigía; de lo contrario, ayúdame a llegar hasta Pris; y si alguna vez recupero mi poder, serás recompensado.

—No soy un delator —le dije.

Continuamos caminando en silencio. No había forma de hablar sobre nimiedades con un hombre semejante.

El viaje sería sombrío, pero me sentía obligado a servirle de guía. Recordé las palabras de Gormon; había cumplido muy bien con su promesa. También pensé en Avluela. Habría querido preguntar al Príncipe cómo había muerto su consorte, la Voladora, en la noche de la derrota. Cien veces me subieron las palabras a los labios, pero no llegué a pronunciarlas.

En el horizonte se reunieron luces crepusculares, pero el sol aún brillaba con dorados rojizos, marcándonos el rumbo hacia el oeste. De pronto me detuve; una ronca exclamación de sorpresa se me ahogó en la garganta, al ver pasar una sombra sobre mí.

A gran altura, Avluela pasó rauda, la piel manchada con los matices del crepúsculo, extendidas las alas en toda su amplitud, radiantes con todos los colores del espectro solar. Ya había alcanzado en su vuelo la altura de cien hombres, y continuaba subiendo; debía verme tan sólo como una mota entre los árboles.

—¿Qué pasa? —preguntó el Príncipe—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—¡Dime qué ves!

—Una Voladora, Majestad —respondí al comprender que no podía engañarlo—. Una esbelta muchacha, allá, muy alto. —Entonces, la noche ha de estar próxima.

—No —respondí—. El sol no ha tocado aún el horizonte.

—¿Cómo es posible? Sus alas son sólo alas nocturnas. El sol la precipitaría a tierra.

Vacilé. No podía explicarle a qué se debía que Avluela volara en pleno día, aunque sólo tuviera alas nocturnas. No podía decirle al Príncipe que junto a ella volaba el invasor Gormon, sin alas, pero moviéndose en el aire sin esfuerzo alguno, rodeando con su brazo los hombros de la muchacha, sosteniéndola, apoyándola, ayudándola a resistir la presión del viento solar. No podía decirle que su justo verdugo volaba en lo alto con la última de sus consortes.

—¿Y bien? —inquirió—. ¿Cómo es que vuela durante el día?

—No lo sé —respondí—. Eso es un misterio para mí. Hay en la actualidad muchas cosas que ya no comprendo.

El Príncipe pareció aceptarlo.

—Así es, Vigía. Hay muchas cosas que nadie logra comprender.

Una vez más, guardó silencio. Yo ardía en deseos de gritar el nombre de Avluela, pero sabía que ella no podría ni querría oírme. Y así caminé hacia el crepúsculo, hacia Pris, conduciendo al Príncipe ciego. Allá en lo alto, Avluela y Gormon cobraron velocidad, claramente delineados contra los últimos fulgores del día, hasta alcanzar una altura tan inmensa que los perdí de vista.

Carne compartida

Poul Anderson

En todos los campos del saber humano existe lo que se llama un «veterano». Normalmente, son los individuos en quienes es posible confiar, aquéllos con los que se puede contar para un trabajo difícil, los que lo hacen todo bien, y todo rápidamente. Más aún, lo hacen todo con un mínimo de dolor de cabeza y de dolor de corazón.

Es algo gracioso, pero normalmente es el verdadero aficionado el que sufre un ataque por una coma mal colocada; o el que se hunde, sangrando, sobre el necesario toque editorial.

Sin embargo, la ciencia ficción tiene mucho trabajo en mantener a sus veteranos. Se trata de un campo literario mal pagado y, en cambio, muy solicitado, muy exigente. Los que escriben ciencia ficción no sólo deben desarrollar todas las habilidades normales en cualquier escritor, sino que, además, deben aprender a extrapolar sociedades nuevas, a incorporar hábilmente la ciencia formal, y a estar siempre al día respecto a todos los cambios que, inexorablemente, se producen en el mundo en todos los campos.

Muchos no logran alcanzar el punto en el que se hallan más calificados marginalmente. Pero algunos aprenden en esos ambientes exigentes y tienen una gran demanda. Pueden escribir ciencia ficción para las revistas nacionales, que pagan bien. Pueden escribir para el cine y la televisión.

*Todo eso da más dinero que la ciencia ficción y, por eso, la tentación de «graduarse» es enorme. Con la cabeza gacha y el labio temblón, debo admitir que no pertenezco al grupo de los que resisten esa tentación. Excepto por mis artículos mensuales en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, apenas escribo ya en las revistas de ciencia ficción. (Oh, ocasionalmente aparezco; no soy un gran traidor).*

Por eso mismo, honremos a los grandes veteranos que tienen la suficiente maestría para ganar premios Hugo, y que han estado sirviendo como baluartes del campo de la revista durante veinte años o más. La primera historia de Fritz Leiber en las revistas apareció en 1939, la de Jack Vance en 1945, y la de Gordon Dickinson en 1950.

Sin embargo, por una combinación de cantidad y calidad, me gustaría nombrar

al bueno de Poul Anderson. Según recuerdo, su primera historia apareció en 1947, y creo que desde entonces no ha transcurrido un año sin que haya contribuido con varias historias a este campo. Y no es que no pueda escribir nada más lucrativo, sé que puede. Pero es que lleva en su interior la ciencia ficción y, gracias a Dios, ansía exteriorizarla.

Naturalmente, no todo lo de Poul Anderson es de admirar. Muchas antologías, listas, catálogos de editores, etc., nombran a los autores por orden alfabético, que es exactamente el mejor modo de hacerlo, como creemos todos. Por este sistema, yo estoy a veces en el primer lugar, que es donde me corresponde. Pero siempre que Poul está también presente, es él quien me adelanta porque An va delante de As.

Obviamente, Poul debe hacerlo a propósito, cosa que ustedes admitirán que está muy mal hecha.

Moru comprendió la naturaleza de las armas. Finalmente los altos extranjeros habían demostrado a sus guías lo que eran capaces de hacer con los objetos que llevaban en sus cinturones en un estampido y una llamarada. Lo que no pudo saber es que las pequeñas cajas que a menudo llevaban en sus manos, mientras hablaban en su lengua extraña, eran transmisores audiovisuales. Probablemente creyó que se trataba de fetiches.

Fue así que cuando mató a Donli Sairn lo hizo a la vista de la esposa de la víctima.

Eso fue una casualidad. Excepto en momentos predeterminados, a la mañana y a la tarde de los días de veintiocho horas de ese planeta, el biólogo, al igual que sus compañeros, transmitía para su computadora. Pero, como quiera que se había casado hacía poco, y como eran tan inmensamente felices, Evalyth solía recibir las transmisiones de su esposo siempre que le era posible escapar de sus propios deberes.

Es necesario tener en cuenta, entonces, que la coincidencia que la hizo ser testigo de la escena, no fue demasiado manifiesta. Tenía poco trabajo. Era la técnica militar de la expedición, pues procedía de una zona casi bárbara de Kraken, donde ambos sexos gozaban de similares oportunidades de aprender las artes marciales adecuadas a los medios primitivos. Se hallaba dedicada a vigilar estrechamente las construcciones de una aldea. Sin embargo, los habitantes de Lokon eran tan sociables con los visitantes de los cielos como lo permitían los misterios que unos guardaban frente a los otros. Todo su instinto y experiencia le señalaban a Evalyth que su reticencia no enmascaraba otra cosa que asombro, no carente del deseo de entablar amistad. El capitán Jonafer estaba de acuerdo con ella. Así pues, viendo que su trabajo se estaba transformando en una sinecure, Evalyth trataba de aprender lo suficiente acerca de las tareas de Donli para ser una ayudante eficiente cuando él volviera de las tierras bajas.

Además, un análisis había confirmado que estaba embarazada. No pensaba decírselo, por lo menos por el momento. Sería bueno esperar hasta que se hallaran juntos otra vez en el lecho, y no transmitirlo a través de miles de kilómetros de distancia. Mientras tanto, la noción de que habían comenzado una nueva vida hacía que ella pensara constantemente en él.

La tarde del asesinato, su esposa entró en el laboratorio silbando alegremente. Afuera brillaba la luz del sol con increíble fuerza, coloreando la tierra de un tono bronceado y tiñendo las casas prefabricadas que se agrupaban alrededor de la nave espacial que había transportado a los hombres y a los equipos desde la órbita donde se hallaba el *New Dawn* (Nuevo Amanecer), derramándose sobre las naves voladoras, los aparatos antigravitatorios allí estacionados, que llevaban a los hombres de un lado a otro de la ancha isla que constituía toda la tierra habitable de ese planeta, y sobre los mismos hombres y mujeres. Más allá de los límites del campamento, las copas de los árboles, los edificios construidos con barro y ladrillos, el murmullo de las voces y el ruido de las pisadas, así como las vaharadas de humo negro, revelaban que entre

esta zona y el lago Zelo se extendía una ciudad de varios miles de habitantes.

El biolaboratorio ocupaba más de la mitad de la estructura en que vivían los Sairn. Las comodidades eran pocas, como correspondía a la situación en que naves de un puñado de culturas, que trataban de volver a la civilización, surcaban las ruinas del imperio. Para Evalyth, era suficiente pensar que éste era su hogar. Estaba acostumbrada a la austeridad. Una de las cosas que la atrajo de Donli, cuando lo conoció en Kraken, fue la alegría con que él, oriundo de Atheia, y por lo tanto acostumbrado a retener o recapturar comodidades similares a las de la vieja Tierra en sus días de gloria, había aceptado la vida en su austero país.

La gravedad en este mundo era de 0,77 o sea menos de los dos tercios de aquella en la cual se había criado. Se le hacía fácil caminar, entonces, a través de los numerosos aparatos y especímenes.

Era una muchacha corpulenta y joven, de facciones algo toscas para el gusto de los hombres que no fueran de su pueblo. Tenía los cabellos rubios de su gente, en las piernas y en los antebrazos se veían los mismos intrincados tatuajes, y la pistola de rayos que llevaba en la cintura le había llegado a través de muchas generaciones. Por lo demás, había abandonado los trajes que se usaban en Kraken para sustituirlos por los simples uniformes de la expedición.

¡Qué fresca y agradablemente oscura estaba la casa! Suspiró con placer, se sentó y activó el recibidor. A medida que se formaba la imagen tridimensional, oyó con un dulce sobresalto la voz de Donli que decía:

—... parece haberse originado un trébol.

La imagen que observaba era la de plantas con verdes hojas trilobuladas, esparcidas entre el seudocésped rojizo del planeta. Donli acercó la imagen para que la computadora registrara detalles para su análisis posterior. Evalyth frunció el ceño tratando de recordar... ¡Ah, sí! El trébol era una de las formas de vida que el hombre había traído consigo desde la vieja Tierra, a una innumerable cantidad de planetas, antes de que sobreviniera la Larga Noche. Muy a menudo eran ya virtualmente irreconocibles; durante miles de años la evolución los había ido adaptando a las condiciones de cada lugar, o las mutaciones y las variaciones genéticas habían actuado sobre una cantidad originariamente pequeña, de forma regida completamente por el azar. Nadie en Kraken sabía que los pinos, las gaviotas y las rizobacterias eran inmigrantes alterados, hasta que llegó Donli y las identificó. Sin embargo, ni él ni nadie de este lado de la galaxia había vuelto a la Tierra madre. Pero los depósitos de datos de Atheia estaban rebosantes de información, igual que la querida cabeza de Donli...

Ahora podía ver su mano, enorme en la pantalla, juntando especímenes. Hubiera deseado besarla. «Paciencia, paciencia —le dijo la parte oficial de su yo a la parte de novia—. Estamos aquí para trabajar. Hemos descubierto una colonia perdida, la más desgraciada hasta ahora, hundida en un verdadero primitivismo. Nuestro deber es aconsejar a la Junta acerca de si sería adecuado enviar una misión civilizadora, o si

los escasos recursos de los planetas aliados deberán ser invertidos en otra parte, dejando a esta gente hundida en su miseria durante trescientos o cuatrocientos años más. Para poder llegar a dar un informe honesto, para eso estoy en las bárbaras tierras altas, mientras que él está en la jungla, entre salvajes.

»Por favor, termina pronto, querido».

Oyó que Donli hablaba en el dialecto de las tierras bajas. Esta lengua se basaba en el lokonés, la cual descendía a su vez, aunque remotamente, del anglicano. Los lingüistas de la expedición desentrañaron los secretos del lenguaje en unas pocas semanas de intensivo estudio. A partir de entonces todo el personal se sometió a la programación cerebral del nuevo idioma. De todos modos, Evalyth admiraba la rapidez con que Donli se desenvolvía, hablando con fluidez la versión de los montañeses, después de haber sostenido unos pocos días de conversación con ellos.

—¿No estamos ya llegando al lugar, Moru? Me dijiste que lo que buscábamos estaba cerca del campamento.

—Casi estamos allá, venido-del-cielo.

Un sentimiento de alarma comenzó a preocupar a Evalyth. ¿Donli había salido solo con uno de los nativos, dejando atrás a sus compañeros? Rogar de Lokon les había advertido que tuvieran mucho cuidado, puesto que podían ser traicionados por estos habitantes. Pero también recordaba que ayer los guías habían rescatado a Haimie Fiell, cuando cayó a un río de rápida corriente, incluso con riesgo para ellos...

La imagen oscilaba, puesto que Donli llevaba el transmisor en la mano. De vez en cuando, Evalyth, algo mareada por el movimiento, podía captar el aspecto general de la zona. Los árboles englobaban un camino abierto por los cazadores, se veían los follajes de color óxido, ramas y troncos marrones, sombras que se movían más adelante y la ocasional y ronca llamada de algo que no se distinguía. Evalyth podía prácticamente sentir el calor y la atmósfera pesada, oler las tufaradas desagradables. Este mundo, que ya no tenía nombre, puesto que los habitantes se habían olvidado de las estrellas, era poco favorable para la colonización. Con la ayuda de especies que había traído, el hombre sobrevivía de forma marginal. Los pioneros probablemente tendrían deseos de mejorar las cosas. Pero luego comenzó la regresión, los hallazgos revelaban que la única ciudad había sido destruida con misiles, y la mayoría de los habitantes muertos. Faltaban recursos para la reconstrucción; el verdadero milagro fue que algo pudiera haber quedado del ser humano, que fuera más que sus huesos.

—Mira aquí, venido-del-cielo.

La escena, que giraba, se tomó más estable. El silencio llegó desde la selva hasta la cabina.

—No veo nada —dijo Donli al cabo de un rato.

—Sígueme. Te lo mostraré.

Donli colgó su transmisor de un árbol. La imagen mostró cómo él y Moru cruzaban una pradera. El guía parecía muy pequeño al lado del viajero del espacio.

Le llegaba escasamente al hombro. Un hombre-niño, pensó ella, de cuerpo casi desnudo, cubierto de cicatrices, que cojeaba de una pierna a causa de heridas padecidas, con cara abruptamente terminada en una mata negra de pelo y barba. Este hombre, que no podía cazar, sino que tenía que mantener a su familia con lo que pescaba, era aún más pobre que los otros nativos. Debió de sentirse realmente feliz cuando las naves aterrizaron cerca de su aldea y los extranjeros le ofrecieron fabulosos objetos a cambio de que actuara de guía durante una semana o dos y les enseñara la zona. Donli había proyectado la imagen de la choza de Moro para Evalyth, sus pobres posesiones, su mujer gastada por el intenso trabajo, sus hijos que a la edad declarada de seis o siete años, equivalentes a doce o trece, no eran más que gnomos arrugados.

Rogar pareció declarar, ya que la lengua lokonesa no podía ser entendida a la perfección, que los habitantes de las tierras bajas podrían ser menos pobres, si no fuesen tan viciosos, siempre en guerra unos con otros. «Pero realmente —pensó Evalyth—, ¿qué amenaza podían ser?».

El equipo de Moru consistía en un taparrabos que sujetaba con una cuerda alrededor de sus riñones, un lazo para preparar trampas, un cuchillo de obsidiana y una bolsa tan usada y engrasada que podía contener líquidos. Los otros hombres de su grupo, capaces de perseguir y cazar animales o de participar en el botín por haber luchado, se hallaban, evidentemente, en mejor posición. Sin embargo, su aspecto no era muy diferente. Con tan poco lugar y población, los nativos debían casarse entre ellos.

El hombrecito se puso en cuclillas y apartó un arbusto con las manos.

—Aquí —dijo, y se puso nuevamente de pie.

Evalyth conocía bien la curiosidad que ardía en Donli. A pesar de eso se volvió, mirando directamente al transmisor y dijo en el idioma de Atheia:

—Tal vez estés mirando, querida mía. Quisiera compartir esto contigo. Parece ser un nido de pájaros.

Evalyth recordó vagamente que la existencia de pájaros constituiría un importante dato ecológico. Pero lo que realmente importaba era lo que él acababa de decirle.

—¡Oh, sí, sí! —Hubiera querido gritar.

Pero este grupo tenía solamente dos aparatos recibidores con él, y Donli no llevaba uno.

Lo vio agacharse sobre la larga y extrañamente coloreada vegetación. Lo vio también apartar, con la dulzura que le caracterizaba, las ramas del arbusto.

Y entonces vio como Moru saltaba sobre la espalda de Donli, sujetándolo con las piernas y tiraba de su cabello hacia atrás, con el puñal en la otra mano.

La sangre brotó en la garganta de Donli. No pudo gritar, después de recibir tal herida. Sólo emitió un sonido gorgoteante y un graznido, mientras que Moru agrandaba la herida. Trató de alcanzar su pistola, pero Moru le sujetó los brazos. Rodaron por el suelo. Donli perdía fuerzas y Moru no soltaba su presa. Los arbustos

temblaron y los escondieron, hasta que Moro se levantó, respirando fatigosamente, chorreando sangre y Evalyth gritó frente al transmisor y frente al universo entero, y continuó gritando y luchando con ellos cuando trataron de arrancarla de la escena de la pradera, con Moro prosiguiendo su carnicería, hasta que algo la hizo chocar con su frío y se deslizó hasta el fondo de su universo que había perdido para siempre sus estrellas.

Haimie Fiell dijo, con los labios blancos por la tensión:

—No, por supuesto que no lo supimos hasta que ustedes nos avisaron. Donli y ese ser se hallaban a varios kilómetros de nuestro campamento. ¿Por qué no nos permitió ir tras él inmediatamente?

—Debido a lo que vimos en la transmisión —le contestó el capitán Jonafer—. Sairn estaba irremediadamente muerto. Ustedes hubieran podido caer en una emboscada, recibir flechas disparadas a sus espaldas o algún otro tipo de agresión al tratar de avanzar por esos estrechos senderos. Fue más prudente que se quedaran donde estaban, cuidándose mutuamente, hasta que pudiéramos mandarles un vehículo.

La mirada de Fiell abarcó al corpulento capitán de cabellos grises, y al paisaje que se extendía fuera de la casilla de comando, al resto de las construcciones y al despiadado sol del mediodía.

—Pero lo que ese monstruo estaba haciendo mientras tanto... Abruptamente se calló.

Con similar rapidez, Jonafer le dijo:

—Los otros guías se escaparon, de acuerdo con sus informaciones, tan pronto como se dieron cuenta de que ustedes estaban enojados. Acabo de recibir un informe de Kallaman. Su grupo voló hasta la aldea. Está desierta. Toda la tribu ha huido. Evidentemente, temen que nos vengamos. Si bien trasladarse no es una pesada tarea para ellos, puesto que pueden llevar todas sus pertenencias a la espalda y fabricar una nueva casa en un día.

Evalyth se inclinó hacia adelante:

—No evadan el problema. Díganme qué le hizo Moro a Donli que ustedes hubieran podido impedir, de haber llegado a tiempo.

Fiell continuó mirando a través de ella.

—Nada, realmente —murmuró—. Nada que hubiera tenido importancia una vez cometido el asesinato.

—Quiero preguntarle qué tipo de honras fúnebres le quieren dispensar, teniente Sairn —dijo Jonafer—. ¿Desea que enterremos aquí las cenizas, que las diseminemos en el espacio, o que las llevemos a casa?

Evalyth lo miró.

—Nunca autoricé su cremación, capitán —dijo lentamente.

—No, pero es necesario ser realista. Primero la mantuvimos bajo anestesia, luego

bajo fuerte sedación, mientras recuperamos el cuerpo. No disponemos de facilidades para realizar... hum... reparaciones cosméticas ni espacios amplios refrigerados, y con este calor...

Desde que había sido dada de alta en la enfermería, Evalyth se hallaba algo atontada. No podía comprender del todo que Donli no estuviera más con ella. Parecía que en cualquier momento se iba a abrir una puerta, y él iba a aparecer, con el sol iluminando sus hombros, y la llamaría, riéndose, para consolarla de aquella pesadilla sin sentido. Éste era el efecto de las psicodrogas, pensó, y maldijo la benevolencia de los médicos.

Se sintió feliz cuando se dio cuenta de que comenzaba a enojarse. Eso quería decir que el efecto de las drogas estaba pasando.

—Capitán —dijo ella—, yo vi cómo lo mataban. He visto morir gente antes. A algunos en circunstancias muy impresionantes. No ocultemos la verdad en Kraken. Me han robado el derecho de dar a mi hombre el último adiós y de cerrar sus ojos. No me quitarán el de hacer justicia. Quiero saber exactamente qué ha sucedido.

Jonafer golpeó el escritorio con sus puños.

—Me resulta verdaderamente difícil contárselo.

—Pues deberá usted hacerlo, capitán.

—¡Bien! ¡Bien! —gritó Jonafer. Luego continuó, casi escupiendo las palabras como disparos—. Vimos toda la escena por el transmisor. Desnudó a Donli, lo colgó de un árbol con la cabeza hacia abajo y recogió toda la sangre en su bolsa. Le cortó los genitales y los arrojó dentro de la bolsa. Luego abrió el cuerpo y cortó el corazón, los riñones, los pulmones, la tiroides, la próstata y el páncreas, y lo fue arrojando todo en su bolsa. Finalmente, echó a correr hacia los árboles. ¿Comprende ahora por qué no le permitieron seguir viendo lo que estaba pasando?

—Los lokoneses nos advirtieron que tuviéramos cuidado con la gente que habitaba en la selva —dijo Fiell con tono sombrío—. Debimos haberlos escuchado, pero nos parecieron unos pobres enanos patéticos. Y me rescataron del río. Cuando Donli les preguntó acerca de la existencia de pájaros, describiéndolos, como usted ya sabrá, Moro dijo que él había visto algo así, pero que eran poco numerosos y tímidos; si íbamos todos los asustaríamos; pero si solamente lo acompañaba un hombre, él sería capaz de hallar un nido y tal vez entonces podrían ver algún pájaro. La palabra que él dijo fue casa, pero Donli pensó que podía estarse refiriendo a un nido. O por lo menos eso nos dijo. Había estado hablando con Moro, pero ambos se mantuvieron apartados. Podíamos verlos pero no oírlos. Tal vez eso nos debió haber alertado, y pudimos haberle preguntado al resto de los hombres de la tribu. Pero no vimos razón para tal cosa. Quiero decir... Donli era mucho más fuerte y corpulento, e iba armado con una pistola de rayos. ¿Qué salvaje se atrevería a atacarlo? Además, se habían mostrado verdaderamente amistosos, e incluso podríamos decir que juguetones, una vez que perdieron su miedo inicial. También mostraban un gran deseo de establecer relaciones más amistosas con nosotros y...

Su voz se hizo inaudible.

—¿Robó armas o herramientas? —preguntó Evalyth.

—No —contestó Jonafer—. Tengo todo lo que llevaba su esposo. Deseaba hacérselo llegar a usted.

Fiell dijo:

—No creo que éste sea un acto de odio. Pienso que Moro debe de haber actuado por alguna superstición.

Jonafer asintió:

—No podemos juzgado de acuerdo con nuestros patrones.

—¿Por cuáles lo haremos, entonces? —dijo Evalyth. Supertranquilizante o no, se sorprendió de la tranquilidad con que hablaba—. Yo vengo de Kraken, no lo olviden. No pienso quedarme de brazos cruzados mientras el hijo de Donli crece sabiendo que su padre fue asesinado y que nadie trató de hacerle justicia.

—No puede vengarse sobre toda la tribu —dijo Jonafer.

—No pienso hacerlo. Pero, capitán, no desestime el hecho de que el personal de esta expedición proviene de diferentes planetas, y cada uno posee sociedades características. El reglamento especifica que se deberán respetar las normas esenciales de cada miembro. Quiero que se me releve de mis deberes habituales hasta que haya podido arrestar al asesino de mi marido y haya hecho justicia. Jonafer bajó la cabeza.

—Tengo que otorgarle lo que usted me pide —dijo por lo bajo. Evalyth se levantó:

—Gracias, caballeros —contestó—. Comenzaré mis investigaciones inmediatamente.

Mientras todavía era una máquina, antes de que pasara el efecto de las drogas.

En las tierras altas, más secas y bajas, aún era posible la agricultura, a pesar de que las colonias habían perdido su civilización. Algunos campos y quintas, cultivadas trabajosamente con herramientas neolíticas, apoyaban una serie de villorrios, así como la capital, Lokon.

Las gentes tenían un parecido familiar con los habitantes de la selva. Pocos moradores habían llegado a sobrevivir para dar la bienvenida a los antepasados de la humanidad de este planeta. Pero los habitantes de las tierras altas estaban mejor alimentados, eran más altos y de mejor porte. Usaban túnicas y sandalias teñidas de colores alegres. Los más ricos añadían joyas de plata y oro. Llevaban los cabellos recortados y las caras afeitadas. La gente caminaba audazmente, sin el miedo constante a perecer en una emboscada, típico de los salvajes, y también hablaban alegremente.

Indudablemente, todo esto sólo se refería a las personas libres. Tan pronto como los antropólogos del *New Down* comenzaron a estudiar los detalles de la cultura, descubrieron que Lokon mantenía una gran cantidad de esclavos. Algunos cuidaban y

servían en las casas. La mayoría, delgados y desnudos, trabajaban en los campos, las canteras y las minas, bajo los latigazos de los guardianes y la vigilancia de soldados, cuyas lanzas y espadas estaban hechas de antiguo metal imperial. Pero ninguno de los viajeros del espacio se asombró demasiado. Habían visto situaciones más graves que ésta. Había datos históricos sobre lugares de la antigüedad llamados Atenas, India, América.

Evalyth caminó por las calles tortuosas y polvorientas, entre las paredes pintadas de colores chillones de las casas, cúbicas y sin ventanas, construidas con adobe. Si bien ya nadie temía que los extranjeros les fueran a hacer daño, ella era más alta que el más alto de los hombres, su cabello era color metal y sus ojos azules. Llevaba en su cintura la fuerza del relámpago, y quién sabe qué otros poderes similares a los de los dioses.

Era así que los soldados y los nobles también doblaban la rodilla a su paso, mientras que los esclavos se agachaban hasta tocar el suelo. Cuando apareció, ya no se sintió más el parloteo alegre de la vida diaria, los negocios de la plaza hicieron un alto en las transacciones, los niños dejaron de jugar y huyeron, mientras ella se movía en silencio, un silencio similar al que sentía en su alma. Bajo el sol y el cono de hielo del monte Burus, se cernía el horror. Porque ahora la gente de Lokon sabía que uno de los hombres de las estrellas había sido asesinado por un bruto de las tierras bajas y se preguntaban qué llegaría a pasar.

Las noticias debían de haber llegado hasta Rogar, puesto que la esperaba en su casa cerca del lago Zelo, cercano al Lugar Sagrado. No era rey, ni presidente de consejo, ni sumo sacerdote, pero tenía algo de cada uno de esos cargos, y fue él quien trató más con los extranjeros.

Su casa era similar a las otras, algo más grande pero igualmente estrechada por las paredes adyacentes. Estas incluían un edificio grande, con varias divisiones, en el que no fueron admitidos los extranjeros. En sus puertas había vigilantes apostados, con túnicas escarlata y cascos de madera grotescamente trabajados. Hoy había el doble de vigilancia, y otros se hallaban flanqueando las puertas de Rogar. El lago brillaba como acero pulido a sus espaldas. Los árboles a lo largo de la costa se veían igualmente rígidos.

El mayordomo de Rogar, un esclavo gordo y ya entrado en años, se postró en la entrada cuando vio aparecer a Evalyth y le dijo:

—Si la venida-del-cielo se digna seguir a este servidor, la conduciré hasta donde aguarda *Klev* Rogar.

Los guardias bajaron las lanzas, saludando a su paso. Sus ojos demostraban el miedo que sentían.

Al igual que las otras casas, ésta llevaba hacia adentro. Rogar se hallaba sentado en un cuarto que se abría sobre un patio. Parecía doblemente fresco y sombreado, en contraste con el brillo del sol en el exterior. Evalyth casi no podía distinguir los

frescos de las paredes, ni los dibujos de la alfombra. De, todos modos, los creyó toscos. Su atención se centró en Rogar. Éste no se levantó, pues allí tal cosa no era signo de respeto. Inclino en cambio la cabeza de cabellos grises, sobre sus manos cruzadas. El mayordomo le acercó un asiento, y la más importante de las mujeres de Rogar le acercó una bombilla de té de hierbas antes de abandonar el cuarto.

—Te saludo, *Klev* —dijo Evalyth, con formalidad.

—Te saludo, *venida-del-cielo*.

Estaban solos, debajo del cruel sol, y mantuvieron un momento ritual de silencio.

Luego dijo Rogar:

—Es terrible lo que ha sucedido. Tal vez tú no lo hayas notado, pero llevo una túnica blanca y mis pies están descalzos, en señal de duelo, como haría si hubiera muerto alguien de mi propia sangre.

—Eso está bien —le contestó Evalyth—. No lo olvidaremos.

El hombre dijo, ya sin dignidad:

—Te das cuenta de que no hemos tenido nada que ver en este crimen, ¿verdad? Esos salvajes son también nuestros enemigos y tenemos que luchar contra ellos como si fueran una plaga. Nuestros antepasados capturaron algunos y los guardamos como esclavos. Pero no sirven para nada más. Yo advertí a tus compañeros que tuvieran cuidado con ellos.

—Eso trataron de hacer —dijo Evalyth—. Pero ahora mi deseo es vengar a mi hombre.

No sabía si el *lokonés* tenía una palabra para designar la justicia. No importaba. Gracias a las drogas, que aumentaban las facultades de pensar lógicamente, hablaba *lokonés* con bastante fluidez.

—Podemos mandar soldados para ayudaros a matar unos cuantos de ellos —ofreció Rogar.

—No es necesario. Con esta arma puedo, yo sola, destruir a más hombres que todo un ejército de los tuyos. ¿Qué puedo hacer para encontrar a quien mató a mi hombre?

Rogar frunció el ceño:

—Los salvajes saben la forma de huir a selvas donde no podremos hallarlos, *venida-del-cielo*.

—¿Y podrán ocultarse también de otros salvajes?

—¡Ah! Bien pensado. Estas tribus están siempre matándose entre ellos. Si podemos establecer contacto con una, tal vez sus cazadores puedan averiguar dónde se ha ocultado el asesino. —Ahora volvió a fruncir el ceño—. Pero temo que se hayan ocultado hasta que vean que os habéis ido. Tal vez sea imposible encontrar a un solo hombre. Los salvajes se ocultan por necesidad.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, piensa en un hombre que está cazando —contestó Rogar sorprendido de que Evalyth no lo entendiera—. No puede ir con compañeros, pues la presa puede

sentir su olor y escaparse, así que a menudo permanece solo en la selva. Otro de otra tribu puede caer sobre él. Un hombre muerto después de haberlo acechado es tan útil como uno que se ha muerto en la batalla.

—Pero ¿por qué esta incesante matanza?

La mirada de Rogar creció en asombro.

—¿Y de qué otra forma van a conseguir carne humana?

—Pero ¿no se alimentan de eso?

—No, claro que no, a menos que sea necesario. Pero esa necesidad se presenta varias veces en la vida. Sus guerras son la forma más habitual de capturar hombres; el botín también es importante, pero no lo más importante. El que mata a un hombre se queda con su cuerpo, y lo divide, naturalmente, entre sus familiares más cercanos. Sin embargo, no todos tienen suerte en la batalla. Por tal razón, los que no han podido matar a nadie en la guerra, salen a cazar juntos, dos o tres hombres uniéndose para tratar de hallar a un miembro de otra tribu. Por eso quería decirte que los habitantes de las tierras bajas son muy hábiles para esconderse.

Evalyth no se movió ni habló.

—Venida-del-cielo —dijo Rogar, continuando su explicación mientras inspiraba profundamente—, cuando supe de las malas noticias, me puse en contacto con gente de tu compañía. Ellos me dijeron lo que habían visto desde lejos gracias a los milagrosos medios que poseen. De tal forma veo claro lo que ha sucedido. Este hombre... ¿cómo se llama? Sí, Moru, es un lisiado. No tenía otra esperanza de matar a un hombre como no fuera a traición, acechándolo. Cuando vio la oportunidad, lo hizo.

Sonrió débilmente.

—Eso no hubiera sucedido en las tierras altas —declaró—. No peleamos, salvo en caso de que nos ataquen, ni cazamos a nuestros semejantes como si fueran animales. Al igual que la vuestra, la nuestra es una raza civilizada.

Sus labios se abrieron, descubriendo sus blancos dientes.

—Pero, venida-del-cielo, tu hombre fue muerto. Te propongo que te vengues no solamente de su asesino, sino también de toda su tribu. Nosotros la hallaremos y te lo comunicaremos. Eso les enseñará a todos los salvajes a no traicionar a sus superiores. Luego, compartiremos la carne, la mitad para tu gente y la mitad para la nuestra.

Evalyth sólo supo demostrar un asombro intelectual. Sin embargo, se sintió como si se hubiera caído por un abismo. Se quedó mirando las sombras, luego la cara seria de su interlocutor, y después de un largo rato se oyó musitar:

—¿Ustedes... también... comen... carne humana?

—Sí, la de los esclavos —dijo Rogar—, no más de lo indispensable. Uno de ellos alcanza para cuatro muchachitos.

Llevó la mano a la pistola. Rogar se puso en pie alarmado.

—¡Venida-del-cielo! —exclamó—. ¡Ya te he dicho que somos civilizados, y que no debes temer un ataque nuestro! Nosotros...

Ella también se alzó, muy por encima de él. ¿Leería el hombre su pensamiento en su cara? ¿Era el terror que sentía, miedo por su propia gente? El hombre se echó atrás, acobardado y sudando.

—Venida-del-cielo, tú no tienes nada que reprochamos. No, déjame que te muestre, déjame que te lleve al Lugar Sagrado, aunque no seas una iniciada... Seguramente tú serás bienvenida por los dioses. Los dioses no se ofenderán por lo que hago. Déjame que te muestre lo que sucede. Quiero demostrarte que no hay razón ni necesidad de que seamos enemigos...

Entonces las escenas se sucedieron: las puertas que Rogar abrió para que Evalyth pasara, las caras escandalizadas de los guardias y las promesas de sacrificios para aplacar a los Poderes. El pavimento de piedra, caluroso y de hueca resonancia. Los ídolos que sonreían malignos alrededor de un templo central. La casa de los acólitos que realizaban el trabajo y que se encogieron de miedo cuando vieron que el maestro traía consigo a la extranjera. Las barracas de los esclavos.

—Ves, venida-del-cielo, son bien tratados. ¿No es verdad? Es cierto que se nos hace necesario aplastarles las manos y los pies cuando son elegidos para este destino. Piensa lo peligroso que sería tener cientos de hombres y de jovencitos aquí. Pero los tratamos correctamente si se comportan bien. ¿Ves qué gordos están? Su propia Comida Sagrada es especialmente honorable, pues son cuerpos de hombres de todos los grados, que han muerto en la plenitud de su fuerza. La mayoría están contentos con su suerte, venida-del-cielo. Pregúntaselo a ellos, y luego recuerda que su mente es pobre, pues haraganean año tras año. Los matamos rápida y humanitariamente, al principio de cada verano, nunca más de los necesarios para la cantidad de muchachos que entran en la pubertad, y a razón de un hombre cada cuatro muchachos, no más. Y el rito es muy hermoso, con días de festejo y alegrías. ¿Comprendes, venida-del-cielo? No somos salvajes, que guerreamos o caemos sobre otros con furia para conseguir la carne que necesitamos. Somos civilizados, no igual que vosotros, que sois como dioses, pero civilizados (no te enojas, no digo que seamos iguales). Pero, ciertamente, somos merecedores de vuestra amistad. ¿No lo crees? ¿No lo crees, venida-del-cielo?

Chena Darnard, que encabezaba el equipo antropológico cultural, le dio a la computadora los datos necesarios para buscar entre los registrados. Al igual que las otras, la computadora era portátil, y la central se hallaba en el *New Down*. En ese momento la espacio nave se hallaba sobre el hemisferio opuesto, y pasó bastante tiempo antes de que la información llegara y retornara, a lo largo de las unidades intermedias.

Chena se echó hacia atrás y miró a Evalyth, que estaba sentada enfrente de su escritorio.

La muchacha de Kraken se hallaba muy tranquila. Parecía poco natural, a pesar de que las drogas que todavía se hallaban circulando en su sangre mantenían cierto

poder. Indudablemente, Evalyth era considerada aristocrática en una sociedad de guerreros. Además, en los diferentes mundos pueden existir disímiles rasgos tanto psicológicos como fisiológicos. No se sabía mucho sobre estos problemas, aparte de los casos extremos como Gwydion o este mismo planeta. A pesar de todo, Chena pensó que sería mejor si Evalyth pudiera demostrar su pena o si diera muestras del golpe que representó para ella la pérdida sufrida.

—¿Estás segura de los datos que me has dado, querida? Quiero decir que, si bien ésta es la única isla habitable, es grande, su topografía ofrece dificultades, las comunicaciones son primitivas y la gente de mi grupo ha identificado varios tipos de cultura.

—Interrogué a Rogar durante más de una hora —respondió Evalyth con la misma voz inexpresiva, con una mirada también inexpresiva en sus ojos—. Conozco técnicas de interrogación, y estaba muy aturdido. Habló.

—Los lokoneses no son tan atrasados como su tecnología podría sugerir. Vivieron durante siglos entre salvajes que amenazaban sus fronteras. Esto les ha obligado a desarrollar una buena inteligencia. Rogar me describió con detalle su funcionamiento. Están bien informados de todo lo que sucede. Además, si bien las costumbres tribales varían de uno a otro pueblo, el canibalismo es universal. Por tal razón, ninguno de los lokoneses creyó necesario mencionárnoslo. Dieron por sentado que nosotros teníamos nuestros propios medios de proveemos de carne humana.

—¿Los métodos para conseguirla son entonces... mmm..., diferentes?

—¡Oh, sí! Aquí crían esclavos para ese propósito, pero en las tierras bajas la economía es demasiado precaria como para que puedan hacer lo mismo. Algunos de ellos recurren entonces a la guerra y al asesinato. Otros lo resuelven dentro de la misma tribu, mediante combates anuales. O bien... ¿qué más da? El hecho es que en todas partes, no importa cuál sea la forma, los muchachos pasan por un rito de pubertad que implica comer la carne de un hombre adulto.

Chena se mordió el labio.

—¿Por qué causas habrán comenzado esa costumbre? ¡Computadora!, ¿tienes los datos?

—Sí —dijo la voz de la máquina, surgiendo del aparato que había sobre su escritorio—. Los datos sobre el canibalismo en el ser humano son comparativamente escasos, puesto que es muy raro. En todos los planetas conocidos por nosotros se lo ha prohibido en todas las etapas de la historia, si bien se llegaba a disculpar cuando no había otros medios de mantener con vida a alguien. Existen muy limitados antecedentes de una forma de canibalismo ceremonial, como por ejemplo, beber pequeñas cantidades de sangre durante el ritual de la hermandad entre los falkens de Lochlanna...

—No importa eso —dijo Chena. Sentía la garganta tensa, y su tono se endureció—. Parece que solamente aquí se ha degenerado en tal forma. ¿Es degeneración? ¿Regresión, tal vez? ¿Qué tienes registrado de la Vieja Tierra?

—La información es fragmentaria. Aparte de lo que se perdió durante la Noche Larga, los datos son pocos porque las últimas sociedades primitivas de allí desaparecieron antes de que comenzaran los viajes interestelares. Pero existen algunas informaciones que han sido recogidas por antiguos historiadores y científicos.

»El canibalismo era una parte ocasional de los sacrificios humanos. Como regla, la víctima era abandonada sin comer. Pero en algunas religiones, seguidas por una minoría, los cuerpos o determinadas partes de ellos, eran consumidos por la comunidad en general o por una clase especial. Generalmente esto se consideraba una teofagia. De tal forma, los aztecas de México ofrecían miles de víctimas anualmente a sus dioses. La exigencia de tener que efectuar tales sacrificios les llevaba a provocar guerras y rebeliones, lo que en último término les puso a merced de los conquistadores europeos, gracias a las alianzas con otras tribus. La mayoría de los prisioneros eran simplemente asesinados, y su corazón se entregaba directamente a los ídolos. Pero en por lo menos uno de los cultos, el cuerpo se dividía entre los adoradores.

»El canibalismo también podía ser una forma de ritual mágico. Comiéndose a alguien, se suponía que se adquirían las virtudes de esa persona. Éste era el principal motivo de los caníbales de África y Polinesia. Observadores contemporáneos informaron que las comidas eran especialmente apreciadas, pero esto es fácil de comprender, sobre todo en zonas donde había escasez de proteínas.

»El único caso registrado de canibalismo no ceremonial sistemático se halló entre los indios caribes de América. Comían carne humana porque era su plato preferido. Gustaban especialmente de los niños, y solían capturar mujeres a fin de obligarlas a tener niños para tal fin. Los hijos varones de estas esclavas eran generalmente castrados a fin de que fueran dóciles y tiernos. Los caribes fueron totalmente exterminados, debido sobre todo a la aversión que tales prácticas despertaron en los europeos.

El informe llegó a su fin. Chena dijo:

—Puedo comprender bien el sentimiento de los europeos.

Evalyth podría, en otro momento, haber alzado sus cejas con asombro, pero su cara mantuvo una expresión neutra y fija cuando habló.

—¿No deberías opinar como un científico, objetivamente?

—Sí, indudablemente. Pero todavía existen juicios de valores. Y además, mataron a Donli.

—No todos. Solamente uno de ellos. Y pienso encontrarlo.

—No olvides que es solamente una criatura de esta cultura, querida, enferma como todos ellos.

Chena aspiró, tratando de recobrar la calma.

—Es obvio que la enfermedad se ha transformado en una forma cultural —dijo—. Creo que tal vez se haya originado en Lokon. La irradiación cultural se hace,

prácticamente siempre, de la gente más avanzada a la menos avanzada. Y en esta única isla, después de siglos, nadie escapó a la infección. Más tarde, los lokoneses elaboraron y racionalizaron la práctica. Los salvajes la conservaron en toda su crueldad. Pero tanto para un habitante de las tierras altas como para uno de las bajas, estas prácticas han sido la base de toda una forma de vida.

—¿Puede llegar a enseñárseles otra cosa? —preguntó Evalyth sin verdadero interés.

—Sí. A su debido tiempo, y teóricamente hablando, por supuesto. Sin embargo, conozco lo sucedido en la Vieja Tierra y en otras partes, cuando las sociedades avanzadas tomaron a su cargo la reforma de las primitivas. Toda la estructura fue destruida. No había otra posibilidad. Piensa en el resultado si tratáramos de hacerle entender a esta gente que desistan del rito de la pubertad. No nos escucharían. Es más, no podrían. Deben llegar a abuelos. Saben que un niño no va a alcanzar la virilidad a menos que se haya comido parte de un hombre. Tendríamos que conquistarlos, matar a una gran cantidad y convertir a los otros en desesperados prisioneros. Y cuando la próxima generación de muchachitos pudiera llegar a la madurez sin la comida mágica... ¿qué pasaría? ¿Puedes imaginarte la desmoralización, la sensación de completa inferioridad, la pérdida de la tradición, que es el núcleo de la identidad personal? Tal vez sería más piadoso que bombardeáramos esta isla hasta dejarla estéril.

Chena movió la cabeza.

—No —dijo con rudeza—, la única manera decente de proceder sería actuar gradualmente. Podríamos mandar misioneros. Con su ejemplo y por sus preceptos haríamos que los naturales comenzaran a prever el problema después de dos o tres generaciones. Y la verdad es que ése es un esfuerzo que no podremos permitirnos. No durante mucho tiempo. No con tantos otros mundos en la galaxia que merecen más la atención que podamos darles. Pienso recomendar que este planeta sea dejado a su propia evolución.

Evalyth la miró un momento antes de hablar.

—¿Eso no se debe en parte a tu propia reacción?

—Sí —admitió Chena—. No puedo ocultar mi sensación de desagrado. Y eso que, tal como tú has dicho, soy, supuestamente, dueña de una objetividad científica. Por lo tanto, pienso que aunque la Junta quisiera reclutar voluntarios para llenar las plazas de misioneros, no tendría éxito. —Titubeó antes de seguir—. Tú misma, Evalyth...

La muchacha de Kraken se puso de pie.

—Mis emociones no interesan —dijo—. Pero mi deber sí. Te agradezco tu ayuda. Se dio la vuelta y salió con arrogante paso militar.

Las barreras químicas que la mantenían sedada se comenzaban a derrumbar. Evalyth se detuvo por un momento frente al pequeño edificio que había sido de ella y de Donli, temiendo entrar. El sol ya estaba bajo, por lo que las construcciones se

llenaban de sombras. Un animal de alas correosas y serpentinas atravesó el cielo en silencio. Desde afuera de la empalizada se oía el ruido de pies y de voces extrañas, el gemido de una flauta de madera. El aire se tomaba frío. Evalyth tembló: su hogar le parecía demasiado vacío.

Alguien se acercaba. Reconoció en seguida a Alsabeta Mondain, de Nueva América. Evalyth pensó que si escuchaba sus condolencias, bien intencionadas pero tontas, se sentiría peor que si entraba. Así lo hizo, entonces, cerrando la puerta tras ella.

«Donli ya no volverá aquí. Nunca más».

Pero la cabina no estaba privada de su presencia. Al contrario, más bien se diría que Donli estaba presente en todas partes. La silla en que solía sentarse leyendo el volumen de poesías que ella no podía comprender, y por lo que siempre le hacía bromas, la mesa, a través de la cual se habían enviado besos, y en la que Donli había brindado por ella, el ropero donde estaban colgados sus trajes, el usado par de chinelas, la cama, todo ello gritaba su presencia. Evalyth se dirigió rápidamente a la sección de laboratorio de la casita y corrió las cortinas que la separaban de los ambientes. Los anillos hicieron ruido al correr sobre la varilla, y el estruendo pareció llenar el crepúsculo.

Cerró los ojos y los puños y se quedó parada, respirando anhelosamente.

«No pienso volverme débil —se dijo—. Tú siempre me aseguraste que me querías por mi fuerza, aparte de por otras deseables virtudes, agregabas con tu lenta sonrisa, pero recuerdo bien todo eso y no pienso perder nada de lo que tú amaste».

«Tengo que apurarme —le dijo al hijo de Donli—. El comando de la expedición actuará de acuerdo con los consejos de Chena, y pronto recomendará que se regrese a casa. No tengo muchos días para vengar a tu padre».

Sus ojos se abrieron por la sorpresa.

«¿Qué hago? —pensó—, estoy hablando con un muerto y con un embrión».

Prendió la luz de fluoro y se dirigió hacia la computadora. No era diferente a las otras. Donli la había usado, y Evalyth no podía apartar su vista de las raspaduras y pequeñas abolladuras que presentaba, como no podía escapar de su microscopio, los quimioanalizadores, rastreadores de cromosomas y especímenes biológicos... Se sentó. Tal vez un trago le hubiera venido muy bien, pero quería pensar con claridad.

—¡Activación! —ordenó.

Se prendió la luz de encendido. Mientras se acariciaba la barbilla tratando de hallar las palabras adecuadas, Evalyth pensaba. Finalmente dijo:

—El objetivo es hallar a un nativo de las tierras bajas que consumió varios kilos de carne y sangre de alguien de esta partida, y que luego escapó a la selva. La muerte tuvo lugar hace unas sesenta horas. ¿Cómo podría ser hallado?

Un zumbido le contestó. Pensó en los numerosos pasos: hasta el *ferry*, luego a través del espacio hasta la próxima unidad intermedia, luego a la siguiente, luego alrededor del vientre moteado del planeta, cerca del sol y de las inhumanas estrellas,

hasta llegar a la nave madre. Más tarde, hasta un cerebro no viviente, que deglutiría la pregunta y la haría llegar hasta un depósito apropiado de conocimientos, luego a los aparatos de rastreo cuyas energías resonantes iban de molécula a molécula, identificando más cantidad de información de la que sería imaginable enumerar, datos almacenados de cientos de miles de mundos, datos preservados tras el hundimiento de un imperio y de las edades oscuras que le siguieron, datos que procedían de una Vieja Tierra que tal vez ya no existiera más. El pensamiento la abrumó, y deseó estar de vuelta en su querido Kraken.

«Iremos allí —le prometió al hijo de Donli—. Te criarás lejos de todas estas máquinas, y crecerás tal como los dioses lo desean».

—Es extraño —dijo la voz artificial—. ¿De qué origen era la víctima de este asalto?

Evalyth tuvo que humedecerse los labios antes de proseguir:

—Atheiano. Era Donli Sairn, tu amo.

—En tal caso, la posibilidad de hallar al habitante local mencionado bien puede existir. Se computarán las posibilidades. Mientras tanto ¿se desea saber la base de tal posibilidad?

—Ssí...

—La bioquímica de los atheianos se desarrolló de una forma muy similar a la de la Tierra —dijo la voz—, y los primeros colonos no tuvieron dificultades para introducir especies terrestres. De ese modo, gozaron de un ambiente familiar, en donde la población no tardó en ser lo suficientemente numerosa como para obviar el peligro de las modificaciones raciales por mutación y/o por desviaciones genéticas. Además, ningún tipo de fuerza de selección mostró tendencia a producir un cambio. Por tal razón, los habitantes de la Atheia actual son muy poco diferentes de sus antecesores de la Tierra, por lo que su fisiología y características bioquímicas se conocen con todo detalle.

»Éste ha sido el caso esencialmente en la mayor parte de los planetas colonizados, para los que existen registros. En los casos en que se originaron razas diferentes de hombres, la causa ha sido, habitualmente, que los pobladores originales eran grupos altamente seleccionados. El azar, la adaptación y posterior evolución en nuevas condiciones han producido muy pocas veces cambios radicales en el biotipo. Por ejemplo, la robustez del habitante promedio de Kraken es una respuesta a la gravedad, comparativamente alta; su tamaño les ayuda a resistir el frío, y el hecho de que sean rubios es favorable cuando los rayos del sol son pobres en radiaciones ultravioletas. Pero sus antecesores fueron personas que ya tenían las condiciones naturales para ese tipo de mundo. Las desviaciones de la norma no son extremas. No interfieren con su posible vida en otros planetas similares a la Tierra o en su mezcla con los habitantes de éstos.

»Ocasionalmente, sin embargo, se han producido variaciones más importantes.

Éstas parecen deberse a una pequeña población original o a condiciones no terrestres. La población puede haber sido pequeña porque el planeta no podía mantener más habitantes, o tal vez su número pueda haber disminuido como resultado de acciones hostiles tras la caída del imperio. En el primer caso, los accidentes genéticos han podido llegar a ser importantes, en el segundo, las radiaciones pudieron producir una alta cantidad de nacimientos de mutantes entre los supervivientes. Las variaciones son, más probablemente, sutiles modificaciones de las calidades endocrinas y enzimáticas, que pueden afectar a la fisiología ya la psicología, y hay menos posibilidad de que los cambios afecten a partes importantes de la anatomía. Los casos bien conocidos incluyen la reacción de los gwydionas a la nicotina y a ciertos índigos, y los requerimientos de los ifrianos de cantidades pequeñas de plomo. A veces los habitantes de los dos planetas son interestériles debido a sus diferencias.

»Si bien este mundo acaba de ser estudiado muy superficialmente... —Evalyth fue arrancada del sueño en el que la lectura de estos datos la había sumergido— ciertos hechos son claros. Han podido prosperar pocas especies terrestres; sin duda otras fueron introducidas originariamente, pero se perdieron cuando no se dispuso de la tecnología necesaria para mantenerlas. El hombre se ha visto forzado entonces a depender de la vida autóctona como forma de hallar comida. Esta vida es deficiente en varios elementos necesarios para la nutrición humana. Por ejemplo, la única Vitamina C parece hallarse en plantas inmigrantes. Sairn observó que la gente consume grandes cantidades de pasto y hojas de estas especies, y la radioscopia ha indicado que esta práctica ha modificado de modo importante el tracto digestivo. No se pudieron hallar dadores de muestras de piel, sangre ni esputos, ni siquiera se pudieron obtener de cadáveres.

«Tienen miedo de la magia, pensó Evalyth con tristeza, sí, pienso que han vuelto también a ese temor».

»El análisis de los habituales animales que se consumen demuestra que se hallan casi carentes de tres aminoácidos esenciales, y que la adaptación a ese hecho debe de haber producido modificaciones considerables a niveles celulares y subcelulares. Se computarán los probables tipos de extensión de tales modificaciones.

»Los cálculos se han completado».

Cuando la computadora comenzó a resumir, Evalyth aferró los apoyabrazos de su sillón y comenzó a respirar con dificultad.

«Las respuestas tienen una buena probabilidad de ser correctas y de ayudar en la búsqueda. En efecto, la carne de un atheiano es extraña en este lugar. Puede ser metabolizada, pero el cuerpo de su consumidor, si es de este planeta, exhalará un olor característico, debido a la excreción de ciertos compuestos a través de la piel y la respiración, al igual que por la orina y las heces. Hay buenas probabilidades de detectar estas características por la técnica neofreeholderiana, a distancia de varios kilómetros, durante sesenta o setenta horas. Pero dado que las moléculas en cuestión se degradan de forma estable, disipándose, se recomienda que la acción sea

inmediata.

»Voy a hallar al asesino de Donli».

La oscuridad rugió alrededor de Evalyth.

—¿Deseas que se ordenen los organismos y que se los programe adecuadamente para la búsqueda? —preguntó la voz—. Pueden estar listos en aproximadamente tres horas.

—Sí —balbuceó Evalyth—. ¡Oh! Por favor. ¿Tienes alguna otra... algún otro... consejo?

—El hombre no debe ser muerto, sino que se lo deberá traer para ser examinado, a fin de cumplimentar los fines científicos de la expedición.

«Es una máquina que habla —casi gritó Evalyth— está programada para ayudar en la investigación, y para nada más. Pero era la de Donli».

Y la respuesta era tan propia de él, que Evalyth no pudo ya reprimir las lágrimas.

La única luna se alzó casi llena, poco después del crepúsculo. Ahogó con su luz la de la mayoría de las estrellas; la selva se hallaba cubierta de plata y envuelta en la oscuridad. El cono de nieve del monte Burus flotaba, casi irreal, en el límite no visible de ese mundo. El viento zumbaba alrededor de Evalyth cuando se acuclilló en el aparato antigravitatorio, trayendo olores ácidos y dando la sensación de frío, aunque no lo era. El viento reía entre dientes a su espalda. En alguna parte algo chilló cada tantos minutos, y algo le contestó.

Evalyth protestó enfrentándose a los indicadores de posición que brillaban en el panel. ¡Maldición y caos! ¡Moru tenía que hallarse en aquella zona! No podía haber escapado a pie del valle en el poco tiempo de que había podido disponer, y su esquema de búsqueda cubría prácticamente toda aquella extensión. Si no podía hallarlo antes de agotar el material, ¿debía presumir que había muerto? Tendrían que poder hallar su cuerpo no importaba cómo, ¿no es verdad? A menos que hubiera sido enterrado a mucha profundidad. Aquí. Puso el aparato ajustado para que quedara suspendido, tomó la siguiente redoma y esperó.

Las pequeñas motas se desparramaron, numerosas y minúsculas como el humo a la luz de la luna. ¿Otro fracaso?

¡No! ¡Un momento! ¿No distinguía un buen número de esas motas danzando hasta formar un haz visible bajo la luna, que se desvanecía hacia abajo? Con el corazón latiéndole con fuerza se volvió hacia el indicador. Su neurodetector, provisto de una antena, no señalaba a cualquier parte, sino que indicaba un punto situado al oeste-nordeste, declinación treinta y dos grados por debajo de la horizontal. Sólo una importante concentración de motitas indicadoras podía hacer que se comportara de tal manera.

Y sólo una especial mezcla de moléculas, a las cuales las motitas habían sido sensibilizadas para actuar en unas pocas partes por millón, o con más sensibilidad aún, podrían hacerlas converger sobre la fuente.

¡Ya... a... ah! No pudo evitar dar un grito como el de un halcón que avista a su presa. Pero de allí en adelante, mordiéndose los labios hasta que la sangre le corrió por la barbilla, siguió manejando su vehículo en silencio.

La distancia era de unos pocos kilómetros. Llegó a un lugar situado sobre un claro del bosque, y allí suspendió el vehículo. Varios charcos de agua sucia relucían a la luz de la luna. Los árboles configuraban una pared casi sólida a su alrededor. Evalyth extrajo de su casco los anteojos especiales para la oscuridad, y se los colocó sobre los ojos. Así pudo visualizar una plataforma hecha apresuradamente con enredaderas y ramas, sujeta a dos de los árboles más corpulentos, para que sus ramas la ocultaran a la vista de quien sobrevolara. Hacia allí se dirigían las motitas indicadoras.

Evalyth hizo descender al vehículo hasta llegar a un metro del suelo y bajó a tierra. Una pistola paralizadora pasó de la cartuchera a su mano. Con la otra mano sujetaba la pistola lanzarrayos.

Los dos hijos de Moru saltaron del refugio. Las motitas danzaban alrededor de ellos formando una niebla que ocultaba en parte sus cuerpos.

«Por supuesto, pensó Evalyth, sintiendo que su odio crecía junto con su sorpresa. Debía haber pensado que ellos serían los devoradores».

Más que nunca los vio ahora semejar a gnomos: las delgadas piernas y grandes cabezas de la hiponutrición. Los muchachos de Kraken de su misma edad serían el doble de corpulentos, y ya mostrarían evidentes señales de estar convirtiéndose en hombres.

Estos cuerpos desnudos eran de niños, salvo por su grotesca apariencia de duendes.

Los padres los siguieron, y fueron ignorados por las motitas rastreadoras. La madre gemía. Evalyth identificó algunas palabras: «¿Qué pasa? ¿Qué son esas cosas...? ¡oh! ¡Socorro!». Pero ella miraba solamente a Moru.

Cojeando fuera del refugio, parado para tratar inútilmente de proteger la entrada, parecía un enorme escarabajo que se hubiera arrastrado saliendo de un montón de desperdicios. Pero hubiera reconocido su cabezota peluda aunque su cerebro se le hubiera estado cayendo a pedazos. Llevaba un cuchillo toscamente labrado con una piedra, seguramente el arma con que atacó a Donli.

«Se lo quitaré, y con ese mismo cuchillo le arrancaré la mano, pensó Evalyth casi llorando. Lo voy a mantener vivo mientras lo descuartizo, y mientras tanto me verá desollar a su repulsiva prole».

La mujer gritó desesperada. Había visto la cosa metálica y a la gigante de pie sobre la plataforma, con una rara cabeza y ojos que brillaban bajo la luz de la luna.

—He venido a por ti. Tú has matado a mi hombre —dijo Evalyth.

La madre volvió a gritar y trató de cubrir a sus hijos con su cuerpo. El padre trató de correr para protegerlos, pero su pie inválido se torció y cayó en uno de los charcos. Mientras Moru trataba de salir del lecho de barro, Evalyth disparó sobre la mujer. No

se oyó ruido alguno. Cayó al suelo y allí permaneció sin moverse.

—¡Corred! —gritó Moru.

Trató de abalanzarse sobre el vehículo. Evalyth presionó un botón, y el artefacto se movió en círculo alrededor de los muchachos. Les disparó desde arriba, donde Moru no podía alcanzarla.

El padre se arrodilló cerca del más próximo, tomó al muchacho en sus brazos y miró hacia arriba. La luz de la luna lo iluminaba.

—¿Qué más puedes hacerme ahora? —gritó.

Evalyth lo paralizó a él también, bajó y rápidamente los amarró a los cuatro. Luego los fue llevando hasta el vehículo, sorprendida de hallarlos tan livianos.

El sudor la cubría, hasta que su uniforme quedó totalmente empapado. Comenzó a temblar como si tuviera fiebre. Sus oídos le zumbaban.

—Te hubiera destruido —dijo. Su voz le sonaba lejana y desconocida. Una parte de sí misma se preguntaba por qué se molestaba en hablarles a figuras inconscientes, y en su propia lengua, por si esto fuera poco—. Ojalá no te hubieras comportado como lo hiciste. Eso me hizo recordar las palabras de la computadora, acerca de que los amigos de Donli te necesitaban para estudiarte.

»Eras una presa demasiado fácil, supongo. Después de lo que has hecho, tenemos el derecho, de acuerdo con las reglas de los Aliados, de hacerte prisionero, y ninguno de tus amigos se va a preocupar demasiado por tus problemas.

»Por otra parte, no serán inhumanos: unas pocas muestras celulares, una serie de pruebas, anestesia siempre que sea necesario, nada que los perjudique, nada más que una serie de exámenes clínicos tan exhaustivos como sea posible.

»No hay duda de que recibirán más alimentos de lo que nunca hayan podido conseguir, y tampoco cuestiono que los médicos hallarán en vosotros una serie de anomalías que podrán curar. Y luego, Moru, soltarán a tu mujer ya tus hijos.

Escrutó su fea cara.

—Lo que me alegra —siguió diciendo—, es que para ti, que no comprenderás nada de lo que está sucediendo, será una muy mala experiencia. Y cuando hayan terminado, Moru, insistiré en que te entreguen a mí. No me lo podrán negar. Hasta tu propia tribu te ha rechazado, ¿verdad? Mis colegas no me permitirán hacer otra cosa contigo que matarte, pero pienso insistir para que se me permita ejercer tal derecho.

Se dirigió entonces a Lokon a toda velocidad, tratando de llegar mientras pudiera satisfacerse con ese único castigo.

Y pasaron los días sin él, los interminables días sin él.

Las noches eran más fáciles de soportar. Si no había trabajado hasta llegar a agotarse, siempre podía tomar una píldora. Raramente lo veía en sueños. Pero tenía que pasar cada día, y no quería ahogar sus recuerdos en drogas.

Afortunadamente, había mucho trabajo, cumpliendo con los preparativos para la partida, cuando había pocas personas para muchas tareas que debían realizarse en

corto tiempo. Los instrumentos debían ser desarmados, embalados, llevados al *ferry* y almacenados. El *New Down* también tenía que ser preparado y reacondicionado. Se debía comprobar el estado de numerosos sistemas. Su entrenamiento en tecnología militar le permitió a Evalyth cumplir funciones de mecánica, piloto o transportadora de cargas. Además, realizaba los trabajos rutinarios de la defensa del campamento.

El capitán Jonafer objetaba, con poca energía, estas últimas ocupaciones.

—¿Para qué molestarse, teniente? —le decía—, los naturales se hallan terriblemente asustados. Saben lo que usted hizo, y todas estas idas y venidas por el cielo, los robots y las maquinarias pesadas en acción, las luces que inundan los claros de la selva, los tienen realmente aterrorizados. Tengo que esforzarme para persuadirlos de que no abandonen la ciudad.

—Déjelos que lo hagan —le dijo ella—. ¿Qué importa?

—No hemos venido aquí para arruinarlos, teniente.

—No, pero a mi juicio, capitán, serían muy felices si pudieran destruimos a nosotros. Imagínese qué virtudes especiales debe de tener su cuerpo.

Jonafer suspiró y desistió de convencerla. Pero cuando no quiso recibir a Rogar, en su siguiente visita, el capitán le ordenó que lo hiciera y que se comportara correctamente.

El *Klev* entró en el biolaboratorio, pues ella no lo había querido recibir en su vivienda, portando un regalo: una espada de metal del imperio. Evalyth se encogió de hombros: sin duda un museo recibiría el objeto con alegría.

—Déjalo en el suelo —le dijo.

Ella ocupaba la única silla, por lo cual Rogar debió mantenerse de pie. Se lo veía pequeño y viejo, vestido con su túnica.

—Estoy aquí —dijo casi en un susurro—, para expresar nuestra alegría porque la venida-del-cielo haya podido cumplir con su venganza.

—Está cumpliéndose —le corrigió ella.

Rogar no podía mirarla a los ojos. Evalyth se quedó mirando con el ceño fruncido su cabello descolorido.

—Puesto que la venida-del-cielo ha podido... tan fácilmente... hallar a los que buscaba, pensamos que conoce la verdad, y sabe que nuestros pensamientos nunca han representado un peligro para ella o para sus iguales.

Eso no parecía necesitar una respuesta.

Rogar se retorció las manos.

—Entonces, ¿por qué nos han olvidado? Cuando vinisteis por primera vez, cuando os conocimos y vimos que hablabais nuestro idioma, dijisteis que os quedaríais durante muchas lunas, y que luego enviaríais a otros como vosotros para que nos enseñaran y para comerciar. Nuestros corazones se regocijaron. No fue solamente porque traíais maravillosas mercancías que tal vez algún día podríamos comprar, ni tampoco porque vuestros hombres sabios hablaban de medios para

terminar con el hambre, la enfermedad, los peligros y las penas. No, nuestro júbilo y agradecimiento se debían principalmente a las maravillas que nos dejasteis entrever. De pronto, el mundo, que había sido tan estrecho, se tomó enorme. Y ahora os vais. Cuando me he atrevido a preguntar, aquellos de vosotros que me contestaron me hicieron saber que no iban a volver. ¿En qué os hemos ofendido, y cómo podemos hacer para desagraviaros, venida-del-cielo?

—Primero de todo, no debéis tratar a vuestros semejantes como si fueran animales —le dijo Evalyth, notando que le costaba pronunciar las palabras.

—He llegado a darme cuenta... con dificultad... de que los visitantes de las estrellas no están de acuerdo con lo que hacemos en el Lugar Sagrado. ¡Pero eso sucede una sola vez en nuestras vidas, venida-del-cielo, y solamente porque no tenemos otra opción!

—No tenéis ninguna necesidad de tal horror.

Rogar se postró delante de ella.

—Tal vez los venidos-del-cielo sean así —suplicó—, pero nosotros somos simples hombres. Si nuestros hijos no entran en la edad viril, nunca podrán engendrar, y el último de nuestra raza morirá solo, en un mundo acabado, sin que nadie esté allí para abrirle el cráneo y dejar escapar el alma.

Se atrevió a echarle una mirada a Evalyth, pero lo que vio le hizo gemir y arrastrarse hacia atrás, quedando ahora a plena luz del sol.

Más tarde Chena Darnard vino a buscar a Evalyth y tomaron juntas una copa. Hablaron un rato del tema, hasta que la antropóloga dijo:

—Fuiste muy brusca con el jefe hoy, ¿verdad?

—¿Cómo supiste...? —comenzó a decir Evalyth, hasta que se dio cuenta de que la entrevista se había grabado, para ser estudiada *a posteriori*—. ¿Qué piensas que tenía que hacer? ¿Besar la boca de ese devorador de carne humana?

—No. —Chena parpadeó—. Supongo que no.

—Tu firma encabeza la lista de la reclamación oficial para que abandonemos este planeta.

—Sí, así es. Pero ahora... ya no sé qué pensar. Me sentí asqueada. Sin embargo... He estado observando al grupo de médicos cuando trabaja con los prisioneros. ¿Tú los has visto?

—No.

—Deberías hacerlo. Verías cómo se lamentan y gritan, tratando de protegerse los unos a los otros, cuando son atados a las camillas en el laboratorio. Y luego, cómo se abrazan desesperados cuando los vuelven a dejar en la celda.

—No se les causa dolor ni se los mutila, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Pero no creen a los científicos cuando les aseguran que no van a sentir nada. Y no se les pueden dar tranquilizantes, puesto que eso perturbaría los resultados. Sienten pánico ante lo desconocido. Te aseguro, Evalyth, que tuve que dejar de observarlos. No podía resistirlo. —Chena miró largamente a la otra mujer—.

Tal vez tú sí podrías.

Evalyth movió la cabeza negativamente.

—No me complazco con su sufrimiento. Pienso matar al asesino porque el honor de mi familia así lo exige, pero los otros quedarán en libertad. Aun a pesar de lo que comieron.

Se sirvió una buena ración y la bebió de un trago. Sintió el líquido quemarle la garganta.

—Ojalá no lo hicieras —le dijo Chena—. A Donli no le hubiera gustado. Tenía un proverbio, que según él decía, era muy antiguo. Era de mi misma ciudad, ¿recuerdas? Y yo lo conocí... En realidad lo conocí mucho más que tú, querida mía. Muchas veces se lo oí repetir: «¿No es verdad que destruyo a mis enemigos si los convierto en mis amigos?».

—Piensa en un insecto venenoso —respondió Evalyth—. No haces amistad con una criatura así. La aplastas con la bota.

—Pero un hombre hace lo que hace por lo que la sociedad le enseña —la voz de Chena reflejó su angustia. Se inclinó hacia ella y asió las manos de Evalyth, que no respondió—. ¿Qué significado tiene la vida de un solo hombre frente a todos los que lo rodean y a todos los que han vivido antes? No habríamos hallado caníbales por todas partes, en esta isla, si cada uno de estos grupos, por otra parte con grandes diferencias culturales, no lo considerara como el imperativo racial más arraigado que poseen.

Evalyth sonrió con una mueca de creciente cólera.

—¿Qué tipo de raza es la que cultiva tales imperativos? ¿Por qué negarme el privilegio de obrar de acuerdo con mis propias necesidades culturales? Ahora iré a mi país, a criar al hijo de Donli lejos de vuestra civilización sin entrañas. No crecerá con la deshonra de saber que su propia madre fue demasiado débil como para lograr que su padre fuera vengado. Ahora, si me disculpas, mañana tengo que levantarme temprano para llevar otra carga a la espacionave y acomodarla a bordo.

Ese trabajo requería bastante tiempo. Evalyth regresó cuando el sol se ocultaba, al día siguiente. Se sentía más cansada que de costumbre, pero más en paz consigo misma. La herida que había sufrido comenzaba a cicatrizar lentamente. No pudo evitar el pensar, de forma abstracta pero no dolorosa: «Soy joven. Dentro de unos años conoceré a otro hombre. No te amaré menos por eso, querido».

El polvo crujía bajo sus botas. El campamento estaba ya medio vacío, y la parte correspondiente de los ocupantes se hallaba en la nave. La noche llegaba desde un cielo que amarilleaba lentamente. Sólo unos pocos miembros de la expedición se afanaban alrededor de las máquinas y del resto de los edificios. Lokon se hallaba sumida en el silencio típico de aquellos últimos tiempos. A Evalyth le llegó como un alivio el resonar de sus pasos sobre los escalones que llevaban a la oficina de Jonafer.

El capitán estaba sentado; obviamente la esperaba, corpulento e inmóvil tras su escritorio.

—He cumplido la tarea asignada sin inconvenientes —dijo ella.

—Siéntese —fue la respuesta.

La muchacha obedeció. El silencio creció, rodeándolos. Finalmente, Jonafer dijo con expresión rígida:

—El equipo clínico ha terminado su trabajo con los prisioneros.

En cierto modo aquellas palabras sorprendieron a Evalyth.

—¿No es demasiado pronto? Quiero decir, no tenemos mucho material, y solamente hay dos personas que pueden dedicarse a los estudios más delicados, incluso sin Donli como experto en biología de la Tierra. Yo pensaba que un estudio bien hecho, llevado hasta un nivel cromosómico, e incluso más allá, algo que realmente los antropólogos pudieran utilizar, tomaría más tiempo.

—Eso que dice es correcto —replicó Jonafer—. No se ha hallado nada de importancia significativa, pero tal vez sí se hubiera descubierto, si el grupo de Uden tuviera idea de lo que deseaba hallar. Dada la situación, podrían haber formulado hipótesis y haberlas probado en el contexto de un organismo íntegro, llegando a alguna comprensión de sus sujetos como seres funcionantes. Tiene usted razón. Donli Sairn poseía la intuición profesional que hubiera resultado adecuada para guiarlos. Sin ella, y sin ninguna clave en particular, tuvieron que probar y sondear casi al azar. Llegaron a establecer ciertas peculiaridades digestivas, si bien nada que no hubiera podido predecirse en base a la ecología ambiente.

—Entonces, ¿por qué interrumpieron los estudios? Estaremos aquí durante una semana más, por lo menos.

—Lo hicieron a petición mía, después que Uden me mostró lo que estaba sucediendo, advirtiéndome que abandonaría el trabajo, fueran cuales fuesen mis órdenes.

—¿A qué se refiere...? ¡Ah! —dijo con cierto desdén en la voz—. Se refiere a la tortura psicológica.

—Sí. Observé cómo esa pobre mujer era atada a una mesa. Su cabeza y su cuerpo se hallaban cubiertos de conductores conectados a los aparatos registradores que zumbaban. Ella no me vio a mí, sin embargo. Sus ojos estaban llenos de terror. Supongo que creería que le estaban robando lentamente el alma. O tal vez todo fuera aun peor, porque no alcanzaría a saber lo que estaba sucediendo. Vi a los niños en la celda, cogidos de las manos. No tenían otro apoyo en todo lo que constituía su universo. Se hallan en la pubertad, ¿cómo va a afectar todo esto a su futuro desarrollo psicosexual? Vi a su padre yacer vencido por las drogas después de haber tratado de luchar abriéndose camino a través de la pared. Uden y sus ayudantes me explicaron la forma en que trataron de hacerse amigos y fallaron. Porque, naturalmente, los prisioneros piensan que están en poder de quienes los odian de tal forma que su aversión llegaría más allá de la tumba. —Jonafer hizo una pausa—. Creo que hay límites para todo, teniente. Incluso para la ciencia y para el castigo. Especialmente cuando, después de todo, las posibilidades de descubrir algo poco habitual son

remotas. Así pues, ordené que se concluyera la investigación. Los niños y la madre serán llevados a la zona de donde provienen por vía aérea, y liberados durante el día de mañana.

—¿Por qué no hoy mismo? —preguntó Evalyth, presintiendo cuál sería su respuesta.

—Abrigo la esperanza de que también permitirá usted que liberemos al padre —le dijo Jonafer.

—No.

—¡En nombre de Dios!

—Su Dios. —Evalyth desvió la vista—. No voy a alegrarme por cumplir con mi deber. Comienzo a desear no tener que cumplir con esta triste obligación. Pero esto no es lo mismo que si Donli hubiera sido muerto en una honesta guerra o lucha. Ha sido objeto de una muerte como la que se le da a los cerdos. Eso es lo terrible del canibalismo. Hace que el ser humano no sea más que un animal cuya carne se consume. No puedo devolverlo a la vida, pero por lo menos haré que las cosas se equilibren, convirtiendo a su asesino en una fiera salvaje que debe ser destruida.

—Ya veo —dijo Jonafer, mirando tal vez con demasiada fijeza al exterior, por la ventana. A la luz del crepúsculo su cara parecía una máscara de metal—. Bien —dijo finalmente y con frialdad—, de acuerdo con la Carta de la Alianza y con los reglamentos de esta expedición, no me queda otra alternativa. Pero no quiero ninguna ceremonia truculenta, ni tampoco que usted se sienta centro de la situación. Le llevaremos al prisionero a su lugar de residencia después de oscurecer. Usted lo eliminará inmediatamente y dispondrá lo necesario para que sus restos sean quemados.

Evalyth sintió que las palmas de sus manos se humedecían. «¡Nunca antes he dado muerte a un hombre indefenso!, pensó. Pero él sí, se respondió inmediatamente».

—Comprendo, capitán —dijo a Jonafer.

—Muy bien, teniente. Puede subir ahora y comer con el resto de la gente si así lo desea. No le anunciaré a nadie lo que va a suceder. Este asunto deberá realizarse a las... —Jonafer miró su reloj— 2600 horas.

Evalyth trató de tragar, y sintió la garganta seca.

—¿No es un poco tarde?

—Así es. Quiero que el campamento duerma. —Ahora la miró—. Y quiero que usted tenga tiempo para pensarlo mejor.

—¡No!

Se puso en pie de un salto y fue hacia la puerta.

La voz del capitán la persiguió:

—Esto es lo que le hubiera pedido Donli que hiciera.

La noche llenó el cuarto de sombras. Evalyth no se levantó a encender la luz. Era como si la silla, que había sido la preferida de Donli, no la dejara escapar.

Súbitamente recordó las psicodrogas. Todavía le quedaban algunos comprimidos. Uno de ellos haría que la ejecución fuera más fácil. Sin duda, Jonafer dispondría que también Moru fuera adecuadamente tranquilizado ahora, por fin, antes de traerlo. Entonces, ¿por qué no habría ella de procurar sentirse más calmada?

No sería justo.

¿Por qué no?

«No sé. Ya no comprendo nada. ¿Y quién comprende? Solamente Moru. Él sabe por qué mató y destrozó como un animal a un hombre que confiaba en él». Evalyth se dio cuenta de que estaba sonriendo en la oscuridad. «Su guía es la superstición. Ya ha visto cómo sus hijos comenzaban a mostrar signos de madurez. Tal vez eso lo consuele un poco».

Era lamentable que el difícil tiempo de la adolescencia tuviera un comienzo tan triste. Lo más lógico hubiera sido que los signos de madurez se hubieran retardado. Claro que los cautivos habían recibido una dieta equilibrada adecuadamente y que las medicinas que se les habían administrado podían actuar contra infecciones leves pero crónicas. De todos modos, se hallaba sorprendida por la aparición de los indicios de virilidad en los muchachos. Por otra parte, en condiciones normales, otros niños no hubieran desarrollado signos apreciables exteriormente en tan poco tiempo. Seguramente éste era un problema que hubiera intrigado mucho a Donli. Casi podía verlo, frunciendo el ceño y frotándose la frente mientras sonreía, complacido por tener que hallar una explicación.

—Me gustaría tratar de averiguar algo yo mismo —le pareció oírle decir a Uden, sobre una cerveza y un cigarrillo—. Podría llegar a alguna conclusión.

—¿Cómo? —Le hubiera contestado el médico—. Eres un biólogo. Pienso que la fisiología humana, y sobre todo sus detalles sutiles, se te escaparán.

—Humm... m..., sí y no. Mi trabajo es estudiar las especies de origen terrestre y la forma en que se han adaptado a nuevos planetas. El hombre está incluido.

Pero Donli ya no estaba y ningún otro miembro de la expedición tenía la competencia suficiente para hacer su trabajo, ni siquiera para poder cumplirlo parcialmente. Sin embargo, trató de no pensar en eso, ni en lo que debería hacer dentro de poco rato.

Intentó concentrarse en comprender que alguien del equipo de Uden había tratado de aplicar los conocimientos de Donli. Tal como había dicho Jonafer, Donli podría haber tenido una buena idea que sugerir, poco ortodoxa pero llena de inteligencia, que tal vez habría conducido al descubrimiento de los hechos desconocidos, si es que existían. Uden y su equipo eran investigadores rutinarios. Ni siquiera habían pensado que podían averiguar los datos que se hallaban almacenados en la computadora de Donli, y que podrían haberlos guiado con sus informaciones. ¿Por qué hacerlo, si pensaban que su problema era únicamente médico? Y, no cabía duda, no eran crueles. La angustia que causaban los había llevado a escapar de cualquier idea que hubiera exigido mayor cantidad de pruebas para su determinación. Donli hubiera enfrentado

el problema de forma diferente desde el principio.

Súbitamente las sombras se espesaron. Evalyth sintió que se quedaba sin aliento. Todo estaba demasiado caluroso y tranquilo; aún debía esperar demasiado tiempo. Debía hacer algo si no quería que las fuerzas le fallaran en el momento de apretar el gatillo.

Se puso de pie, vacilante, y entró en el laboratorio. Las luces la cegaron por un momento cuando las encendió. Luego le dio a la computadora la orden de activación.

No tuvo otra respuesta que la luz del indicador. Las ventanas dejaban ver la total oscuridad del exterior. Las nubes habían ocultado la luna y las estrellas.

—¿Qué...?

Notó que su voz no era más que un graznido. Pero entonces le asaltó una idea liberadora: «Domínate, estúpida, o no serás digna de criar al hijo que llevas en tu cuerpo». Entonces pudo formular la pregunta:

—¿Qué explicaciones pueden darse, en lo que a la biología respecta, para el comportamiento de la gente en este planeta?

—Tales interrogantes son tal vez mejor resueltos si nos atenemos a la psicología o a la antropología cultural —respondió la voz.

—Tt... tal vez sí —dijo Evalyth—. Pero tal vez no. —Trató de ordenar algunos pensamientos y los mantuvo liderando otros que se presentaban—. Los habitantes pueden haber degenerado, y no ser ya realmente humanos. —«Ojalá Moru lo sea»—. Investiga todos los hechos registrados acerca de ellos, incluyendo las detalladas observaciones clínicas que se hicieron en cuatro naturales durante los últimos días. Compáralos con los datos básicos que se poseen de la Tierra. Dame todas las hipótesis que puedan ser razonables. —Vaciló—. Corrijo: me refiero a posibles hipótesis. Todo lo que no contradiga de plano los hechos establecidos. Ya hemos investigado las ideas aparentemente razonables.

La máquina comenzó a zumbiar. Evalyth cerró los ojos y se aferró al borde del escritorio. «Donli, por favor, ayúdame».

Del otro lado le llegó la voz:

—El único elemento de comportamiento que no parece ser fácilmente explicable por postulados que se refieran a problemas del medio y de los acontecimientos históricos accidentales es el rito caníbal de la pubertad. De acuerdo con la computadora antropológica, éste puede haberse originado como una forma de sacrificio humano. Pero tal computadora hace notar ciertos elementos ilógicos en la suposición; a saber:

»En la vieja Tierra las religiones que sacrificaban seres humanos se asociaban normalmente a las sociedades agricultoras, que dependían más vitalmente de la fertilidad y del buen tiempo que los cazadores. Incluso para éstos, los sacrificios humanos llegaron a ser completamente desventajosos, tal como lo demuestra el ejemplo de los aztecas. Lokon ha racionalizado la práctica hasta cierto punto,

haciéndola formar parte de un sistema de esclavitud y reduciendo el desagrado que podría causar en la generalidad de los habitantes. Pero para los que viven en las tierras bajas es un verdadero mal, una fuente de perpetuo peligro, una forma de diversificar esfuerzos que son muy importantes para asegurar la supervivencia de la raza. No es lógico que tal costumbre, aun imitada en Lokon, se haya mantenido entre todas estas tribus sin excepción. Sin embargo, así ha sucedido. Por tales razones, es indudable que debe de tener algún valor, y el problema consiste en determinar ese valor.

»El método para obtener víctimas varía mucho, pero los requerimientos parecen ser los mismos. De acuerdo con lo dicho por los lokoneses, el cuerpo de un hombre adulto es suficiente para cuatro muchachos. El asesinato de Donli Sairn no se pudo llevar todo el cuerpo. Lo que eligió de él es muy sugestivo.

»De tal forma, es posible que haya aparecido un fenómeno dipteroide en los hombres de este planeta. Tal cosa es desconocida entre los animales superiores, pero no deja de ser concebible. La causa estaría en una modificación del cromosoma Y. La prueba para determinar si existe o no tal modificación, y por lo tanto, la prueba de tal hipótesis, es fácilmente realizable.

La voz se detuvo. Evalyth sintió que la sangre se detenía en sus venas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Este fenómeno se puede hallar entre animales inferiores de varios planetas —le informó la computadora—. Es poco común y por lo tanto no es muy ampliamente conocido. Su nombre deriva del de los dípteros, un tipo de mosca de la vieja Tierra.

La luz relampagueó.

—¿Moscas? ¡Bien, sí!

La máquina comenzó a explicar.

Jonafer trajo a Moro. El salvaje llevaba las manos atadas a la espalda y el hombre del espacio parecía enorme a su lado. A pesar de eso y de las lastimaduras que se había producido, cojeaba a su lado sin aflojar el paso. Las nubes se disipaban y la luz de la luna brilló, blanca como el hielo. Mientras Evalyth aguardaba, del lado de afuera de la puerta de su casa, vio cómo el campamento se extendía hasta la barrera, de aspecto de sierra, donde sobresalía un soporte como si fuera una horca. El aire se iba tornando frío, pues el planeta giraba hacia el otoño, y un vientecillo se había levantado y gemía detrás de los rastros de polvo que se alzaban del suelo. Se oían claras las pisadas de Jonafer.

La vio y se detuvo. Moru hizo lo mismo.

—¿Qué descubrieron? —le preguntó ella.

El capitán movió la cabeza afirmativamente.

—Uden se puso a trabajar en cuanto usted lo llamó —dijo—. La prueba es más complicada de lo que la computadora decía, pero, bien, supongo que tal afirmación sería cierta si contáramos con la destreza de Donli y no con la de Uden. Si no hubiera

sido por su ayuda, nunca la hubiera hecho. Sí, la hipótesis es cierta.

—¿Cómo es eso?

Moru esperaba, mientras se sentía envuelto por palabras pronunciadas en un lenguaje que no comprendía.

—No soy médico. —Jonafer mantuvo su tono inexpresivo—. Pero por lo que me dijo Uden, parece ser que las gónadas masculinas no pueden madurar en este planeta de una forma espontánea. Necesitan que se les dé una cantidad extra de hormonas y mencionó testosterona y androsterona, además de otras que no recuerdo, para que comiencen las modificaciones de la pubertad. Si no las tienen, los niños serán eunucos. Uden piensa que la población superviviente tras el bombardeo de la colonia era tan pequeña que durante las dos primeras generaciones, aproximadamente, tuvieron que recurrir al canibalismo. En tales circunstancias se produjo una mutación que de otra forma se habría eliminado a sí misma, transmitiéndose luego a todos los descendientes.

Evalyth asintió.

—Ya veo.

—Comprende entonces lo que esto significa —dijo Jonafer—. No habrá problema para eliminar tal práctica. Simplemente les diremos que tenemos una comida sagrada mejor que la de ellos, y la reemplazaremos por unas cuantas píldoras. Luego pueden introducirse animales de tipo terrestre para suplir las necesidades. Y finalmente, no dudo que nuestros genetistas podrán corregir los cromosomas defectuosos.

No pudo contenerse más. El capitán abrió la boca y pareció que se había abierto una herida en la cara.

—Tendría que alabarla por haber salvado a todo un pueblo, pero no puedo. Por favor, haga de una vez lo que quiere hacer.

Evalyth se plantó enfrente de Moro. Éste tembló pero no desvió la mirada.

—¿No lo ha drogado? —preguntó ella.

—No —contestó Jonafer y espetó—: No quise ayudarla.

—Bien, me alegro. —Se dirigió a Moro en su lenguaje, para que la entendiera—: Mataste a mi hombre. ¿Es lógico que ahora te mate a ti?

—Sí, está bien —contestó él, casi tan imparcialmente como ella había hablado—. Te agradezco que hayas dejado libres a mi mujer y a mis hijos. —Se mantuvo callado durante un segundo o dos—. He escuchado que tu gente puede mantener los cuerpos sin que se pudran durante mucho tiempo. Conserva mi cuerpo y dáselo a tus hijos.

—Los míos no lo necesitarán —le dijo ella—, ni tampoco los hijos de tus hijos.

Ahora la ansiedad tiñó sus palabras.

—¿Sabes por qué maté a tu hombre? Fue bueno conmigo, para mí era casi un dios. Pero soy lisiado y no vi otra forma de conseguir lo que mis hijos necesitaban. Si pasaba mucho tiempo más, ya hubiera sido tarde y jamás se hubieran convertido en hombres.

—Donli me enseñó lo bueno que es ser hombre —dijo ella. Luego se volvió hacia Jonafer y añadió—: Ya sé cuál será mi venganza.

—¿Cuál? —preguntó el capitán.

—Después de enterarme de la existencia del fenómeno dipteroide —dijo ella—, todo lo que debo hacer es guardar silencio. Moro, sus hijos y toda una raza, seguirán siendo presas de caza durante siglos o tal vez para siempre. Estuve sentada durante una hora, creo, pensando en mi venganza.

—¿Y luego? —dijo el capitán.

—Me sentí satisfecha y pude empezar a pensar que existía la justicia —dijo Evelyth.

Sacó un cuchillo. Moro se puso tenso. Evelyth se acercó por detrás de él y cortó sus ligaduras.

—Vete a casa —le dijo—. Y no lo olvides.

La bestia que gritaba amor en el corazón del universo

Harlan Ellison

Sí, lo sé, ya está otra vez aquí Harlan.

No es culpa mía, es porque gana premios Hugo. Si apilase los premios Hugo uno encima del otro, el montón sería más alto y pesado que él. Es el único escritor de ciencia ficción que puede reclamar ese honor.

¿Por qué todos esos premios Hugo? Hay una variedad de teorías que incluyen votaciones múltiples, chantaje, soborno a los jueces y así sucesivamente. Bien, sí, pero además de todo esto, Harlan es un escritor con talento.

Es uno de los chicos que más han contribuido al gran mundo de ahí fuera y estoy orgulloso de ello. (Oh, Dios mío, espero que él no llegue a leer esto). Me glorifico en su valentía. Con razón o sin ella, dice lo que piensa, llama a las cosas tal como las ve, sin importarle las consecuencias. Él es el único individuo que conozco que puede levantarse y dar un discurso en una convención, logrando que todo el mundo se pelee como un loco, y él seguir en la plataforma gritándoles también a todos.

Un artículo publicado en cierta revista nacional informó acerca de una disputa entre cierta superestrella de Hollywood y, nada menos, nuestro Harlan. Normalmente, esa estrella consigue que todos se inclinen y se apresuren a apartarse ante él, hasta el extremo de darse con los pies en el trasero en su afán por despejarle el camino, pero esto no ocurrió con Harlan. Harlan permaneció impertérrito, por así decirlo, sin moverse, y cuando la gran estrella intentó burlarse de él, Harlan lo aplastó como si realmente fuese de carne y hueso.

Y, cuando otra revista nacional publicó una lista de los solteros más asequibles de Hollywood..., ¿quién figuraba entre ellos? Harlan Ellison en persona. ¿Y quién escribió el mejor guión que jamás he contemplado en Man from U. N. C. L. E.? Harlan Ellison, fue él. ¿Y quién escribe constantemente guiones de cine? Harlan Ellison, es él.

Tal como me siento ahora, solo puedo parafrasear a Kipling y recitar:

*Aunque te he azotado y flagelado,
por el Dios vivo que te ha hecho,
eres mejor hombre que yo, Ellison... ¡casi!*

Después de mantener una intrascendente conversación con el empleado de desinsectación que venía una vez por mes para rociar los alrededores de su casa en la sección de Ruxton, en Baltimore, William Sterog le robó una lata de Malathion, un mortífero insecticida venenoso que llevaba en el camión. Una mañana temprano, siguiendo la ruta del lechero del barrio, empezó a echar cantidades medianas o grandes en cada botella que había en la puerta trasera de setenta hogares. A las seis horas de la acción de Bill Sterog, doscientos hombres, mujeres y niños habían muerto en convulsiva agonía.

Cuando se enteró de que una tía que vivía en Buffalo se estaba muriendo de cáncer de las glándulas linfáticas, William Sterog ayudó apresuradamente a su madre a llenar tres maletas y la llevó al aeropuerto Friendship. Allí la metió en un reactor de la Eastern Airlines con una simple pero eficiente bomba de relojería, hecha con un despertador Westclox Travalarm y cuatro cartuchos de dinamita, en su equipaje. El reactor estalló en algún punto sobre Harrisburg, Pennsylvania. Noventa y tres personas, incluida la madre de Bill Sterog, murieron en la explosión, y los restos ardientes añadieron siete víctimas más al total al caer sobre una piscina pública.

Un domingo de noviembre, William Sterog se dirigió a la plaza Babe Ruth en la calle 33, y se convirtió en uno de los 54.000 aficionados que atestaban el Memorial Stadium para ver a los Baltimore Colts jugando contra los Green Bay Packers. Iba vestido con unos pantalones de pana gris, un polo de cuello alto azul marino y un grueso jersey irlandés, de lana, tejido a mano, bajo su parka. Cuando faltaban por jugar tres minutos trece segundos del último cuarto, con el Baltimore diecisiete a dieciséis en la línea de las dieciocho yardas del Green Bay, Bill Sterog se abrió camino hasta el descansillo de la salida sobre los asientos del entresuelo. Una vez allí, extrajo de debajo de su parka el subfusil M-3 excedente del ejército de los Estados Unidos que había comprado por 49,95 dólares al tratante en armas por correspondencia de Alexandria, Virginia. Mientras los 53.999 aficionados saltaban en pie, agrandando así su campo de tiro, al ser lanzada la pelota a uno de los jugadores zagueros mejor colocados para poder chutar a gol, Bill Sterog abrió fuego sobre las apiñadas espaldas de los aficionados situados debajo de él. Antes de que pudieran dominarlo, había matado a cuarenta y cuatro personas.

Cuando la primera fuerza expedicionaria a la galaxia elíptica del Escultor descendió en el segundo planeta de una estrella de cuarta magnitud, que la fuerza había designado con el nombre de Flammarion Theta, se encontraron con una escultura de doce metros y medio de altura, esculpida en una sustancia blancoazulada hasta entonces desconocida, que no era piedra y se parecía algo al metal, con la forma de un hombre. La figura estaba descalza, iba ataviada con un ropaje que se parecía vagamente a una toga, la cabeza cubierta por un gorro apretado, y llevaba en la mano un peculiar artefacto de anillos y bolas de otro material totalmente distinto. El rostro de la estatua era curiosamente beatífico. Las mejillas eran prominentes, los ojos

hundidos, una boca pequeña, casi no humana, y una amplia nariz de anchas aletas. La estatua se alzaba enorme sobre las destruidas y derruidas estructuras curvilíneas de algún olvidado arquitecto. Los miembros de la fuerza expedicionaria comentaron la expresión peculiar que cada uno de ellos apreciaba en el rostro de la estatua. Ninguno de aquellos hombres, de pie bajo una brillante luna de bronce que compartía el cielo del atardecer con un sol en el ocaso bastante diferente en colorido al que ahora brillaba casi apagado en una Tierra inimaginablemente lejana del tiempo y el espacio, había oído hablar jamás de William Sterog. Así pues, ninguno de ellos podía decir que la expresión de la estatua era la misma que Bill Sterog había mostrado mientras le decía al juez de última instancia que estaba a punto de sentenciarlo a muerte en la cámara de gas:

—Amo a todo el mundo. Lo amo. ¡Por Dios bendito, os amo, os amo a todos! — gritaba.

Cuandosección, a través de intersticios del pensamiento llamados tiempo, a través de imágenes reflexivas llamadas espacio; otro entonces, otro ahora. Este lugar, por allí. Más allá de los conceptos, la transustanciación de la simplicidad etiquetada finalmente si... Cuarenta y más pasos hacia el lado, pero luego, muy luego. Allí en aquel centro último, desde el que todo irradia hacia afuera, convirtiéndose en infinitamente más complejo, el enigma de la simetría, armonía, prorrateo cantando con un orden cuidadosamente afinado en este lugar, donde todo comenzó, comienza y siempre comenzará. El centro: Cuandosección.

O: un centenar de millones de años en el futuro. Y: un centenar de millones de parsecs más allá del borde extremo del espacio mensurable. Y: distorsiones homólogas innumerables a través de universos de existencias paralelas. Finalmente: una infinitud de saltos mentales más allá del pensamiento humano.

Allí: Cuandosección.

En el nivel malva, acurrucado en las coloraciones magenta oscuras que mimetizaban su forma encorvada, el maníaco esperaba. Era un dragón, grueso y redondo de torso, con la estrecha cola lanceolada recogida bajo el cuerpo; los pequeños y gruesos escudos óseos alzándose perpendicularmente sobre la espalda arqueada, llegando hasta el extremo de la cola, con las puntas hacia arriba; los cortos brazos acabados en garras cruzados sobre su amplio pecho. Tenía las siete cabezas de perro de un antiguo cancerbero. Cada cabeza vigilaba, esperando, hambrienta, demente.

Distinguió la brillante cuña amarilla de luz mientras se movía en un rastrillado al azar a través del malva, siempre acercándose. Sabía que no podía correr: el movimiento lo traicionaría, la luzespectro lo hallaría al instante. El miedo ahogaba al maníaco. El espectro lo había perseguido a través de la inocencia y la humildad y las nueve otras ofuscaciones emocionales que había intentado usar. Tenía que hacer algo,

lograr que perdieran el rastro; pero estaba solo en aquel nivel. Lo habían cerrado hacía algún tiempo, para purgarlo de emociones residuales. Si no hubiera estado tan confuso tras los asesinatos, si no se hubiera estado ahogando en su desorientación, nunca se hubiera atrapado él mismo en un nivel cerrado.

Ahora que estaba allí, no había lugar alguno en que ocultarse, parte alguna a la que escapar de la luz-espectro que lo perseguía sistemáticamente. Luego lo purgarían.

El maníaco hizo un último intento: cerró su mente, los siete cerebros a la vez, de la misma manera que estaba cerrado el nivel malva. Cortó todo pensamiento, apagó los fuegos de la emoción, interrumpió los circuitos neurales que suministraban energía a su mente. Como una gran máquina que va parándose tras haber estado en plena actividad, sus pensamientos se relajaron y empalidecieron y agostaron. Entonces hubo un hueco en donde había estado. Siete cabezas de perro durmieron.

El dragón había dejado de existir en términos de pensamiento, y la luz-espectro pasó de largo, sin encontrar allí nada que tomar como blanco. Pero aquellos que buscaban al maníaco eran cuerdos y no estaban locos como él; su cordura seguía un orden y, ordenadamente, consideraban cada exigencia. La luzespectro era seguida por haces buscadores de calor, por sensores de masa, por sabuesos que podían husmear la pista de materia extraña a un nivel cerrado.

Localizaron al maníaco. Lo encontraron encerrado en sí mismo como un sol apagado, y lo transfirieron; no se daba cuenta del movimiento; estaba encarcelado en sus propios cráneos silentes.

Pero cuando eligió abrir de nuevo sus pensamientos, en la desorientación atemporal que sigue a un cierre total, se encontró atrapado en estasis en una sala de drenaje en el tercer nivel rojo activo. Entonces, con sus siete gargantas, chilló.

Por supuesto, el sonido se disipó en los silenciadores traqueales que le habían implantado antes de que se abriese. La vacuidad del sonido le aterrorizó aún más.

Permanecía sumergido en una sustancia ámbar que le ceñía confortablemente; si hubiera estado en una era mucho más primitiva, en otro mundo, o en otro continuo, simplemente se hubiera hallado atado a un lecho de hospital. Pero el dragón estaba atrapado en estasis en un nivel rojo, cuandosección. Su lecho de hospital era antigravitatorio, sin peso, totalmente relajante, y le suministraba líquidos nutritivos, calmantes y tónicos a través de su coriácea piel. Estaba esperando para ser drenado.

Linah se impulsó a la sala, seguido por Semph. Semph, el descubridor del drenaje. Y su más elocuente némesis, Linah, que buscaba la Pública Elevación al cargo de Procurador. Se impulsaron a lo largo de las hileras de pacientes sumergidos en ámbar: los sapos, los cubos de cristal, los poseedores de exoesqueleto, los cambiadores de pseudópodos y el dragón de siete cabezas; Se detuvieron directamente enfrente y por encima del maníaco. Éste podía mirar hacia arriba y verlos, imágenes siete veces contempladas; pero era incapaz de emitir sonidos.

—Si necesitara una razón concluyente, aquí hay una de las mejores —dijo Linah,

inclinando su cabeza hacia el maníaco.

Semph sumergió una varilla de análisis en la sustancia ámbar, la extrajo e hizo una rápida lectura de la condición del paciente.

—Si necesitas una advertencia mayor —le contestó suavemente—, ésta sería una de las mejores.

—La Ciencia se inclina ante la voluntad de las masas —dijo Linah.

—No me gustaría creer eso —le atajó rápidamente Semph. Había un tono indefinible en su voz, que subrayaba la agresividad de sus palabras.

—Voy a hacer que eso sea cierto, Semph... créalo. Voy a conseguir que la Concordia apruebe la resolución...

—Linah, ¿cuánto hace que nos conocemos?

—Desde su tercer flujo. El segundo mío.

—Exactamente. ¿Le he dicho alguna mentira, le he pedido alguna vez que hiciera algo que pudiera ir en su contra?

—No. No que yo recuerde.

—Entonces, ¿por qué esta vez no quiere escucharme?

—Porque creo que está equivocado. No soy un fanático, Semph. Ni utilizo eso como palanca política. Estoy realmente convencido de que es la mejor oportunidad que jamás hayamos tenido.

—No es sino el desastre para todos y para los demás lugares, a través de los tiempos pasados, y sólo Dios sabe en qué extensión a lo largo del paralelaje. Limpiaremos nuestro nido echando la suciedad a todos los otros nidos que jamás hayan existido.

Linah extendió sus manos en gesto de impotencia.

—Es el instinto de supervivencia.

Semph agitó lentamente la cabeza, con un cansancio que también reflejaba en su expresión:

—Desearía poder drenar también eso.

—¿No puede?

Semph se alzó de hombros.

—Puedo drenar cualquier cosa; pero quizá no valiese la pena vivir por lo que quedase.

La sustancia ámbar cambió de tonalidad. Brillaba con una coloración azulada en lo profundo de sí misma.

—El paciente está dispuesto —dijo Semph—. Linah, por última vez: se lo suplicaré si es preciso. Por favor, deténgalo hasta la siguiente sesión. La Concordia no tiene por qué utilizarlo ahora. Déjeme hacer algunos experimentos más, déjeme ver a qué distancia se dispersa esta basura, cuánto daño puede causar. Déjeme preparar algunos informes.

Linah se mantuvo firme. Negó con la cabeza, rotundamente.

—¿Puedo ver el drenado con usted?

Semph suspiró profundamente. Estaba derrotado y lo sabía.

—Sí, de acuerdo.

La sustancia ámbar comenzó a alzarse, transportando su silenciosa carga. Llegó al nivel de los dos hombres, y se deslizó suavemente por el aire, entre ellos. Se impulsaron tras el recipiente que contenía al dragón de cabezas de perro, y pareció que Semph deseara decir algo; pero no había nada que decir.

La cristaloides cuna ámbar se difuminó y desapareció, y los hombres se desvanecieron y ya no estuvieron allí. Reaparecieron todos en la cámara de drenaje. La plataforma de irradiación estaba vacía. La cuna ámbar descendió sobre ella silenciosamente, y la sustancia flotó alejándose, desapareciendo tras depositar al dragón.

Desesperadamente, el maníaco trató de moverse, alzarse. Siete cabezas se estremecieron inútilmente. Su locura se impuso a los calmantes y se consumió en furia, frenesí, odio desenfrenado; pero no podía moverse. Tan sólo era capaz de mantener su forma.

Semph giró la banda de su muñeca izquierda. Brillaba con un fulgor interior, dorado oscuro. El sonido del aire que corre a llenar un vacío atronó en la cámara. La plataforma de irradiación estaba iluminada por una luz plateada que parecía surgir del mismo aire, de una fuente desconocida. El dragón estaba bañado por aquella luz y las siete grandes bocas se abrieron una sola vez, exponiendo hileras de colmillos. Luego, los párpados dobles de sus ojos se cerraron.

El dolor que sentía en el interior de sus cabezas era monstruoso. Un terrible tirón que se convirtió en el sorber de un millón de bocas. Su cerebro fue arrancado, estrujado, comprimido y purgado.

Semph y Linah apartaron la vista del cuerpo del dragón, dirigiéndola ahora al tanque de drenaje, al otro lado de la cámara. Mientras miraba, se estaba llenando desde abajo: llenando con una nube torbellina, casi incolora, de humo punteado de chispazos.

Linah apartó con esfuerzo sus ojos del tanque. El dragón con las siete cabezas de perro se agitaba. Como si se le viese a través de agua alterar su forma. A medida que el tanque se llenaba, al maníaco le iba resultando cada vez más difícil mantener su forma. Cuanto más densa se hacía la nube chisporroteante en el tanque, menos constante era la forma de la criatura en la plataforma de irradiación.

Pero al final, le resultó imposible; y el maníaco abandonó. El tanque se llenó con más rapidez, y la forma se estremeció y alteró y disminuyó de tamaño y entonces se vio sobrepuesta la forma de un hombre a la del dragón. Y cuando el tanque estuvo lleno en sus tres cuartas partes, el dragón no fue más que una sombra recortada, un rastro, una mera sugestión de lo que había sido cuando comenzó el drenaje. Ahora, la forma humana se estaba haciendo dominante por momentos.

Cuando el tanque estuvo lleno, un hombre normal yació en la plataforma de irradiación, respirando ruidosamente, con los ojos cerrados, con los músculos

estremeciéndose involuntariamente.

—Está drenado —dijo Semph.

—¿Está toda en el tanque? —preguntó suavemente Linah.

—No, no hay nada.

—Entonces...

—Esto es tan sólo el residuo. Inofensivo. Los reagentes purgados de un grupo de sensitivos los neutralizarán. Las esencias peligrosas, las líneas de fuerza degeneradas que componen el campo..., éstas han desaparecido. Ya han sido drenadas.

Linah pareció preocupado. Por primera vez.

—¿Dónde han ido?

—Dígame, ¿ama a su prójimo?

—¡Por favor, Semph! Le he preguntado dónde ha ido... a cuándo fue.

—Y yo le he preguntado si le importaba alguien más que usted.

—Ya conoce la respuesta... ¡Ya me conoce! Quiero saberlo, dígamelo, al menos dígame lo que sepa. ¿Dónde... cuándo...?

—Entonces me perdonará, Linah, porque yo también amo a mi prójimo, sea quien sea, esté donde esté. Tengo que hacerlo porque trabajo en un campo inhumano, y debo aferrarme a algo. Así que me perdonará...

—¿Qué es lo que va a...?

En Indonesia tienen una frase para definirla: Djam Karet, la hora que se alarga.

En la segunda de las grandes salas que Rafael diseñó para el papa Julio 11, la Estancia de Heliodoro del Vaticano, el artista pintó (y sus discípulos completaron) un magnífico fresco del histórico encuentro entre el papa León I y Atila, rey de los Hunos, en el año 452.

En esta pintura se plasma la creencia de los cristianos de todo el mundo de que la autoridad espiritual de Roma la protegió en aquella hora desesperada, cuando los hunos llegaron a saquear e incendiar la Ciudad Santa. Rafael ha pintado a san Pedro y san Pablo bajando del cielo para reforzar la intervención del papa León. Su interpretación es un embellecimiento de la leyenda original, en la que tan sólo se menciona al apóstol Pedro, alzándose junto a León con una espada desenvainada. Y la leyenda era una elaboración a partir de los pocos datos que habían sido transmitidos desde la antigüedad relativamente inalterados: León no tenía a su lado cardenales y, desde luego, ningún apóstol airado. Era uno de los tres miembros de la delegación. Los otros dos eran dignatarios seculares del estado romano. La reunión no tuvo lugar, como la leyenda quisiera hacemos creer, junto a las puertas de las murallas de Roma, sino al norte de Italia, no muy lejos de lo que hoy en día es Peschiera.

No se conoce nada más de la confrontación. Lo cierto es que Atila, que nunca había sido detenido, no arrasó Roma. Se retiró.

Djam Karet. El campo de la línea de fuerza originado en un centro de paralelaje cuandosección, un campo que pulsó a través del tiempo y del espacio y las mentes de los hombres por el doble de diez mil años. Luego se interrumpió repentina e inexplicablemente, y Atila el Huno se llevó las manos a la cabeza, con su mente enrollándose como una cuerda en el interior de su cerebro. Sus ojos se vidriaron, luego se aclararon e inhaló desde lo más hondo de su pecho. Después ordenó retirada a su ejército. León el Grande dio gracias a Dios y a la memoria bendita de Cristo Salvador. La leyenda se encargó de añadir a san Pedro, y Rafael a san Pablo.

El doble de diez mil años: *Djam Karet*; el campo que pulsaba, y por un breve momento que podía haber sido instante o años o milenios, quedó interrumpido.

La leyenda no cuenta la verdad. Más específicamente, no cuenta toda la verdad: cuarenta años antes de que Atila asolase Italia, Roma había sido tomada y saqueada por Alarico el Godo. *Djam Karet*. Tres años después de la retirada de Atila, Roma fue tomada y saqueada una vez más por Gaiseric, rey de todos los vándalos.

Había una razón por la que los desechos de locura hubieran dejado de fluir a todo lugar y a todo tiempo desde la drenada muerte de un dragón de siete cabezas...

Semph, traidor de su raza, flotaba ante la Concordia. Linah, su amigo, el hombre que ahora buscaba su flujo final, era el procurador de la audiencia. Hablaba en voz baja, pero elocuentemente, de lo que había hecho el gran científico.

—El tanque estaba en drenaje. Me dijo: «Me perdonará, Linah, porque yo también amo a mi prójimo, sea quien sea, esté donde esté. Tengo que hacerlo porque trabajo en un campo inhumano, y debo aferrarme a algo. Así que me perdonará». Cuando acabó de hablar, se interpuso.

Los sesenta miembros de la Concordia, un representante por cada raza que existía en el centro: seres con forma de pájaro y cosas azules y hombres de grandes cabezas y aromas naranjas con trémulos cilios, miraron a Semph, que flotaba. Su cuerpo y cabeza estaban agrupados como una bolsa de papel marrón. Había perdido todo su cabello. Sus ojos estaban apagados y acuosos. Desnudo, ondulante, se deslizó hacia un lado; luego una brisa errante por la cámara sin paredes lo devolvió a su sitio. Se había drenado a sí mismo.

—Pido a esta Concordia que este hombre sea condenado a último flujo. Aunque su interposición duró tan sólo unos segundos, no podemos saber qué daño o innaturalidad ha causado a cuandosección. Yo le acuso de que su intento era sobrecargar el drenaje y así dejarlo inoperante. El acto de una bestia que no dudaba en condenar a las sesenta razas del centro a un futuro en el que la locura siguiese prevaleciendo es algo que tan sólo puede ser castigado con la terminación.

La Concordia cerró sus mentes y meditó. Una atemporalidad más tarde, unieron de nuevo sus mentes, y se aceptaron las acusaciones del Procurador; se estuvo de acuerdo en su demanda de sentencia.

En las silentes orillas de un pensamiento, el hombre de papiro era llevado en

brazos por su amigo, el verdugo, el Procurador. Allí, en la polvorienta quietud de la noche cercana, Linah dejó a Semph sobre la sombra de un suspiro.

—¿Por qué me detuvo? —preguntó la arruga con boca. Linah miró a lo lejos, más allá de la galopante oscuridad.

—¿Por qué?

—Porque aquí, en el centro, hay una posibilidad.

—Y para ellos, para todos ellos de ahí fuera, ¿jamás habrá una oportunidad?

Linah se sentó despacio, hundiendo sus manos en la niebla dorada, dejándola deslizarse por sus muñecas, de vuelta a la expectante carne del mundo.

—Si podemos comenzar aquí, si podemos agrandar nuestras fronteras hacia fuera, entonces quizá un día, alguna vez, podamos llegar hasta el fin de los tiempos con esa pequeña posibilidad. Hasta entonces, es mejor tener un centro en el que no haya locura.

Semph apresuró sus palabras, el fin estaba corriendo hacia él.

—Los habéis condenado a todos. La locura es un vapor vivo. Una fuerza. Puede ser embotellada. El más potente genio en la botella más fácil de abrir. Y los habéis condenado a vivir siempre con ella. En el nombre del amor.

Linah emitió un sonido que no llegaba a ser una palabra, pero lo ahogó. Semph tocó su muñeca con un temblor que había sido una mano. Dedos que transmitían suavidad y calor.

—Lo siento por usted, Linah. Su cruz es ser un verdadero hombre. El mundo está hecho para los luchadores, y usted nunca aprendió a luchar.

Linah no replicó. Solamente pensaba en el drenaje que ahora era eterno. Puesto en marcha y mantenido en marcha por su misma necesidad.

—¿Edificará un mausoleo a mi memoria? —preguntó Semph. Linah asintió.

—Es tradicional.

Semph esbozó una sonrisa.

—Entonces hágaselo a la de ellos, no a la mía. Yo soy quien diseñó el instrumento de su muerte, y no necesito mausoleo. Escojan a uno de ellos, uno que no sea muy importante, pero que represente algo para ellos si lo encuentran y lo comprenden. ¿Lo hará?

Linah asintió.

—¿Lo hará? —preguntó Semph.

Sus ojos estaban cerrados y no podía ver el signo de asentimiento.

—Sí, lo haré —respondió Linah; pero Semph no podía oírle.

El flujo comenzó y terminó, y Linah se encontró solo en el cóncavo silencio de la soledad.

Colocaron la estatua en un lejano planeta de una lejana estrella en un tiempo que era antiguo aunque realmente nunca había comenzado. Existía en las mentes de los hombres que vendrían luego. O nunca.

Pero, si venían, sabrían qué infierno se albergaba en su interior, que había un

Cielo al que los hombres llamaban Cielo, y que en él había un centro del que fluía toda locura; y que una vez dentro de aquel centro, había paz.

En lo que otrora fue Stuttgart, entre las ruinas de un edificio que había albergado una fábrica de camisas, Friedrich Drucker encontró una caja de muchos colores. Enloquecido por el hambre y por el recuerdo de haber comido carne humana durante semanas, el hombre arañó el borde de la caja con los sangrientos muñones de sus dedos. Mientras la caja se abría, soplaron ciclones alrededor del aterrorizado rostro de Friedrich Drucker. Ciclones y formas negras, aladas, sin rostro, que se desparramaron por la noche, seguidas por una última bocanada de humo que olía fuertemente a gardenias mustias.

Pero Friedrich Drucker tuvo poco tiempo para recapacitar sobre el significado de aquella humareda púrpura, porque, al día siguiente, estalló la cuarta guerra mundial.

Los premios Hugo 1968-1969

26a CONVENCIÓN - OAKLAND, 1968

Novela —*Lord of Light*, de Roger Zelazny.

Novela corta (*ex aequo*) —*El vuelo del dragón*, de Anne McCaffrey.
Jinetes del salario púrpura, de Philip José Farmer.

Cuento —Voy a probar suerte, de Fritz Leiber.

Cuento corto —No tengo boca y debo gritar, de Harlan Ellison.

Representación dramática —*City on the Edge of Forever*, de Harlan Ellison (Star Trek).

Revista profesional —*IF*.

Artista profesional— Jack Gaughan.

Publicación «amateur» —*Amra*, George Scithers (ed.).

Artista aficionado —George Barr.

Escritor aficionado —Ted White.

27a CONVENCIÓN - ST. LOUIS, 1969

Novela —Todos sobre Zanzíbar, de John Brunner.

Novela corta —*Alas nocturnas*, de Robert Silverberg.

Cuento —Carne compartida, de Poul Anderson.

Cuento corto —*La bestia que gritaba amor en el corazón del universo*, por Harlan Ellison.

Artista profesional— Jack Gaughan.

Revista profesional —The Magazine of Fantasy and Science Fiction.

Representación dramática —*2001*.

Fanzine —*SF Review*, Dick Geis (ed.).

Escritor aficionado —Harry Warner, Jr.

Artista aficionado —Vaughn Bode.

Hugo Especial —Armstrong, Aldrin y Collins por el mejor alunizaje que se ha hecho.